

VIRGINIA DE PEÑA DE BORDAS



TOEYA

FANTASIA INDIGENA



IMPRESORA DOMINICANA

CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1949



12 860
DUB



VIRGINIA DE PEÑA DE BORDAS

VIRGINIA DE PEÑA DE BORDAS

TOEYA

FANTASIA INDIGENA

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

IMPRESORA DOMINICANA

CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1949



BNPHU
PD-RV
R0863.42
P3496

ABR. 7 1972

BN
RD 863.44
P419x

OFRENDA POSTUMA

Después de "Fantasías indígenas" y de "Enriquillo", el indigenismo no se agotó en la literatura dominicana. Siguió viviendo, y no se extingue todavía. Tras reiterados ensayos de retorno al tema, he aquí que en la presente novela surge de nuevo, fresco, con un encanto apacible de poema lírico, con traslúcido aliento de salud espiritual.

Toeya, la virgen intangible, pasa por las páginas de esta historia imaginada, como una figura casi incorpórea, evanescente, como envuelta en velo de purísimo misterio. Guarda su congoja, el oculto y doloroso secreto de su raza. Aunque no se destaca con trazos fuertes, puede estudiarse en ella el fenómeno interesantísimo de lo que se ha llamado aculturación: la conjunción de dos culturas en que prevalece la superior.

—“La religión cristiana deslumbró a Toeya. No se trata de maleficio” . . .

Ya han pasado los años de las inauditas crueldades, en las que también tuvo La Española primacía. Primera en la evangelización, fué asimismo primera en el dolor y en la máxima tragedia. Pero ya comienza a establecerse la comprensión, una paz resignada acalla el agravio y el encono, y el relato se desenvuelve suave y con agudo lirismo.

La novela es una de las formas literarias más difíciles de realizar, y es mérito que se agrega a otros muchos de esta obra, el haber sido escrita por una escritora que apenas tenía

—V

Reg. No.

001120



experiencia literaria. Milagro es que haya podido completarse antes de experimentar repetidos contactos con la conciencia crítica.

Virginia de Peña de Bordas, (nieta de Don Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, pedagogo, soldado en Santo Domingo y en Cuba en las guerras de independencia, "romántico e impetuoso escritor") como cultora de la palabra, fué una flor que vivió en la sombra. Sólo algunos cuentos de carácter maravilloso, escritos para niños —género hasta entonces desierto en nuestra literatura— salieron ocasionalmente del recinto de su hogar. Tan espontánea, de tan vivo carácter, y sin embargo una perpetua duda de sí misma la martirizaba. Su vocación irresistible la forzaba a escribir; su imaginación riquísima, incontenible, no le daba punto de reposo. ¿Pero su destino literario no era acaso una ilusión suya? Su carcajada de cristal era un canto, y en su eterno gorjear había temblor de lágrimas.

En el artista creador la opinión ajena, aunque no se acoja, es una enseñanza; y la oprobación. . . ¿qué diré de la aprobación? No será semilla de vanagloria, sino necesario sustento que alimenta el fervor y estimula las hambres santas del artista. En sus dudas, en sus angustias interiores, eso buscaba Virginia: aprobación, estímulo, alimento, para que la llama, la llama victimaria de la facultad creadora, no la consumiera. Y vino hacia mí. Sin duda era yo la menos capacitada para opinar sobre su obra inédita, pues Dios la llevaba a ella por caminos de imaginación por los que no transito. Pero era irrefutable, y hube de ofrecerme a hacer cuanto pudiera. Quedamos en que cuando volviera de Santiago me traería su tesoro.

Fué la muerte quien llegó de súbito, como nunca inesperada. Y Toeya quedó guardada en la gaveta de su escritorio, en inútil espera de una última corrección. Confieso que pocas veces me ha parecido tan incomprensible el destino de una vida.

Y es ahora cuando conozco la novela: en las pruebas de imprenta. Ante mi país cumplo un deber de justicia, y ante la amiga desaparecida, una promesa pendiente, al presentar a la autora de esta novela. La obra debe ser juzgada con el criterio que exige su forma, con un criterio lírico-romántico. Recorreremos sus páginas con amorosa delectación, y alabaremos en la autora no sólo un lenguaje fácil y expresivo que corre sin tropiezos, oportuno, preciso y alguna vez con ímpetu de elevación, sino también la habilidad discreta con que, sin alardes, siembra de idcas el relato y su seria preparación que la lleva sin dificultades hasta los interiores de la vida indígena. En general las situaciones se suceden con naturalidad y nada sorprenden como absurdo. Hay momentos primorosos, como la escena con la florista que trae el recuerdo de la Isla amada:

—“Allí en La Española hasta las orquídeas son silvestres”...

Porque es lo cierto que si las formas y actitudes artísticas varían, la belleza en sí no puede cambiar, y con un ropaje muy siglo XIX, Toeya vivirá como una joya de nuestra literatura.

Doña Lucía, “alegre como una caja de música, de bulliciosa hilaridad con su risa sonora y cascadera, ardiente como una llama viva... hermosa, amplia de formas, de vivaz ingenio, con arranques de entusiasmo y vehemencia”, y que no obstante sabe decir: “Para mí los problemas del alma son mucho más importantes”.....

Toeya, romance de intención purísima, en el que la nota tierna sobresale, deja en el alma un perfume de lirios silvestres recién abiertos.

La palidez de los corales que adornaban su cuello presagió la muerte de la doncella india... Pero en tu muer-

VIII

te —¡oh amiga que pasaste como un resplandor de ensueño iluminando por un momento mis días iguales!— para anunciar tu muerte no hubo presagios, ni signos. Fue un desplome de dolor que cayó de improvisto sobre nuestras frentes.

Pero he aquí que apenas ha transcurrido un año, y ya retornas a la vida. Toeya, con letras imborrables, escribirá tu nombre.

FLÉRIDA DE NOLASCO.

16 de agosto de 1949.

CAPÍTULO I

En el año de gracia de 1514 la Ciudad Primada de América, llamada a ser en el transcurso del tiempo, gracias a los ingenios que allí florecieron, la Atenas del Nuevo Mundo, levantábase orgullosa en la margen occidental del Ozama, coronada de blancas almenas y torres, frente al mar Caribe, resplandeciente y sonoro. (1) Y la grandeza que forjó el férreo brazo del Comendador de Lares igualaba a la gracia serena y bucólica de la tierra de los Colones. Más allá del río y de los montes había prados ubérrimos, engalanados por regias vestiduras de cultivos en vistosas plata-bandas; y en el horizonte lejano, bosques de cedros, abeyes, sabinas y guaconejos de resinosos aromas, revestidos de líquenes y hierbas, profusamente regados por el oro vívido del sol.

No lejos del radio urbano alzabase sobre un montículo, en las alturas inmediatas a la ciudad el típico bohío (2) de yarey (3) y de palma-cana del Cacique Urabanex. Un encanto indecible se aunaba a la pobreza de aquel rústico hogar, decorado con esmero, al estilo indígena, con enormes conchas de carey, pieles de iguanas y de caimanes; carátulas guerreras y otros pintorescos ornamentos, que a manera de trofeos pendían de las paredes. Arrimado a la pared veíase un ventrudo tinajón de barro, repleto de flores silvestres y sobre el suelo de ladrillos rojos y limpiísimos, algunos caracoles de diversas formas y tamaños. Junto a la puerta prin-

cipal, a cuyo marco se trepaba una enredadera de parcha, que entraba audazmente hasta el interior, había un labrado asiento de piedra (4) y algunos turés (5) de original construcción, colocados en hileras como las sillas de un aula.

Frente a la casa, una frondosa ceiba, varios guayabos é innumerables palmeras reales comunicaban a aquel agradable recinto el aspecto acogedor de un oasis. Algunas flores silvestres de encendido color, dispuestas alrededor del bohío, ponían su nota brillante sobre el fondo blanquísimo de la vivienda, revelando todo que una mano femenina se entretenía en embellecer aquel amable rincón, que se había tornado en sitio de reunión predilecto de buitios ó behiques, (6) nitaínos (7) y aún de frailes Dominicanos, muchos de los cuales habíanse constituido en ardientes defensores de los aborígenes.

Las crueles imposiciones exigidas por los conquistadores al valiente Urabanex habían minado hasta cierto punto su robusta salud de antaño. El trabajo sórdido lo agotaba. Su aspecto era taciturno y solemne; de continente majestuoso y erguido, aunque asaz cenceño para su gran estatura. En su rostro de asceta leíase una inmensa resignación y parecía prematuramente envejecido por el sufrimiento, llevando con noble orgullo su cabeza de pelo entrecano, el que naciendo de una espaciosa frente bronceada, casi tocábale los hombros. Sus manos fuertes y encallecidas eran testimonio fehaciente de su labor ruda e incesante. Resultaba un tanto extraño en su modesto indumento a la usanza española, de burda estameña, siendo lo único que le distinguía de sus hombres (algunos indios que le asistían en sus labores agrícolas) un ancho tahalí de cuero bordado en vistosos colores, del cual pendía su manaya (8) heraldizada con la efigie de un cemi (9).

En el patio que rodeaba su humilde hogar, a la luz argentina de la luna ó a la lumbre fantasmagórica del guatú (10) celebrábanse festivales en algunas ocasiones solemnes, en los cuales cien o doscientas parejas cantaban y bailaban

cadenciosamente los aires seductores de los areitos (11) con tal maestría y precisión que apesar del entusiasmo del momento y de la desigualdad del terreno, raras veces una de ellas se equivocaba o impedía el avance de las demás. Los aborígenes quisqueyanos ó haitianos ganaron justa fama en todas las antillas por lo estético y original de sus danzas.

Antes de ser reducido a la impotencia por los conquistadores, Urabanex había sido uno de los Caciques más ricos y poderosos de Quisqueya y uno de los más fieros defensores de sus derechos. Poniendo en pugna sus sentimientos con las difíciles circunstancias de su vida, el bravo luchador rindió sus armas por proteger a su hija Toeya, a quien amaba entrañablemente. Todos sus hijos varones perecieron bajo el acero español y su hija única corría talvez una suerte más siniestra que la de aquellos en las persecuciones por las montañas.

La princesa, nacida en una noche de eclipse de luna, debía tener el alma templada para un alto destino. La voz austera del Gran Behique así lo pregonó en el silencio de la selva sagrada (12). Al alba la sumergieron tres veces consecutivas en el arroyo de Yuboa (13), consagrado a la divinidad; y las piedras milenarias cantaron armoniosas a la salida del sol, realizándose una vez más el prodigio. Después, rodeada de aromosas hojas de guayuyo, acostaron su cuerpecito en el altar del Cemi protector, mientras los Bouitios entonaban sus cánticos rituales. "Sería una gran reina y coronarían su cabeza con diademas de oro... Cantaría como el ruisenor", predijeron los augures, llenos de devota unción.

—¡Alma de mi alma! Podre niña!— murmuraba el Cacique, abriendo su corazón a los recuerdos. Habían huído a las montañas para escapar de los maguacochíos (14) y allí fueron a buscarlos los guerreros de manos de hierro. En todas partes solo vió desolación y muerte; el aire parecía caldeado con los estampidos de sus truenos... Pruebas muy fuertes sufrieron sus nervios en aquella trágica jornada.

Más tarde la Princesa, bella y frágil como una flor de cacto, había sido bautizada en una memorable ocasión junto con el Cacique y sus más fieles seguidores. La esposa del Virrey (15) Don Diego Colón, la noble y hermosa Doña María de Toledo, sobrina segunda de su Majestad Católica el Rey Fernando V de España, fué escogida por la joven como madrina de su bautizo. Le fué otorgado el eufónico nombre de María Auristela (que significa estrella de oro) pero el original, Toeya, prevaleció. Solamente la Virreina llamóla desde entonces por su nombre cristiano, por parecerla la joven una verdadera estrella de hermosura. Y así era en realidad la india: de cuerpo eurítmico; talle grácil y flexible; pelo y ojos negrísimos, plenos éstos de ensueño y de misterio; labios sensitivos, de perfecto dibujo, que mostraban al sonreír dientes pequeños de deslumbradora blancura; y una dulzura ingenua, casi pueril en la expresión de su sonrisa franca. Cuando hablaba parecía como si arrullara, atenuada su voz por la costumbre del silencio. Cambiaba desde cierta trémula indecisión hasta una especie de enunciación pausada y vibrante.

Al trasladarse de su antigua vivienda a la ciudad de Santo Domingo, fué Toeya una de las primeras en disfrutar de las ordenanzas reales, que exigía instrucción para los hijos de los Caciques. La magnánima Virreina ofrecióse espontáneamente enseñar a la joven las artes domésticas de hilar, tejer, bordar y muchas otras, consideradas como imprescindibles para una dama de aquella época. Las canciones que le enseñaba ó ayudaba a perfeccionar; las historias que le relataba y las imágenes que le mostraba, tenían mágica seducción para la indiana. Entusiasmábala especialmente la poesía mística de Gonzalo de Berceo y las pulidas rimas del Rey Sabio, grabándose en su mente páginas enteras, que no siempre alcanzaba a comprender. Así, mientras el padre sufría su humillante cautiverio, su hermosa hija era recibida con prerrogativas de alta dama en la aristocrática corte de Santo Domingo.

Con tan poderoso estímulo intelectual, la princesa adquirió en poco tiempo la educación requerida y juntas, madrina y ahijada, leían interesantes libros religiosos y bellos poemas, los cuales comentaban más tarde con apasionado entusiasmo. La ingenuidad de la joven y sus aptitudes naturales agradaron hasta tal punto a su preceptora que en muchas ocasiones prefería su grata compañía a la de las bulliciosas damas de su séquito.

Sin perturbarse en lo más leve, la joven india entraba y salía de la deprimente fortaleza del Homenaje (16), hogar temporal de los Virreyes, mientras se construía el magnífico Alcázar, que debía ser más tarde su alojamiento permanente. Mezclábase allí la joven, en alegre camaradería con bizarros y gallardos caballeros cuya sensatez y cortesanía eran puestas a prueba amenudo ante la presencia de la singular doncella indígena.

Toeya había aprendido también a tocar la bandola con rara habilidad, deleitando con frecuencia a su amable preceptora con areitos tradicionales de Quisqueya y bellas "tiranías", que añadía complacida a su ya extenso repertorio. Su curiosidad por el saber parecía inagotable, y la Virreina demostraba satisfacción inmensa cuando su protegida atraía la admiración general, sin sospechar que la gallarda india, modesta y sencilla en extremo, deseaba ardientemente escabullirse sin que se percatasen de ello, cada vez que su persona se hacía el centro de atracción de las miradas en la brillante corte española. Por consiguiente, en muchas ocasiones desaparecía a tiempo antes de alguna celebración, despreciando a los más audaces hidalgos cuantas veces lo juzgaba necesario, desalentándoles así de sus propósitos.

El placer que le causaba la fiesta, no impidió que sucediese lo mismo la noche del espléndido festín con el cual se inauguraba la mansión de los Virreyes y cuando la fiesta llegaba a su apogeo, la joven, aturdida por el calor de las brillantes luces, desapareció sin que nadie pudiese darse cuenta de cuándo, ni por donde se había escapado. Al día

siguiente presentóse más temprano que de costumbre, rogando avergonzada a los Virreyes que la perdonasen, pues según sus propias palabras la pompa y magnificencia de aquella elegante reunión, a la vez que la fascinaron, habíanla también sofocado con su inesperado esplendor. El asedio de algunos hidalgos que la molestaron ni siquiera pensó confesarlo, ya que los miraba a todos con cierta desconfianza, y aquella noche ésto solo había sido una razón de segundo orden.

Esta prudente actitud defensiva no podía impedirle, sin embargo, encontrarse en repetidas ocasiones con el caballero, sobrino del Marqués de Villahermosa, Don Juan Sebastián Alba del Valle, elegante hidalgo de fino bozo, bizarro e impulsivo en extremo, cualidades éstas que le hacían doblemente atractivo para las damas. Era, además, pariente lejano de la Virreina y ésto solo bastaba para granjearle la adulación de muchos, que buscaban ser recibidos sin ceremonias, al igual que lo era Don Juan por los Virreyes.

La primogenitura de la casa de Alba, es cierto, tocóle en suerte a su hermano mayor Edmundo, Conde de Rocamora, pero tales pormenores carecían de fundamental importancia en la pequeña corte de la Española, compuesta de hidalgos aventureros, capaces de todas las pasiones y de todas las grandezas humanas. Además, el alegre Conde residía a muchas leguas de distancia a través del Atlántico para hacer sombra a la popularidad siempre creciente de su hermano menor.

En varias ocasiones habíase batido denodadamente en lances de honor, según sus propias aseveraciones, ó en lances "de mentecatos pisaverdes", según censuraba acremente su tío; pero lo cierto es que ya a los veintitrés años había ganado Don Juan justa fama de duelista, respetándosele como amigo de riñas y de duelos. Para propia satisfacción y desesperación del Marqués pudo comprobar su valor e innegable destreza, saliendo siempre airoso e ileso de aquellos lances, pero comprendiendo en su fuero interno que apenas si había

existido una verdadera razón, pues habíase batido cada vez porque así lo exigían las circunstancias fortuitas del caso ó porque su excesivo amor propio había estado en juego y sus amigos no esperaban nada menos de su arrojo y valentía. Estos lances habían dado lugar en la corte a muy divertidos comentarios a su favor, quedando sus infortunados rivales como blanco de las burlas de todos, hasta que al fin el austero Marqués de Villahermosa ordenóle poner coto a su peligrosísima diversión, amenazándole seriamente con enviarle a España si persistía en desobedecer y volver a las andadas, lo cual significaría para él vivir definitivamente de la munificencia de su tía o buscar trabajo que le avergonzase ante sus nobles parientes. Pero ya era inútil: ninguno le provocaba exprofeso y en cambio todos trataban de granjearse su amistad y confianza, como aliado idóneo en caso de necesidad.

Poseía el joven tan delicioso buen humor, que lejos de enojarse rogaba a su tío le perdonase, jurando en uno de sus impulsivos arranques no volver a incurrir jamás en su enojo y asegurándole que por el contrario le agradecía sobremedera haberle apartado al fin de aquel grupo de ociosos hidalgos que tan poco le beneficiaba. Pero no había podido prescindir de ser galante con las damas, aunque ésto trastornaba al Marqués de una manera indecible, conociendo que su sobrino era una extraña mezcla de características disímiles: soñador y audaz, pasional y delicado; y además hermoso como un Adonis, por todo lo cual las damas buscaban sus cumplidos, esforzándose en parecerle atractivas, aún aquellas que distaban mucho de serlo. En fin, Don Juan habíase sentido plácidamente enamorado en más de una ocasión pero ahora, completamente olvidado de duelos y amoríos, desempeñaba las funciones de superintendente de los hatos y plantaciones de su tío con tal celo y resolución, que indudablemente habría dejado complacido a cualquier otro menos exigente que el Marqués. Todo esto habíalo proyectado Don Ramón para alejarle de sus peligrosos compañeros, sin sos-

pechar por un momento que el joven manejaría su negocio tan escrupulosamente y con tan rara habilidad; mas el irascible caballero, que padecía de la gota, gobernaba a su sobrino con despótica mano de hierro, pues según iba tomando cuerpo su dolencia, se agriaba su carácter de suyo harto enojable, poniendo muchas veces a prueba la paciencia del joven.

En una de las pocas ocasiones en que se encontraron la Princesa y Don Juan en el saloncito de la Virreina, contemplábala el joven conversar animadamente con varias damas de honor junto a un enrejado ventanal, y pensaba el hidalgo con su habitual volubilidad que debía guardarse muy bien de aquellos bellos ojos enigmáticos, pues temeroso de sus propios románticos impulsos, conocía que podían encadenarle, si su dueña así lo desease. Pensó que eran del negro más luciente del azabache, mucho más grandes que los ojos ordinarios de nuestra estirpe, y que revelaban en ciertos momentos de emoción su temperamento apasionado.

Acercóse Don Juan al grupo casi sin percatarse de que lo hacía precisamente por ella, e inmediatamente varias jóvenes se volvieron hacia él para inquirir con interés por qué permanecía ausente del Alcázar tantos días seguidos y por qué, en fin, no le atraían como antaño las elegantes veladas.

¡Ah! —contestó sonriendo abiertamente el joven— Ya sabéis la promesa que en un momento de flaqueza me arrancó mi tío! Después de la comida me está permitido un rato de lectura erudita ó de juego de ajedrez y... a la cama. Mi tío repite sin cesar que no debo quejarme de mi suerte y pienso que en verdad la he tenido grande. ¡Aún no se me ha prohibido jugar a los naipes!... Como no sea por dinero... —Y añadió disfrutando de la alegre algazara que provocaron sus comentarios:— Como proteste, ya lo sabéis: soy hombre al agua; se me ha amenazado con deportarme a España como a cualquier sedicioso... Mi señor tío me gobierna exactamente como si se tratase de un viejo naboria... (17).

Todas rieron de buena gana celebrando la comparación, pero la frente de Toeya se nubló dolorosamente y entornó los párpados para ocultar la pena que se reflejaba en sus pupilas, pues esta desdichada alusión había herido en lo más vivo sus sentimientos de indígena. Miró pensativa por entre los forjados arabescos del ventanal hacia las aguas tranquilas y transparentes del Ozama, que se deslizaban allá abajo. La conversación continuaba bulliciosa en su derredor, pero ella no parecía escuchar nada. Ensimismada en sus dolientes cavilaciones, contemplaba con curiosidad un galeón liviano y brillante, que anclado a cierta distancia de la rada, movíase cadenciosamente a compás de la brisa; sus abiertos velámenes, dorados por el sol poniente, prestábanle la apariencia de una enorme ave de rapiña al emprender el vuelo.

En uno como éste, Caonabo, frustrado redentor de su raza, había sido enviado a España cargado de cadenas, maldiciendo el aciago día en que por simplicidad, creyendo en la buena fe de los hispanos, permitió a Ojeda colocar las esposas en sus muñecas, cayendo prisionero. Cuántas veces, se preguntó desolada, habría cruzado el Océano aquel mismo galeón cargado de oro nativo, de algodón, de maderas preciosas y de ultrajados esclavos indígenas? ¡Naborias! ¡Naborias! No eran ya todos los indios esclavos de la corona española...? (18). No lo eran aún los mismos príncipes como su padre? Veía al Cacique luchar día por día en la campiña, abrasada de sol, con la pesada coa al hombro (19) y el semblante taciturno y macilento. Así cavilando, asióse con sus manos morenas, frías como el mármol, al alfeizar del ventanal junto a ella, sintiendo una profunda congoja y desolación en su espíritu. Estremecióse involuntariamente y ahogó un leve suspiro.

Don Juan, que no la había visto así jamás, demostró el más vivo interés.

—¿Acaso os sentís mal, Princesa?— Y mirándola con atención añadió: —Lo lamentaría infinitamente; creedlo. ¿Deseáis un asiento, quizás?

La joven volvió de su ensimismamiento con una sonrisa dolorosa.

—No, gracias, Señor; no es nada que valga la pena— contestó con dulzura. —Fué sólo un mal recuerdo y...— añadió a manera de excusa— y un poco de frío. ¡Está muy fresca la brisa de la tarde!

Don Juan, solícito y galante, quitóse con presteza su lujosa capa de brocado granadino y colocóla gentilmente sobre los hombros gráciles de la joven, rogándole que le honrase llevándola puesta hasta su casa.

La princesa quedó sorprendida y acaso algo turbada, pues jamás recibió tan fina atención de un caballero, mas no se despojó de la prenda como pensó hacer en el primer instante. Le agradó el aire familiar del joven, pensando que era cordial y sencillo como pocos. Irresoluta, con las mejillas encendidas en vivísimos carmines, miró azorada en dirección a su madrina, la Virrcina, quien sentada en un magnífico sillón en un ángulo lejano del salón y rodeada por un grupo de bulliciosas damas, parecía escuchar con interés un lance chistoso que provocaba general hilaridad. En realidad, no perdía de vista a su protegida y volviéndose vivamente hizo a la joven, con considerable alivio para ésta, un gesto de aprobación, acompañado de una benévola expresión maternal.

¡Dios la premie!— pensó para sí la princesa, volviendo la vista hacia Don Juan con sonrisa deslumbradora, pues jamás habíale parecido más gallardo el joven, en su lujoso jubón de raso bordado en un delicado tono lila, que hacía resaltar ventajosamente el color dorado de su cabellera.

—Es preciosa, Don Juan, y os lo agradezco infinitamente!— murmuró Toeya con ingenuidad, complacida en lucir tan vistosa prenda. La joven acarició entonces con sus finos dedos los sedosos pliegues de la capa, mostrando con una sonrisa a sus amigos lo bien que combinaba con el rojo ceñidor de su vestido.

Una de las jóvenes enlazóle el talle con cariño y el hidalgo quedóse contemplando el gracioso grupo con franca admiración. Por primera vez admiró el español el traje original de la india, especie de ropón multicolor, desprovisto de mangas y sujeto a la cintura por medio de un ancho ceñidor que estilizaba su figura, ya de suyo esbelta, haciéndola comparable a una maravillosa deidad pagana. Lucía joyas indígenas en las orejas, (20) gruesos brazaletes de oro bruñido y además un collar de encendidos corales, del cual pendía una medalla de la Virgen Santísima. A no ser por su vestimenta, pintoresca y extraña, podría muy bien confundírsela con una andaluza, con su gentil paso ondulante, sus ojos diamantinos de larguísimas pestañas y su cabellera endrina, suave y lustrosa como las alas del cao. (21) Hasta su piel, traslúcida y morena, y la gracia innata que la caracterizaba podían muy bien pertenecer a una fascinadora dama de Andalucía.

Mientras Don Juan la contemplaba ensimismado, dióle la amiga un beso cariñoso, dejándola libre para marcharse de su lado y unirse al animado grupo de la Virreina. Las demás se fueron igualmente en pos de aquella, sin guardar ningún cumplido, y Toeya dijo suspirando con inquietud:

—También yo iré con vosotras dentro de un instante; aunque temo . . . que ya se hace muy de noche.

Sabía que no estaría bien dejar sólo al joven inesperadamente, pero no acertaba a excusarse sin desairarle.

También Don Juan suspiró. Tal vez porque como en otras ocasiones, encontrábala hermosa en extremo, pero desconcertantemente inconvencible. Preguntóle con súbito interés y de un modo particular suyo:

—¿Por qué suspira así la favorita del Alcázar? Es que no son tan frecuentes las fiestas hoy en día? Mirad! Allá abajo, en la playa las palmeras danzan con la brisa; quizás podríamos imitarlas y aprenderíamos todos a bailar esas fascinadoras diumbas (22) indígenas, las cuales me entu-

siasman indeciblemente. Estoy cierto de que una lección nos bastaría!— concluyó desplegando una amplia sonrisa.

La princesa, con sus frescos labios entreabiertos y su alma ingenua reflejada en sus pupilas, parecía estar pendiente de cada una de sus palabras. Sin embargo, se puso al instante con cierta consternación al escuchar una tosecilla significativa, proveniente del ya oscurecido patio, donde su solícita dueña y las jovencitas que le hacían compañía constantemente, esperaban con paciencia su retorno.

El toque de oración sonó melancólicamente a sus oídos. La india persignóse con fervor, inclinando la cabeza un instante con devota unción.

—Lo lamento profundamente, Don Juan—, se excusó pesarosa— pero cuando tal fiesta ocurra mi Padre y Señor os invitará; os lo aseguro. Yo misma he de rogarle que así lo haga. Y ahora, perdonadme: debo ir a encontrar a mi dueña, que me espera. Ya oscurece y ella se vuelve medrosa a la caída de la tarde; es supersticiosa en extremo!

El celaje encantador de una sonrisa iluminó sus facciones, que asumían muchas veces con el regocijo una expresión sutilmente picaresca y pueril.

El joven habíala escuchado con admiración cada vez más manifiesta, sintiendo latir su corazón con fuerza inusitada, pero haciendo un esfuerzo y recobrando su habitual desenvoltura, dióle las más efusivas gracias, ofreciéndose a acompañarla hasta su casa; pero esta vez la negativa de la joven fué enfática.

No, caballero—, contestó con grave dignidad —las doncellas, hijas de Caciques, no deben ser vistas caminando de noche con los hombres por las calles y plazas de la ciudad, y apenas podría esperar que mi Padre y Señor lo aceptase sin enojarse; pero —añadió impulsiva— apesar de ello, agradezco vuestra gentileza profundamente. ¡Creedlo, por favor!

La joven hizo una graciosa reverencia como despedida, sintiendo el hidalgo mucho de admiración y no poco de enojo,

pues no en vano habíase habituado desde su más tierna infancia a ver una sonrisa de aprobación florecer en todo semblante femenino cada vez que a su afición o capricho pareciale oportuno dispensarles alguna señalada atención.

La doncella india avanzó gallardamente por entre el dédalo de sillones, estatuas, espejos y consolas, cargados de costosas bujerías, para ir a arrodillarse ingenuamente junto al sitial de su benefactora, a solicitar su bendición. La Virreina, después de alargarle su enjoyada diestra para que la besase, tomóle la cabeza con ambas manos y depositó un ósculo en su frente. Toeya despidióse de las demás damas con su sencillez característica y varias la acompañaron hasta la escalera, dándole muestras de su cariño. Don Juan Alba se percató desde aquel instante de que la extraña y exótica criatura que todos admiraban, era de un temperamento totalmente distinto al de las demás jóvenes que conociera hasta entonces.

Al día siguiente, muy temprano, la fina prenda había sido devuelta a su dueño por el Cacique, padre de Toeya, acompañada con el presente de dos magníficos guaraguaos (23) de ojos claros y brillantes, tan bien adiestrados en volatería que podían distinguir la presa desde muchos kilómetros de altura. Aquel presente, nada despreciable, en aquellos tiempos en que la caza de cetrería era el deporte favorito de los jóvenes hidalgos, agradó al joven sobremanera, e inmediatamente decidió ir en persona a reiterar su agradecimiento al generoso jefe indígena.

CAPÍTULO II

Situado en las afueras de la ciudad, el pintoresco bohío de tablas de palma estaba graciosamente colocado sobre una empinada colina, que poblada de frondosos árboles, era bañada constantemente por las emanaciones puras del océano, aún en los días más cálidos del estío. Una típica empalizada de leños oscuros lo circuía por la parte delantera, los puntiagudos extremos señalando hacia lo alto a manera de brazos humanos que implorantes se levantaran en desesperada súplica hacia aquel cielo sin nubes e increíblemente azul. Así parecióle, al menos, después de una mirada amplia, al hidalgo español, quien poseía un poderoso instinto artístico y se entusiasmaba estudiando el paisaje quisqueyano, para pintar luego a su albedrío.

Sabía muy bien Don Juan que la hermosa granja no pertenecía al infortunado Cacique, quien la administraba tan sólo como capataz, ya que su encomendador y dueño (según la ley de las encomiendas) (24) habíale permitido morar en aquella propiedad por un período ilimitado, como recompensa por haber cambiado en poco tiempo los áridos terrenos de aquella despreciada finca, que fué casi un erial, en un fructífero oasis de verdor. Disfrutaba, pues, el dueño del usufructo de la granja, y el Cacique hacía labor ruda de peón para ganar su pan y el de los suyos.

A la llegada del joven, Toeya daba maíz a sus palomas torcaces, sentada a la usanza indígena sobre una estera tejida

de guano, mientras las tímidas avecillas volaban regocijadamente a su derredor. Una se posaba sobre su hombro mientras otra más audaz, seleccionaba el grano de su mano grácil y morena. El español permaneció un instante en silencio admirando la interesante escena, pensando que el seductor cuadro sería digno de trasladarse al lienzo en alguno de sus raros momentos de ocio.

Cuando al fin se decidió lanzar su sonoro "Buenos Días, Princesa"! Toeya le miró azorada, pero complacida, prorrumpiendo en una exclamación de alegría, que inmediatamente hizo auyentar asustadas a las palomas. Levantóse con su ligereza característica y tomó el sombrero pardillo de manos del joven diciendo graciosamente:

Permitidme, Don Juan, y seais bienvenido a nuestra rústica morada. Si consentís, os guiaré a la presencia de mi Padre y Señor, que desea conoceros personalmente. Veréis, ya os conoce bastante!— añadió con pueril ingenuidad. Entonces con gran embarazo pareció arrepentirse de su franqueza, pues sintió los expresivos ojos del joven escudriñar su faz con interés.

Don Juan no se sintió defraudado con lo que adivinó, o creyó adivinar en los ojos confusos de la joven, inspirándole además vivísima curiosidad todo lo que veía a su derredor. Su natural predilección por lo indígena habíale movido a visitar al Cacique, para contemplar también a Toeya a su albedrío en su habitual ambiente poético. Y esto sobrepasaba a sus más hermosos ensueños, pues la india había abandonado su reticencia anterior, mostrándose complacida y simpática en extremo. Diríase que el solo hecho de llegar espontáneamente a visitar a su padre, en su humilde bohío le diferenciaba de los audaces caballeros que la asediaban de continuo en el Alcázar.

El hidalgo contestó con una cálida sonrisa de agradecimiento:

—De todo corazón os doy las gracias, Toeya. Me sentiré honrado de conocer al Cacique, pues con asaz frecuencia



he oído comentar en la ciudad cuan agradable es platicar con él, ya que su afabilidad y comprensión se han hecho proverbiales en toda la colonia, pero... —dudó un momento antes de proseguir jovialmente y toda señal de seriedad se esfumó de su semblante: —no puedo imaginarme como ha llegado vuestro padre a conocer tan bien a mi humilde persona... ¡Es realmente asombroso!

Sonrojándose con turbación, avergonzada y dichosa, la princesa murmuró:

—Talvez le haya dado noticias algún pájaro raro de los nuestros... Es, Señor, —prosiguió un tanto divertida —que hay infinidad de cotorras y papagayos por estos contornos... y son muy indiscretos! —Y sonrióse a su vez con alegre picardía.

—Va a ser difícilísimo averiguarlo!— exclamó Don Juan riendo de muy buena gana mientras penetraban, el uno junto al otro, en la morada para evitarse el largo rodeo y ganar el traspatio.

Toeya, recordando que llevaba aún el sombrero del joven en la diestra, se volvió para depositarlo sobre el bruñido asiento de piedra que quedaba junto a la puerta, mientras la mirada del castellano vagaba con curioso interés, abarcando el extenso patio interior poblado de palmeras; advirtiéndole un bohío algo más pequeño, que no se percibía desde la entrada, y quedaba ubicado en el palmar. La princesa le explicó que allí era donde dormían los hombres que ayudaban a su padre en las labranzas. Percibieron al Cacique, que con paso mesurado, salía de este segundo bohío, y se adelantó vivamente a recibir al recién llegado, estudiándole con mirada franca y apreciativa. Apenas a dos pies de distancia hízole el saludo reservado a los nobles: tocóse los labios con la diestra, la cual levantó luego solemnemente hasta la frente. Puso después ambas manos sobre la cabeza del joven, lo cual era señal de amistad y gran reverencia.

El español se inclinó, haciendo una reverencia cortésana. Advertía que lo burdo de su vestimenta no alcanzaba a ocultar su porte majestuoso y altivo.

—Don Juan Alba, —habló el Cacique despaciosamente, con su leve acento indígena— ya veis que no sois un extraño para mí. Seais bienvenido desde hoy a visitar mi humilde morada. Sois, no lo ignoro, un leal amigo del buen Padre Las Casas (25) a quien venero como a un santo caballero, y sus amigos han de ser míos también.

Aunque el hidalgo había oído alabar en varias ocasiones la proverbial hospitalidad de los aborígenes, sintióse profundamente conmovido ante este recibimiento tan amistoso de Urabanex. Además, había algo en la inflexión de su acento, grave y armonioso, que le recordaba sutilmente la voz musical de la doncella, que de pie junto a él, le escuchaba con respeto. Por tanto, el hidalgo contestó con mal disimulada emoción:

—Os doy las gracias, pues soy yo, Cacique, quien debe sentirse honradísimo al visitaros hoy. Todos los hombres sinceros y conscientes de nuestra España hemos siempre de sentir admiración y profundo respeto para quien ha sabido mantener las nobles pautas de su estirpe, a pesar de sus inmerecidas privaciones y sufrimientos.

Algunas mansas palomas habían seguido a Toeya con impaciencia por entre la vivienda, pues la joven sin advertirlo llevaba aún en la mano una mazorca de maíz sin desgranar. Hechos los saludos de rigor, rogó que se la excusase y se volvió presurosa al patio delantero para continuar su interrumpida ocupación.

Habíanse sentado sobre unos troncos de palmeras que hacían las veces de asientos, y Urabanex admiró sin ocultarlo una preciosa sortija en forma de corazón, tallada en un solo rubí, que llevaba el joven en su diestra. Llamóle “piedra de la alegría”, y el hidalgo que en muy raras ocasiones se detenía a considerar las consecuencias de sus arranques impulsivos, quiso convencer al indio de que aceptase la joya, la cual, explicóle, había sido una de las alhajas más preciadas de su madre, ya fenecida.

—Entonces, —objetó el Cacique— paréceme una razón poderosa para que conservéis esa joya como un preciado tesoro. Además, nada poseo ya en este mundo que pueda trocarse por semejante amuleto; y mi pequeño presente de ayer no tiene valor alguno, Señor. Nuestros guaraguaos son muy fáciles de domesticar y aún más fáciles de atrapar. Os lo aseguro!

Don Juan Alba comenzaba a sentirse desairado, pues no era esta la única prenda que conservaba como recuerdo de su madre y se sentía extrañamente exaltado al ofrecerla a su noble y desinteresado amigo, pues desde aquel día, aunque inopinadamente, el hidalgo se había convertido en uno de los más sinceros admiradores del singular rey indígena. Pensó fugazmente también que la sortija haría las delicias de la hermosa hija del Cacique, y ésto sólo bastaba a encender su entusiasmo, apremiando calurosamente:

—Señor, la imagen de mi madre fenecida no se podrá borrar jamás de mi memoria. Tenedlo por cierto! Quisiera hablaros largamente de ella alguna vez: era casi una santa!— Suspiró al recordar tiempos más felices y continuó: —Sin embargo, temo que esta rara joya se extravíe irremisiblemente un día de estos, pues soy descuidado en extremo y es sin duda alguna harto holgada para mi dedo meñique y asaz pequeña para mi anular. La creo, en verdad, mucho más segura en vuestra posesión, Cacique, si sois tan amable en aceptarla como prueba de sincera admiración.

Poco era lo que el Cacique pudiera haber objetado después de esta exhortación. Tomó, pues, la joya que el joven le extendía y la deslizó pensativamente en su propio meñique, mientras el sol, jugando sobre sus múltiples facetas, arrancóle vivísimos destellos, que deslumbraron los ojos admirados del indio.

—¡Guaoxeri!— (26) exclamó Urabanex con su sencillez de aborigen —sois extraordinariamente generoso en desprenderos de tan valioso recuerdo y sólo puedo reiteraros las más sentidas gracias. Para nosotros, esta piedra, tan se-

mejante a la del Cohobo, es la piedra de la dicha (27) y nadie puede ser enteramente infeliz poseyéndola. Será, pues, un precioso amuleto, para resguardarme con los míos de todos los riesgos y maleficios posibles. Tan sólo puedo prometeros que permanecerá por siempre en el seno de mi familia y... ¡quién sabe si variará nuestro destino!

El Cacique entonces llevó al joven a visitar la espléndida huerta, donde en admirable confusión, cada árbol aparecía cargado de deliciosos frutos tropicales: guayabos, anonas, caimitales, papayas (28), todos en plena madurez, embalsamaban el ambiente con sus aromas.

Los dos hombres habían estado conversando ya durante largo rato sobre los últimos acontecimientos de la colonia, y Toeya, dirigiéndose hacia ellos con ligereza, detúvose de improviso con mirada grave y sobrecogida. Oscurecióse su dulce rostro sin poderlo evitar al escuchar las palabras de su padre, dichas con singular fiereza:

—Ya lo habéis visto, Señor: hemos sentido la presión del látigo y del tributo (29) que no podíamos pagar... Sin poder hacer valer nuestros derechos sufrimos al comienzo bajo el régimen despiadado de Bobadilla; (30) luego ocho largos años bajo la tiranía implacable de Ovando; y cuando al fin creemos dar gracias al Cielo por enviar en nuestro socorro al hijo del noble Don Cristóbal Colón, este vil Pasa-monte (31) constituye el llamado partido "Servidores del Rey", con el propósito de torcer y malograr las más rectas innovaciones del Virrey. Es enorme nuestra desdicha, Don Juan: el fuego ha abrasado nuestras eracras (32) y ha consumido la selva sagrada y allí, donde extendía la vista hasta el horizonte y todo era mío... no tengo derecho a derribar un solo árbol para hacer una canoa!

En el rostro delgado y ascético del Cacique brillaron los ojos de un modo singular y aparecieron líneas paralelas sobre su frente, que inquietaron profundamente el corazón de su hija. ¿Acaso no había rogado mil veces a su padre que desistiese de comentar su precaria situación con los extraños? Bien podría esto granjearle la antipatía del español...

Toeya se adelantó vivamente y sólo entonces se percató Urabanex de su presencia, volviéndose a mirarla con asombro y nostalgia profundos. Le parecía extraño que la princesa volviese a unírsele para tomar parte en la conversación con el hidalgo, pero nada dijo para no desconcertar al visitante.

Los ojos de la joven estaban inundados de indecible ternura y cuando al fin habló, fué con gran sosiego y cordura.

—Padre y Señor, no debéis torturaros en vano... Me apena vuestra falta de fe!— Y volviéndose hacia el hidalgo, añadió: —He dicho repetidas veces a mi padre, Don Juan, que debemos armarnos de gran paciencia y de inagotable fe, pues para nosotros no todo se ha perdido aún. Sabemos que los milagros sólo acontecen a los que conservan intactas estas sublimes virtudes a través de todas sus duras pruebas e infortunios, y todavía podemos esperar redención de la Providencia Divina. ¿No lo creís así?

La princesa había hablado con convencimiento, e inopinadamente la frente nublada de Urabanex se despejó.

El rostro del castellano revelaba absoluta comprensión y simpatía al responder con sentida confianza:

—La princesa ha dicho bien, Cacique; no todo se ha perdido todavía y os queda una esperanza... Aún las graves dificultades que afrontamos hoy se desvanecerán como por obra de milagro cuando el Virrey tome la decisión de regresar a España a conferenciar con nuestro Rey, Don Fernando, que Dios guarde: él sabrá convencerle al referirle como las sabias Ordenanzas de Burgos (33) fueron desatendidas. Su Majestad sabrá poner coto a estas injusticias. Y entonces, —agregó con entusiasmo, disfrutando de la mirada agradecida de la joven —¡qué caro han de pagar su felonía estos desalmados intrigantes!

A los oídos de Don Juan llegaba claramente el canto acompasado de los indios que trabajaban en los conucos (34) y pensó que no debía prolongar su visita por más tiempo, pues el Cacique debía trabajar junto a ellos y estaría ya

impaciente por reanudar su interrumpida labor. Expresó, pues, su deseo de retirarse.

Gentilmente Urabanex le acompañó hasta la puerta de campo, mientras Toeya sin dar tiempo al joven a procurar su sombrero, corría hacia la casa, ligera, trayéndolo un instante después y entregándolo con gesto amable.

Sintiendo dilatarse su corazón, Don Juan dió las gracias muy expresivas al recibirlo, haciendo una inclinación.

Respirando profundamente del suave aroma otoñal de los campos, el hidalgo declaró con su espontaneidad característica:

—Hace ocho años que al llegar a La Española por primera vez quedé maravillado de la brillantez del ambiente y del azul siempre traslúcido de este cielo tropical, pues todo parece poseer más vida, más intenso colorido en este suelo bendito. . . Hoy nada me maravilla aquí, pero debo confesar que me ata cada vez más!

Y sus ojos dorados e inquietos, salpicados de reflejos cambiantes del verde luminoso del paisaje, sonrieron al despedirse del Cacique y de su hija. Saludó del mismo modo que Urabanex antes de comenzar a descender la cuesta.

¡Adiós, Don Juan, —despidióse el Cacique— y llueva la dicha en vuestro camino!

El joven pensó al dar la espalda: para el indio no hay dicha sin lluvia. . . y para mí ya no habrá lluvia sin dicha cada vez que piense en ella!

Bajaba con suma facilidad por la verde colina cubierta de césped, admirando el panorama circundante de barrancos y aterciopelados declives, poblados de arboleda de lozana belleza, inundada por el oro cálido del sol. A lo lejos, en el horizonte, descubriáse el mar, profundamente azul a través de los arcos de las palmas que se mecían rumorosas, añadiendo una corona de esplendor al ya maravilloso paisaje.

Toeya, con su personalidad radiante, su carácter ingenuo y belleza soñadora, le había fascinado; pero más que nada admiraba entonces la inquebrantable fe de la joven, la

cual tenía el poder de suavizar los momentos de más amargas dudas del Cacique.

Cuando por fin llegó a su casa llevaba claramente grabada en el semblante la expresión de un hombre que ha entrevisto el paraíso.

CAPÍTULO III

Después de la amable acogida de aquel día, a Don Juan le pareció agradable hacer la visita al Cacique cuántas veces lo juzgaba oportuno.

Fueron días felices para el hidalgo, pues dejaban en su mente un sentimiento elevado y algo así como la sensación de un suave calor en el espíritu. El joven, con frecuencia tan impróvido, detúvose a pensar lo que sucedería si el Marqués llegaba a sospechar su súbito enamoramiento de Toeya; ¡él que había hallado faltas en todas las linajudas señoritas españolas de la corte de Santo Domingo! En tan infelices circunstancias, ¿cómo hablar al Cacique de sus pretensiones? Se dijo que más valdría ganarse su confianza y estimación. Ya encontraría el modo de convencer al Marqués.

Por consiguiente era invariablemente atento con la joven, pero siempre al llegar preguntaba por el Cacique y raras veces por Toeya, excepto al despedirse, si no había tenido la satisfacción de verla. Parecíale la princesa un milagro de gracia, belleza y talento superior felizmente combinados, y temía disgustarla declarándole su amor demasiado temprano.

* * *

Algunas semanas más tarde, durante una Salve en el templo de San Nicolás de Bari (35) tal como lo había anticipado Don Juan, descubrió el rojo corazón de rubí sobre la

mano grácil de la princesa. Desde aquel instante, dominado por una fiebre de creciente admiración, no vió más que su perfil, perfecto como el de un medallón hebreo, circuído por las trenzas lustrosas, bajo su velo traslúcido; ni pudo escuchar otra cosa que no fuera su voz alada y vibrante, que se alzaba como un trino de ruiseñor sobre las demás del coro.

El Marqués Don Ramón Alba del Valle, majestuoso y corpulento, de imponente cabeza leonina, sentado con compostura junto a su sobrino, se había percatado de ello. La altiva fisonomía sufría bruscas mudanzas escrutando los ojos fascinados del joven. Fijó su mirada exasperada sobre la indígena, preguntándose alarmado la causa de la nerviosidad de Don Juan y de sus miradas intensas e indiscretas. ¿A quién podrían ir dirigidas? ¿Acaso estaría enamorado de aquella india? En verdad, parecíale una locura inconcebible, pero no podía dudar nada de Don Juan, pues en su opinión, su sobrino poseía un talento especial para meterse en embrollos y dificultades de todo género. Sin embargo, en esta ocasión por lo menos, al Marqués le fué imposible satisfacer su ávida curiosidad. El hidalgo disimuló lo mejor que pudo su emoción, viendo a la joven permanecer de rodillas durante todo el santo oficio, inclinada devotamente sobre su rosario de cuentas de peonías (36), dulce y altiva a la vez, como una estatua tallada en ambar pálido. Su rostro, iluminado de fervor, parecióle demasiado puro para las aspiraciones humanas.

Pero apesar de que su inpasibilidad daba a comprender que había estado del todo ajena al interés que despertó en el joven español, Toeya sintió terror y confusión ante la severa mirada del Marqués y desde entonces en muy raras ocasiones visitaba a la Virreina, pues experimentaba cierta decepción cada vez que veía conducirse a Don Juan impropriamente, como tantos otros jóvenes hidalgos, que merecían su entera desaprobación. Llegaba a la conclusión asaz dolorosa, de que Don Juan era galante como los otros y nada más. Recordaba con viva contrariedad como sintió los indiscretos ojos

del joven clavados sobre ella durante la Salve. Se preguntaba si lo habría hecho expreso para obligarla a mirarle a la vez, o si habría sido aquello del todo involuntario y, con sentimiento de dignidad ofendida, deseaba ardientemente que fuese esto último, por lo menos.

Ignoraba Toeya que aquella noche concibió la imaginación ardiente del artista lo que debía ser más tarde su obra maestra de pintura: su lienzo de La Virgen India, con su velo transparente sobre las espesas crenchas y el dulce rostro pensativo, inclinado sobre el rosario de cuentas. El, que buscaba formas imperecederas en las linajudas señoritas, reconocía en ella la figura aureolada de majestad y nobleza, rondando dubitativo en torno del misterio de su alma.

Algunas semanas después Toeya fué a visitar a la Vi-reina y ésta le preguntó si era probable que lloviese aquella tarde, ya que hacía un calor opresivo. La joven salió un instante al balcón para observar si el cielo presentaba su señal infalible de lluvia y allí, de pie en el balcón, admirando la puesta del sol con expresión contemplativa, encontró inesperadamente a Don Juan Alba, apoyado en la hermosa columna que unía los dos arcos escarzanos, de cuya pechina difundían opulentas curvas románticas.

Toeya llevaba un clavel rojo en la mano, arrancado impensadamente de su precioso macetero de bronce en el patio interior. La flor tembló en sus dedos, pues la mirada del joven fué harto osada al verla aparecer, dándole la impresión de haberla estado esperando allí durante largo rato. Saludóla con una radiante sonrisa y una cortés inclinación y apoderándose de la mano que sostenía la flor, rogóle que se lo cediese, como si aquello hubiera sido lo correcto y de rigor en tales casos. La joven le miró con viva aprensión y en su agitación el clavel se le escapó y fué a caer debajo del balcón, desde donde la brisa lo barrió con celeridad hasta el pie mismo de la colina del Alcázar.

La princesa no pudo ocultar una sonrisa de burlona travesura al comprobar que el aturdido hidalgo, lejos de desani-

marse, bajó hasta allí con el absurdo propósito de recoger la flor, apropiándose la con señales de triunfo. La joven pensó que jamás había visto atolondramiento igual, reprobándolo con una mirada. Inmediatamente volvióse adonde su madrina, sin poder rendir el informe requerido, y permaneció junto a ella el resto de la tarde, sin hacer más caso del hidalgo, el cual en aquella ocasión parecía no cansarse de atraer la atención general, dedicando una frase halagüeña a cada hermosa e ingeniándose en divertir a todos con su gracejo de joven mimado.

Por tanto, la india estaba más dispuesta a creer todo cuanto había oído decir respecto a Don Juan: que había estado enamorado por turno de casi todas las señoritas del Alcázar y que en consecuencia ya ninguna podía tomar en consideración sus palabras. Cierto es que lo escuchó de labios de un presumido hidalgo a quien el joven desarmó ignominiosamente en un desafío un año antes; pero sin duda, el mismo Don Juan contribuía a convencer a todos de ello con su dudoso comportamiento.

Muy pocas de las nobles damas de compañía de la Virreina poseían una sólida fortuna de que enorgullecerse, aunque todas gozaban de muy alta categoría y de sonoros títulos. Era, pues, evidente que cualquiera de ellas se sentiría satisfecha en aceptar al gallardo caballero, si todas no hubiesen estado convencidas de antemano de su eterna galantería de hombre de mundo.

CAPÍTULO IV

La inocente historia de la sortija, repetida por una de las doncellitas de la princesa, había llegado a oídos del Marqués de Villahermosa bastante desfigurada, y este orgulloso personaje, de suyo desconfiado, exasperóse hasta el extremo de encerrarse en sus habitaciones, pegándose a ver a su sobrino durante varios días seguidos, haciendo por procurarse los medios de deshacer lo que él juzgaba ignominioso juego de su hijo adoptivo. ¿Cuándo aprendería Don Juan a respetar su autoridad? se preguntaba airadamente, cruzados los brazos sobre el pecho en una especie de arrebató silencioso. Pesaba sobre su espíritu una alarma aguda e infundada. En otras ocasiones había puesto coto a los amores incipientes del joven, pero por fortuna se trataba de damas de su misma posición social y sólo una admonición fué suficiente; pero ésto... era ya del todo distinto! Temía por su buen nombre. No creyó ni por un momento que Don Juan pensase en contraer nupcias con la indígena, ni juzgó conveniente discutir este escabroso punto con el joven. ¡Sí que era fastidiosa la disyuntiva! Don Juan había cumplido ya los veintitrés años. Por tanto, estaba en la edad en que la sensibilidad está en su florecimiento y le veía con frecuencia abstraído y preocupado. Antes que sufriera un daño o una indignidad, prescindiría de él... Y ante este pensamiento una ráfaga de luz inundó sus pupilas.

A los jóvenes, repetía Don Ramón Alba en presencia de su sobrino, a manera de constante reproche, no debería permitírseles rondar alocadamente en compañía de sus amigos, y los padres de éstos merecían las más severas censuras por su incuria cuando algo desagradable sucedía. Y hete aquí, se decía exasperado, que algo extremadamente desagradable sucedía en sus propias barbas, apesar de sus múltiples consejos y prohibiciones.

Sentíase tan responsable por la actuación del sobrino como por la de sus dos hijas gemelas que tenía en España, y mucho tiempo atrás decidió que éste, como aquellas, casarían ventajosamente en su madre patria. Sus hijas habían estado muy bien resguardadas en un convento hasta los dieciocho años, tan sabiamente encadenada su libertad que el tiempo les parecía importante y a la vez escaso para los arriesgados sentimentalismos de la época.

Después de haber dado vueltas a mil proyectos y haberlos abandonado todos por poco factibles, sintióse algo aliviado cuando al fin llegó a la conclusión de que el plan más acertado sería enviar al joven a Castilla por tiempo ilimitado, o por lo menos hasta que sus sentimientos variasen por completo. De allí podría volver con esposa noble y rica, si todo se hacía de acuerdo con sus instrucciones.

Recordó con inquietud que Don Juan había dicho en presencia suya al ama de llaves, lleno de fuego los ojos expresivos, que reservaba aquella sortija del rubí, tan simbólica, para la que algún día había de ser la madre de sus hijos. Extrañado, al notar su desaparición, le preguntó por la joya, y su sobrino creyó engañarle asegurándole que se le había extraviado en el campo hacía algún tiempo. El joven, además, visitaba clandestinamente el hogar de la india, aunque jamás hasta entonces ocultó sus amoríos. La evidencia era, pues, condenatoria.

Tenía su sobrino un hermano mayor en la Corte, el cual podía hacer mucho en favor del joven, y Don Juan tenía además una tía viuda y sin hijos, hermana del Marqués,

quien se ocupaba de las dos hijas de éste, y que amaba entrañablemente a su sobrino. Don Ramón Alba había llegado a persuadirse, no sin cierta satisfacción, que en no lejano día, Don Juan heredaría la vasta fortuna de aquella tía, porque así se lo había ella dado a comprender en más de una oportunidad, y ella era por lo menos, tan tozuda e independiente de criterio como él mismo, probándolo en más de una ocasión.

* * *

No le pareció extraño al joven el encerramiento de su tío, pues con frecuencia, cuando su dolencia se agravaba produciéndole insomnio, permanecía recluso en sus habitaciones varios días seguidos, negándose a recibir a nadie, excepto a su anciano mayordomo, por temor a que le enviasen médicos, por los cuales sentía una aversión invencible. Era el Marqués un hombre hermético por demás, comportándose muchas veces como quien guarda celosamente el hondo pesar de un remordimiento. En aquellas ocasiones sus ojos relampagueantes reflejaban claramente la cólera y el tormento. El joven respetaba aquel secreto suyo como algo misterioso y trágico que no le era dable penetrar. Durante aquellos lapsos hablaba solamente cuando tenía algo importante que comunicar, contestándole con frecuencia con un ademán o un gruñido, si por algún motivo le había desagradado aquel día. Pero Don Juan no variaba en absoluto con él; jamás descomedido, conservaba, apesar de las prohibiciones del caballero, el más envidiable buen humor, atendiéndole siempre con solicitud rayana en ternura. Era según la ocasión, el más ciego o el más solícito de los mortales. Por estas razones no se alarmaba ya cuando Don Ramón se obstinaba en encerrarse sin recibirle. Ya le llamaría y le haría hablar durante varias horas seguidas, haciéndole como la esfinge pagana, preguntas de difícil contestación.

Por esto entró muy confiado cuando al segundo día Don Ramón envió por él. Don Juan, que se hallaba sentado

a la mesa en aquel instante, dejó su almuerzo sin terminar, apresurándose a seguir al mayordomo a la cámara del Marqués.

—Señor, —congratuló con visible satisfacción al entrar— me place que os sintáis mejor. Es decir, os sentís bastante bien ya. ¿No es así? ¡Excelente apetito y buen color! —exclamó, advirtiendo las fuentes vacías que se hallaban amontonadas sobre el azafate. —¿Dormísteis bien anoche? Mucho lo celebraría.

Don Ramón sintió todo su enfado desvanecerse al contemplar al joven tan respetuoso y solícito como siempre.

—No puedo negaros que he pasado una noche algo mejor que las anteriores, pero... aún dudo que pueda levantarme hoy! Y anunció sin darle tiempo a formular una segunda pregunta sobre su salud: He enviado por el antiguo administrador de mis granjerías, Juan, y creo que estará aquí dentro de un par de horas a más tardar. Tengo necesidad urgente de enviaros a Castilla a ventilar un asunto jurídico que me trae preocupadísimo. Tan cierto estoy de que nadie podría hacerlo con más acierto que vos, como de que este maldito negocio me tiene más enfermo que la misma gota! —Su acento era ansioso y deprimido.

Hubo alarma y pesar indescriptibles en el rostro de Don Juan, que no pasaron inadvertidos a los ojos sagaces del Marqués. Palideció el semblante del joven al balbucir con visible agitación:

—Pero... ¡buen Dios!... Tío! No comprendo: es extraordinario... ¿No podéis prescindir de mí? Os chanceáis seguramente—. Sentía oprimida la garganta casi hasta el ahogo.

El Marqués sonrió irónico al comprobar la agitación de su sobrino. ¡En aquellas circunstancias le parecía harto doloroso retornar a su país!...

—Nada más lejos de mi intención que chancearme con el dilema que hoy se me presenta. Prestad atención y decid si es para chanzas lo que me acontece: mi castillo de Zara-

goza, que es sin duda el más amplio y rico que poseo en España, está arrendado hace varios años a unos parientes poco escrupulosos, quienes se niegan a pagarme y ni siquiera percibo el usufructo de las tierras, que es cuantioso. Estos miserables han permitido acumularse los arrendamientos y todavía se niegan a desocupar la propiedad. ¿Os hacéis cargo de lo que esto significa?

El joven había escuchado con interés, oprimiéndose el mentón entre los dedos índice y pulgar. Su ceño fruncido denotaba perplejidad.

—Cierto, es inaudito... pero, Tío: Es inconcebible que pueda yo abandonar mis labores precisamente ahora... ¿No podría enviar en mi lugar al antiguo administrador? Es un hombre probo, si los hay...

—¡Bah!— contestó despectivamente el Marqués— probo, ¡pero tonto de capirote! No sabe más que cosechar caña, trigo y maíz. Además, es un hombre apocado: volvería sin haber solucionado nada en mi favor... Vos sois el único que creo capaz de hacerle frente al rufián de mi primo Beltrán. Ya conocéis su fama. Es, desdichadamente la oveja negra de nuestra familia. Le haréis desocupar la propiedad y le sacaréis unos seis mil ducados.

—¿Beltrán?... ¡Ah, si ya recuerdo! Nuestro tristemente célebre Beltrán —exclamó con sorna Don Juan. Tenía entendido que había formado parte de la expedición a Cuba con Sebastián Ocampo. ¿No fué así?— Y su acento era de certeza.

—No, por cierto: fué su hermano Miguel, pero... en fin, no hace al caso. Ya sabéis que cuento con vos para este asunto y no tenéis tiempo para estaros haciendo preguntas hasta mañana. Hoy ha tocado al puerto un galeón; zarpará dentro de dos días y tenéis el tiempo preciso para repasar las cuentas conmigo y darle algunas instrucciones al antiguo administrador. Y añadió con cierto malicioso destello en sus ojillos sagaces: En Valladolid, de mi abogado particular,

recibiréis todo el consejo legal que necesitaréis; lo mismo que los indispensables poderes.

—Pero... Señor, habéis dicho dos días... —exclamó todo angustiado el joven, con un ademán descorazonado—. No hemos concluído de recoger el maíz y precisamente comenzábamos la siembra de la yuca. Creo que esto va a ser un inconveniente grave para vos. Tío Ramón, por favor, bien podría aplazarse este viaje para más tarde.

—¡Acabemos de una vez, Don Juan!— repuso airadamente el Marqués, plegando el ceño con fiereza. Es de todo punto necesario que marchéis pasado mañana, como os acabo de indicar. De sobra sabéis que sé solucionar mis propios asuntos de acá, pero... —y su voz se suavizó un tanto al añadir cautelosamente— lo que acontece en España me inquieta sobremanera: ¡todo se está echando a perder! ¿Qué os impide cumplir mis deseos? Os habéis vuelto rehacio de un modo incomprensible.

Una duda lacerante oprimía el pecho del joven: pensaba que le sería imposible despedirse de la princesa y hasta ignoraba por cuanto tiempo estaría ausente de La Española; pero la suerte estaba echada y no debía faltarle a su tío cuando más parecía necesitar de él. Por eso respondió con tranquila dignidad:

—Tenéis razón, Señor: no puedo, ni debo ser desagradecido con voz. Disponed de mí como os plazca. Si es que no tenéis otra cosa que advertirme, marchó inmediatamente a ultimar los preparativos para mi partida. Ya os daré razón cuando vuelva esta noche. Hasta entonces.

Cuando el joven hubo partido al campo a poner sus indígenas al corriente de aquel viaje compulsorio, el Marqués esbozó una sonrisa de triunfo, restregándose las bien cuidadas manos con satisfacción. Su cándido sobrino lo había creído todo, gracias a que el Marqués se había quejado en meses anteriores de que sus negocios en Castilla marchaban de mal en peor y ésto provenía del deplorable hábito que había contraído el caballero de quejarse en todo tiempo sin motivo justificado.

A todas luces Don Juan llevaría consigo los guaraguaos, regalo del Cacique. Le habían proporcionado agradables momentos de solaz y los estimaba quizás demasiado para abandonarlos a una suerte dudosa en casa de su tío, quien tenía sus lecturas eruditas como única distracción. El joven hacía construir una jaula apropiada para transportarlos, diciendo que los llevaba como presente a su hermano Edmundo, y Don Ramón reía socarronamente recordando los extremos cuidados que su sobrino había malgastado en los ominosos avechuchos, pensando que al fin comprendía la razón de tan inusitado entusiasmo.

El desencanto de su próxima partida parecía crecer a cada instante en la mente del hidalgo, cuando al día siguiente, con el rostro nublado por la preocupación y la duda, dirigióse a las afueras de la ciudad, cruzando el dédalo de activas callejas que conducían hacia el humilde hogar de la princesa india.

Al llegar a la finca Don Juan encontró abierta la puerta de campo, y aunque varias veces dió los buenos días con voz sonora, no obtuvo respuesta alguna; ni apareció alma viviente en los alrededores. Sin duda el Cacique estaría con sus hombres ocupado en las labranzas, se dijo. Por tanto, despojóse del sombrero pardillo que le servía en el campo, y avanzó sin ser anunciado, como habíalo hecho también el día memorable de su primera visita. Como en aquella ocasión, atravesó la casa con intención de dirigirse a la puerta, pero allí en el traspatio, a la sombra de una enorme ceiba, que casi cubría la techumbre del bohío con su frondoso ramaje, estaba Toeya sentada sobre la hierba a la usanza indígena, entretenida en la agradable tarea de confeccionar un precioso tapete de maguey (37) coloreado. Emocionado, Don Juan se inclinó ante ella sin decir palabra.

Sorprendida de este modo, la joven no podía hacer otra cosa que recibir al hidalgo con gentileza. Se había olvidado de trenzar su pelo y alisó con ambas manos la cabellera suel-

ta, que el viento despeinaba, lanzando una exclamación de asombro, no exenta de emoción. Como se hallaba imposibilitada en aquel momento, sosteniendo sobre sus rodillas la labor de pita y una gran cantidad de fibras de vistosos colores que se amontonaban sobre su falda, esta vez no se levantó para hacer el saludo cortesano de rigor, ofreciéndole tímidamente su mano.

Contempló Toeya el rostro del castellano, que estaba ansioso y extraordinariamente pálido, preguntándose con extrañeza qué podía hacerle aparecer tan ofuscado en aquel momento; él, que tenía siempre una salida chistosa y oportuna para cada ocasión. Entonces escuchó su voz vibrante que decía con extraño acento:

—Princesa, he venido a despedirme de vos... y de vuestro padre, pues por desdicha debo partir para mi país mañana al alba. No me queda otra alternativa.

Los grandes ojos de Toeya le contemplaron un momento con estupor e inexplicablemente la voz se le ahogó en la garganta, impidiéndole contestar algo apropiado.

Adivinando que en el fondo de su alma existía para él un cálido sentimiento latente, Don Juan depositó su sombrero sobre el césped, prosiguiendo con el fuego y la vivacidad que le eran habituales:

—No era mi deseo partir de esta manera tan inesperada, Toeya, os lo juro; pero esta decisión ha sido del Marqués y no mía. A mi tío, por sus quebrantos, le es del todo imposible realizar este largo viaje, y hay negocios pendientes en Castilla de suma importancia, a los cuales debe atenderse sin demora. Ya véis: ¡es mi sino!

La voz de la joven era casi opaca al contestar con gravedad:

—También yo lo deploro sinceramente, Don Juan, y mi Padre y Señor sentirá gran pesadumbre al escuchar la noticia... ¡Bien lo sé! Se halla ausente con algunos hombres en una excursión de caza —explicó con sencillez.

De alma valiente, como se le había inculcado desde su infancia, trató de que su semblante no descubriera el extraño tumulto que surgió en su corazón, pero al buscar el joven con la mirada un sitio en el césped, la princesa reparó que en su aturdimiento, se había olvidado de ofrecerle asiento y díjole cortés aunque tardíamente:

—Perdonad mi descuido, os lo ruego, Señor. ¿No os sentáis?... ¡Toa! (38) llamó inesperadamente, alzando el tono de la voz y colocando las manos en torno de la boca para ser oída.

La dueña india, oculta hasta entonces tras del palmar alzóse como una extraña aparición, para acudir con apresuramiento a la llamada de su ama, inclinándose con humildad ante el azorado español.

Toa, un asiento para Don Juan. ¡Pronto! —ordenó Toeya con voz trémula, que no pasó inadvertida en absoluto para la anciana, quien conocía demasiado bien el alma sensible de su joven ama para engañarse en asuntos de esa índole.

—Gracias, —murmuró el joven con una sonrisa patética— pero solo podré permanecer un breve instante.

Apesar de esta advertencia la dueña partió silenciosa hacia la casa a cumplir la orden recibida.

Don Juan prosiguió con tensión casi palpitante, mirando atentamente su sombrero para disimular su agitación:

—Quiero que sepáis que no podré olvidar esta isla, Toeya, ni las personas queridas que en ella dejo, aunque tuviese que permanecer a través de ese inmenso océano todo el resto de mi existencia...

Hubo un momento de silencio, durante el cual la princesa hizo un esfuerzo casi desesperado por sonreír para animarle, obteniendo tan solo una expresión ambigua y enigmática, que no alcanzó a discernir el hidalgo y pensó que se burlaba abiertamente de su pena.

Pero la voz de la india fué apenas un susurro al musitar: —Recordar no fué nunca tarea difícil; inconscientemen-

te en ello pasamos la existencia; pero, en cambio ¡olvidar!...— Y su voz recobró la entonación cálida al proseguir, siguiendo el hilo de sus recuerdos: —Olvidar, Señor, es tarea de dioses... ¡Ah, quien pudiera olvidar todo lo triste de la existencia!

Parecía querer ocultar una amarga congoja al tender la mirada llena de turbación hacia el mar distante, que se descubría como una movable sabana azul en el horizonte.

Don Juan la miró extático por un instante, laténdole tumultuosamente el corazón, y se inclinó hacia ella con la clara mirada encendida, diciendo:

—Por desdicha, es muy cierto eso que decía, Toeya—, y su voz se alteró un tanto al añadir con sentimiento: —Pero aún así, preferiría mil veces ser desventurado recordándoos que borrando de mi memoria lo que ha contribuido aquí a hacer mi vida tan dulce y llevadera!

Y sus brazos vigorosos se alzaron en un amplio ademán, como pretendiendo abarcar todo lo que alcanzaba su vista en derredor. Pasóse con rudeza una mano por la cabellera, que se deslizaba indómita sobre su frente, levemente contraída. Sin sospecharlo, mostraba una nueva cualidad: ya no era el maestro en el arte de la conquista, sino el artista romántico y soñador.

Toeya le contemplaba enternecida, sus mejillas y labios vivamente arrebolados y en la mirada un nuevo destello, que trastornó al joven casi por completo.

De nuevo la dueña india tornó a aparecer, llevando sobre su cabeza un original taburete de construcción indígena, con asiento de cabra sin recortar, el cual Don Juan aceptó, dando maquinalmente las gracias. Toa desapareció de nuevo tras las palmeras para continuar la labor que la retenía, a despecho suyo, lejos de su señora. Ignoraba Don Juan que la anciana se hallaba ocupada en la tarea de rayar la yuca para la confección del cazabe (39) y que su presencia allí, en ausencia del Cacique, la intranquilizaba de un modo indecible. El hidalgo se preguntó si no se ocultaría

exprofeso para escuchar más ventajosamente aún. Pues tanto mejor! se dijo algo molesto por la interrupción. Había estado a punto de cometer un desacierto, haciendo una declaración que en aquellas dudosas circunstancias no podía conducirle a nada satisfactorio. ¡Eran ya bastante desdichados sin cambiar promesas ilusorias! Asuntos tan fastidiosos como el que le llevaba a España tardaban a veces años enteros para resolverse cabalmente. Podría gritar su congoja a todos los vientos y sería inútil ya, pues no sabía a ciencia cierta cuando le sería permitido retornar.

El carmín se acentuó en las mejillas de la princesa y a su vez sus ojos parecían estudiar con atención el original diseño del tapete. Suavizóle una arruga imaginaria, pensando que obedeciendo a una misteriosa fruición de su espíritu había permitido a Don Juan leer en su corazón. Era una insensatez impropia de una doncella y mentalmente se reconvino por ello. Trató con ahinco de pensar algo interesante para auyentar su desazón. Entonces se acordó con júbilo de lo que le había confiado su padre días antes concerniente al festival de otoño, esperado por todos con entusiasmo. Por eso miró al joven con ojos que eran a un mismo tiempo tímidos e intensos. Sentíalos escocer con ardiente necesidad de lágrimas, pero una vez más triunfó su voluntad soberana. Tenía necesidad de hablar porque el silencio era tortura y sonrió de un modo despejado, tratando de explicarse con calma.

—Don Juan, vos habéis deseado muchas veces asistir al Festival de la Mazorca, (40) que celebraremos precisamente la semana próxima. Sé que mi Padre y Señor deseaba invitaros. . . ¡Lástima que no estaréis aquí! Se bailará el Areito Guerrero, imitando la guazábara, (41) y habrá además los concursos de trovas de rigor. . .

—¿Concursos?— repitió Don Juan débilmente, interesado apesar suyo en aquel pormenor inesperado.

—Sí, Señor,— replicóle Toeya afablemente, ya algo más sosegada. Sus ojos recobraron su expresión impenetrable y sonreía levemente. —Sabéis que en tiempos pretéritos

el Cacique y el Behique guiaban juntos el areito. Ahora desempeña ese papel cualquier hombre o mujer representativo, el cual tocando el güiro comienza a cantar y a bailar al son de los atabales. Los demás repiten los versos que acaba de improvisar y cada cual cuando le toca el turno improvisa a su vez una rima, siempre al compás de la misma tonada. A ésto le llamamos *guaracha* y es muy divertido! Como es natural el autor de la rima más inspirada obtiene el premio: alguna vistosa bagatela, un collar de cibas (42), unas *chagualas* (43) o alguna *guaiza* (44) labrada con arte. A veces el tema del areito es un romance ; otras lo es las alabanzas a nuestros héroes legendarios o al Cacique. Imagino que esto os agradaría mucho. Es una especie de escuela: ¡la única que han tenido los indios! Así aprenden sin mayor esfuerzo la historia de nuestro pueblo y otras cosas fantásticas e interesantes. . .

Calló inesperadamente, mirándole de hito en hito, para cerciorarse si en verdad se interesaba por las costumbres románticas de su pueblo.

Don Juan quedó pensativo un instante. Pensaba con desconsuelo, mientras su mirada atormentada vagaba desde las sedosas crenchas de la joven, hasta el raro y original tapete, donde descansaban sus dos manos pálidas, en todo lo que él debía perder desde el instante en que se despidiese; ella misma, disfrutando de la embriaguez de la música primitiva y desplegándose graciosamente en los giros de sus danzas, como una mariposa de las multicolores; y la inocente alegría de sus compañeros en el aspecto más romántico de sus milenarias costumbres; en sus cadenciosas y originales danzas nativas. Expresando a viva voz su pensamiento, exclamó exasperado:

—¡Dios me ampare, Toeya! Es evidente que carezco de derechos para disponer de mi propio albedrío! Yo que creí siempre con tan firme convicción que a cada mortal, a diferencia de las bestias, le era dado forjar su propio destino de acuerdo con su fe y su voluntad. Es en extremo deprimente

convencerme de lo contrario, porque era para mí un pensamiento muy consolador. Mi fantasía desplegaba sus alas y me sentía... casi como un dios! Ahora estoy seguro de que el soñar continuamente es cobardía y casi miedo de vivir... El que mucho sueña paraliza su voluntad. ¿No pensáis por ventura, lo mismo?

—No... porque los sueños hacen la vida, Señor. Por desdicha (o quizás por suerte) carecemos del don de la adivinación de lo futuro y por tanto ignoramos a ciencia cierta la pauta que hemos de seguir para procurarnos la felicidad en la existencia! Caminamos con una venda sobre los ojos y aunque nuestra vida misma parece un eterno e indescifrabable enigma, siempre nos sigue nuestro destino...! En fin, Don Juan, esto que hoy os agobia bien puede ser el puntal de vuestra dicha futura; la suerte lleva una máscara... Así dicen los indios. Pienso que después de tan largos años de ausencia, este cambio os será sin duda provechoso. No deberíais quejaros tan amargamente. No es cristiano, y con ello amargáis vuestro corazón. Además, habéis dicho en innúmeras ocasiones que vuestra vida en Castilla era en extremo regocijada: desayunarse entre los viñedos... o bañarse en el río bajo los chopos. ¡Qué alegría para vos...!

Algo doloroso pasó por el alma del joven, reflejándose en su semblante. Descorazonado, miróla de hito en hito a su vez, pensando que semejante indiferencia por su partida demostraba muy a las claras su desamor. Siempre le esquivó con recelo y ahora... ¡le veía partir sin pena, sin dolor!

—Los chopos... el río... y mis amigos de infancia! ¡Ah, Toeya, eso es probablemente peor—! suspiró sombrío, sin osar echarle en cara su despego. ¡Tantos años he permanecido ausente, que por fuerza he de sentirme como un extraño en mi propia patria! ¿Dónde estarán esos amigos? Ya sabéis que apenas contaba dieciseis años cuando aquí llegué y tan generosa ha sido conmigo esta madre adoptiva, que he dejado de sentirme como un hijastro. Quisqueya significa en nuestra lengua Madre del Mundo, ¿no es así? (45). Pues

le he tomado amor de hijo y esto va a parecerme como un destierro...

La sonrisa de la india se había tornado luminosa, mientras contemplaba con viva simpatía el rostro ensombrecido de Don Juan. El joven, que no esperaba respuesta alguna, prosiguió después de una breve pausa:

—Muchos sueños dejo atrás en esta hermosa isla que jamás podré reponer en mi corazón... si se frustrasen, Princesa, pues forman partes integrantes de mi alma y por tanto de mi propia existencia. Y de nuevo ahogó un suspiro, pasándose una mano trémula por la frente, como para auyentar un obsesionante pensamiento. Tal vez, como decía, esto sea muy conveniente para mí: tengo allí parientes influyentes de muy alta categoría, quienes se dignarán recordar que aún existo... para castigo de sus culpas. Quizás asista a las grandes recepciones de la corte y quien sabe si le sirva de distracción a alguna dama linajuda y aburrida! Todo esto es muy posible y provechoso, sin duda... ¡Y proporcionaría gran satisfacción al Marqués!

El acento de su voz era de enfática ironía y Toeya le miró acongojada, estrujando sus manos una contra otra, sin acertar a responder cosa alguna.

Don Juan pensó con cierta satisfacción interior que el reflejo de su propia angustia se proyectaba en el ánimo de la joven, pues la expresión de su semblante había variado totalmente y su voz era vagamente implorante al protestar:

—¡Sois demasiado noble de corazón para cometer una acción indigna, Don Juan! Además, habéis sido indeciblemente generoso con todos los que os rodean, especialmente con los infelices naborias. Ellos y... otros muchos llorarán por vuestra partida, augurándoos buen éxito y un feliz retorno. En este mundo, Señor, jamás se siembra en vano, y tarde o temprano recogeréis una abundante cosecha, no importa adonde os conduzca el Hado. ¿No os parece también éste un pensamiento consolador?

—Cual otro Marocael, (46) la anciana Toa dominaba apenas su desazón e impaciencia, haciendo viajes; moviéndose de acá para allá en su escondrijo; y dando señales inequívocas de estar ansiosa de que el hidalgo se despidiese, y ya hondamente conmovido como se hallaba el espíritu del joven, no podía éste confiar en su propia voluntad por más tiempo. Temía perder el dominio de sus tensos nervios y caer a los pies de Toeya, jurándole aquel amor por tanto tiempo disimulado, y temía más aún perder lo poco que le restaba de su valor, volviéndose más recalcitrante para el fastidioso viaje al continente europeo.

Haciendo acopio de sangre fría, serenó su semblante y alzóse de su asiento, los ojos sombríos fijos en el semblante de la princesa. Las largas y sedosas pestañas de la joven se agitáron nerviosamente cuando el hidalgo tomó entre las suyas la mano que ella le tendía y la llevó a sus labios con veneración.

—Toeya, no puedo exigiros que lloréis por mí como mis naborias, pero me siento profundamente agradecido, pues vos también habéis sido compasiva conmigo, consolándome cuando más necesidad he tenido de ello. Ahora es más vivo mi deseo de retornar cuanto antes a estos lares. Os ruego expresar mis saludos y respetos a vuestro padre.

Brilló el rubí y tembló la mano de la princesa, que Don Juan conservaba aún, emocionado. Soltóla gentilmente y quedó un instante en silencio, esperando sus palabras de despedida.

Los labios de Toeya permanecieron cerrados: sus sensaciones eran lentas y profundas: y esta vez no podía expresar lo que sentía. Asintió con un movimiento de cabeza, no osando confiar en su voz en aquellos críticos instantes, y Don Juan vaciló antes de proseguir con inusitada timidez:

—Prometedme, al menos, que no me olvidaréis del todo... por mi parte os juro que para mí ha de ser del todo imposible olvidaros, aunque llegase a vivir toda una existencia separado de vos. Seré siempre vuestro humilde servidor.

¿Me creéis implícitamente? Había todo un mundo de ternura y ansiedad en su acento.

La voz de la princesa era cálida y vibrante al murmurar con valiente esfuerzo:

—¡Oh, sí! Os lo creo, Don Juan, sois a veces impulsivo, mas nunca falaz. Ahora lo sé... lo comprendo. Mi Padre y Señor piensa como yo y quedará apesadumbrado en extremo con vuestra súbita partida... y yo... yo, Señor... Don Juan, jamás olvidaré vuestra tierna amistad. Os lo juro.

Al pasarle el sombrero, que el joven trataba de recuperar del césped, donde yacía, se oyeron sonar claramente las campanadas de las doce del monasterio vecino, y Don Juan creyó conveniente partir de una vez.

—Don Juan, —exclamó Toeya con voz tensa y vibrante por la emoción— ruego a la Virgen Santísima que os ampare y guíe vuestros pasos adonde quiera que vayáis!

—¡Gracias, Toeya, gracias—! murmuró el hidalgo, inclinándose ante ella una vez más, pálido y profundamente conmovido. Dió algunos pasos vacilantes, caminando en dirección a la casa, con el talante de un hombre que ha ingerido licores espirituosos y procura ocultarlo. Luego se irguió con un esfuerzo, alejándose a buen paso.

Toeya oyó la puerta rechinar y le pareció que su corazón había cesado de latir. Oprimióse el pecho con una mano helada, temblándole los labios como poseída de un intenso frío. ¿Qué era aquél sentimiento nuevo que la dominaba y poseía de súbito, haciendo flaquear su ánimo? ¿Era quizás amor? No cabía duda: había penetrado en su alma con la violencia tumultuosa de una inundación.

Había dicho Don Juan sobre el destino, que cada mortal debería forjar el suyo o trocarlo a voluntad. ¡Qué hermoso pensamiento aquel! ¡Qué consoladora idea! ¡Pero ella era una infeliz aborigen, la heredera de una familia que el Hado cruel empujaba como una hoja rota bajo el huracán! ¿Qué podía ya hacer para cambiar su sino? ¡Ah, quizás era demasiado tarde! ¿Porqué no se percató antes que este ex-

traño sentimiento atara sus dos almas? De saberlo Don Juan quizás se habría ingeniado para permanecer en La Española... Su intuición poderosa de mujer enamorada le advertía que el Marqués de Villahermosa había encontrado un motivo, un medio fortuito, para alejarle de ella para siempre, porque el caballero era orgulloso en extremo y desaprobaba, sin duda, un enlace entre español e indígena, especialmente cuando ese español era su sobrino carnal, a quien todos decían que amaba como a su propio hijo. Pero, ahora, ¿de qué le valdría aquel tardío arrepentimiento? Ambos serían eternamente desventurados, a juzgar por sí misma. Quizás esta separación a tiempo sería lo más acertado para ambos, razonó su mente con cordura, pero apesar de la cristiana filosofía aprendida de los franciscanos del convento, de sus ojos se desbordaron las lágrimas, cálidas y silenciosas, que resbalando lentamente por sus mejillas, cayeron indiferentes sobre el fino tapete que con tanto esmero cuidara una hora antes.

Algo se agitó entre la hojarasca y la joven divisó con la consiguiente alarma a su oficiosa dueña, que avanzaba hacia ella con paso presuroso y expresión inequívoca de alivio reflejada en su semblante. Maquinalmente Toeya secóse los ojos con el dorso de las manos, pero ya la mirada perpicaz de Toa había advertido las lágrimas denunciadoras, que brillaban como perlas en la faz desolada de su ama.

Una profunda perplejidad marcó entonces grandes surcos en el rostro apergaminado del aya, al aproximarse parpadeando nerviosamente para adecuar sus ojos a la luz del sol abrazador de la campiña abierta. La expresión de su semblante severo molestó a la princesa, quien no dudaba ya que su dueña había escuchado toda, o por los menos, una buena parte de su conversación. Sentía tal angustia, tal desfallecimiento, que no deseaba dar explicación alguna.

Toa permaneció de pie ante la princesa, contemplándola con ojos humildes y cariñosos, muda y consciente de su culpabilidad; pero en esta ocasión su perturbada ama no se dejó ablandar.

* * *

—Toa, bien sabéis que esta vez no os he requerido— reconvino con compostura, esforzándose por substraer una nota de enojo, que apesar suyo se hacía patente en su voz.

—Preparaos para la llegada de mi Padre y Señor, que estará aquí dentro de breves instantes, sin duda fatigado de su larga jornada.

La dueña lanzó una mirada preocupada al rostro febrilmente encendido de su ama y se inclinó con humildad, volviéndose sin haber dicho una sola palabra, con expresión a la vez contrita y ofendida en sus ojos opacos. Por primera vez, desde el fallecimiento de su señora madre, la princesa rehusaba el consuelo de la vieja nodriza, exigiendo que la dejase tranquila para lamentar sus cuitas sin auxilio ajeno. Y desde aquel instante nació en su alma egoísta la punzada fatal del odio hacia el joven español.

Toeya, apenas consciente del desencanto sufrido por su vigilante aya, oprimióse las ardientes sienes con ambas manos, elevando los ojos bañados en lágrimas hacia el brillante cielo azul, que vencida por el dolor, se le antojaba más distante que de ordinario. Huía su ilusión, deshojando su quimera, cual un vano espejismo, aunque ella creyó estar convencida de aquel desenlace de antemano. Entonces, se preguntó, si tan solo aquello podía resultar de su ensueño, ¿por qué permitía que le abrumase de aquel modo? ¡Ah, era que aquellas palabras del hidalgo, entreveradas de despecho, sobre lo que acontecería en la corte de Castilla, atenazaban su cerebro! Ya no le vería pasar por su morada a todo galope, caballero en su brioso corcel; empolvado y fatigado al retornar de sus faenas cotidianas, pero siempre con la sonrisa a flor de labios, saludando gentilmente con su amplio sombrero campestre.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, como en un sueño, Don Juan permitió al Marqués que le acompañase hasta el galeón, que aguardaba anclado en la bahía, su carga y pasajeros, maravillándose él mismo de su docilidad, que parecía implicar que carecía de toda determinación o voluntad propia.

Preguntábase una vez más con inquietud cómo podría su intransigente tío adjudicar al antiguo administrador el desempeño de la intensa labor agrícola que se había encargado de ejecutar tan fielmente y que requería tanta consagración como esfuerzo físico. Las granjas eran más numerosas que antaño, razonaba, y por tanto, el trabajo mucho más rudo. Con cierto dejo de curiosidad había advertido todo esto al Marqués, pero su tío le aseguró jovialmente que ya había procurado un sujeto bien recomendado y competente, el cual asistiría al administrador en sus innúmeras actividades, confesando que las estimaba demasiado prolijas para ser dirigidas por un solo hombre, no obstante los naborias que tuviese bajo sus órdenes.

Don Juan había sonreído ampliamente, inflamado de justo orgullo, pero a la mención de un capataz que viniese a amedrentar o a castigar injustamente a sus indios, su rostro se contrajo en fiero gesto de protesta. Insistió en conocer personalmente a aquel hombre la noche anterior, logrando encontrarle al fin en una taberna de mala fama. Parecióle un sujeto áspero; con apariencia de cómitre; marcado el rostro por la navaja de las riñas, aunque aseguraba con orgullo ha;

ber obtenido aquellas cortaduras peleando cuerpo a cuerpo con el rey Caribe Mayabí (47) de indomable bravura. Aquel sujeto tenía un apetito insano de conversación, prueba de haber vivido mucho tiempo entre salvajes; y Don Juan le dejó hablar largo rato para ponerse al corriente de sus costumbres, nada católicas, por cierto. Sin embargo, el joven pensó que había llegado a intimidarle con sus palabras, que no dejaban lugar a dudas sobre la suerte del que sometiese a tormento a alguno de sus naborias.

Habíale rogado el Marqués que visitase a sus hijas inmediatamente después de su llegada a Castilla, para que le escribiese informándole sobre la salud de ambas y de sus actividades en general. Esto, le había explicado a Don Juan, traíale también sumamente preocupado, pues las jóvenes, salidas del convento hacía apenas un año, comenzaban a disfrutar de las diversiones de una brillante vida social bajo la vigilancia nada estricta de su bondadosa tía, la Condesa viuda de Sotomayor, la cual pasaba, según las palabras del propio Marqués, la mayor parte del tiempo en su oratorio.

Engañado de esta suerte, como un chiquillo travieso Don Juan se embarcó para su tierra natal, sin sentir entusiasmo, ni alegría, aunque sí el anhelo propio del ausente por ver las personas queridas y observar los cambios que se habían operado en su país durante sus largos años de ausencia por tierras de América, preguntándose con desazón por qué el Marqués le había ordenado tan imperiosamente al momento de partir, permanecer en Castilla sucediese lo que sucediese, hasta recibir nuevas instrucciones suyas. Era obvio, pues, razonó el joven, que su tío no estaba enteramente satisfecho de su labor, o hubiese hecho el mayor esfuerzo posible por retenerle junto a sí, debiendo procurar a alguien a quien enviar a Castilla en lugar suyo. Sin embargo, Don Juan estaba persuadido de haber logrado una verdadera hazaña corriendo incansablemente en un veloz potro de una granja a otra, haciéndolas producir lo impensable con su esforzada actividad y vigilancia. En muchos días

feriados prescindía de su pintura, que era casi su religión, para ayudar a su tío en sus confusos papeles, los cuales ni él mismo lograba poner en claro. El Marqués ostentaba los títulos de Regidor Vitalicio del Cabildo de la ciudad y Oidor de la Real Audiencia de La Española (48). Enorgulleciase de estos cargos, pero el verdadero Regidor resultaba ser su sobrino, quien copiaba religiosamente todas las actas y le ayudaba muchas veces con aquellos largos discursos, que declamaba luego el caballero con su voz estentórea.

* * *

No fué la travesía tan breve, ni tan tranquila como Don Juan esperaba, pues a las primeras dos semanas de vientos bonancibles, siguieron otras en que apenas se dormía una noche completa a bordo de la nave: el galeón danzaba sobre el amenazador océano como una frágil barquilla barrida por la lluvia y por el viento, que soplaba con furia de vendaval. Las olas se elevaban como muros movibles, como si pretendieran alzarse hasta los cielos. Pero el joven no se amilanó ni en lo más mínimo durante aquellas torbellinosas semanas: sin aún las grandes marejadas del golfo llegaron a intimidarle. Fueron días borrascosos, pero de austera belleza, singularmente extraña. Podría decirse que gozaba al contemplar el espectáculo: era lo que había ambicionado para paliar la tormenta de su espíritu. Anhelaba llegar lo antes posible para acelerar la marcha del difícil asunto que se le encomendó y que esperaba poder solucionar a satisfacción en una o dos semanas, a lo sumo.

A su arribo a España, después de aquel penoso viaje de casi tres meses, tocóle en suerte una no menos penosa jornada en coche de camino desde Barcelona a Valladolid. Los caminos, muy transitados, estaban en malas condiciones y los guías se detenían a cada instante a las puertas de los mesones a recoger pasajeros, causando mil inconvenientes y molestias.

Tras de aquellos días de sorda ansiedad, su desesperación y desencanto fueron enormes al no encontrar al abogado que debía dirigir sus pasos en el apócrifo negocio del Marqués. Enteróse más tarde, con el consiguiente estupor, que el letrado en cuestión había fallecido hacía algunas semanas de muerte súbita. También averiguó con diligencia que este señor había tenido un solo hermano, notario público de profesión, retirado del negocio desde algún tiempo atrás por motivo de su precaria salud.

El impaciente hidalgo comenzó entonces una minuciosa búsqueda por los suburbios y barrios pobres de la ciudad. Pasaron semanas enteras antes de encontrar finalmente a su hombre. Era este un sujeto bastante entrado en años, en extremo nervioso, que padecía a todas luces de una parálisis parcial, pues más bien que caminar, arrastrábase penosamente con la ayuda de dos bastones de nudosa madera. Así lo comprendió Don Juan, cuando el anciano acudió a su llamada, sin esperar a que se presentase su ama de llaves. Acudió ésta tardíamente, reconviendo al notario con una mirada, y contemplando al joven con tal expresión de asombro y emoción que le dejó azorado y algo molesto. Cambió luego unas palabras en voz baja con el anciano, dirigiéndose al hidalgo amablemente para tomar su birrete y su capuz, los cuales depositó sobre un sillón cercano, marchándose con una exagerada cortesía.

El notario contempló entonces a Don Juan con idéntica expresión que la de su servidora, golpeando el pavimento nerviosamente con uno de sus recios bastones, mas consiguiendo mantener el equilibrio por el momento. Después de un breve lapso, que pareció un siglo a Don Juan, el anciano le rogó que tomase asiento, sentándose a su vez con un nuevo esfuerzo.

El joven obedeció maquinalmente, dando las gracias, aunque frunciendo el ceño con aprensión. No podía explicarse por qué tantos cumplidos para contestar una simple pregunta, y de pronto le asaltó la presunción de si no estaría caduco.

Por eso sentía inquietud al explicarse con más sosiego por segunda vez.

—He venido, Señor, a inquirir si por alguna circunstancia fortuita, estáis enterado de una misiva escrita por mi tío, Don Ramón Alba del Valle, Marqués de Villahermosa, hace apenas tres meses, a vuestro fenecido hermano, el letrado Señor Miguel Dávila. He sido enviado a Valladolid por el Señor Marqués a reajustar un importante asunto de familia, y vuestro hermano debía dirigir mis pasos para realizar dicha encomienda. La carta en cuestión pudo haberse extraviado, desde luego, —prosiguió tratando de explicarse con claridad— y en ese caso me encontraría en una situación nada envidiable, Señor, pues estoy cierto de haberme podido servir de ella.

Su rostro evidenciaba el cansancio de aquellos penosos días y la excesiva desazón que todo aquello le producía.

La expresión del anciano se tornó gradualmente de perplejidad en extraño asombro, como la de alguien que despierta de un sueño que ha creído por un instante que fuese halagüeña realidad. De nuevo golpeó el pavimento con uno de sus bastones al declarar con cierta inquietud, moviendo la blanquísima cabeza:

—Caballero... No sé como deciros... Me abruma indeciblemente cualquier engaño impío. Por consiguiente, si adivinase cuál ha sido vuestra ocupación allá en La Española os aconsejaría retornar a América sin demora, aunque sería más acertado proporcionaros aquí algún negocio auténtico...

Calló como avergonzado, contrayendo los labios terrosos, como temiendo haber dicho demasiado.

Don Juan se sobresaltó, estudiando por primera vez con curiosidad el rostro descarnado y enigmático de su interlocutor, advirtiéndole que le contemplaba con vivísimo interés. La presunción de que estaría medio loco o divagando, volvió a asaltarle. ¡Pero, nó! ¿Cómo habría podido adivinar su procedencia? ¿Acaso estaba él mismo tan perturbado que lo había dicho inadvertidamente, o era talvez que todo el que

llegaba de América tenía apariencia de indio? Dijo, pues, con acento entrecortado:

—Quizás, Señor, no comprendísteis del todo bien... o yo no he acertado a explicarme con claridad...

—Al contrario, Señorito: os he comprendido a la perfección— le interrumpió el anciano con cierta extraña solemnidad. —A decir verdad, había esperado esta visita con interés, sin poder decidir que partido debería de tomar. Esto es, en el caso de que llegáseis a dar con mi paradero, que no parecía probable. Pero, en fin, —añadió perplejo, rascándose la barba con aire de duda— no esperaba a un joven tan... gentil y amable como vos!

Entonces, con sobrada razón el hidalgo se llenó de alarma y viva aprensión, abriendo los ojos y oprimiendo los brazos de la butaca con creciente nerviosidad, mientras el anciano continuaba la perorata que le había quitado el aliento. La locura de éste será parcial ó nó, como la parálisis, pero acabará volviéndome loco, pensó.

Había intensa desazón en el acento del notario al proseguir despaciosamente: —En fin, habréis comprendido que tengo en mi poder la carta dirigida a mi pobre hermano, que Dios tenga en la Gloria, quién no tenía ningún otro deudo más cercano que yo. El hecho es que la he recibido apenas hace quince días. Mucho temo que todo ésto os desanime considerablemente, pero —añadió con sorna— si no me equivoco vos parecéis muy capaz de cuidaros de vuestros propios asuntos! —Y este pensamiento pareció divertirle en cierto modo.

Don Juan le miró pasmado, experimentando una curiosa sensación de sequedad en la garganta que le impedía articular su pensamiento. Concentró, pues, su atención en las palabras del anciano, que proseguía con desesperante tranquilidad:

¡En dicha misiva el Marques de Villahermosa, vuestro tío, con quien mi hermano se hallaba en los mejores términos, explicaba cuán ardientemente deseaba impedir que su sobri-

no cometiese allá en la isla Española una ignominiosa locura... o un término análogo que no recuerdo, y por este motivo enviábale a España en la creencia de que debía reajustar aquí cierto importante asunto de familia, que le tenía preocupado. Ahora que he tenido el placer de conoceros, Don Juan Alba, permitidme deciros que me parece esta odiosa patraña una injusticia inexplicable, pues a tiempo supe por mi difunto hermano que la propiedad en cuestión ha estado desarrendada durante varios años, tanto que él mismo se lamentaba con frecuencia del abandono en que se encontraba todo aquello...

Recuperando inmediatamente la voz, Don Juan repitió con amarga entonación:

—Pero, habéis dicho ¿“una ignominiosa locura”?... ¡Ah, será posible, buen Dios? ¡Mi tío es inexorable! ¡Me ha desterrado!

Los músculos de su semblante varonil se contrajeron, y oprimióse fuertemente las rodillas con ambas manos para impedir que les temblasen: tales eran la ira y el despecho que agitaban su cerebro. Mientras habló el notario su mente repasó velozmente cien extraños pormenores de su precipitado viaje, recordando incidentes que debieron haber despertado sus recelos, pero que en aquellos momentos de premura le habían parecido perfectamente explicables. Sólo entonces, tras una conmoción espiritual tan intensa, comprendía plenamente la extraña aberración del Marqués. Por fin, dábase cuenta exacta de todo el maquiavélico plan, y sus dedos se crisparon con ira impotente, mientras las uñas se clavaban en sus palmas insensibles.

El notario se había levantado de su asiento con bastante dificultad y le miraba pensativo, apoyado en sus bastones. Agobiado de pesar, el joven sentíase hondamente deprimido, sin acertar a tomar decisión alguna. La escasa luz que se filtraba por las celosías caía sobre su semblante, de una seriedad sombría. Respiró con fuerza para librar su pecho de la angustia que le oprimía y miró consternado al notario, diciendo con voz lenta y opaca:

—¡Fuí soberanamente imbécil, Señor, al no haber adivinado todo esto mucho antes! No me explico como puede haber sido tan confiado! Desearía poder leer esa misiva de mi tío, Señor Dávila, si no ponéis ninguna objeción a ello. Quisiera... convencerme con mis propios ojos de que el Marqués no ha menester ya más de mis servicios. Ciertamente; —añadió convencido— sólo así me explico su actitud, pues la honda ternura que profeso a una bellísima princesa indígena no puede ser motivo suficiente para una despedida tan... irrazonable. O mucho me equivoco o el viejo administrador le acomoda mucho más que yo! ¿Vos, Señor, que tenéis tan vasta experiencia, no opináis por ventura lo mismo?

La presencia del afable extraño érale inexplicablemente consoladora, y sabía ya que podía esperar de él un consejo adecuado. Percibió algo conmovedor en los hundidos ojos de su interlocutor al contestar éste con su habitual expresión pensativa:

--El hecho es, Don Juan, que después de conoceros he sentido cierto asombro o incredulidad, pues vuestro rostro y modales refutan cualquier capricho de mi imaginación suggestionada. Tendréis la respuesta en la misma escuela de vuestro tío, la cual hallaréis en el bargueño que está junto a la ventana— manifestó, apuntando frente a sí con su huesudo índice.

Don Juan se puso en pie, con todos los nervios en tensión, y el anciano prosiguió diciendo con aparente calma:

—El Marqués, me aventuro a decir, es tan gran señor que exige completa sumisión a los que le rodean y en cierto modo consigue anularles la voluntad, que es la esencia de la vida... Habiendo deliberado un tanto, voyme dando cuenta cabal de que, en efecto, a vuestro tío le inquieta hasta hacerle perder el juicio, vuestro... deslumbramiento por la hermosa doncella indígena.

En el ínterin, de tres largas zancadas, el hidalgo se había puesto junto al bargueño, preguntando nerviosamente, la mano ya puesta sobre la manija de bronce:

—¿Es ésta, Señor?

El notario asintió, evidentemente satisfecho, dando vueltas a uno de sus bastones con su mano nudosa y arrugada.

Don Juan luchó un instante con la refractaria gaveta, abriéndola de golpe casi inmediatamente; sacando luego con impaciencia un largo pergamino que descansaba en el fondo, sobre el cual reconoció al instante la escritura extravagante y casi ilegible del Marqués. Acercóse a una de las celosías para ver mejor y por fin, sus ojos recorrieron ansiosamente la página escrita, mientras su rostro se oscurecía de indignación bajo sus cejas contraídas.

La lucha entonces, está por comenzar! —masculló como para sí al terminar rápidamente el primer párrafo denunciador—. ¡No es posible, Señor. . . no permitiré, por mucho que le respete, que mi tío me maneje a su antojo como a un pelele! Ya he cumplido veintitrés años y perdería el respeto a mi hombría si me sometiese a esta nueva imposición como una débil mujer.

Comenzó a trasudar de indignación. Sacó su pañuelo de uno de los bolsillos de sus gregüescos, enjugándose la frente con evidente mal humor. Y habiendo terminado la lectura de la carta, comenzó a pasearse a lo largo de la estancia, sujetando aún el pergamino entre sus dedos nerviosos.

El notario se mantenía erguido, sentado casi al borde de su sillón, manteniendo milagrosamente su precario equilibrio; la mirada fija con pesar en el semblante tenso del joven. Don Juan percibió aquella mirada con agradecimiento, comenzando a leer en voz alta el último párrafo, con ronco acento, que descubría el tumulto de sus pensamientos.

“Sabéis, pues, cuál tengo dicho, que mi sobrino deberá permanecer en Valladolid hasta recibir nuevas órdenes mías, lo cual proporcionará a su hermano, Don Edmundo de Lares, Conde de Rocamora, tiempo suficiente para procurarle alguna ocupación adecuada a sus años. También he juzgado conveniente escribir a mi hermana, la Condesa Viuda de Sotomayor, para que le proporcione recreación a su vez, aunque

no he juzgado oportuno ponerla al corriente de estos pormenores, ya que ama tan desmedidamente a mi sobrino que podría echarlo todo a perder. En fin, no será problemático retenerle allí, pues mi sobrino tiene el capricho de pintar cuadros, para lo cual posee sobrada habilidad, y vos podéis animarle a visitar alguna vez a su antiguo maestro, a quien conocéis aún mejor que yo. Conociendo a Don Juan tan bien como le conozco, comprendo que en este desdichado caso toda exhortación habría sido inútil: es tozudo e impulsivo en extremo y capaz de los mayores absurdos cuando se trata de una mujer. Pruebas suficientes he tenido de ello en lo pasado! Por tanto, amigo mío, he decidido evitar el grave riesgo de que intente tomar por esposa a una nativa casi salvaje de estas islas, arruinando con ello un porvenir envidiable. Sobradas esperanzas abrigo de que antes de mucho tiempo conozca Don Juan en la Corte a una dama de alta categoría, quien a no dudarlo sabrá borrar de su mente esta ignominiosa locura. De Santo Domingo a 20 de diciembre de 1514". Terminaba la misiva la firma rubricada del Marqués, después de las palabras de ritual "Guardeos Dios".

Y entonces, inesperadamente, Don Juan echó hacia atrás la airosa cabeza y rió de buena gana, con algo de desafío en el gesto, desapareciendo inmediatamente de sus pupilas la expresión de desaliento, que de nuevo reflejaron en sus profundidades un inconfundible destello de valentía y optimismo.

—¡Una nativa casi salvaje, asegura rotundamente mi tío! —repitió con sorna, enfrentándose con denuedo a la abrumadora realidad—. Señor, creedme, la joven en cuestión es una perla rara: tan fina y gentil como un ángel! —Y prosiguió con la mirada soñadora, como si hablase consigo mismo: —Merece. . . no un pobre infanzón como yo, sin títulos, ni patrimonio. . . y casi sin emolumentos, sino un príncipe de sangre real, que ponga un reino a sus pies. . . Eso es —añadió complacido, sin disimular su entusiasmo de enamorado— el reino del cual nuestros rapaces conquistadores la despose-

ieron con tanta saña. Don Cristóbal Colón declaraba alborozado en su primer mensaje a la Reina Doña Isabel, que la hospitalidad e innata gentileza de aquellos Caciques quisqueyanos eran tales que causarían asombro a muchos príncipes poderosos de la cristiandad. Y ella, Señor Dávila, —terminó el joven con ardor— es princesa por nacimiento y se asemeja a una Virgen de Giotto!

El notario no hizo comentario alguno en esta ocasión. Arrellanado en su profundo asiento, parecía deliberar consigo mismo y se limitó a contemplar a Don Juan con una sonrisa reminiscente, haciéndose sus arrugas más numerosas y profundas. Intuitivamente sabía que el hidalgo había tomado ya una determinación, sintiéndose sumamente complacido del desenlace de aquel suceso extraordinario en su incolora existencia de inválido.

—Mi estimado Señor Dávila, —declaró con enfática ironía Don Juan— no he tenido el placer de leer la misiva de mi Señor Tío, pues por desdicha mía, por más que hice no acerté a descubrir vuestro paradero, atolondrado en el tumulto de esta gran ciudad. Añadiendo con reflexiva energía: Por otra parte, he decidido volverme a La Española tan pronto me sea posible, y afrontar la cólera de mi tío, si ello es inevitable. Por desdicha, un galeón zarpó hace apenas dos días, pero sólo una cosa me parece de primordial importancia en estos momentos. ¿Decidme, acaso puedo contar con vuestra absoluta discreción, Señor?

—Estimado Señorito, —repuso gentilmente el anciano— es bueno que comprendáis que mi conocimiento del Marqués, vuestro tío, ha sido tan solo a través de mi difunto hermano. ¡Apenas si le he visto más de dos o tres veces en toda mi vida!... Y de eso ya van muchos años! Por tanto, no será traicionar una antigua amistad. En cuanto a vos, podéis contar en todo momento con mi humildísima persona y confiar ciegamente en mi discreción. Creed que de todo corazón os deseo el más halagüeño éxito en este desdichado asunto.

Don Juan escuchó estas palabras con profundo agradecimiento, reflejándose en su rostro la confianza que sentía renacer en su corazón.

—Habéis sido increíblemente generoso con un extraño, querido Señor —dijo alzándose emocionado— y estoy mucho más agradecido de lo que puedo expresaros. Temo que el Señor Marqués se sienta en extremo defraudado por el fracaso de su interesante negocio, pero... el corazón no puede sacrificarse por un simple capricho de autócrata. Vos me habéis comprendido como un padre: ¡Dios os premie!

Inclinóse para recoger su birrete y su capuz, que echó sobre los hombros con descuido, pasando una mano nerviosa sobre su pelo ondulado y rebelde, del cual un mechón había escapado sobre la frente.

El notario hizo ademán de agitar una campanilla que tenía a su derecha, pero se arrepintió, levantándose de improviso con apresuramiento: olvidando por completo su pierna paralítica y dejando escapar uno de sus bastones, que cayó con estrépito al pavimento. Don Juan saltó en su ayuda, sosteniendo al anciano hasta que habiendo recuperado su equilibrio, le ayudó nuevamente a sentarse. Bajándose para recuperar el bastón, le advirtió jovialmente:

—De ningún modo os permitiré levantaros de nuevo, Señor... Ya me marchó, y es inútil que os molestéis más por mí: ya habéis hecho bastante, pero antes de despedirme debo expresaros lo hondamente reconocido que estoy por todas vuestras bondades. De no ser por vuestros tempestivos consejos, me marcharía ahora completamente desorientado. Si me lo permitís, tendré sumo gusto en volveros a visitar. Cuento con pocos amigos en esta gran ciudad: pero ahora... ¡ya sé que he ganado uno verdaderamente espontáneo y sincero!

—No es que os lo permita, Don Juan Alba: ¡os lo ruego encarecidamente! —repuso el buen hombre con emoción, extendiendo hacia el joven su diestra huesuda y arrugada, que Don Juan estrechó entre las suyas con calor.

Cuando el hidalgo hubo cerrado tras sí la puerta de la casa, el notario se alzó de nuevo de su sientto para ir a situarse junto a la ventana, contemplando con infinita nostalgia la figura airosa del joven, que desaparecía con paso más que regular.

—¡Ah, Dios del Cielo! Como me recuerda a mi pobre Antonio, ido a aquellas lejanas tierras de América! Si algún día volviese... —musitó con desamparo. —Tiene los mismos ojos llenos de fuego y hasta el mismo pelo sedoso y ensortijado! Ayúdale, te lo ruego! —Y alzó al cielo sus ojos mustios.

Al salir a la calle Don Juan respiró el aire puro y frío, como si hubiese estado confinado en una prisión durante todos los meses precedentes. Dueño una vez más de su albedrío y de su destino, sentíase libre y casi feliz. Un notario que revela secretos ó documentos que ni siquiera les pertenecen podría parecer extraño; pero éste ha sido para mí de imponderable beneficio... iba pensando. No llamó ningún carruaje de los que se sucedían sin cesar, agitando sus musicales campanillas para atraer la atención de los indiferentes peatones que atestaban la vía. Había decidido hacer una larga caminata hasta el vecindario de la aristocrática residencia de sus dos encantadoras primas, disponiendo de este modo de tiempo suficiente para coordinar sus ideas, tan perturbadas, y sofocar a la vez su extraordinaria excitación.

Al pasar junto a una vendedora de claveles, delgaducha y linda, que arrebuja en un raído manto tiritaba sentada junto a su puesto de flores, su voz dulce y quejumbrosa excitó su conmiseración, induciéndole a detenerse.

—¿Señorito, no compráis mis claveles, por favor?

Un parecido sorprendente de espesas trenzas azulinas, piel morena y ojos negrísimos como azabaches, le trastornó un brevísimo instante. Advirtió luego, con cierta satisfacción interior, que sus demás facciones eran bastante vulgares, y no delicadamente cinceladas como aquellas otras que

tan vívidamente recordaba. Ya le había sucedido esto en otras ocasiones, pues aquel hechicero rostro de virgen le obsesionaba, pareciéndole verlo en todas partes.

Cuando un hombre se encuentra verdaderamente enamorado no está en su juicio cabal, y Don Juan sorprendió a la vendedora en aquel momento musitando distraídamente:

—Uno solo bastaría!... —pues su mente le trasladó a la isla amada y deseada en aquella tarde de estío, cuatro meses atrás, cuando había bajado con prisa la escalinata del Alcázar, corriendo como un colegial, para recoger un hermoso clavel como éstos, caído de las manos de una doncella indígena. ¿Acaso tuvo la intención de devolverlo a su dueña? Sí que la tuvo, pero aquella expresión desdeñosa de la joven le había servido de acicate para apropiarse la flor sin su permiso, incurriendo en su enojo. Por ventura, la joven se retiró a tiempo del balcón, pues de haberla encontrado allí mismo habría osado besarla, apesar de su orgullo, y presumía que ella no le hubiese perdonado tal ofensa. Suspiró reflexionando qué habría pensado Toeya de él aquella tarde, cuando agotó todas sus habilidades de hombre de mundo para hacerse simpático.

Su mirada distraída recorría el fresco y oloroso montón de claveles. Una vez más la florista repitió su pregunta con timidez, pues le parecía absurdo que alguien tuviese el peregrino capricho de comprar un solitario clavel.

El hidalgo volvió a la realidad con una sonrisa vaga, y entonces, pensando que perdía un tiempo precioso, repuso con viveza:

—Tres ramilletes de los mayores y a toda prisa!

La chica le miró asombrada. ¿Estaría desequilibrado, este elegante señorito que pedía primero un solo clavel, y luego sin transición alguna, tres enormes ramilletes?

—¿Tres ramilletes grandes, decís? —preguntó todo azorada la vendedora.

Eso dije... ¿Sois acaso de Andalucía? —inquirió repentinamente Don Juan, que seguía con sus pensamientos

en Toeya, mientras la muchacha seleccionaba los claveles con premura.

El rostro de la joven estaba lívido del frío, pero al escuchar la pregunta sus ojos se animaron con repentino placer.

—Sí, Señorito, de Andalucía soy. ¿Vuesamerced también?

—No... precisamente, Señorita, —contestó el hidalgo aturdido, encontrando la pregunta difícil de contestar— pero... mi novia sí que lo es... y bonitísima! —añadió sonriendo ampliamente de la innecesaria mentira.

—Pues si es de mi tierra sabrá apreciar estos lindos claveles. Y ladeó la cabeza para apreciar el efecto del ramillete que sostenía entre sus manos.

—¡Ah, lo dudo de veras! exclamó de nuevo el hidalgo con una sonrisa extraña—. Allá hasta las orquídeas son silvestres. Las hay pequeñas, como claveles... amarillas, como mariposas... —aseveró impensadamente, al tomar en sus manos, largas y nerviosas, los ramilletes que la joven le alargaba mirándole muda de asombro.

Don Juan los contempló un instante con arrobamiento, sin percatarse del examen de que era objeto.

—¿Será esto suficiente? —preguntó, entregando a la chica un reluciente ducado.

—¡Ah, es demasiado, Señorito, demasiado!... no tengo dinero suficiente para la vuelta —murmuró con pesar, sacudiendo la cabeza.

—¡Pues... tanto mejor! Guardáosla y deseadme buena suerte, que mucha falta me hace...

Había una especie de hilaridad insana en sus ojos al decir esto, que dejó a la joven confundida y asustada. Don Juan se despojó gentilmente del birrete, como lo hubiese hecho ante una dama de su misma categoría, murmurando los buenos días, mientras la chica entre confusa y risueña, bisbiseaba indistintamente:

—¡Mil gracias, amable señorito... que Dios os ayude! ¡Pobrecillo! —añadió compasiva cuando ya el hidalgo se alejaba: —No hay duda de que está totalmente fuera de los cabales... ¡Qué lástima! ¡Tan guapo mozo!

Riéndose para sus adentros y vencida ya su desazón, Don Juan prosiguió su camino, acercándose a una desierta plaza, donde bulliciosos grupos de arcabuceros se reunían de continuo cuando era más propicio el tiempo. Recordaba haber admirado muchas veces aquel parque, con su cenador y hermosas estatuas alegóricas, como un oasis de verdor en el verano, pero ahora se hallaba desierto y los árboles, desprovistos de su dosel de relucientes hojas, a la luz grisácea de la mañana, semejaban extraños fantasmas. Era primavera y había llovido muy temprano, pero la nieve seguía adherida a los desnudos troncos, formando una capa brillante, que acá y acullá formaba sutiles carámbanos, cual verdaderos collares transparentes, drapeando las ramas de una manera pintoresca y original. Advirtió asimismo, la majestuosa belleza de unos pinos verdinegros, que recubiertos por un pesado manto de nieve, ostentaban arabescos de indescriptible hermosura, semejando a sus deslumbrados ojos de artista una blanquísima mantilla de encajes con caprichosas flores en relieve.

—Si hiciese al menos un poco de sol, esto sería maravillosamente hermoso! —musitó sintiendo castañetear los dientes. —Hace aquí un frío siberiano!— Y se embozó hasta las orejas en su capuz de grueso paño de merino.

Las bellacimas de pálidas flores rosadas, adornarían los senderos en aquella estación del año, allá en su recordada isla romántica, formando alfombras de menudos pétalos sobre la tierra húmeda y bienoliente, y el espinillo (50) de oscuro y brillante follaje, mezclaría ya sus flores delicadas con el tono verdinegro de sus hojas relucientes! Allí la lluvia caía suavemente sobre el sempiterno verdor de las selvas de Maguana y las vegas del Cibao (51)... La reminiscencia le hizo lanzar un leve suspiro.

Entonces el sol, en un soberbio impulso, como queriendo reparar de algún modo su tardía aparición, emergió inesperadamente del seno de las nubes, sus deslumbradores rayos brillaron en todo esplendor, envolviendo los árboles, los arbustos, el menóptero con sus alegóricas estatuas, que habían pasado inadvertidas hasta entonces, transformándolo todo como por arte de magia en un fantástico palacete de plata y cristal, que deslumbró la mirada del hidalgo y le hizo suspender el aliento con admiración.

—¡Castilla, tierra mía, bendita seas! —murmuró Don Juan entusiasmado—. ¡Hermosa aún bajo tu manto de nieve! ¡Esto es algo que tenía casi olvidado!

CAPÍTULO VI

El capuz colgaba donosamente de sus hombros cuando por fin llegó a la residencia de su tía, pasando de ella inadvertidamente, pues las columnas y ojivas de todo aquel pétreo sector le confundían a menudo y más aún en esta ocasión en que llegaba tan preocupado. Detúvose ante un imponente edificio de piedra gris, con balcones y ventanas de puro estilo gótico y primorosa puerta blasonada.

—¿Se encuentran en casa mi Señora Tía y mis Señoritas primas? —preguntó cuando acudió el mayordomo a los repetidos aldabonazos.

—Las Marquesitas sí están en casa, Señorito, pero la Señora Condesa ha salido temprano esta mañana— contestóle el estirado mayordomo, haciendo una reverencia.

Lamentando interiormente la ausencia de su tía, el joven pasó adelante. Puso los frescos ramilletes sobre una consola de luna ricamente labrada; despojándose luego del birrete y del capuz, los cuales aguardaba el criado para colocarlos sobre el perchero del vestíbulo, que ostentaba igualmente una suntuosa luna de Venecia. Esparcidos con elegante desorden sobre las consolas se veían mármoles, urnas de plata, bronces antiguos y admirábanse, pendientes de los muros, lujosos tapices de Bayeux.

Tomando sus ramilletes una vez más, Don Juan entró sin ceremonia alguna en el sobrio y elegante saloncito de

su tía y allí, entretenidas en animada charla, se encontraban las aristocráticas Señoritas de Villahermosa.

Ambas gemelas contemplaron a su gallardo primo con idéntica sonrisa e idéntica expresión humorística en sus luminosos ojos azules, embellecidos en aquel instante por el fuego vivísimo que ardía y crepitaba en la alta chimenea de mármol, alrededor de la cual se hallaban sentadas en sendos sillones.

Doña Mariana, que por su apariencia de niña, parecía ser la de menor edad, tejía con destreza un ancho y delicado encaje de cárbaso. Con una exclamación de regocijo dejó el tejido y las agujas a un lado del amplio sillón de guadamecí brocado que ocupaba, alzando sus ojos, de un azul profundo de océano, que armonizaban con su cutis diáfano y su pelo undoso, desparramado por su espalda como un áureo trigal. La tersura de su alta y pálida frente no se alteraba. Era dulce, tímida; pequeña y delicada como un pajarillo; de una percepción y sensibilidad casi sorprendente a sus pocos años. En carácter era diametralmente opuesta a su hermana Doña Lucía, cuyos vivos ojos zarcos relampaguearon reidores contemplando la alta figura del hidalgo al entrar éste en la sala, llevando consigo los consabidos ramilletes.

Alegre como una caja de música, impulsiva, a pesar de su rigurosa educación conventual; de vivo ingenio y amiga de bromas; más alta y más amplia de formas que su hermana, Doña Lucía había sido tomada en varias ocasiones por hermana del hidalgo. Tal era el singular parecido de ambos primos. Poseedora de una imaginación en perpetuo movimiento, sus móviles facciones acusaban la vehemencia de su carácter.

Echando hacia atrás con un movimiento de impaciencia los rizos dorados que a menudo le caían sobre la frente, la joven lanzó una alegre carcajada por la imitación exagerada que hacía Don Juan en aquel instante de una reverencia cortesana, muy semejante a una zalema, con toda la gracia de un maestro de baile entrenado.

—¡Olé! Lo hacéis a la perfección, querido primo! —exclamó jubilosa la joven, cubriéndose la boca con la punta de los dedos para reprimir su bulliciosa hilaridad, que, como siempre, provocaba en aquel instante las miradas indignadas de su hermana.

—¡Muy buenos días, encantadoras Señoritas! —exclamó Don Juan, afectando el estilo chulesco que ya sabia divertía siempre a sus primas. Me siento sumamente complacido al contemplaros con el espíritu tan festivo hoy. —Pero cambió abruptamente de tono, como hastiado de hacer el histrión, dejándose caer en un confidente próximo con un profundo suspiro. Mirándolas, sin disfrazar por más tiempo su estado de ánimo, explicóles algo cohibido:

—A ser franco, esta vez sí que vengo a vosotras sobrecargado. . . casi podría decir deprimido. No, no es chanza: es un día perturbador para mí; creo que hasta me pesa el espíritu! — Titubeó un instante al preguntar con extrañeza: —¿Pero adónde se ha marchado Tía Elena?

Doña Lucía fué la primera en contestar, aunque su hermana abrió los labios para ofrecer al joven algún consuelo oportuno; pero no se le ocurrió ninguno convincente. No se le escapó sin embargo, que su primo estaba realmente preocupado. Imaginaba que a Don Juan le iba hastiando ya la búsqueda infructuosa del hermano del finado abogado indicado por su padre; pero Doña Lucía, nada analítica, juzgaba siempre por la mera apariencia exterior.

—Desearía saber primeramente— rogó con cierto aire de graciosa afectación que le caracterizaba— si es día de todos los santos por el gigantesco bouquet; y en segundo lugar quisiera saber, si no os parece exceso de curiosidad, lo que os causa regocijaros en todo tiempo mientras pretendéis sentir os tan hondamente deprimido e inquieto. En verdad, os tornáis misterioso en extremo, aunque se dice por ahí que esto os hace muy romántico. ¡No es mal papel! Pero a menos que nos expliquéis con lujo de pormenores toda esta trama, no os brindaré más de una maravillosa horchata

de chufas que yo misma he preparado hoy. Una delicia, os aseguro.

Echó el airoso busto hacia adelante, satisfecha de su locuacidad, observando risueña las movibles facciones de su interlocutor, imaginando que como en tantas otras ocasiones, tan solo se trataba de una simple broma.

Con la mirada en las encendidas flores, que había puesto con descuido sobre el confidente; y las cejas contraídas como en un pensamiento concentrado, Don Juan desaliñóse el pelo distraídamente: parecía cavilar. Solo entonces comprendieron ambas gemelas que su primo estaba realmente apesadumbrado, pues le era peculiar este hábito desde su niñez, siempre que se hallaba conturbado u obligado a hacer algo desagradable. Sin embargo, su voz conservaba el tono jocundo de ordinario al replicar:

—Quizás no lo sienta hoy, Doña Lucía... con el frío que hace! Pero, en resumidas cuentas, es casi medio día y nadie me dice adonde se ha marchado mi tía. Soy un egoísta, lo confieso, pero... sólo ella se preocupa algo por mí. En represalia todos estos preciosos claveles serán para su altar, pues siempre es el santo de la Virgen, ¿no es así? ¡Tiene once mil nombres nada menos! —añadió guiñando con travesura y levantándose ágilmente para colocar sus flores con destreza en un ventrudo jarrón de plata maciza, que adornaba la repisa de la chimenea.

—No os preocupéis; ya Juana le pondrá agua más tarde: está como Dios, en todas partes!— explicó, reasumiendo su asiento.

Doña Mariana enarcó las cejas y luego sonrió indulgente, amonestando al mismo tiempo:

—¡Por favor, Don Juan, creo que tenéis muy poca religión al hablar de lo más sagrado con tal irreverencia! ¡Cómo se horrorizaría nuestra buena tía! Aunque os parezca extraño, ha ido tarde a misa, pues está un poco afónica y quizás por la lluvia, hacía un frío excesivo más temprano. Me atrevo a asegurar que sintió enormemente no poder lle-

varos consigo, pues bien sabéis el orgullo que experimenta al mostraros en todas partes. Suerte que está ausente mi primo Don Edmundo. ¡Se vá a morir de envidia cuando se entere! Pero decidme con franqueza, ¿qué es lo que os trae tan acongojado? Conmigo no podéis fingir, porque puedo leer vuestro pensamiento... Os aseguro que no es indiferencia de nuestra parte, pero ya os previne que sería del todo imposible encontrar en dos cortas semanas a ese dudoso personaje vuestro. ¡Quién sabe!... ¡Hasta puede haberse mudado al campo! Tened un poco de paciencia y esperad: es una virtud, Don Juan.

El hidalgo las miró, sacudiendo melancólicamente la cabeza y por un instante sus ojos parecieron relampaguear. Movióse en el amplio sillón con cierta incomodidad, no sabiendo como enterarlas de la asombrosa noticia.

—Apenas ni sé cómo comenzar. No daréis mucho crédito a mis palabras, pero... he dado al fin con el hermano de mi abogado y ¡ay! os aseguro que desearía no haberle encontrado...— Suspiró y prosiguió con calor: —La razón por la cual se me envió aquí no fué, como se me hizo creer, para enderezar embrollos con nuestro tristemente célebre Beltrán, si no...— y había un dejo patético en su acento al concluir:— con el deliberado propósito de poner una deseable cantidad de agua salada entre aquella inocente princesa y yo! Ya veis, ¡no puede ser más absurdo todo esto!

Las gemelas se quedaron mirándose muy sorprendidas, como si dudasen lo que acababan de oír. Como acontecía con frecuencia, la hermosa Doña Lucía fué la primera en recobrase de la asombrosa noticia. Un tanto ofendida, sus palabras reprocharon gentilmente a la joven:

—¡Por favor, Don Juan, cómo podéis dar crédito a una patraña semejante, llegando a dudar de la palabra de nuestro padre! Por ventura, ¿os ha engañado alguna vez?— ¿Dónde y cuándo os han dado tales informes? ¡Ah, estoy cierta de que en vez de conspirar contra vuestros amores,

como sospecháis, debe haber tenido muy urgente necesidad de enviaros aquí, ó no os hubiese alejado de sí por tanto tiempo! Sé que os ama entrañablemente; ¿acaso lo dudáis?

Doña Mariana también pareció incrédula, refutando con cierta timidez:

—Con seguridad, primo, alguien debe haber inventado esta historia para exasperaros. ¿Conocéis acaso al sujeto de quien os habláis? No le habrá sobornado el propio Beltrán para malquistaros con mi padre?

Don Juan movió dos veces la cabeza de izquierda a derecha, mortificado, alzando su diestra a la vez en señal de justa protesta. Sentíase aún más descorazonado con la reflexión de que las Marquesitas no estaban dispuestas a dejarse convencer.

—Primas, por favor, permitidme empezar por el principio, como es debido! —protestó el joven con acento de súplica—. Lo que vuestro padre haya hecho conmigo toda la vida lo he aceptado como credo divino, pero sin faltarle el debido respeto en esta ocasión, por desdicha mía, no puede haber duda sobre mi aserción: ¡se me envió aquí engañado! El sujeto con quien he platicado esta mañana no es, como suponéis un pícaro redomado al servicio de Beltrán, sino un honrado caballero, lleno de santa nobleza y bondad sin límites. En fin, para no cansaros, el único hermano del finado Miguel Dávila: un fino y amable viejecito, sin más ambición que la de vivir tranquilo en este mundo, pues no es más que un infeliz inválido.

Calló un instante para cerciorarse del efecto de sus palabras en sus dos oyentes, advirtiendo que ambas permanecían silenciosas y estupefactas. Doña Mariana contemplaba el fuego con expresión turbada, mientras que Doña Lucía jugaba con sus propios rizos, mordiéndose nerviosamente el labio inferior y contemplando al joven con algo de enfado.

—Pero, —preguntó Doña Mariana saliendo de su mutismo con mucho de duda todavía— ¿cómo sabéis, Don

Juan, que no improvisó él mismo esa absurda historia? ¿Estaría en su juicio cabal?

—Sí que lo estaba y es eso precisamente lo que deseaba explicaros: el buen hombre no pudo inventar nada de ésto por la sencilla razón de que el mismo Tío Ramón descubrió la superchería con la misiva que escribió al abogado, la cual no deja lugar a dudas. La es critura de vuestro padre no podría imitarla ningún escribano profesional! En la misma explicaba Tío Ramón confidencialmente al bueno del abogado, lo preocupado que se hallaba temiendo que cometiese yo una abominable locura (y recalcó las palabras uniendo las manos sobre el pecho con ademán convulsivo) uniéndome a una salvaje iletrada allá en La Española! Esas eran más o menos sus palabras, lo cual os demuestra que mi tío no se ha molestado siquiera en inquirir nada acerca de la princesa. Y ahora, decid si creéis... De sobra comprendo que en el fondo de su corazón vuestro padre sólo anhela mi felicidad, pero... valiente modo de proporcionármela! Las decisiones de Tío Ramón son como las leyes de Dracón, que a nadie podrían hacer feliz...

Ante aquel testimonio irrefutable, Doña Lucía comentó un tanto ofuscada todavía: —Tal proceder es casi inexplicable en nuestro padre, pues no acierto a comprender un sistema tan drástico; pero... ¡quién sabe qué proyectos tendría él para vuestro porvenir!

—De todos modos—, terció Doña Mariana, expresando sus nobles sentimientos— ya sabemos que la princesa es bondadosa, inteligente y comprensiva: tres cualidades esenciales en toda mujer; pobre también, quizás... mas es probablemente culpa nuestra y no suya... ¡pobrecilla! Bien quisiera conocerla... El proyecto más plausible sería dejar pensar a nuestro padre que ignoráis del todo su plan y...

Doña Lucía le interrumpió ya de excelente humor, con la atractiva vehemencia que la caracterizaba: —Y tratad de ser mucho más cauto, Don Juan, en lo futuro, por si acaso mi padre expresase algún nuevo deseo de negocios en Castilla o en La China.

Y su risa contagiosa y jocunda despertó vivo regocijo en el corazón apesadumbrado de Don Juan, rompiendo la tensión del ambiente.

—Por lo menos es lo que tengo intención de hacer: ¡engaño por engaño! Pero Tío Ramón no debe enterarse... ¡o mis proyectos morirán de muerte súbita! ¿Comprendéis? La dicha de toda mi existencia parece depender del resultado de este extraordinario lance ¿Prometéis guardarme el secreto, primas?

—Sí que lo prometemos, —contestaron enfáticamente y casi al unísono ambas gemelas y Doña Lucía manifestó, bajando el diapasón de su voz:— pero con la condición de que tía Elena no se entere, pues mucho temo que tarde o temprano llegue a oídos de nuestro padre y paguemos todos al fin de cuentas. ¡Ay, de algún modo vosotros, los hombres, por exceso de temeridad o franqueza lo echáis todo a perder!

—No puedo hacer éstos con tía Elena: ¡es casi mi madre!... y es comprensiva de veras. En fin, creo en ella y pienso abrirlle mi corazón. Es extraño como vosotras las mujeres, aún amandoos, dudáis las unas de las otras. Es un mal sistema: todo se lo guardan y cada cual hace comentarios a su antojo. En verdad, no lo comprendo... ¡Prefiero la franqueza!

—Es natural que seáis francos; —corroboró la Marquesita con cierto enfado—. A vosotros todo os sale a pedir de boca. “El diablo vela por los hombres”, dice un aforismo francés; por eso nosotras debemos velar por nosotras mismas... ¡Obrad como gustéis! De todos modos, estoy bien dispuesta a ayudaros en todo momento.

Con una sonrisa radiante, completamente desarmado ante aquella llaneza, Don Juan asintió con íntima satisfacción y entonces las dos Marquesitas, con inusitada gravedad besaron las cruces que habían formado con los índices y pulgares de sus diestras, quedando entonces Don Juan plenamente convencido de que sus primas guardarían el secreto, pues desde aquel instante era sagrado para ambas. Tampoco él

iba a echarlo todo a perder con su franqueza, como Doña Lucía le había reprochado, pues la Condesa, con su abnegado cariño, había sido siempre para él su ángel guardián.

—Siento infinito que nuestro padre persista en trataros con tanto rigor, primo. Musitó Doña Mariana con un apacible suspiro, moviendo la cabeza de un lado a otro. —Creo realmente que no acierta a hacer las cosas de otro modo... — Por no encontrar nada más que decir que no fuese una nueva crítica para su progenitor, tornó a mirar pensativamente el fuego, el cual comenzaba a parecerle innecesario, pues el suntuoso saloncito se había caldeado más de lo conveniente.

—Gracias, primita, pero no os preocupéis por mí. Ya sabéis que sé nadar entre dos aguas, y eso... sin mojarme siquiera!

Doña Lucía lo miró contrariada. Estaba tratando de ser justa, por lo menos, con su simpático primo, estudiando la varonil figura con algo de enojo y mucho de admiración. Era garboso y flexible; pronto y esbelto; amplio de pecho y de hombros como un militar. El resplandor luminoso de sus ojos le deslumbraba como jamás la deslumbró hombre alguno. Pensó que no podía consolarse con verle partir tan de repente y que talvez consiguiese obtener su cariño con astucia e inteligencia. Recordó que en cierta ocasión al hablar a su tía de la india, la Condesa le había dicho blandamente que estaba enamorado de una ilusión. El joven no se molestó en lo más mínimo; calló como avergonzado, limitándose a sonreír. No la amaba tanto, pues; ¡era tan solo una obstinación! Había algo de romántico y fantástico en el carácter de su primo que le hacía vivir en perenne sonambulismo, dominando su naturaleza ardiente.

Al estudiar el expresivo rostro del joven, una idea revolucionaria cruzó por su cerebro. ¡Qué magnífico sería, cavilaba, si ella y su hermana aprovecharan la oportunidad que se le brindaba con este viaje de Don Juan, trasladándose con él a La Española para unirse allí con su padre definitivamente! No le habían visto en ocho largos años y quizás

transcurrirían otros tantos antes que él se decidiese a enviar por ellas! La tentación es deslumbradora... pensó entusiasmada, pero no osó expresar su pensamiento en aquel instante por el temor que le inspiraba su hermana, que había sido siempre la urbanidad personificada y porque pensó, además, que este proyecto podría ser una grave complicación para quien parecía ya tenerlas a granel. Y se mordió el índice, cavilosa.

Solicitando la venia de sus primas, Don Juan se alzó de su asiento, abriendo sin esfuerzo una de las ventanas más cercanas, la cual quedaba precisamente a la derecha de Doña Lucía. Permaneció un instante en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando la alegre y transitada vía pública, donde los peatones, jinetes de a caballo y elegantes carruajes, pasaban sin cesar ante su vista, en constante procesión. Irguiendo lentamente la cabeza, la joven contempló el perfil impecable de su primo y la expresión feliz que animaba su semblante, preguntándose con alguna zozobra si sería lo que ahora admiraba la causa de su regocijo o quizás algún recuerdo de la isla lejana; pero su temperamento de llama viva no le permitía discurrir largamente sobre asunto alguno, y díjole así, sin transición:

—Lo que a penas puedo comprender, Don Juan, es que os hayais podido aburrir tan soberamente en los alegres sa-raos a que hemos asistido juntos. El festival de la Duquesa de Rosalba fué espléndido como pocos. ¿Es posible que tampoco os divirtiérais allí?

—No poseo el don de divertirme sufriendo y me hallaba consumido de impaciencia en aquellos días, por lo cual a ratos ponía grave el semblante. En fin, debo haberos parecido un ingrato y estoy apenadísimo, pero os prometo que voy a aprovechar bien los días que me restan. ¡La vida es demasiado breve para preocuparse por cosas baladíes! Vamos a divertirnos de nuevo en los sitios que visitábamos de niños, ¿queréis? No podemos hacer una gira a la orillas del Pisuerga, ni improvisar una de aquellas ferias de Agosto,

¡tan divertidas! Pero en cambio podemos hacer algunas excursiones a los sitios históricos y llevarnos allí nuestra merienda. ¿Creeis que podremos obtener un permiso para visitar el castillo donde celebraron sus nupcias los Reyes Católicos? Sé que podríamos ir sin más autorización al torreón donde nació Torquemada...

—¡Uy, me dais pavor! —comentó Doña Mariana estremecida, llevándose sus dedos temblorosos a la mejilla—. Debe estar lleno de cuervos y murciélagos... A cualquier sitio os acompaño gustosamente, menos allí... Os quedan muchos rincones bellos y pintorescos que conocer: nunca pensé que os interesase la historia...

—Me interesa todo lo de mi país, primitas, todo! Daos cuenta que la preocupación atenazaba mi cerebro, pero ahora veréis— prosiguió en tono bajo y confidencial— que bien voy a echar a perder el plan que mi tío ha trazado tan hábilmente. ¡Vaya, debo confesar que lo hizo a las mil maravillas y que caí como un tonto! Os aseguro sin mentir, que llegó a poner la cara afligida de veras.

Miró a sus primas pensativamente antes de proseguir, y Doña Lucía comentó con un destello burlón en sus bellos ojos:

¡Pobrecillo Don Juan! Entonces, creísteis que esto sería algo como un destierro permanente, ¿no?

—¡Exacto!— exclamó el joven, frunciendo el ceño. —Me hizo comprender que sería un asunto de larga duración, el cual debería tratar de solucionar pacíficamente por medio del abogado, formándole expediente. Temía, sin duda, que hiciese yo el viaje a Zaragoza y descubriese allí la superchería. Sé que lo que invariablemente me pierde con mi tío es que él sabe a ciencia cierta que no soy un ingrato y que daría un mundo por evitarle cualquier contrariedad, pero entre esto y casarme con una “ricahembra” por darle gusto, hay un largo trecho! Lo confieso ingenuamente: la excesiva opulencia de esas damas me espanta de un modo indecible!— Sin percatarse de la palidez que cubría las faccio-

nes de Doña Lucía, Don Juan prosiguió con voz algo más enérgica que de ordinario:— ¡Qué humillante habría de ser para mí aceptar una esposa por razones de mera conveniencia! Mucha más satisfacción me proporcionaría hacerme un escriba en cualquier pueblucho de América, como lo era Hernán Cortés en La Española, antes de marchar con Velázquez a la conquista de Cuba.

¡Ah! ¿Y le conocísteis? —preguntó ávidamente Doña Lucía.

—Muy bien... y juntos hemos disfrutado de muy buenas juergas. Es valiente como ninguno y más ligero que su sombra. ¡Cómo se defiende ese hombre con la espada! Por eso ha hecho fortuna junto a Diego Velázquez y sin duda irá muy lejos. ¡Gusto es verle!

El recuerdo, demasiado vivo en su memoria, producíale desazón o pena.

—Don Juan,— sugirió Doña Mariana, como leyendo el pensamiento del joven— también vos pudísteis ganar honras como conquistador. ¿Porqué no lo hicísteis? Sois esforzado y valiente... Así lo escribe mi padre... —añadió con un sonrojo.

—Hubiese podido hacerlo ciertamente, si el Marqués no me lo hubiese vedado. Dijo que eran cosas para aventureros sin familia... Ya véis, estoy mejor de fámulo ó de capataz!

Su acento de amargura afligió a sus primas, comprendiendo por primera vez cuán despótica era la exigencia del carácter de su padre, quien como todos los hombres de igual naturaleza, no aceptan ver trastornada una sola de sus ideas.

—En mi concepto, estáis mejor así, Don Juan, —aseveró con sinceridad Doña Mariana— siempre caballero, sin ambiciones bastardas! El soldado, aunque sea un héroe, se torna rudo y pendenciero. Los más son valentones, sin alma! Y mi padre, mi buen padre, os ama demasiado para inculcaros semejantes costumbres. Tenedlo por seguro.

El culto del honor y la hidalguía imperaban en el corazón de Don Juan. Por eso concedió al cabo de un instante de cavilación:

—En verdad, he visto allí tan increíbles mudanzas... trocarse ante mis ojos en desalmados a tantos hombres que juzgué rectos y probos. Por eso a veces pienso lo mismo que vos, aunque me niego a creer que un carácter verdaderamente noble se tuerza tan fácilmente: ¡son sujetos que no habían tenido oportunidad de mostrarse tal como eran!

—No sé que pensar... Sin duda, habrá mucha exageración en todo ello, primo, pero decidme: por acá se asegura que aquello es algo así como un Edén femenino: que existen muchos y muy guapos hidalgos allá en La Española. ¡Ah, como me encantaría visitar Las Indias si todo eso es cierto, Don Juan!— aseveró aturdidamente Doña Lucía. Reconocía en él cada vez algo que la emocionaba y sorprendía, dejándose dominar por su naturaleza ardiente. Era su manera de decir como anhelaba hacer aquel viaje en su compañía.

—Vamos primita, que chiquilla sois! —comentó con inusitada seriedad el hidalgo. —No sabéis aún lo que deseáis... A fe mía, que las damas españolas distan mucho de sentirse aburridas en Quisqueya, pues para ellas la vida allí es una continua ronda de saraos y diversiones, pero no es menos cierto que los guapos hidalgos a quienes aludís son en su mayoría hombres de armas o— explicó con una mueca cómica; infanzones modestos, como vuestro primo, con mucho más dignidad y orgullo que patrimonio! Sí, no hay duda, se casan muy pronto las chicas, pero corren el grave riesgo que a la siguiente semana, el flamante marido se les escape en una nueva expedición a una isla de salvajes.

Al contemplar el rostro afligido de Doña Lucía, lanzó una sonora carcajada, añadiendo con creciente buen humor:

—Sin embargo, os aseguro que si en vez de dos deidades fuérais tan solo una, me declarararía vencido por vuestros encantos y me presentaría en La Española con la certeza de haber escogido aquí lo mejor de lo más bueno. Si tal cosa hiciese, echando a un lado mi orgullo de hidalgo pobretón, lograría sorprender (acaso por una sola vez en la vida) una sonrisa de aprobación en labios de mi tío.

—O quizás, protestó Doña Lucía con sorna, asumiendo un aire desdeñoso— os arrojaría un tiesto a la cabeza... ¡y con sobrada razón!...

Parecía un tanto resentida por la impertinente broma de su primo.

—No, querida mía: no habría riesgo de que tal cosa ocurriese!— exclamó a su vez con sorna Don Juan, expresando a viva voz su pensamiento. Había un destello burlón en su mirada al negar sonriente: —Señorita, no hay tales tiestos en casa de vuestro padre; ni hermosos tibores chinoscos; ni jaulas doradas: escasamente los muebles indispensables y nada más. A decir verdad, allí hasta el aire anda escaso, pues mi tío disfruta de calor como hay pocos, y aborrece una corriente de aire como una plaga de hormigas rojas. Y lo que es más, rechaza sistemáticamente todo consejo sobre decoración o salud como inaplicables a su casa y a su persona. Hubo una vez un roble en nuestro patio y una hermosísima “cabirma santa”, los cuales en diversas estaciones llenaban la casa de florecillas y suavísimos perfumes, pues para no cansaros, os diré que estas decorativas plantas han sido taladas varias veces, (ya que no hacían sino despararrar hojas, según vuestro padre) pero han vuelto a retoñar cada vez, como la esperanza en el corazón de la juventud...

Sonrió complacido de su poética comparación, pero sus primas parecían meditar aquellas palabras. Entonces Doña Mariana dijo con su voz apacible:

—El primer día de vuestro arribo, nos dijísteis que lo que suponíais que más falta hacía a nuestro padre era un poco de imaginativa comprensión, y estoy cierta de que vos se la habéis proporcionado muchas veces, pues a pesar de vuestras eternas chanzas poseéis un excelente corazón. ¡Nada de muecas insípidas! Esto lo sabemos todos, —protestó, advirtiendo la expresión entre cómica y burlona que ponía Don Juan. —Ahora hablo muy en serio— prosiguió preocupada. —Sin quererlo, habéis abierto paso a la verdad... Por desdicha, nuestro padre ha sido siempre muy hermético y to-

zudo, y comprendo que el pobrecillo requiere cuidados y atenciones que nadie le podrá proporcionar allí. Me duele el corazón al pensarlo!

—Ya lo sé, —corroboró Don Juan, algo desconcertado— pero ignoráis que vuestro padre rechaza las panaceas de todas clases y... se empeña en permanecer solo! Esto lo he dicho a tía Elena y le ha hecho llorar amargamente. Es una extraña manía que le perjudica aún más que su quebranto.

Casi al instante, arrepintiéndose de haber expresado su pensamiento, pero ya era tarde para retractarse de lo dicho tan impensadamente.

Doña Lucía se aprovechó de su confusión para manifestar:

—Paréceme razón de sobra por la cual deberían ir sus hijas a alegrar su melancolía. No creo que aprobaréis la idea... perdonadme. Y añadió con impulsivo arranque: ¡Ah, porqué seréis tan egoístas, los hombres, que raras veces pensais más que en vosotros mismos y en vuestros problemas! Para mí, los problemas del alma son mucho más importantes... Ahogábale su pena y cesó de hablar, avergonzada.

Don Juan la miró con ansiedad, y luego a su hermana, cómo para solicitar su apoyo moral, pero la expresión decidida del dulce rostro de Doña Mariana le dejó confundido. Tornó a mirar a la primera protestando:

—¡No sabéis lo que pedís, prima mía! ¿Sería una locura de primer orden... No comprendéis el peligro que entraña semejante travesía? Son mares turbulentos, infestados de piratas...

—¡No tenemos el corazón de arcilla, Don Juan! Además, el más temible de los piratas de las Indias ha sido ya ahorcado, aquel tan audaz que aprisionó a Ojeda cuando se dirigía á La Española. (52) Ya veis, estamos bien enteradas... Las cartas de nuestro padre son verdaderos cronicones; ¡nos emocionan de un modo indecible! —¡Ah, —prosiguió volviendo a la carga, sin darle tiempo para reflexio-

nar— no os cuadra volveros tan egoísta; no sois así de naturaleza. Como aún falta toda una semana antes que se haga a la vela otro galeón, sé que dispondríamos de tiempo suficiente para alistar nuestro equipaje. ¿No es así, hermanita?

Brillaba su mirada con la certeza del triunfo. Levantóse ágilmente, nerviosa y avispada, colocándose frente a su hermana, mirándola con fijeza, como pretendiendo dominarla con la mirada por medio de la sugestión.

—Ya lo creo, Lucía, que dispondríamos de tiempo suficiente, pues sin duda, nuestras ropas del pasado verano, las que hicimos en Sevilla, estarían bastante bien para el clima de Las Indias, pero... si nuestro primo se defiende es señal inequívoca de que no desea acompañantes en este viaje, y mucho temo que deberíamos postergar nuestros planes por tiempo indefinido. ¡Vamos, no se hable más de ello! —Doña Mariana habló visiblemente agitada y en su voz queda se adivinaban las lágrimas.

Doña Lucía volvióse vivamente, con patética ansiedad en el semblante. Dió algunos pasos hacia Don Juan, caminando alrededor de su asiento como cazador avisado.

—Ya veis, Don Juan, como tan solo depende de vos! —exclamó, deteniéndose a escudriñar la faz del joven—. ¡Y pensar que esto llevaría tanto consuelo y regocijo al corazón de nuestro padre! ¡Pobrecillo, tan triste, tan enfermo como se encuentra en aquella isla lejana! Sería como un ser nuevo con nosotras allí para cuidarle a toda hora y hacer su vida grata como antes! Todos os quedaríamos endeudados... hasta la muerte! —terminó fervorosamente, mientras sus labios hermejos temblaban de ansiedad.

Don Juan pensó fugazmente en todas las posibles reacciones que podrían trastornar al Marqués, tan excitable, y sintió un escalofrío recorrer su espina-dorsal, pero a pesar de ello se abstuvo de hacer comentario alguno sobre el particular por no herir la sensibilidad de sus primas. El joven no carecía de voluntad y valor suficientes para afrontar a

su autocrático tío, pero en las manos de las fascinadoras gemelas era como arcilla de las más plásticas.

—Pero, por favor, chiquillas, —protestó como último recurso— pensad siquiera en Tía Elena! Todo lo decidís en un instante como gente de tropa... ¿Es posible que os olvidéis en un momento de entusiasmo de nuestra tía? Sabéis tan bien como yo, que jamás consentiría en cruzar el océano, ¿y qué vida sería la suya, sola en esta gran ciudad? ¡Sería cosa de no perdonármelo mientras viviese! —exclamó con gesto dramático, envolviendo a ambas gemelas en una mirada de reconvención.

—Olvidais —replicó tranquilamente Doña Mariana con una melancólica sonrisa— que Tía Elena tiene a su lado al Tío Manolo, célibe, entrado en años y por ende tan aburrido como ella de la vida cortesana. ¡Ah, sospecho que existe un misterio inviolable en nuestras vidas, Don Juan, algo dramático e inexplicable!... Ambas nos preguntamos muchas veces qué motivos habrá tenido nuestro padre para mantenernos alejadas de sí por tanto tiempo, especialmente ahora que... estamos... —Y la tímida Doña Mariana se mordió los labios y miró al joven con un elocuente sonrojo, dejando la frase trunca, pero había tal dejo de dolor en su acento que Don Juan se sintió profundamente conmovido.

—Especialmente ahora... que estamos ahitas de griego, gramática y mitología! —quejóse amargamente Doña Lucía, terminando a su modo la frase inconclusa de su hermana. Yo, Don Juan, no creo en tales misterios: mi padre está chapado a la antigua y eso es la explicación de todo. ¿Sabéis que el año pasado éramos las educandas más viejas del convento? Habíamos cumplido los diez y ocho años... y ya hasta los mismos curas nos miraban con lástima. Y el encono reconcentrado de su vocecilla desapacible, unido al curioso hociquito que solía poner cuando se exasperaba de veras, hizo romper a Don Juan en una sonora carcajada. Los exabruptos de su prima le ponían siempre del mejor humor posible.

A pesar de su hilaridad el joven se hallaba un tanto perplejo, no sabiendo qué partido tomar. Deseaba dejar a todos complacidos y dadas las circunstancias esto era del todo imposible. Decidióse juiciosamente dejar la alternativa a opción de la Condesa, su tía, y dijo con calma desusada en él:

—Aunque os empeñais en disimularlo, ya sabéis que hay naos piratas surcando todos los mares del globo, y nada tendría de romántico encontrarse con una de ellas de buenas a primeras; pero no deseo que creáis que me niego rotundamente a complaceros: ¡daría mi vida por veros felices!... En fin, aguardaremos el retorno de nuestra tía y le plantearemos el problema, pues aparte de los peligros que he mencionado y del posible enojo de tío Ramón, no tengo otros motivos, para rehusaros por más tiempo mi consentimiento. ¿Qué decís?

—¡Qué sois un angel, Juanillo, y que os quiero más que nunca!— canturreó la turbulenta Doña Lucía, asiendo entusiasmada las manos de su primo y oprimiéndolas con impetuoso arranque. Cierto es que nuestro padre nos ha mantenido alejadas de sí durante largos años, pero la razón cae de su propio peso: ¿cómo iba a encomendar sus hijas a cualquier badulaque nervioso por ahí? Ahora veremos palmeras, flamencos, y los manatíes (53) que nos habéis descrito. ¡Ah, qué vida más feliz para todos!... y yo, Don Juan, estoy entusiasmadísima: ¡mucho más de lo que todas las palabras y frases conocidas podrían expresarlo! —Y soltando las manos del joven ensayó una danza extemporánea de su propia invención, escandalizando visiblemente a su sosegada hermana gemela, y haciendo que su primo estallase una vez más en alegres y sonoras carcajadas.

CAPÍTULO VII

Desde el aciago día de la partida de Don Juan Alba, la alegría y el sol parecían haberse eclipsado por completo del rostro de Toeya, y los alegres trinos de sus canciones, con los cuales había regalado el oído de su muy amado padre, mientras ejecutaba las labores domésticas de su incumbencia, enmudecieron de modo singular. Durante este período de doloroso vacío, la pena tornó delgado su suave rostro de madona, hasta que el Cacique, justamente alarmado, olvidando por vez primera sus antiguas tradiciones, decidió consultar al bondadoso Padre Las Casas, ya que para el mal que padecía la princesa, habían sido ineficaces las plantas medicinales que recetaron los Behiques. Dominábale la idea de que había una influencia maléfica pendiente sobre su hija y este pensamiento le torturaba.

El buen sacerdote movió la cabeza dudosamente, habiendo adivinado con su aguda percepción de médico de almas, que ninguna panacea podría curar a aquella abúlica paciente. Aconsejó que un cambio sería en extremo beneficioso e igualmente largas horas de sueño y descanso; sobre todo esto último, insistió juiciosamente. Mientras tanto, decidió hablar en privado a la Virreina, quizás la única persona que pudiera iluminarle, ayudándole a realizar otra buena acción en favor de sus amados aborígenes. Muy graves y variados eran los asuntos que en aquellos momentos ocupaban su atención, pero su magnanimidad no le permitía encontrar nin-

guna molestia tediosa, ni excesiva, aunque la preocupación hacía que el sueño huyese de sus propios párpados en largas noches angustiosas, tras haberse fatigado hasta sentirse casi exhausto. Estaba inconsciente de su propia persona en todo fin caritativo y en extremo ansioso por la suerte de aquellas infelices víctimas, privadas ya de dignidad, libertad y justicia. Soñaba acaso que una marea de justicia regeneradora movería los corazones de aquellos indolentes y libertinos colonos.

Por Doña María de Toledo supo con pena aquello que ya había comenzado a temer, pues la Virreina, con su aguda intuición femenina, habíase percatado de que todo el entusiasmo se hallaba marchito en el corazón de la hermosa india y de cómo palidecía su semblante candoroso cada vez que se hacía mención en su presencia del ausente sobrino del Marqués. Juntos lamentaron el probable destino de la dulce princesa, quien en un futuro no lejano condescendería quizás a unirse en matrimonio a uno de los Caciques de su raza, para continuar así las milenarias tradiciones de su estirpe. La gran dama encontró, pues, un motivo más para tratar con ternura a la princesa, la cual demostraba su cálido sentimiento de gratitud de mil modos inesperados: flores, frutos, yaris (54) pájaros de extraño plumaje, todos encontraban amable acogida en la recámara de la Virreina, sorprendiéndola y entusiasmándola por igual.

En cierta ocasión, la Virreina solicitó y obtuvo el permiso del Cacique para llevar consigo a la joven en una larga jornada al Cibao, zona pródiga, tan rica en minas como en plantas aborígenes y europeas, donde se sembrara por primera vez en América las naranjas, el cacao, y la caña de azúcar (55). Interesantes asuntos de Estado requerían allí la presencia de los Virreyes, y la noble dama recordó con júbilo el consejo de Las Casas. Así, ella misma podría cuidarse del recreo de su protegida.

La jornada fué felicísima, aunque considerablemente larga, pues en aquellos lejanos días no existían las extensas

carreteras de hoy y los viajes se hacían a lomo de bestias en su mayor parte. La pompa de la brillante cabalgata entusiasmó a Toeya durante las primeras horas, pues todo le pareció suntuoso y magnífico, desde los briosos corceles andaluces, primorosamente enjaezados de la Virreina y sus damas de honor, hasta el bosque de banderas, gallardetes y estandartes que portaban los escuderos de la guardia particular del Virrey y la profusión de brillantes adornos que lucían los caballeros en sus lujosos trajes de chamelote de seda o terzanel. Más atrás seguían los piqueros, cuyos deslumbrantes uniformes, a franjas rojas y doradas, armonizaban con las bronceas corazas, capacetes y picas, que cegaban a la luz del sol. Marchaban los pífanos, por último a la retaguardia, alegrando el ambiente con los aires marciales de sus instrumentos.

Toeya iba distinta de las demás, aunque su potro ligero, de patas firmes rivalizaba con los de sus compañeras. Cubría su cabeza una cofia de raso, de gran vuelo, para protegerla del sol y sus pies pequeños asomaban bajo el mantón que la cubría, mostrando las sandalias que ella misma adornara con pedrezuelas y abalorios brillantes. Lo bizarro del indumento prestábale singular atractivo.

La vegetación lujuriente de los hermosos paisajes tropicales que contemplaban en sucesión parecían más que suficiente para despertar el interés de la princesa, pues los sitios en los cuales se detenían a menudo a merendar ó a descansar, a orillas de un raudo río o de algún espejeante arroyuelo, podían haber sido escogidos de antemano por el encanto seductor de sus alrededores y los floridos árboles de sus riberas, esmaltadas de eterno verdor. Los valles, (56) humedecidos por frecuentes aguaceros, producían abundantes pastos, que llegaban con frecuencia a las sillas de los caballos.

Toeya se sintió deslumbrada con el espléndido festival que les aguardaba; pero transida de melancolía, sentía un vacío doloroso en su corazón, que intensificaba el hecho de tener que ocultar la congoja de su nostalgia, pues temía pare-

cer desagradecida a los ojos de su benefactora. Hacía lo posible por pasar inadvertida en el brillante cortejo, envuelta su grácil figura en el rico mantón sevillano con que la obsequiara la virreina, mientras sus ojos desencantados miraban vagamente a lo lejos, luciendo excesivamente grandes en el rostro delgado, revelando por sí solos la amplitud de sus sentimientos. Por eso llamaba la atención de cuantos la veían por primera vez. Todos eran atentos y considerados con ella y más de un gallardo hidalgo despojóse ante ella de su birrete con cortesía, buscando sus ojos con halagüena admiración, pero encontrándolos singularmente fríos o carentes de expresión. Aunque con simples monosílabos, replicaba amablemente, y a sus labios asomaba la sonrisa trémula de quien está sobrecargado de pesares. En tales ocasiones ansiaba substraerse de la admiración de aquellos galanes y ocultarse entre los árboles para pasar allí las horas soñando con el que presentía que amaría eternamente.

* * *

Los meses transcurrían largos y tediosos. La princesa supo con indecible alegría que el Marqués de Villahermosa afrontaba graves dificultades buscando inútilmente un sujeto de buena reputación y reconocida capacidad a quien encomendar sus variados intereses en la colonia. La esperanza renacía de nuevo en su corazón, creyendo que el tío de Don Juan juzgaría necesario enviar por su sobrino antes que transcurriera mucho tiempo, aunque su juicio agudo le indicaba que el austero Marqués, cegado por su orgullo de raza, preferiría hacerse a sí mismo superintendente de sus granjas antes que enviar por el ausente.

Oyó subrepticamente y creyó comprender que el Marqués de Villahermosa se había visto en el caso de enviar su sobrino a Castilla al descubrir un nuevo enamoramiento del joven, el cual pareció a su tío de todo punto inadecuado e inexcusable, y con sensibilidad agudizada, se preguntaba si

no sería ella misma aquella desconocida amada de Don Juan.

Fueran o no ciertos los tales comentarios, pensaba que su propia existencia había perdido la razón de ser y todo le resultaba fútil, aún aquello que antes le pareciera agradable. Aunque su salud se repuso y el color tornó a lucir en sus mejillas, su entera actitud hacia la vida sufrió un cambio drástico; su espíritu entraba en una fase de intenso misticismo. Invariablemente hacendosa, procuraba adivinar el pensamiento del Cacique, para evitarle mil tareas engorrosas, pero oraba más que de ordinario, pasando largas horas en el templo, y ejecutaba sus labores maquinalmente, sin poner en ellas el alma, como antaño. Bordaba con el mismo primor de antes, hermosos paños para los altares y tejía con inagotable paciencia sus originales tapetes de fibra de pita, coloreados por sí misma con primor, pero faltábale aquel alborozo ingenuo, que la había hecho prorrumpir en alegres canciones durante las horas de más ruda labor.

Sólo conservaba entonces aquella perenne sed por el saber, leyendo ampliamente de los volúmenes que formaban parte de la espléndida biblioteca de los Virreyes, como si con los libros del sonoro idioma de Castilla se acercase de un modo espiritual a su amado ausente. Con frecuencia al ser interrumpida en sus lecturas, contemplaba al intruso con la mirada hipnótica de una sonámbula, y hasta los corales que adornaban su cuello se habían tornado tan asombrosamente pálidos que el buen Urabanex se preguntaba atemorizado si alguna hechicera indígena habría mirado a su hija con el "mal ojo", lanzándole un maleficio.

El ingenuo Cacique no atribuía el estado de la princesa a la súbita partida de Don Juan, pues ya hacía tiempo que su hija se escapaba en largos paseos solitarios y que sus bellos ojos atestiguaban sus noches de insomnio. Sin duda, el zumo amargo de la chicoria ponía aquella vaguedad en su mirada. Pensaba con dolor que no podía vaticinar felicidad alguna para la infeliz niña, y la dueña asentía con supersti-

ciosa aquiescencia. Ambos habían escuchado, sobrecogidos de temor, el canto del múcaro (57) junto a su ventana, y sintiendo el corazón oprimido, procuraban no alarmar a la joven, aunque a su juicio el maleficio crecía en ella porque la palidez de aquellos fatídicos corales era ya un desastroso presagio.

COLECCION

"MARTINEZ BOOG"

SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

CAPÍTULO VIII

Don Juan no ocultó a su tía los peligros que representaba para sus primas aquella travesía hasta Las Indias Occidentales, la cual, aseguróle, duraría por lo menos dos largos y tediosos meses, si hacían vientos favorables.

Los peligros de los piratas no alarmó a la Condesa más que a sus sobrinas, comentando que no había oído hablar de ninguno de sus compatriotas que hubiese sido apresado por aquellos y sabía, asimismo, que hasta entonces La Española no había sido asaltada jamás por los corsarios. (58) Por consiguiente, juzgábalo tan sólo un peligro hipotético. En cuanto a las jóvenes Marquesitas, hijas de una raza indómita, estaban ansiosas de ver mundo y de reunirse cuanto antes con su padre, disfrutando por adelantado con fruición de la embriaguez de la aventura. Decidióse al fin el viaje con el beneplácito de la Condesa. Todos quedaron un tanto sorprendidos al verla acceder con tan buena gracia. Habíalas visto suspirar mil veces por aquella anhelada travesía.

Por fortuna para Don Juan, el mar estuvo comparativamente calmo y el tiempo, aunque lluvioso, bastante apacible durante la mayor parte del viaje, excepto durante dos agitados semanas, que fueron desagradables para todos. El hidalgo rogaba cada día al Cielo que cambiase el tiempo de un modo propicio, arrepintiéndose una y mil veces de la inaudita locura que le permitiera en un momento de flaqueza llevar consigo a las jóvenes, preguntándose algo pertur-

bado cómo afrontaría una tempestad en pleno océano tratando de apaciguar los temores de dos nerviosas y gimoteantes mujeres. El mero pensamiento de tal contingencia le hacía sentir un escalofrío por la espalda; mas, ya sólo restábale esperar con paciencia a que retornase el sol y días más apacibles que aquellos.

Invariablemente atento con sus primas, distraíalas a menudo con largas y fantásticas leyendas quisqueyanas, describiéndolas de un modo poético el hermoso edén tropical que ya pronto contemplarían sus ojos, donde extrañas flores de cacto se abrían en el crepúsculo, como blancas estrellas, llenando de lánguido dulzor y de embriagadoras aromas sus noches de eterna primavera, cuando la luna resplandecía como una antorcha de oro desde el enhiesto pico de las montañas del Cibao. Luego continuaba con creciente entusiasmo hablándoles del delicioso clima, tan salubre como el de cualquier punto de Europa, donde los frutos más variados y los vegetales más raros abundan en toda época del año; de aquellos raudos ríos y arroyuelos, cuyas riberas salpicadas de granos de oro, constituían el infortunio de los aborígenes, pues los conquistadores creyeron descubrir el áureo Ofir de los antiguos. En las feraces llanuras se abrían cavernas sagradas, que atesoraban Cemíes de mágicos poderes para proteger a los creyentes, y allí, Buitios de melíflua palabra, parecían sondear el pensamiento humano. Uno de éstos le refirió como en aquella cueva misteriosa (59) había soterrado Luquo, el Ser Supremo, el linaje de los hombres, y allí nacieron los primeros seres humanos, pero por decreto divino, les estaba vedado contemplar la luz. Los astros eran cosa tabú en aquella era legendaria, excepto para el Cacique Guagoniana, protegido de los dioses, quien vagaba libre y feliz a la luz del sol. Este ser extraordinario, sintiéndose muy cerca de la divinidad, bajó hasta el fondo de los mares, trabando amistad con la diosa que moraba allí en su gruta de aljófares y perlas, la cual engendró el linaje de los quisqueyanos. Al feliz Guagoniana parecióle un sueño inefabe y alucinador,

porque desafió las verdosas ondas del océano con el solo propósito de obtener unas preciosas cuentas de mármol negro, a las cuales los indios llaman Cibas, y unas tablillas de aljófara llamadas *Guaninos*, de inestimable valor. Estas joyas fueron la señal de distinción de los reyes y la usaron siempre como cosa sagrada, por haber pertenecido a Guagoniana, padre de su linaje y su rey. ¿Qué os parece la historia?

Doña Lucía guardaba silencio, dejando vagar sus ojos por el océano, pero la curiosidad de Doña Mariana era insaciable, pues había estudiado la mitología griega y romana y hacía comparaciones interesantes.

—Es una leyenda maravillosa, Don Juan, pero la dejasteis trunca! ¿Cómo quedaron conformes los hombres enterrados en la gruta cuando se hubo marchado el Cacique protegido de los dioses? ¿Acaso se rebelaron?

—Ya lo creo: —contestó sonriendo Don Juan— el hombre es un eterno rebelde: a veces ni aún lo que decide el mismo Dios lo deja satisfecho! Pues bien, el encargado de la custodia de ese sacro recinto era un joven llamado Marocael. Le estaba vedado mirar al cielo e ignoraba, como los demás, de dónde provenía la luz eterna. Era para él un suplicio indecible tener siempre los ojos adheridos a la tierra. Además, estaba hastiado de velar noche y día a la enorme boca del Monte Cauta (60) el cual parecía vomitar fuego cada día al amanecer. Ansiaba averiguar qué cosa escondían los pesados cortinajes de hiedra que velaban la entrada de las dos cuevas. Sin duda, se dijo caviloso, en una de aquellas cavernas estaban también presos los astros. Por eso una noche, jugando el todo por el todo, se decidió a descubrir el misterio. Levantó los ojos al firmamento, que brillaba intensamente, y abandonó su asiento, quedando maravillado ante el panorama celeste. El curioso mancebo pensó que podía también averiguar lo que ocultaba el piélago azul en sus ondas, pero su curiosidad le perdió porque al escaparse el sol del antro por la mañana para alumbrar por primera vez el universo, quedó convertido en piedra. (61) Entonces los hom-

bres que habían estado prisioneros salieron a su vez de la cueva de Cazibajagua, esparciéndose por Quisqueya y poblando la tierra. No debo referiros otros pormenores fantásticos por no confundiros más. Algunas versiones aseguran sin embargo que fueron convertidos en jobos o mirabalanos, (62) en castigo de su desobediencia.

—Me recuerda la leyenda griega de Featón, hijo de Apolo, quien desafió la ira de los dioses robando el carro del sol para explorar el firmamento. El infeliz fué despedido del áureo asiento como justo castigo por su desobediencia —comentó Doña Mariana, henchida de entusiasmo— ¿Quién os ha enterado de todas estas cosas, Don Juan?

—Me las ha referido el Gran Behique del padre de Toeya; un hombre que ejerció una vez el cargo de Pontífice y consejero del Cacique. Es un ente singular: cuando habla vibra su voz solemne como si hubiese visto acontecer todo lo que narra. Por eso se graba en mi cerebro cuánto me cuenta. ¿Querriais escuchar otras? Ya sabéis que sólo anhelo libraros del aburrimiento.

—No podéis contarnos algo de historia real que no sea pura invención? —preguntó Doña Lucía, manifestando su opinión sin ambages ni rodeos. En verdad, prefiero la certeza de la historia a las fantasías más deslumbradoras de la imaginación.— Jugaba con las perlas del collar que ceñía su cuello, disimulando su hastío. Sus manos, de blancura nacarada, expresaban cierta nerviosidad que no podía ocultar. Su mente se perdía en tumultosos anhelos, escuchando a su primo, irónicamente risueña.

—Primita, es mucho más agradable la ficción que la verdad. . . Imaginaos un hermoso paraíso primitivo, assolado por gente soez: espadachines, aventureros, y marineros sin conciencia, que no aciertan a conducirse en caso alguno con sobriedad y moderación. . . Hay que admitirlo: el troglodita que todos conservamos como bárbaro residuo de un pasado remoto, se despierta en aquella isla selvática; los hombres se tornan sanguinarios, sensuales, avarientos. . . Es decir que

es un oleaje de turbulenta humanidad la que ha invadido a Quisqueya de los haitises, como la llaman los indios. Nadie desea trabajar honestamente, si no enriquecerse aventurando: roban sus hijas y esposas a los Caciques, despojados del poder, y se dejan llevar y traer en andas como grandes señores, a hombros de los nativos. Naturalmente, muy pocos indios se convierten por propio gusto a la religión cristiana, porque piensan, los infelices, que no debe ser moral si la profesan hombres tan desalmados como aquéllos. Ya veis, primas, como es de desconcertadora la realidad. Los Reyes Católicos deseaban ver a los indígenas libres y felices, y su destino adverso les ha tornado en esclavos. Cristóbal Colón quiso que todos los colonos trabajasen, como Dios manda, y que tratasen a los indios como a sus hermanos, y tan solo consiguió captarse, odios infinitos que han heredado sus hijos. La historia es demasiado triste para narrarla. Además, ya sabéis los principales acontecimientos por vuestro padre. ¿No queríais saber cómo se inició el diluvio? Es de lo más extraordinario.

—Sí que me gustaría —contestó Doña Lucía, sacudiendo con gracia sus rizos de oro bruñido, que la brisa levantaba. Además, —añadió intuyendo que con esto le complacía— —no quiero rehusaros este placer. ¿Dónde se inició el diluvio? ¿Acaso en la isla de Quisqueya?

—Naturalmente: Quisqueya es la Madre del Mundo para los indígenas que la pueblan; y para ellos aquí se inició también la raza humana, con su perenne tendencia al pecado. El diluvio aconteció de la manera más fantástica y original. Cuentan los ancianos, que en tiempos remotos existió un poderosísimo Cacique antillano de nombre Jaya, el cual se vió precisado a sacrificar a su hijo único por haber conspirado en contra suya. Tocado por el remordimiento de semejante acto de venganza, recogió sus huesos, los limpió y colocó en una gran calabaza para conservarlos como reliquia, cosa nada extraña entre algunos aborígenes. Un día el Cacique y su mujer sintieron invencibles deseos de contemplar

los huesos del culpable y al descolgar el recipiente vieron con sorpresa salir de él muchos peces grandes y pequeños. Asombrado, aunque no del todo arrepentido, el Cacique tornó a colgar la calabaza del alero de su eracra, vanagloriándose y burlándose de que tenía la mar encerrada allí y podía darse un banquete el día que se le antojase. Semojante alarde irritó a los dioses, quienes se propusieron borrar su generación de la faz de la tierra. Cuatro hermanos gemelos, que oyeron el relato, curiosos e incrédulos, se presentaron a la eracra en ausencia de Jaya, descolgaron la calabaza mágica, la cual cayó al suelo con estrépito, haciéndose pedazos. Los culpables huyeron despavoridos al comprobar que salía de ella un poderoso torrente, con abundancia de delfines, tiburones, ballenas y monstruos marinos de toda especie y que el agua vengadora se extendía por toda la tierra, inundando valles y montañas, dejando tan sólo las cumbres descubiertas, las cuales proclaman los antillanos que son sus islas. Don Juan calló y contempló a sus primas con curiosidad: la una contemplaba el océano cavilosa, como arrepentida de haber hecho la travesía; la otra dejaba explayar libremente su alma en su risa sonora y cascabelera.

—Los contais cada vez más fantásticos. Me dáis la impresión de que los estais improvisando solo por distraer nuestro ocio. ¿No es así? —preguntó Doña Mariana con entusiasmo.

—No lo creais. Los han inventado los indios y lo repiten de generación en generación. Son muy ingeniosos y no vayais a creer que su religión es del todo distinta de la nuestra. Creen en un Dios Supremo, que mora en el turey —o cielo— y también ofrecen preces a la madre de éste, de quien esperan todas las bondades. Creen en el paraíso, que han situado en un hermoso valle de la región de Jaragua, adonde suelen bajar en las noches las almas a disfrutar del bendito mamey, (63) que comen a la lumbre del *guatú*, alimentado con ramas aromosas. Creen asimismo en el purgatorio, que denominan *coibai*, adonde van las almas de los que en vida des-

obedecieron los preceptos divinos. Y creen que las opias, o almas en pena, perturban a menudo a los vivos, aunque se desvanecen ante la valentía de éstos y persiguen a los cobardes que huyen amedrentados. Esto hay quien lo crea también entre nosotros; ¡no somos tan civilizados como suponemos! Naturalmente, el aruaca como raza semisalvaje que es, tiene mil extrañas supersticiones.

—Pero he oído decir que tiene ídolos horrendos con cabeza de sapos y otras salvajinas! Y además tienen hechiceras. Eso no lo podéis negar.

—Sí, ya lo sé. Son defectos de una sociedad humana incipiente; además, la hechicería no es extraña en Europa; ¡bien lo sabéis! Si adoraban a sus Cemíes era como a santos intermediarios con su dios, para obtener las lluvias o las buenas cosechas; hijos sanos y abundantes; la riqueza o la salud. No olvidéis que también nosotros tenemos nuestros santos...

—Bíassfemais, Don Juan! Mucho debéis amar a vuestros indios para defenderles de tal modo. Nuestros Santos existieron realmente y la historia anotó los milagros y bondades que hicieron por el mundo— defendió Doña Lucía, pensando que le amilanaba.

—Ciertamente, pero somos del todo civilizados, o por lo menos así lo creemos. Sus antepasados eran buenos y les rindieron fervoroso culto; o un árbol les cobijó de la lluvia o les hizo una señal (64) y lo convirtieron en Cemi. Todo esto pasó a la historia porque ya todos están convertidos, mal que les pese... Estoy persuadido de que si los indígenas adoraron a los sapos y a las ranas fué porque eran para ellos el símbolo de una abundante cosecha y por ende, de la dicha. Sabéis que antes de las ceremonias religiosas cubrían el rostro de sus ídolos con una máscara de oro y la razón es que el dios no tiene faz: debe ser solo espíritu. Son muy ingeniosos... Todo esto me lo ha explicado así mismo el Padre Las Casas. Dice que si aman a sus semejantes como a sí mismos y practican la verdadera caridad, perdonando a sus

enemigos, ¿qué más se les podía exigir en aquella barbarie en que vivían? Esto, como quiera que le llaméis, es el verdadero cristianismo. (65)

Doña Lucía y Doña Mariana, sus lindos rostros animados unas veces por la curiosidad y otras por el entusiasmo, le hicieron inagotables preguntas a su primo, tratando de conocer a fondo las costumbres de los indígenas, durante los dos meses que duró aquella travesía, hasta que al fin, una noche diáfana distinguieron en lontananza las lucecillas de la costa, que semejaban luciérnagas por lo distantes, e inesperadamente sus atónitos ojos contemplaron docenas de frágiles cayucos (66) indígenas, que rodearon la nao española, cuyos tripulantes esperaban con ansiedad las quincallerías traídas del continente.

Unos momentos más tarde atracaban adonde el turbulento Caribe confunde sus ondas salobres con las del río Ozama con ritmos de marea. Las aguas tumultuosas rielaban zigzaguetantes a la luz de la luna llena, que aquella noche bañaba con sus embrujadores destellos la romántica ciudad colonial.

Sin duda alguna los indios celebraban algún festival en sitio no distante de allí, aseguró Don Juan a sus primas, pues en ciertos instantes llegaban hasta ellos, en alas de la brisa, sonos de voces indígenas acompañadas de instrumentos de cuerda. Las jóvenes escucharon un momento con fruición, pareciéndoles aquel un maravilloso mundo de ensueños; de susurrantes palmeras, mecidas por lánguidas y fragantes brisas tropicales.

Con una trémula sonrisa Doña Lucía arrastró tras de sí a su rezagado primo, rogándole dejar algunos paquetes extraviados para ser procurados al día siguiente. Su rostro alegre, de barbilla redonda, enmarcado en la preciosa cofia azul, parecía radiante de júbilo. No sospechaba la joven Marquesita que por primera vez en su existencia, Don Juan temía hacerle frente a otro hombre, pero como si adivinase sus agitados pensamientos, murmuróle al oído, alentadora:

—Don Juan, nuestro padre sentirá tal emoción al vernos, que se apaciguará al instante su enojo, perdonándoos, y agradeciándoos el habernos servido y cuidado con la comprensión de un verdadero hermano... Estoy convencida de ello... —Y por brevísimo instante sus dedos finos y flexibles, enroscándose en los del joven, exteriorizaron la fuerza de sus emociones.

Al llegar a la casa habían encontrado la puerta principal de par en par, pues la noticia había legado con más presteza que ellos, que se habían demorado bastante en hacer cargar sus arcas y paquetes por algunos indios, para ser transportados inmediatamente a la casa.

El anciano mayordomo salió a darles la bienvenida, demostrando su viva complacencia, advirtiéndoles con prudencia que el Marqués se hallaba en cama postrado desde hacía varios días, casi baldadas las articulaciones de las rodillas por la gota. Las Marquesitas, justamente alarmadas, dejaron al buen anciano con la palabra en la boca y subieron con toda la agilidad que les permitían sus piernas, la tortuosa escalera que conducía a la cámara de su padre, precedidas por su primo, quien ya desvanecidos sus temores, les mostraba el camino con sosiego.

Sin embargo, al entrar en la alcoba del Marqués, las jóvenes sintieron paralizarse sus miembros por el temor, pues habían encontrado a su padre sentado en un butacón, entre almohadones, pálido y terrible como un Jove iracundo: los oscuros ojos desorbitados y relampagueantes de indignación, y la melena leonina despeinada, mientras su cuerpo vibraba de estremecimientos. Toda su persona acusaba la violencia de su enojo.

Los recién llegados quedaron atónitos, nerviosos y alertas con la aprensión que sentían. Don Juan se adelantó, sin haberse inmutado su semblante, aunque sentía que se le oprimía extrañamente el corazón.

—Señor, —comenzó lenta y angustiosamente— me oprime el corazón encontraros así, pero hemos llegado en buena hora...

Su tío se enderezó en el sillón; le miró de pies a cabeza con desdén, como queriendo fulminarle con sus miradas, increpándole con voz desabrida:

—¡Mis hijas aquí, Don Juan! ¿Cuál es el significado de ésto? ¡Decidlo de una vez!— Su rostro se había tornado mortalmente pálido y las azules venas a flor de piel, parecían próximas a estallar.

El joven señaló con un deajo patético a las Marquesitas, que azoradas y medrosas, no osaban avanzar un solo paso, y comenzó aseverando con forzada sangre fría:

—Es muy difícil de explicar, Tío, os lo aseguro. Mi deseo fué desde el primer instante cumplir vuestra encomienda... pero, ya que eso fué de todo punto imposible, pensé en daros una sorpresa agradable, haciéndoos...

—Sí, haciendo burla de mis deseos, tunante!— atajóle furioso Don Ramón, completamente fuera de sí. —¿Cómo osasteis traer mis hijas hasta aquí, sin señora de respeto, ni dueña alguna que las acompañase desde Europa? Es que habíais perdido todos el juicio?— Su voz se alteró aún más al añadir: —¡Debierais sentir vergüenza de olvidaros así del decoro, amparándoos tras las faldas de unas débiles mujeres! Es la acción más cobarde que puede concebirse en un hombre... Lo habéis proyectado todo como escarnio a mi autoridad, no cabe duda... pero yo os enseñaré, Don Juan Sebastián Alba, a acatar mis órdenes en lo sucesivo!— Y con un violento movimiento dió un formidable puñetazo sobre la mesa que tenía a su lado, haciendo añicos la gran copa de cristal con vino que había sobre ella, inundando su caja de rapé.

Esta vez Don Juan quedóse sin respiración, pues el rostro del Marqués había adquirido un amenazador tono de púrpura: respiraba con dificultad y parecía exhausto por la violencia del esfuerzo.

Las jóvenes, paralizadas de asombro, esperaban una vigorosa negativa de su primo, declarando como la Condesa, Doña Elena, había sancionado el viaje, pero Don Juan temía

una apoplejía, como en otras ocasiones similares, y optó por callar. De su humildad dependía la dicha o la desventura de sus primas, quienes habían desafiado los peligros de aquel viaje por la necesidad que sentían de estar junto a su padre.

Miró un instante a su tío con mirada contrita, humillando la frente, plegada con honda preocupación.

—Lo deploro, Señor. Todos erramos por nuestra condición de humanos... —murmuró sentidamente y aunque experimentó por un instante terribles deseos de echarle en cara toda la trama ominosa urdida contra él para alejarle de la princesa, hizo un esfuerzo y se contuvo.

Al fin, Doña Mariana sacó fuerzas de flaqueza para aproximarse, clavando sus hermosos ojos suplicantes en los de su padre, que parecían despedir chispas en aquel instante. Tan solo pudo balbucir con desaliento, repitiendo las palabras de Don Juan:

—Padre y Señor, nuestros deseos, fueron tan sólo proporcionaros una agradable sorpresa y haceros feliz aún... —Parpadeaba con presteza para contener las lágrimas que enturbiaban sus pupilas. —¡Ah!— exclamó, ahogando un sollozo y llevándose una mano a la garganta— ¡cómo os hemos extrañado durante esta larga separación! ¡Comenzábamos a sentirnos huérfanas! Fué por esta angustiosa espera que rogamus a nuestro primo que nos trajese con él...

—¡Por lo menos pudisteis haber solicitado mi permiso!— contestó téticamente el Marqués, sin ablandarse.

Doña Lucía se había aproximado a su vez, mientras hablaba su hermana, enjugando con su fino pañuelo el vino derramado sobre el velador; pero en su rostro expresivo estaban grabados el temor y una pena profunda. Había sentido siempre por su padre un cálido sentimiento de adoración y este recibimiento suyo hería en lo más vivo su alma fogosa. Exasperada, clamó:

—¡Escuchad, os lo ruego! Nadie os ha explicado aún porqué nuestro primo no pudo cumplir con vuestra encomienda: ni que ha sido para nosotras durante estos dos meses

pasados el mejor acompañante de toda la cristiandad... Bueno es que comprendais que ya estábamos casi dispuestas a venir solas y... a ruegos le obligamos a traernos hasta aquí. No miento... ¡No he aprendido a mentir!... —Cálidas lágrimas surcaron sus mejillas, que cubrió con manos trémulas, prorrumpiendo en apasionados sollozos.

Don Juan se le acercó, profundamente conmovido, ofreciéndole su pañuelo, pero Doña Lucía lo rechazó con un ademán nervioso y un leve movimiento de cabeza.

El joven no estaba dispuesto a escudarse, como había asegurado su tío, tras las faldas de unas mujeres que lo pagaban todo con sus sollozos, culpándose a sí solas con generosa temeridad. Dirigiéndose al Marqués díjole pausadamente con acento terso y desapasionado:

—Es menester, Señor, que me escuchéis un instante: que comprendais de una vez que aunque mis primas se esfuerzen por defenderme, debo confesar que lo hice por propia volición y nada más, persuadido de que al hacerlas a ellas felices os proporcionaba igual alegría. ¡Es de lamentarse que me haya equivocado!— El joven no había tenido la menor intención de emplear aquellas irreflexivas palabras, pero se le habían escapado impensadamente, pareciendo una insólita provocación de parte suya.

—¡Insolente deslenguado! —masculló su tío casi sin aliento, agarrándose fuertemente a los brazos del sillón con ira impotente, hasta que los nudillos aparecieron blancos bajo la piel tensa. Esta vez habéis demostrado vuestra valía sin lugar a dudas! Idos, quitaos de mi vista, o no seré responsable de lo que aquí ocurra. ¡Ingrato, lléveme Luzbel si vuelvo alguna vez a confiar en vos!

El joven avanzó un paso, como queriendo dar una explicación, pero Doña Lucía imploró a media voz, a sus espaldas:

—Por favor, Don Juan, no exasperéis a nuestro padre; está muy abatido y enfermo: creo que comprendo lo que siente... —Y con esto se acercó a su progenitor.

No era ésta ciertamente la primera vez que el iracundo Marqués echaba a su sobrino de la casa; pero en otras ocasiones le había vuelto a llamar, y Don Juan estaba persuadido de que esta vez no ocurriría lo mismo.

Su hija más gallarda hallábase en aquel instante junto a su sillón con el ánimo resuelto; los dorados rizos escapándoseles en desorden bajo la cofia de raso.

—Mi primo no merece tan acerbas recriminaciones, Padre y Señor, os lo juro. Se ha conducido como un verdadero hermano con nosotras y estuvimos mejor cuidadas que con cualquiera tía mercenaria!— adujo Doña Lucía con ánimo exaltado y la voz estrangulada por la indignación que comenzaba a hervir en su pecho.

—¡Ira de Dios!— bramó el Marqués con un resoplido desdeñoso. ¡Sabe hacer muy bien sus papeles de tunante! ¡Me tiene ya hastiado con sus jugarretas!— Pero ya se advertía cierta blandura en los airados ojos, al trasladar su pensamiento a un distante pasado venturoso en su agradable hogar de Zaragoza, donde viviera tantos y tan apacibles años con la amante esposa que el azar calumniara y que La Inexorable privó de la vida al nacimiento de sus dos hijas gemelas, impidiéndole probar su inocencia. Aquella desgracia irreparable sumergió al Marqués en la abulia de la más honda desesperación, haciéndole eludir al mismo tiempo a las inocentes culpables. Sobre la cuna de las gemelas jamás se reflejó la sombra del padre. Pocos habían sospechado la verdad, pues corto tiempo después de estos acontecimientos embarcó para América en busca de olvido, sintiendo en el fondo vago de su subconciencia que había cometido una terrible injusticia contra sus hijas. Su vida austera y áspera era una especie de expiación, pero las cartas acusadoras que encontrara en el secreter de su esposa poco antes de morir ésta, seguían siendo una burla nefanda de su destino, que le hería incesantemente con el recuerdo.

Al rozar su marchita mejilla un rizo de la cabellera de Doña Lucía, el Marqués suspiró volviendo a la realidad,

como lo había hecho desconsoladamente durante tantos años amargos.

Aunque con cierta duda y temor, Doña Mariana también se aproximó, arreglando solícita las almohadas en que descansaba su padre, sintiendo un deseo casi irrefrenable de enjugar la transpiración que inundaba su frente, aunque sin atreverse a ello por el momento. La joven advirtió, sin duda el estado de ánimo del Marqués porque enjugó sus propias lágrimas e hizo señas a Don Juan para que saliese de la estancia. A solas con su exaltado progenitor, sabía que podrían obtener más fácilmente el perdón de todos.

Don Juan se inclinó con tiesa dignidad, sintiendo un dolor como una herida física en el corazón. Con la frente en alto, taciturno pero digno, abandonó la estancia, dando las buenas noches, que solo Doña Lucía se molestó en contestar. Bajó las escaleras con lentitud y salió al patio delantero de la casa, respirando ávidamente el aire fresco y puro de la noche, tachonada de estrellas. Sentíase indeciblemente apenado por las Marquesitas, las cuales habían disfrutado tanto de antemano, tejiendo tan hermosos sueños en relación a su llegada al hogar paterno... ¡para afrontar aquello!

Don Juan no tenía intención alguna de retornar a su patria, pero había juzgado prudente no contradecir al Marqués en presencia de sus hijas, dejándose arrastrar de sus irrefrenables impulsos. Esperaría hasta el día siguiente para darle a conocer la resolución que había tomado.

* * *

Al cerrarse tras del joven la puerta de la estancia, el Marqués se sintió sojuzgado por un presentimiento de flaqueza, cosa que ocurría en muy raras ocasiones. Lanzó un resoplido de disgusto, —algo como un suspiro convulsivo— pero se ofuscó y le fallaron las frases duras que pensó decir respecto a la obediencia filial, pues sus dos hijas se hallaban de hinojos a ambos lados de su asiento, rodeando con brazos amantes su cuello congestionado.

—Os hemos traído— murmuró Doña Mariana conciliadora, con su vocecilla de plata— un tonel del delicioso mistela que tanto os agradaba: de nuestras propias bodegas y creo que tan añejo como nosotras. Es casi un elixir de vida... Tía Elena solía decir que debería guardarse para vuestro retorno y no permitía jamás que nadie lo tocara.

—¡Oh, Elena, en verdad... tan afanosa! —murmuró más humanamente el Marqués. —¡Y cómo diablos permitió mi hermana —continuó alzando su voz retumbante— que viniereis de esta guisa a un país casi salvaje como éste? Talmente como si fuereis dos mozalbetes. No me explico semejante desatino de su parte... ¿Es que copiamos ya las modas de Francia? —Mordazmente expresaba a sus hijas sus sentimientos galófobos, pero éstas no se dejaron engañar respecto a su condescendencia final.

—Tía Elena se preocupó mucho, en verdad—, terció Doña Lucía animadamente, ya casi desvanecidos sus temores— pero... nada pudo hacer al respecto: nuestra dueña se negó rotundamente a seguirnos y el tiempo era demasiado apremiante para encontrarnos una substituta con que reemplazarla. ¡Fué nuestra mala estrella y nada más!

El Marqués echó hacia atrás su melena leonina con un gesto de condescendencia, pues al sentir las cabezas de sus dos hijas reclinadas sobre su agitado pecho comprendió que habían venido a permanecer por siempre bajo su tutela. ¡Quizás aquellas criaturas iban a renovar su interés por la vida!

En cuanto al desvergonzado de su sobrino, aún la ira nublabá su cerebro y no podía decidir lo que haría respecto a él; pero se proponía darle una dura lección para que aprendiese a acatar sus decisiones en lo futuro, pensó fugazmente, crispando los puños y apretando obstinadamente las mandíbulas.

CAPÍTULO IX

La luna bañaba la ciudad dormida, envolviéndola en un mágico efluvio plateado; dibujando por doquiera sombras y arabescos fantasmagóricos a cual más caprichosos. Don Juan contempló pensativamente la banca de hierro forjado junto a la verja de la casa con intención de sentarse allí, para pensar cómo se las arreglaría en la mañana, pero su preocupación se desvaneció como por encanto al evocar el rostro amable de Toeya; sus ojos brillantes y aterciopelados, agrandados por la sorpresa y quizás por el júbilo. De nuevo se dijo que aquella sonrisa luminosa, que le atormentaba tantas veces durante la inercia de su largo viaje, daría solaz a su espíritu e inspiración para resolver todos sus problemas. Ansiaba verla y comunicarle sus proyectos para el porvenir.

Poseído por éste deseo inconsciente, casi como un alucinado, dirigióse hacia la decorativa verja toledana, que rodeaba lo que pudo ser un espléndido jardín y era tan solo un patio cubierto de verdolaga y toronjil. Saltóla sin esfuerzo aparente y encaminó sus pasos hacia las afueras, no sin pensar cómo se las arreglaría para entrar de nuevo; pero su imaginación tuvo lampos de esperanza al recordar que el ama de llaves le había franqueado la entrada en más de una ocasión cuando el Marqués dormía, y así pensando recorrió en un breve lapso la distancia que separaba la aristocrática residencia de su tío de la humilde morada del Cacique.

Varias horas hacía que se habían recogido sus moradores, pues todo se hallaba herméticamente cerrado y hasta la puerta de campo, que permanecía casi siempre abierta, estaba atrancada.

Emocionado y silencioso ante la hermosa colina, semejaba el joven un merodeador, y en vez de experimentar el alborozo del que retorna y se encuentra de nuevo cerca de su amada, sintióse inexplicablemente acongojado. Tal era el silencio que reinaba en aquel apartado recinto.

Sentíase en derredor un suave perfume de atabaibas (67) y el cadencioso rumor de las palmeras reales, batidas por el viento. Pensó que el Cacique podía haber cambiado de encomendador, mudándose Dios sabe para donde, y recordó con aprensión la búsqueda en Valladolid del hermano del abogado. Ya se informaría en la ciudad. Iba a dar la espalda para marcharse de allí cuando un pajarillo nocturno rompió el silencio de aquellas soledades, desgranando el raudal armonioso de su canto. El hidalgo reconoció la melodía de aquel cantor: era un sinsonte (68) y el torrente de aquella salvaje canción le hizo marcharse esperanzado, sonriendo.

Al aproximarse a la casa de su tío, Don Juan advirtió por un resquicio debajo de la puerta principal, que hacían luz en el interior, preguntándose con ansiedad si el Marqués le estaría esperando para exigirle alguna explicación. Sentíase, en verdad, muy dispuesto a dársela; pero le parecía que le sería muy difícil mantener la promesa hecha a sus primas de no confesar bajo ninguna circunstancia que había descubierto toda la trama urdida contra sus amores.

Volvió a saltar la verja como antes, aproximándose a la casa con sigilo, pero como iba algo ansioso, tropezó con los peldaños de la entrada; osciló y estuvo a punto de caer de espaldas, cayendo al suelo con ruido la tizona, que llevaba colgada al cinto. Recogióla con presteza, pero aún antes de colgársela de nuevo, se abrió la puerta de la casa, viendo el joven con la consiguiente sorpresa y alivio aparecer en el umbral a Doña Lucía, quien se había alarmado por su au-

sencia de casi una hora y le esperaba levantada para admirtirle.

Las huellas de las recientes lágrimas advertíanse aún en su pálido semblante, cuya expresión perturbada se acentuó al decirle, llevándose el índice a los labios para imponerle silencio:

—Estaba segura de que volveríais: por eso os esperé levantada, pero os ruego encarecidamente que no despertéis a mi padre. Ha dado orden de extinguir todas las bujías y correr los cerrojos, pero el ama me ha proporcionado unas cerillas y las llaves— explicóle con voz apagada al tiempo de aproximarse a un aparador, estilo Credencia, para encender allí una palometa de bronce.

—Permitidme, Doña Lucía— rogó Don Juan, acercándose con solicitud y tomando la luz para guiar a su prima. Echó a andar en dirección a la escalera, añadiendo: —Sois excesivamente generosa, primita, de preocuparos por mí y os lo agradezco infinito, pero debo ser franco con Tío Ramón. Las cosas han salido mucho peor de lo que imaginé. Y ahora debo conducirlos a vuestra habitación. Es demasiado tarde para pensar en preparar una cámara convenientemente para vosotras: pero espero que os arreglaréis por esta noche en la mía. Supongo que estará tal como la dejé... ¿pero decidme, qué se ha hecho Doña Mariana?

—¡Por favor, hablad más quedo! —imploró Doña Lucía, mirando a derecha e izquierda con ansiedad, pues habían llegado al rellano de la escalera y le atormentaba la idea de despertar al Marqués. —Mi hermana se encuentra precisamente en vuestra cámara, pues ya nuestro padre nos había aconsejado igual que vos. Creedme, me apena mucho la mala noche que pasaréis sobre el canapé de la sala, pero confío en el Cielo que mañana todo se ha de arreglar satisfactoriamente para vos. Haced lo que juzguéis más sensato. ¡Hasta mañana, pues!— Y con una sonrisa fugaz la joven tomó la luz, que Don Juan le alargaba, y se perdió en un recodo del pasillo.

—Hasta mañana, primita. Que descanséis bien. —contestó Don Juan, tratando de dar a su voz un acento jovial.

El joven se dirigió a la sala, pensando con pena en la sorpresa que se llevarían sus primas al día siguiente no hallando canapé alguno, ni alfombras, ni tapices, ni cortinajes siquiera en el salón principal. Sólo algunos sillones macizos e incómodos; algunas mesas y escabeles; un lampadario; una panoplia con armas algo enmohecidas y algunos retratos de familia, pintados por Antonio del Rincón con todo arte. ¡Sin duda, lo único de algún mérito artístico que hay en todo el destartado caserón! —suspiró, abriendo las maderas del balcón. Después, a la luz de la luna, que entró de lleno bañándolo todo con suaves resplandores, escogió el hidalgo una silla de alto respaldo, estilo Savonarola, descansando finalmente los pies sobre un escabel, forrado de vaqueta, preparándose así a pasar su noche de insomnio con la mayor comodidad posible, pero le invadió una dulce somnolencia y antes de tomar una decisión respecto a lo que haría al día siguiente, se durmió profundamente, no despertando hasta el amanecer, cuando la viva claridad del sol, que inundaba la estancia, le hizo abrir los ojos con sorpresa. Incorporóse sobresaltado, pues había proyectado ser el primero en ver al Marqués. Escuchó con atención y, por fortuna, sólo en la cocina se advertía algún movimiento.

Arregló sus ropas del mejor modo posible y bajó las escaleras para dirigirse a la alcoba del mayordomo a terminar allí su precario aderezo, pero al pasar junto al comedor sintió ruido y se volvió con presteza. Y allí se encontraba su tío, sentado en su sillón de enfermo; con señales inequívocas en su pálido semblante de haber pasado una pésima noche de insomnio. Los ojos abultados y enrojecidos como carbunclos conservaban aún la expresión amenazadora de la víspera.

El joven sintió muy vivos deseos de inquirir cómo se encontraba de su dolencia, pero se guardó mucho de hacerlo. Entró con compostura porque había decidido de antemano

explicarse con él y salir cuanto antes de aquella falsa posición.

La mirada sombría del Marqués pareció llamear de nuevo al presentarse Don Juan en el umbral, dando los buenos días con aparente calma, sin la timidez que esperaba su tío. El joven, sin darle tiempo a reponerse de su sorpresa, avanzó diciendo con lisura y sin preámbulo alguno:

—Es menester, Señor, que lleguemos a un entendido hoy. No ha sido mi intención pasar por inocente por traer a mis primas hasta aquí sin vuestra venia; fué decidido sin pensarlo mucho, sólo porque me parecía lo más conveniente para todos, aunque quizás no fuese lo más sensato. Desdichadamente, ya está hecho y es tarde para arrepentirse de ello, pues de nada me valdría. Pero sí deseo poner en claro mi entera culpabilidad en el asunto porque yo mismo se lo propuse. No os dejéis sugestionar de ellas: ¡son unas niñas, Señor, y ambas temían por mí! Os ruego que no cometáis la injusticia de descargar vuestra cólera sobre ellas; sabéis tan bien como yo que han venido a testimoniar de un modo evidente el cariño profundo que sienten por vos. . .

Don Juan hizo una breve pausa, que su tío aprovechó para decir con tono áspero:

—Todo eso bien puede ser cierto, pero ¿porqué diablos no pensásteis siquiera en consultármelo? Es que soy para vos un mero mascarón de proa? — De nuevo su fuerte puño sacudió la mesa con un rudo golpe, haciendo saltar las piezas de argentería, ya dispuestas para el desayuno, y acariciándose el bigote cano preguntó con sarcasmo e impaciencia: —¿Fué ese, por ventura, el importante asunto de familia que fuísteis enviado a concordar a España?— La gruesa mano sobre el bigote ocultaba una sardónica sonrisa, que apesar suyo contraía sus finos labios de aristócrata.

—Mucho temo que no fué precisamente a eso, Señor—, contestó el joven, enrojando hasta las orejas— pero fué tal como mi prima trató de explicaros anoche: el letrado escogido por vos había fallecido hacía cerca de cinco semanas y

eso lo entorpeció todo. Vuestras instrucciones eran por demás demasiado vagas y no me encontraba en posición de consultar a ningún otro sobre ese delicado asunto de familia. Además, pude averiguar que vuestro primo Beltrán se había marchado del país. ¡No sabía, en verdad, que partido tomar!

—¡Mi abogado... muerto! ¡Ah, eso, es pues, lo que ocurrió!— masculló lenta y angustiosamente el Marqués. —¡Rayos y truenos! No ha sido más que un despilfarro de tiempo y de dinero! Inútil decirlo ya, pero debísteis haberme escrito enseguida pidiéndome nuevas instrucciones. Esto no tiene solución posible, y mi castillo aún sigue desarrendado... ¡Qué le vamos a hacer!— Sin percatarse de ello, dejaba escapar el corolario de su plan: entretener al joven durante unos meses en poner la propiedad en condiciones y en procurar algún inquilino idóneo, del agrado de su abogado.

Las mejillas de Don Juan ardieron inusitadamente, comprendiendo con claridad el nuevo plan del Marqués.

—No debo omitir deciros ahora, Señor, que desde el primer instante me reconocía inadecuado y del todo inepto para desempeñar aquella misión; pero me parecía un deber ineludible ir en lugar vuestro y no quise parecer desagrado.

Tocábale el turno a su tío de sonrojarse a su vez, pero no contestó palabra. Limitóse a emitir un sonido semejante a un gruñido sordo y garraspeó molesto, disimulando su desasón.

—Mi impertinencia de anoche, Señor—, prosiguió Don Juan con veracidad —fué del todo impensada y lo deploro. Estaba algo nervioso porque veía sufrir a mis primas inmerecidamente... No aceptasteis mis excusas y ya que así lo habéis dispuesto, haré sacar al instante mis arcones para abandonar vuestro techo, no vaya alguna otra persona a pensar lo mismo que vos... Soy hidalgo por dentro y por fuera y sé que la nobleza interna es la que cuenta...

La sangre se había agolpado al rostro del Marqués, antes tan pálido, y sus pobladísimas cejas se hallaban contraídas sobre los ojos chispeantes e incrédulos, pareciendo estudiar con vivo interés el semblante del joven.

A su vez las mandíbulas de Don Juan se habían contraído y su rostro varonil era una máscara de tozuda resolución al reprochar a su tío con entereza: —Desearía además, que comprendieseis que no soy ya un chiquillo: que he tomado por mí mismo la resolución de permanecer en La Española, donde todo está tan de acuerdo con mis gustos sencillos y donde espero pasar el resto de mis días, cosechando caña de azúcar, plátanos y maíz, pues después de haber trabajado aquí, como Dios manda, debo confesaros que siento menosprecio y hasta cierta lástima por los que se gozan en malgastar su tiempo como juglares de corte, apoyándose en el nombre ilustre de sus antepasados, que ha de ser a mi juicio lo más sagrado para un gentil hombre. Si todas estas ideas mías os desconciertan lo lamento sinceramente, Señor, pero me es imposible extirparlas de mi cerebro porque las grabó allí mi madre desde mi infancia.

Don Juan no parecía esperar respuesta alguna del Marqués, inclinándose como despedida, sin añadir más, pero oyó toser a su tío de modo harto familiar, como lo hacía con frecuencia cuando encontraba algo particularmente difícil de decir. Fijó su mirada en el rostro del Marqués, descubriendo un destello burlón en sus ojos sagaces, que parecían estudiarle con asombro y curiosidad inusitadas.

El joven se sonrojó, sintiendo extrañeza e inexplicable irritación, como si su tío se complaciese en burlarse de sus sentimientos. Inclinóse de nuevo, ceremonioso, murmurando un lacónico: Buenos días, Señor!— y girando sobre sus talones, salió a pasos largos del comedor; pero en esta ocasión no llegó más allá de la puerta ornamental del zaguán, pues el Marqués ya visiblemente desazonado, tosió de nuevo con más violencia, y con un sacudimiento nervioso, levantóse renqueando de su sillón, haciendo esfuerzos por sostenerse sobre sus piernas, que temblaban.

—Volved atrás, Juan;— suplicó con tono dolorido Don Ramón —os habéis tornado inconsiderado y temerario en exceso. Ya he alterado mis proyectos respecto a vos y es bueno que os detengais a pensar antes de abandonar esta casa para siempre. ¿Qué diría la gente? ¿No sería peor? De sobra sabéis que vuestras primas no os perdonarían semejante desatino.

El joven miró atónito a su tío, pues jamás le había parecido tan ansioso y perturbado; habiéndose esfumado notablemente todas las señales de su reciente enojo.

—Creí comprender, Señor, que no necesitabais ya más de mis servicios... contestó Don Juan con voz ofendida, pues le habían escocado de veras las duras frases que le dirigiera el Marqués la noche anterior.

Algunos instantes transcurrieron antes que Don Ramón contestara con voz extraña y sorda, suspirando inevitablemente:

—¡Quién sabe, Juan... quién sabe si quizás os necesite más que nunca! Tengo cosas muy graves que referiros... pero, no os tengáis ahí de pie, miradme como petrificado: es que ya os parezco difunto?— Lanzó un bufido, que pretendía ser una carcajada y se encorvó inesperadamente para agarrarse ambos muslos con sus manos crispadas. —¡Esta maldita gota!— murmuró irritado, mientras Don Juan, aún algo ofuscado, se le acercaba con solicitud para ayudarle a sentarse de nuevo en el sillón.

—¡Lo deploro, Señor!— murmuró el joven con sentimiento. —Estais febril—; y añadió mirándole con atención —¿acaso os sentís peor?

—No, Juan—, contestó el Marqués, suavizando de improviso la expresión de su rostro—. Ya pasó todo y ahora podremos platicar. Sentaos.

El joven obedeció, estudiando con interés el rostro demudado de su tío; deseando ardientemente manifestar su sentimiento respecto al hábil expediente que se usara con él para enviarle a Castilla seis meses antes, pero nada se ha-

llaba más lejos de la mente del Marqués en aquellos momentos. Miró al joven con aprobación y continuó diciendo tras una breve pausa:

—Siempre he sentido invencible desprecio por los hombres que carecen de determinación y carácter, y en este momento acabo de enterarme que estais hecho de material muy distinto!— Su rostro se ensombreció una vez más al proseguir: —El antiguo administrador que quedó en vuestro puesto era un hombre inepto, como os dije, pero ojalá haberle conservado! Ahora hace de administrador Moncada, el capataz aquél, y sospecho que está hurtando de lo lindo... ¡No, no os exaltéis no es más que una conjetura!... ¡Ah, todo lo que he podido adquirir durante estos últimos seis meses han sido, por mi mala estrella, nada más que aventureros charlatanes o malhechores! ¡Qué desgracia para España que esta pandilla disoluta vague como una plaga por la isla! (69) No hace aún cinco semanas que se declaró un fuego en uno de los cañaverales —el de Jaina, Juan— y las trescientas tareas aquéllas ardieron como paja seca, sin un honrado esfuerzo de parte de esos rufianes para mantener la conflagración. ¡Cuándo llegué allí todo el cañaveral era una hoguera! —Su mandíbula temblaba convulsivamente. Parecía muy abatido al apoyar la frente en la palma de la mano, y Don Juan se preguntó si todo aquello no habría contribuido a agravar su dolencia, cuyos estragos se hacían más patentes a la luz del día.

—¡Cuánto deploro todo ésto, Tío Ramón!— exclamó contrito Don Juan como si en realidad fuese suya la culpa de toda aquella serie de desventuras. —Nunca debí abandonarlo todo en manos mercenarias... y menos en las de ese hereje galeote, pero os juro que las pagará!— Y su frente se ensombreció repentinamente, mientras sus puños se crispaban amenazadores.

—Cierto;— corroboró el Marqués con acento apesadumbrado, como siguiendo el hilo de los pensamientos del joven. Después de vuestra partida todas las cosechas dismi-

nuyeron de un modo lamentable y otras se asolaron por completo. Temo que hasta los maizales os causen inquietud, los cuales rendían siempre tres o cuatro abundantes cosechas al año... ¡y hay que ver lo que han producido en éste! Tengo los nervios desechos... ¿Habéis oído alguna vez de ineptitud más desalentadora que la de nuestros servidores?

—La falta está— comentó Don Juan contrariado, frunciendo el entrecejo —en que nadie aquí se preocupa por la tierra y en cambio todos se interesan por las minas, que yacen inexploradas a su vez por escasez de brazos; y me asegura el Virrey que son tan variadas y valiosas que no podrán ser explotadas ni en mil años, aunque se lo propongan: platino, hierro magnético, oro, ámbar, cobre, estaño, azogue, antracita, sal gema, y tantas otras que ni recuerdo! ¡Pobres indios! —musitó, revolviéndose inadvertidamente los mechones de su pelo ondulado. Ahora se habla de nuevo en España de importar más esclavos africanos para trabajar en las minas y las plantaciones de América. El Padre Las Casas (70) es, en verdad, uno de mis mejores amigos, pero la tal medida me parece descabellada, pues son tan dignos de lástima los unos como los otros... —Su voz vibraba de emoción, y el Marqués contrajo de nuevo sus cejas enmarañadas, manifestando su enojo.

—Sabéis muy bien que la población indígena ha disminuído notablemente en los últimos años— comentó con rostro duro —y todos estamos de acuerdo con que algo debe hacerse para impulsar los trabajos sin perder el tiempo en inútiles habladurías. Las Casas y otros filántropos, como vos mismo, quisierais ver a vuestros indios llevando una vida muelle, regalada, y por tanto debéis encontrar los substitutos apropiados, pues los blancos no están dispuestos a desempeñar esas engorrosas labores mientras existan todavía nuevas tierras para la conquista. Sin embargo, sois excesivamente joven para resolver por vos mismo problemas de esta índole. Hombres de más edad y más sapiencia que vos decidirán todas esas dificultades antes que transcurra mucho tiempo;

pero ahora, —terminó más afablemente, acariciándose las espesas barbas— debemos pensar en nutrirnos bien, pues temo que haya trabajo muy rudo esperandoos.

Don Juan pensó en el regocijo de sus primas por el nuevo giro que habían tomado sus asuntos y sonrió jovialmente, advirtiendo por primera vez desde que entró en el comedor, la mantequilla y los panecillos, que estaban a su alcance sobre sendos azafates.

—Al decir verdad— corroboró contemporizando —tengo un apetito de lobo... pero, Tío, ¿qué se ha hecho el ama de llaves esta mañana? ¿Se habrá puesto enferma?— preguntó todo extrañado.

El Marqués sonó una campanilla que tenía a su alcance, sonriendo socarronamente! ¡Bah, la buena de María sabía que no debía interrumpir de ningún modo nuestra plática de hoy!— confesó, y al advertir la mirada asombrada del joven, añadió: —Siempre que os he echado os he vuelto a encontrar en el comedor a la mañana siguiente... Antes os franqueaba la puerta el ama de llaves; ahora parece que le toca el turno a mi Lucía! ¡La próxima vez andad con tiento, para no tropezar en la escalinata como lo hicisteis anoche! Temí que os hubieseis roto las costillas.

Don Juan rió algo confuso, viendo con satisfacción que entraba al fin el ama de llaves, llevando sobre un azafate una humeante chocolatera de plata, que despedía un rico aroma.

—Tenga muy buenos días el Señorito— dijo afablemente la anciana, al depositar el azafate a la izquierda del Marqués.

—Dios nos los conceda buenos, María— contestó Don Juan, añadiendo algo intrigado —pero decidme por favor, ¿qué puede acontecer a mis primas, que tardan tanto en presentarse?

—Será sin duda el cansancio de la travesía, Señorito; pero voy al punto y si están despiertas, les avisaré el desayu-

no. ¿No precisa nada más el Señor Marqués? —preguntó solícita antes de dirigirse hacia la puerta.

—Por el momento nada más, María. Gracias... pero escucha: sube quedo... por si acaso mis hijas duermen aún!— Y con esta advertencia, el Marqués desdobló su servilleta, colocándosela con descuido alrededor del cuello.

Ni Don Ramón ni su sobrino podían imaginarse que las Marquesitas habían despertado más temprano que de costumbre aquella mañana, escuchando sin procurarlas las confidencias de su padre, ya que la primera parte de aquella conversación tomó lugar cuando las jóvenes estaban aún indecisas, sin osar a bajar la escalera; pero su temor de que se repitiese la escena de la noche anterior les hizo volver a su alcoba para esperar allí pacientemente a que se las llamase.

Cuando al fin se presentaron acompañadas de María, sus rostros juveniles rebosaban franco regocijo, y el corazón del Marqués sintióse conmovido con sus demostraciones de afecto por el perdón de su primo. Habían recuperado la confianza en el porvenir y con ella la ventura, que se enseñoreaba de nuevo en aquel hogar, deshecho por tan largos años.

CAPÍTULO X

Obsesionado con el pensamiento de Toeya, Don Juan ansiaba una oportunidad para ir a visitar su morada, pero las circunstancias burlaron su deseo, ya que ex profeso o quizás inconscientemente, su tío no se la proporcionó, refiriéndole en largas sobremesas la letanía de sus preocupaciones; discutiendo morosamente de negocios y ofreciendo mil consejos fútiles al joven sobre asuntos que el sobrino conocía ya muchísimo mejor que él.

Parecióle, pues, que su paciencia había sido sometida a la más dura prueba cuando al fin, dos días más tarde se encontró a la entrada del bohío del Cacique Urabanex. El orbe entero parecía dorado y esmeraldino en aquella joyante mañana de primavera; los alelíes perfumaban la senda y sentía en derredor el zum zum de los colibríes, cuyas alas sonoras relampagueaban en magnífico alarde, como metal brillante, como para dar al hidalgo la bienvenida. Rodeando casi por completo la blanca vivienda, las florecillas silvestres destacaban sus frágiles corolas entre el manibari, (71) y el paisaje lejano de los cerros, coronados de frondosas arboledas, limitadas por el mar, ponía una nota salvaje de bosques milenarios entre el suave remolino de luz y el polvo de oro de aquel sol de primavera.

El hidalgo sentía una exaltada embriaguez, complaciéndose en interpretar a su favor hasta el más insignificante de aquellos pormenores fortuitos. Llevaba hermosos presentes

para el Cacique y su hija, pero no quiso hacer su entrada con ellos, optando por dejarlos a la puerta al cuidado del indio Maxaguán, para tener la oportunidad de prepararles para ello.

Evidentemente Urabanex y Toeya habían oído ya la nueva de su retorno, pues el Cacique no pareció asombrarse cuando le vió aparecer a la puerta de su cabaña.

Lanzó una exclamación de alborozo y levantándose con presteza, fué a estrechar la mano que le tendía el hidalgo, al decirle con cierta emoción:

—Por fin tengo el placer de venir a saludaros, Cacique. Veo que os encontráis en perfecta salud y me congratulo de ello!— Y sus ojos contemplaron con verdadero regocijo el rostro atezado del indígena.

—La alegría es toda mía, Don Juan, por veros de nuevo en mi morada. Sentaos, por favor; —dijo, indicándole un asiento— os esperábamos desde ayer, pero imagino que estaríais ocupadísimo. De todo corazón espero —añadió reflexivo— que solucionarais a entera satisfacción vuestra todos los asuntos de España.

¡Gracias, Cacique, gracias! —murmuró el joven algo confuso— Tuve algunos serios inconvenientes, mas al fin todo se solucionó muy a mi agrado— y su voz se hizo grave al añadir con cierta ansiedad: pero... ¿dónde está Toeya que no la veo por ninguna parte?

Lo ignoro, Don Juan: tan solo puedo deciros que estaba aquí cuando vine de la huerta. Enviaré por ella al instante, ya que creo que se alegrará tanto como yo mismo de veros, —Y asomándose a la puerta dijo, alzando la bien timbrada voz: —¡Ea, Eacumán! Id al punto por Toeya; decidle que Don Juan desea saludarla. Y volvió a acupar su asiento, declarando con franqueza: —Mi hija se encuentra ya bastante mejorada, Don Juan, pero se ha tornado tan religiosa; son tan largos y frecuentes sus ayunos que temo que los Franciscanos del convento la hayan catequizado más de lo conveniente. Al comienzo creí adivinar que se trataba de un he-

chizo ,tal como si hubiese dormido a la sombra del guas!
(72) Pero ahora comprendo que vuestra religión la ha deslumbrado y nada más. Eso también me advirtieron los buitíos a quienes consulté, asegurándome que nada podían hacer ya en favor de un espíritu imbuído en otras creencias.

Don Juan quedóse mirando al Cacique con ojos que denotaban cierto asombro y el indígena creyó leer en su pensamiento al contestar con un leve suspiro: —¡Qué queréis, Don Juan, son cosas de la raza! La mayor parte de los indios que abjuramos de nuestra fe, no comprendemos la vuestra. Nos ha sido inculcada por capataces crueles ineptos de enseñar la religión cristiana, y retornamos a la nuestra cuando nos hallamos abatidos o enfermos, lo cual no nos impide oír la misa cuando la ocasión lo demanda.

Don Juan iba a contestar algo adecuado pero sintió pasos a sus espaldas y se volvió vivamente, poniéndose de pie, y allí en el umbral estaba Toeya con quietud de estatua, erguida y armoniosa. Llevaba en los brazos un desbordante ramillete de menudas orquídeas silvestres, de las cuales coleccionaba para adorno de su modesto altar. Amontonó todas las flores sobre su brazo izquierdo y con una genuflexión extendió al hidalgo la diestra, pero con tal desencanto que le dió la impresión al joven que el mundo estaba vacío para ella.

—Espero, Don Juan—, dijo con una sonrisa fugaz —que hayais hecho una travesía feliz y que os encontréis en excelente salud—. ¡Tal como si le hubiese visto marchar el día anterior!

El joven tomó emocionado la mano que ella le ofrecía e imprimió en ella un beso cálido. —Gracias, Toeya—; dijo soltándole la mano —por suerte hice una viaje de los más felices y me encuentro... mejor que nunca!

Advertía un cambio en la joven que le era imposible explicarse: había una dolorosa fijeza en la mirada de sus grandes ojos sombríos y una desconcertante palidez, que acentuaban sin duda las azuladas ojeras y el haz de orquí-



deas silvestres que oprimía inconsciente contra su pecho. Comenzaba a explicarse las palabras del Cacique y sintió oprimírsele el corazón. Hubiera deseado encontrarse a solas con ella en aquel instante para inquirir la causa de aquella secreta angustia y además por que él mismo había creído sonrojarse al besar su mano, pero o fué aprensión suya o Urabanex era demasiado obtuso para reparar en tales pormenores.

—Por favor, habladme de vuestro país, Don Juan—, instábale el Cacique en aquel instante— ¡siento genuina curiosidad por saber si es aquello tan maravilloso como lo he oído ponderar tantas veces!

—Así es, en verdad, Cacique;— oyóse a sí mismo contestar Don Juan, mas sin poderlo evitar contemplaba a la princesa, la cual se arrodillaba junto al ventrudo tinajón de barro para depositar en él sus orquídeas. Es una tierra portentosa de vides y olivos; de palacios y ciudades resplandecientes, cuyo ruido durante el día es un raro y palpitante caos, difícil de describir. Y allí se vive jubilosamente, aún las gentes sencillas del pueblo, pues sienten verdadera pasión por la música y el arte: ¡Ah, es el vino espiritual de España! . . . Pero apesar de ello, ya comenzaba a suspirar por La Española, no lo dudéis. Debo confesaros ahora que tuve una suerte loca con los lienzos que aquí pinté: vendí algunos de ellos a precios escandalosos. Alabaron el colorido; gustaron de veras. . . ¡No salgo de mi asombro!

—Sin duda porque eran realmente buenos— discurrió Toeya como hablando consigo misma. Y añadió impulsiva: —Paréceme que es vuestra verdadera vocación. Quizás ahora os dedicaréis a pintar con más ahinco. ¿Lo haréis así?

—Ojalá pudiese hacerlo, amiga mía, pero me parece un tanto problemático. . .

De rodillas todavía la princesa colocaba sus flores, pero lo hacía maquinalmente porque su viva imaginación le había trasladado al hermoso país de Don Juan. ¡Ah,

pensaba, quién pudiese trasladarse a un lugar paradisiaco como aquel, donde no existe dolor, ni servidumbre!

—No puedo explicarme— murmuró perpleja —como a pesar de tanta dicha y alegría como existe allí, deseasteis retornar a estas Indias... tan atormentadas!

—Así es—; contestó el hidalgo, mirándola embelesado —solo sé que empezaba a aburrirme de lo lindo... En todo el santo día de Dios no hacía más que saludar gentes y conversar hasta por los codos. En fin, que me hacían una enorme falta estos bellísimos paisajes vuestros, Toeya!— Hubiese llegado a decir “esos bellísimos ojos vuestros”, sin duda, pero la fijeza de su mirada había hecho afluir el carmín a las mejillas de la joven, y recordando que el Cacique también le escuchaba, concluyó, contemplando a través de la puerta, la campiña sonriente, bañada por el sol: —Nada hay comparable a vuestros enhiestos palmares, que parecen perderse en el horizonte y me siento muy feliz de estar aquí de nuevo. Créedlo; éste sol y éste aire representan toda la alegría y la vida para mí.

Toeya le miró vivamente por entre sus espesas pestañas, sin disimular su desencanto.

—Jamás pensé que el aire y el sol significasen tanto para criatura alguna!— Y se alzó con presteza para irse a sentar junto al Cacique, como deseando apartarse del joven.

—Pues ya lo veis:— comentó Don Juan, sonriendo en el fondo de sus pupilas —hay criaturas que no podemos vivir sin ellos!— Había deseado verla reír con su risa espontánea de antes, pero los labios sensitivos de la joven se desplegaron con un esfuerzo, como si hubiesen perdido el buen humor que le caracterizara antaño. El hidalgo añadió con jovialidad: —Mis primas, las hijas del Marqués de Villahermosa, están muy de acuerdo conmigo a este respecto, aunque apenas han tenido tiempo suficiente para conocer la ciudad. Son más o menos de vuestra edad, Princesa, y las chicas más cariñosas y lindas del hemisferio, os

lo aseguro. Si ambos me otorgais vuestra venia, me sentiré en extremo honrado de poder traerlas en breve a visitaros.

Sin duda, vos también las amaréis así Princesa, pues son simpáticas como pocas. Os parecerá haberlas conocido toda la vida, como a mí.

Habíase expresado de un modo harto espontáneo, sin sospechar el dardo envenenado que clavaba en el corazón de la enamorada Toeya, que se oprimía las manos, tratando de disimular la sensación agobiadora de su espíritu. Una nube de tristeza veló sus facciones, sin ocurrírsele por el momento nada adecuado que contestar. Sus párpados alejaron sobre sus ojos profundos y miró a su padre, que esperaba con tranquilidad su respuesta, encontrando la presencia de ánimo para decir con lentitud, como si recitase una lección aprendida de memoria:

—Mi Padre y yo nos sentiremos altamente honrados, Don Juan, en recibir a vuestras primas en nuestra humilde morada y podéis traerlas a visitarnos cuando juzguéis conveniente.

—Gracias, sois ambos muy bondadosos conmigo y os estoy profundamente agradecido— dijo, añadiendo con una sonrisa picaresca: —Temo que me vea precisado a servirles de dueña, pues la que tenían en Castilla se negó a acompañarlas hasta aquí y mi señor tío no se encuentra lo bastante bien de salud como para servirles de cicerone. Son amantes de las diversiones en grado sumo y monopolizarán todo mi tiempo de un modo tiránico—. Pero sólo una exaltada alegría se reflejaba en sus ojos expresivos y apasionados.

Toeya evadió su mirada inquisidora, temerosa de que el joven sospechase lo profundamente que le lastimaba este nuevo deslumbramiento suyo. Ya todos habían oído los comentarios en la ciudad; aún su propio padre y Toa, quienes salían muy pocas veces y no prestaban oídos a murmuraciones.

El hidalgo, recordando de improviso sus regalos, añadió después de una breve indecisión:

—Y ahora, amigos míos, ¿me permitís presentaros los obsequios que tuve a bien traeros como recuerdo de mi país? Dejé el paquete afuera al cuidado de Maxaguán.

Sorprendido, Urabanex enarcó las cejas y la princesa murmuró toda confusa que el traerles presentes era cosa del todo innecesaria.

Don Juan se levantó, yendo hacia la puerta para llamar allí a Maxaguán, pues el sumiso indio se había situado cerca de la casa para poder acudir cuando le llamasen, presentándose inmediatamente. Depositó la caja en manos del joven con una inclinación de cabeza, retirándose en seguida tan silenciosamente como había llegado. El hidalgo, a su vez, entregó el bulto al Cacique, quien lo tomó dando las gracias, y rompió con evidente curiosidad los delgados bramantes que lo ataban.

Don Juan murmuró a manera de excusa: —Quizás no sean del todo de vuestro agrado, Cacique, pero en mi país se dice que el valor del presente está en la buena intención.

Urabanex sacaba ya de entre los papeles una fina manta de paño de Bourges, la cual explicóle el hidalgo había sido escogida para él; y para la princesa, un primoroso traje blanco, sencillo como una túnica griega, cuyo único adorno consistía en un ceñidor bordado en cuentas de cristal.

El indígena tocó la finísima tela con asombro, borrándose de su rostro la alegría que manifestaba momentos antes. Reflejándose en sus facciones el más profundo disgusto e indignación, dejando traslucir su estado de ánimo. A su vez Toeya se había llevado los dedos a los labios, como escandalizada, y sus ojos agrandados por la sorpresa, estaban fijos en el rostro de su padre.

Don Juan sintió que le ardía todo el rostro y una indecible angustia se hizo patente en su mirada, pues aún antes de hablar el Cacique comprendía el desacato que sin pensarlo había cometido, trayendo para Toeya aquel regalo tan costoso como personal.

El ceño de Urabanex se había plegado dolorosamente al anunciar con voz ronca:

Debo manifestaros, Señor, que no podemos aceptar vuestros costosos presentes. ¿Ignorabais acaso que es tanto ultraje donar un traje a una doncella india como a una de vuestra propia raza?— Las manos venenosas de Urabanex se crisparon sobre el bulto del presente.

La mirada atribulada del joven buscó la de Toeya en silenciosa súplica, pues se percataba de la tensión de nervios que sufría el Cacique y la animosidad que acababa de despertar en su corazón.

La princesa le miró con gravedad y en una forma tal que parecía querer adivinar sus más recónditos pensamientos. Pudo más el amor que el recelo y una tenue sonrisa iluminó su pálido semblante.

El hidalgo la envolvió en una elocuente mirada de gratitud al explicarse embarazosamente:

—No lo he hecho con intención aviesa y os pido mil perdones. Tenéis motivos muy justificados para no desear aceptarlos y de todo corazón lo deploro. No fué esto, en verdad, lo que tuve el propósito de traeros, pero en Valladolid solía ir de compras con mi tía y este regalo de la princesa fué realmente idea suya... La Condesa de Sotomayor, la hermana viuda del Marqués—, añadió con tono dolorido para ablandar al Cacique —se sentirá desairada, casi humillada si su inocente presente le fuese devuelto por la misma nao que os lo trajo. A mí mismo me abruma de continuo con regalos valiosos y superfluos que, en verdad, no me hacen mayor falta; pero me siento obligado a aceptarlos por no herir su excesiva sensibilidad. No hemos tenido, pues, Cacique, la más remota intención de ofenderos; nada se hallaba más lejos de nuestro ánimo.

Era tan ingenuo el indígena que cualquier frase propiciatoria borraba en su cerebro la desconfianza, y Don Juan se aprovechó de ello.

Sin darle tiempo a contestar, la princesa terció conciliadora:

—Padre y Señor, debemos pensar que la intención de Don Juan y su señora tía no fué ofendernos en modo alguno; sino, por el contrario, testimoniarnos su afecto y estima. Ya sabemos que en su país la amistad se prueba de este modo. Estas sencillas palabras habían sido dichas con convicción, mientras que el temor hacía que su dulce voz sonase queda y vehemente.

Pon fin, la expresión ofendida se borró del rostro del Cacique y su acento era de nuevo blando al asegurar al joven:

—No somos desagradecidos, Don Juan; no lo creáis: ¡es que no podemos tomarlo todo sin donar nada en cambio! Raras veces pensamos como los europeos, pero estoy de acuerdo que es realmente la intención lo que cuenta. Vuestros presentes son, en verdad, magníficos y los aceptamos al comprender que vos y vuestra señora tía tuvieron tan sólo los mejores deseos para nosotros.

El rostro de Don Juan se iluminó con una rara sonrisa, pensando con ciertos tardíos escrúpulos en la fantástica historia que se había visto precisado a improvisar, pues el traje en cuestión había sido una peregrina idea suya, y aquel día no había ido adonde la modista acompañado de la Condesa, quien se habría escandalizado de aquel capri-cho, sino de sus dos primas, confeccionándose la prenda a la medida de Doña Lucía, quien tenía la misma talla de la princesa, aunque Toeya fuese algo más esbelta que la prima de Don Juan.

Poco más de interés sucedió en aquella memorable visita, aunque el Cacique, para reparar de algún modo su enfado anterior, sugirió a Toeya que preparase algunos refrescos y la joven se levantó diligente, y reapareció momentos después llevando ella misma un primoroso cuenco de barro labrado sobre el que reposaban tres pulidos higüeritos repletos de mabí. (73) Aunque el joven lo había tomado mu-

chas veces preparado por sus indios, no le había sabido nunca tan bien, complaciéndose en alabarlo.

Aquello le hizo olvidar casi por completo su embarazo anterior. Y al despedirse, Toeya le dijo con su ingenuidad característica:

—Mil gracias Don Juan, por mi padre y por mí, y decid a la Condesa, vuestra tía, que ha sido muy gentil en enviarme tan rico presente: que lo guardaré para algún festival solemne, ya que me parece demasiado hermoso para un día feriado cualquiera.

Pero apesar de este feliz e inesperado desenlace, Don Juan se despidió aquel día con el corazón apesadumbrado: la austeridad y súbita indignación del Cacique le afligía, pues no le conocía bajo este aspecto; y la conducta de la princesa, un tanto huraña y misteriosa, le dejaba perplejo. Demasiado bien sabía como la fama de su sin par belleza se había extendido por toda la isla. No podía dudar que el Cacique estaría acariciando ya el proyecto de las bodas de su hija con algún valiente jefe de su propia estirpe y tal vez el conocimiento de esto transformaba el carácter de la joven. No pareció muy feliz al verle después de aquella ausencia tan prolongada; pero aún sonaba en sus oídos el eco doliente de sus palabras de despedida, henchidas de ternura. En todo caso, necesitaba convencerme de su cariño antes de aventurarse a hablar a Urabanex.

CAPÍTULO XI

A pesar del lamentable estado de las granjas del Marqués y de la fiebre de trabajo que le dominaba, a Don Juan le era del todo imposible evadirse de las súplicas constantes de sus primas; y no le quedaba más remedio que acompañarlas en sus frecuentes paseos a caballo. Cierto es que en muchas ocasiones las conducía hábilmente a visitar las diversas plantaciones, so pretexto de que admirasen el tesón encomiable con que trabajaban sus naborias; pero las Marquesitas de Villahermosa, acostumbradas al brillo de la corte, encontraron bien pronto monótono todo aquello, obligando al joven a conducir las a los más concurridos sitios de moda.

Desde el tercer día de su llegada las alegres españolas habían comenzado a participar con entusiasmo de la vida bulliciosa de la pequeña capital antillana, Primada de América. Sin sospecharlo siquiera, habían trastornado a una buena parte de sus moradores, pues su delicada belleza rubia, indemne aún por el sol abrasador de los trópicos, hacía que todos se volvieran a contemplarlas con admiración. Tan sólo la presencia de su viril acompañante hacía reprimir algunas indeseables frases de elogio.

Don Juan gastaba chanzas con sus primas, molestándolas a menudo, especialmente a Doña Lucía, pues habiendo descubierto que poseía un genio fogoso, se complacía en perturbarla y hacerla enfadar. La joven en una de sus rabie-

tas presentaba un espectáculo en extremo pueril y, aunque hacía apenas tres semanas que compartían la misma morada, ya se habían disgustado con su primo por lo menos media docena de veces; pero el joven lejos de molestarse, reíase a mandíbula batiente, cambiando comentarios chistosos con Doña Mariana, y a la turbulenta Marquesita le faltaba muy poco en aquellas ocasiones para mesarse los cabellos. Resentía con la vehemencia de su carácter no poder suprimir las audaces miradas y dudosos comentarios de sus admiradores compatriotas y aún más que Don Juan, tan parco de alabanzas con ella, se burlase del enojo que ello le proporcionaba.

—¡Qué geniecillo, buen Dios!— rezongaba Don Juan, haciéndose aire con el pañuelo y mirando de reojo a Doña Mariana. A todos estos desocupados habremos de ponerles bozales y además anteojeras; no os parece, Doña Mariana?— y miró a la joven de reojo con una mirada picaresca.

Percatándose de la cómica burla, Doña Lucía se exasperó, golpeando el pavimento con su pequeño pie con ademán impaciente y dramático y volviendo la espalda desdeñosamente a Don Juan; pero una hora más tarde, cuando descaba que le sirviera de acompañante, habíase desvanecido todo su enojo y volvía sonriente a la carga.

En tales ocasiones, Doña Mariana rogaba con dulzura: —Por favor, querido primo, no permitáis que vayamos a montar solas esta vez! ¡Qué diría la gente!— pero la exigente Doña Lucía, ataviada ya en su elegante amazona verde de sarga de seda, preguntaba con sorna: —¿Y nuestra alegre víctima, no estará disponible esta mañana? ¡Es verdaderamente monstruoso, Don Juan! ¡Haceos cargo de que hace una semana justa que no cabalgamos por estaros sembrando caña y nada más!— Apenas podía reprimir un gesto de impaciencia al añadir con gracioso desenfado: —Nuestro padre nos ha confesado que en realidad no necesitamos nada de esto para vivir regaladamente y ya comprenderéis que estáis malgastando vuestro tiempo en un trabajo superfluo.

¡Venid al instante, o el sol nos derretirá los sesos!— Insistía porfiadamente, rastallando su precioso látigo de artística empuñadura de oro, sobre la balaustrada del patio interior.

Y a fuer de hombre cabal el joven exclamaba contrariado: —Pero, prima mía, por favor, ¿no comprendéis que eso está contra todas las reglas de un trabajador como yo?

Pero al fin cedía, ya que Don Ramón mismo le urgía para que complaciese a sus hijas, y como, a pesar de su contrariedad, el joven iba con el mejor humor del mundo, refiriéndoles anécdotas por el camino, la Marquesita le apellidaba su “alegre víctima”.

Era una diversión para Don Juan excitar su irritable temperamento sin detenerse a pensar qué peligrosos sentimientos estaba alimentando, y se vengaba molestándola algunas veces acerca de un gallardo Capitán de Caballería, a quién la joven estuvo a punto de golpear con su sombrilla al salir de la iglesia, acompañada de una nueva dueña que en aquellos días se habían visto precisadas a adquirir.

—Temo —dijo verdaderamente divertido— que de ahora en lo adelante tendréis que llevar todo un regimiento provisto de paraguas aún a la misma iglesia. ¿Qué otra solución?

Doña Lucía exclamó completamente agitada: —¡Mereceríais que os diese también de paraguazos por molesto!— Y como el joven hiciese un gesto de sorpresa, le dijo: —Es que tenéis la manía de chanceros a toda hora, Don Juan, especialmente en ocasiones como ésta.— Y su vocecilla aguda y cortante, parecía próxima a estallar en llanto.

¡Perdonadme, primita, por favor!— rogó contrito Don Juan, confesando con franqueza: —Es que la vida se haría un fardo demasiado pesado si nouviésemos el buen humor suficiente cuando estamos en peor disposición de ánimo. Un buen cristiano ha de tener a flor de labios una canción de gratitud y esperanza, aunque sea espinosa su senda y aunque su corazón se encuentre ya algo quebrado como el mío. La alegría es sana y estética y eleva el espíritu a regiones

inefables. Una carcajada a tiempo es un tónico espiritual o un recordatorio de que aún florece la fe en nuestras almas. No hay que limitar la vida restringiendo la alegría: es ciencia de filósofos y además— añadió dejando a un lado el tono serio que tan extraño parecía en él —con frecuencia espanta la mala suerte. ¿Acaso ignorabais todo eso?

Doña Lucía examinó el semblante de su primo con mirada especulativa, sintiendo una punzada de celos por la desconocida rival que tantas penas causaba al joven.

—De escucharle, Mariana—, comentó irónica —cualquiera creería que fuese positivamente un arcángel. Además, que aquellos que ríen más tiempo acaban inevitablemente por llorar. Disimuló su inquietud con una sonrisa picaresca, echando a Doña Mariana una mirada de travesura, pero su hermana parecía estar un tanto hastiada de aquellos chistes. Los ojos límpidos e imperturbables de la joven estudiaron a su vez la fisonomía de su primo, que parecía reflexionar.

—No sé porqué me parece todo ese florido discurso en extremo optimista para vos, Don Juan, dadas las circunstancias. Reflexionaba hace un momento que siendo hombre, bien podríais, en virtud de vuestra fuerza, reiros de la vida y sus afanes, pero comienzo a percatarme de que vosotros también debéis luchar contra fuerzas eternas, como el destino y el amor, que es a veces como una exaltada embriaguez, y otras... como un mareo de los sentidos, pertinaz e inexplicable. ¿No es así, primo mío?

Parecía hablar con conocimiento de causa y Don Juan la contempló un instante intrigado, pero pensó que aquellos conceptos los había derivado de sus lecturas y corroboró pesaroso:

—Habéis dicho bien, Doña Mariana: ¡una embriaguez exaltada, y una absoluta indiferencia hacia todo lo demás!... Le sucede a uno tal como al borracho... mujer, hogar e hijos, nada significan para él; sólo le importa su botella, y que se desplome el mundo!... Pero a vosotras,

no os lo puedo explicar juiciosamente, aunque sí debo confesaros que me he sentido a ratos indeciblemente desolado desde mi retorno; frustrado en cierto modo. Creo que perteneczo al gremio de los sentimentales incorregibles. Suspiró para descargar su tensión interior y prosiguió con franqueza: —Doña Lucía ha dicho con razón que aquellos que ríen más tiempo acaban inevitablemente por llorar, y yo... ya he comenzado a gimotear; es decir: a apocarme... Mi rancia filosofía puede serme inútil al fin de cuentas. Por desdicha, nuestra lámpara espiritual no arde sino a intervalos y raras veces resiste las ráfagas de la tormenta! Toeya no pareció muy feliz al verme después de mi llegada, hace tres semanas, y casi me inclino a creer que se sintió molesta en mi presencia durante aquella visita, pero ignoro el motivo—. La entonación de su voz acusaba una profunda congoja y Doña Lucía rió con malignidad de niña mimada.

—Ya se ve; está haciéndoos la vida una carga y quizás os trate así a fin de mostraros su desprecio. Abrid los ojos, y tomad una resolución. Podríais retornar a España, ya que allí vuestros cuadros causan sensación. Paréceme que un hidalgo no debe servir de pelele a los caprichos de una india, aunque haya sido princesa, ¡y he oído decir por ahí —añadió maliciosa— que las indígenas son todas secas y ceremoniosas!

—¡Sí que me voy a sentir esperanzado con tales consejos!— musitó Don Juan pesaroso, sin tratar de rebatir aquella aseveración de su prima.

La respuesta implacable de su hermana gemela indignó a Doña Mariana. Miró con ansiedad al joven, creyendo comprender aquel belicoso resentimiento de Doña Lucía. También ella se sentía magnetizada en presencia de Don Juan, pero era el suyo un amor sagrado y etéreo, sin zozobras, ni turbaciones. De espíritu generoso y ultra sensible, era incapaz de exteriorizar sus sentimientos más que olvidándose de su propia individualidad. Por eso, como era tan noble y leal, pensó que se equivocaba, juzgando a Doña Lucía por sí misma.

—¡Por favor, Don Juan, no hagáis caso de mi atolondrada hermanita!— rogó, presintiendo el desencanto que experimentaría el joven ante tales consejos. —Es una chiquilla impertinente y mimada, ya lo sabéis, y apenas podemos esperar que comprenda vuestros sentimientos. Digamos que es la insensibilidad de la infancia... y agregó consoladora: —De fijo la princesa estaría un tanto nerviosa e imposibilitada de mostrar sus sentimientos en presencia de su padre. Se dice que los Caciques son muy rigurosos con sus hijas... y ellos no pertenecen a una casta vulgar. Pienso que no deberíais juzgarles con tanta ligereza, Don Juan. ¡Quién sabe si a pesar de evadiros, en el fondo de su alma, os ame tiernamente!

Contemplándola casi arrobado, la mirada del joven adquirió nuevo fulgor, con la esperanza que comenzaba a renacer en su corazón. —¡Ah, si todo eso fuese cierto!— dijo, después de cavilar un instante, suspirando levemente. —¿Creeréis que la he visto tan sólo un par de veces desde aquella mañana? Cuando visito a su padre está ausente; y ya solo va al Alcázar de rareza. He preguntado también en la ermita y tampoco la han visto por allí. ¿Dónde se oculta? ¡Es muy desalentador todo esto!

La inquieta y exuberante Doña Lucía había permanecido silenciosa durante un largo rato, quizás pensando que debía disimular su encono. Sintió una sensación de disgusto al oírse decir a sí misma, impensadamente:

—¿Y por qué entonces, si todo esto os contrista de tal modo, no hacéis algo definitivo? ¿Por qué si se os hace imposible hablarle en privado, no retenéis su mano al besársela en la primera recepción... o le entregáis una misiva contándole de vuestras cuitas?— Había un dejo irónico en su acento y su hermana quedóse mirándola con algo de irritación.

—Sois tonta de capirote, Lucía, en malgastar tales consejos en nuestro primo: de sobra sabéis lo impulsivo y arriesgado que es! Me atrevería a jurar que lo seguiría al pie de la letra y empeoraría mil veces su situación.

Un leve ceño apareció en el rostro reflexivo del joven por aquella tenue acusación de la sensata Doña Mariana.

—¡Jamás había escuchado tantos elogios dirigidos a mi persona, Señoritas!— comentó con una sonrisa oblicua—. Pero descuidad, primas; aunque no sea más que un pulido bufón de corte, (como me llamáis cariñosamente algunas veces) aún no he perdido la cabeza y me ingenio para mantenerla en su justo lugar. Apenas creo que tendría valor suficiente para entregar personalmente una misiva a la princesa y en cuanto a retener su mano al besarla... podría acabar besando el pavimento, muy a pesar mío!— Echó hacia atrás la cabeza, riendo sonoramente de sus propias cuitas, o talvez de la extraña y cómica escena que le presentaba su viva imaginación.

Tratando de subsanar de algún modo lo dicho tan impensadamente, Doña Mariana propuso con acento de tierna simpatía:

—A todo trance debemos comenzar todos una campaña a favor de la princesa para ganar, o por lo menos, para ablandar el corazón de nuestro padre. Es innegablemente estricto y aún poco comunicativo, lo confieso, pero no podemos negar que posee un corazón de oro y al final de cuentas... ¡quién sabe lo que podríamos obtener! No sería grandísima ventaja ganaros el corazón de Toeya, si nuestro padre se opusiese a vuestros proyectos de desposorios, verdad?

Hum, ya lo creo que no! Podríais encontraros una hermosa mañana en un tonel en medio del Atlántico... y sin previa consulta!— comentó Doña Lucía con aparente jovialidad y un destello burlón en sus ojos de turquesa.

Sin prestar mucha atención a este comentario, Don Juan se volvió sonriendo hacia Doña Mariana, creyendo columbrar una visión risueña de la vida.

—¡Sois un arcángel, primita!— exclamó casi a voces, frotando maquinalmente el pasamanos de la balaustrada donde se apoyaba. —No se me habría ocurrido nunca—, continuó lleno de alegría— pero me parece una idea lumi-

nosa, brillante! Ganar el consentimiento de Tío Ramón por cualquier otro expediente resultaría demasiado arduo; ya lo creo! Apenas sabría como arreglármelas sin vosotras; pero las damas han sido siempre hábiles en trances difíciles como este y yo... soy el hombre más afortunado de este menguado mundo, por haberos traído conmigo a La Española como lo hice en buena hora. ¡Dios os bendiga!

Doña Mariana le recompensó con una cálida y serena sonrisa, mientras su hermana, sintiéndose inexplicablemente despechada, encogióse ligeramente de hombros.

Después de esto, los dos conspiradores conversaban casi a diario sobre sus planes de campaña; y Doña Lucía, por no ser menos, tornaba amena la conversación, con sus oportunas agudezas, sabiendo ya que su primo no tendría ojos para ninguna mujer que no fuese Toeya.

Pero a pesar de aquella franca solidaridad y camaradería, en la colonia todos habían comenzado a unir los nombres de Doña Mariana y de su apuesto primo; quizás porque en público era la menos reservada con él, o porque su hermana coqueteaba con todos para excitar los celos del joven. Afortunadamente, Doña Mariana no había escuchado ningún comentario de este género respecto a su persona, pues de haberlo oído, habría recordado con viva zozobra que la murmuración se ensaña aún en los más inocentes porque son espontáneos en sus acciones y nada tienen que ocultar. Sin duda alguna habría también variado radicalmente de conducta respecto a su primo, renunciando a sus agradables paseos a caballo, uno de los más gratos placeres que experimentara desde su llegada a la ciudad Primada de América. Tales comentarios le habrían parecido malignos y absurdos, aunque cuando paseaban juntos se traslucía en sus animados semblantes su mutuo cariño y la satisfacción genuina que sentían de compartir las mismas ideas, ya que jamás se enojaban por motivo alguno. Todo esto era natural, pues el joven estaba ávido de comprensión y Doña Mariana le comprendía mejor que nadie.

Toeya sí que había oído aquellos comentarios, pero a ella no le parecieron malignos, ni absurdos; sino singularmente lógicos y sin duda muy deseables para los parientes y amistades de entrambos.

* * *

En la calle de "Las Damas" (74) la imponente mansión gris, de blasonado y sólido portal; de estrechas y elevadas ventanas góticas que semejaban arpilleras, no parecía fría ya, ni mucho menos desolada, pues la vida había variado notablemente para todos sus moradores.

Las Marquesitas, manejando a la antigua ama de llaves con habilidad y discreción, habían podido probar al Marqués que eran excelentes administradoras, y hasta unas cuantas ventanas permanecían abiertas durante todo el día.

La Mansión presentaba un aspecto acogedor por demás; brillaban las armas de bronce en la panoplia, y los marcos de los cuadros, pulidos con esmero; había primorosas estatuillas, tapices y jarrones traídos de Europa que ostentaban decorativas flores quisqueyanas, y hasta se había sembrado, con el concurso de Don Juan, una hermosa enredadera para que se trepasen más tarde por el balcón.

El Marqués, rudo y afectuoso al mismo tiempo con sus hijas, mostrábase más benévolo, más suave que de ordinario, pues todo lucía impecablemente atractivo, habiendo experimentado el más favorable cambio que pudiese esperarse. Impelido por un sentimiento de justicia y olvidando su antigua animosidad hacia las inocentes gemelas, aceptaba sus innovaciones con contento y casi con orgullo. Detestaba como antaño, a los médicos, pero en cambio parecía tomar con satisfacción las pócimas amargas que Doña Mariana le preparaba cada mañana, ya que su dolencia se había aliviado notablemente con sus extremos cuidados.

No fué, pues, necesario que las Marquesitas utilizasen varias "aunes" de hermosísimo brocado granadino que habían traído para trajes, y confeccionasen cortinas con ellas,

pues el Marqués, con gesto principesco, decidió encargar a España un tejido más apropiado para el caso y además varias costosas alfombras de Alpujarras, para dejar a sus hijas satisfechas del todo.

Las largas y desocupadas veladas que se emplearon antaño en interminables lecturas, habían sido transformadas en alegres reuniones de familia, a las cuales acudían los amigos más íntimos del Marqués y hasta alguno que otro de Don Juan. Jugábanse partidas animadas y entre risas y bromas se repetían y escuchaban las anécdotas y chistes de rigor, desbordándose el humorismo habitual de los jóvenes y prolongándose muchas veces la tertulia hasta pasada la media noche.

Al principio creyó barruntar el Marqués que Doña Mariana se interesaba por su primo más de lo regular, pensando más tarde que se dejaba conducir demasiado lejos por su imaginación, pues la joven era un ser desinteresado como pocos, que derramaba sus bondades en derredor por ley natural, como el sol derrama sus rayos, y hacía siempre todo aquello que beneficiaba a los que tenía en torno suyo, sin esperar nada en cambio.

Pensó luego el Marqués que su sobrino se había enamorado de la turbulenta Doña Lucía y que ésta, a su vez, demostraba la inclinación que le inspiraba, robándole el tiempo inexorablemente; aturdiéndole con sus cáusticas agudezas y sus asombrosos apodos. Le tiranizaba, en fin, como a él le tiranizara la madre de ella en los días felices de su idilio. Temía, sin embargo, que su hija, en continua discrepancia con su primo, se pasase de los límites de la prudencia y que su amor, si es que realmente existía, degeneraría al fin en discordia. Encontrábase de hecho definitivamente perplejo, sin poder solicitar consejo de nadie; imposibilitado a reflexionar con claridad acerca del dudoso asunto y casi dispuesto a dejarlo todo en manos de La Providencia.

CAPÍTULO XII

Dos días apenas después de la llegada de Don Juan, la antigua nodriza de Toeya atisbaba con curiosidad la casa del Marqués, y no satisfecha con ello, había corrido a relatar lo que sorprendió— o imaginó sorprender —allí, desde la verja de la mansión. El hidalgo, habíale explicado Toa laboriosamente a su ama, hallábase sentado sobre un escabel en el balcón, a los pies de su prima más joven. Ayudábala cuidadosamente a desenredar un enmarañado ovillo de lana y éste al fin, había rodado al suelo. La joven se inclinó para recuperarlo, al mismo tiempo que Don Juan se había puesto de rodillas para darle alcance. “El joven Alba”, terminó Toa con acento ronco y escandalizado, “sin respetar que estaban frente a la calle, había tomado entre las suyas las manos de su prima, besándolas”.

Irritada y fría por la indecible turbación que le produjera la asombrosa noticia, Toeya, hubiese deseado poseer la energía suficiente para reprimir con severidad a la oficiosa dueña, de quien sospechaba haber embellecido aquel relato para halagar con ello su propia imaginación, pero temía vender su secreto innecesariamente.

Ningún gesto admirativo alteró su dulce semblante.

—No me sorprende en absoluto, Toa—; le dijo mirándola de hito en hito, con reconvención —su prima es bellísima y todo el que la ha visto, parece estar hechizado. Su pelo es dorado como el oro de Jaina... ¿Por qué no habría de

amarla, Don Juan, si es tan angelical como hermosa? Extraño sería todo lo contrario...

Su comentario dejó a la dueña bastante desorientada, pero bien hubiera podido regocijarse la chismosa, pues a pesar de aquella indiferencia aparente de su ama, al volver la anciana la espalda, una patética nube de lágrimas nubló las pupilas dilatadas de la princesa. Su orgulloso corazón también sufrió intensamente durante las largas semanas que siguieron a este episodio.

Mientras tanto, la joven era vigilada de cerca por su fiel y celosa guardiana, a la cual encontraba sin embargo, la manera de chasquear en más de una oportunidad, tanto como a las locuaces muchachas, compañeras de sus juegos y quehaceres. Comprensivas, sin duda, pero muy dadas a comentarios indeseables... pensaba Toeya con creciente mortificación, y por segunda vez aquella semana encaminóse sin acompañante alguno hacia un bello y apartado rincón, que había descubierto accidentalmente en el bosque.

Un magnífico baño le esperaba allí entre los peñascos, sobre los cuales se desbordaba el río en cascadas de burbujeantes y albas espumas. Altas palmeras y helechos arborescentes, perennes adornos de la naturaleza tropical, crecían profusamente en sus riberas, proyectando sus gráciles formas sobre el agua, sombría por la sombra del follaje, que moteaba de manchas oscuras la corriente. Lirios silvestres y culantrillos bordeaban la aterciopelada orilla, y un trémulo cortinaje de Ojo de Poeta (75) enredado a un tierno cúrbana (76) mecíase al compás del viento, tocando ligeramente el borde del agua diáfana. Frescas y armoniosas brisas jugueteaban entre sus hojas, transportando las frágiles florecillas de acá a acullá, haciéndolas caer constantemente en la corriente.

Aquel paisaje de belleza tranquilizadora, tan típicamente quisqueyano, incitábala muchas veces a soñar, produciendo en su espíritu una profunda sensación de bienestar. Todo era dulzura y serenidad frente a la naturaleza fluvial.

La princesa conocía cada planta, flor y hierba del risueño rincón y aquellos frecuentes paseos la hacían comprender mejor que nunca por qué los sacerdotes indígenas solían hacer aún de la cohoba (77) el árbol, para consultar el destino de los humanos. La primitiva religión de nuestros mayores ha sido poética a la par que ingenua, pensó llena de melancolía. Por lo menos los árboles eran como genios tutelares del hombre, sin ser jamás insidiosos y falaces como probaban serlo con harta frecuencia los mortales. Ella ya estaba escarmentada; sentía opreso el corazón, y si su padre y señor consentía, sentiríase complacida haciéndose religiosa cuando llegasen las monjas Clarisas, de las cuales le hablaba tan encomiáticamente su preceptor. Allí en el recogimiento conventual, se dedicaría por entero a la oración y a la música, que tanto halagaban su espíritu piadoso.

Los pájaros gorgeaban entre el ramaje, a través del cual apenas se filtraban los rayos del sol. Suspiró preparándose a disfrutar de una fresca zabullida, despojándose de las originales sandalias de rafia, que a manera de coturnos, ella misma tejiera pacientemente. Luego destrenzóse la larga y abundante cabellera, permitiendo que flotase sobre sus espaldas como un manto de seda. Cobijóse bajo el trémulo palio de la enredadera para terminar sus simples preparativos. En lugar de su amplio vestido floreado, echóse un ligero ropón blanco, el cual envolvió su figura en gráciles pliegues. Sintióse ya más calmada, zabulló sumergiéndose en el agua profunda, nadando a largas brazadas rítmicas un buen trecho.

Media docena de higuacas (78) formaban tertulia en las ramas de un árbol que sombreaba el río. Por un momento su atención quedó fija en las tonalidades de sus brillantes plumajes.

Dejándose arrastrar por la corriente y flotando luego sobre sus espaldas con los ojos semicerrados, pensaba Toeya con cierto arrepentimiento cómo había logrado escapar de sus gárgulas compañeras para ser perseguida hasta allí por

el parloteo de las higuacas, las cuales formaban una algazara sin igual, compensando más de lo conveniente la juvenil localidad de sus doncellas. Este incidente encierra una noble lección, se dijo. Comprendía que tenía el espíritu agitado, preocupando talvez a los demás con los efectos de su honda pena. ¿Tendrían acaso culpa las pobres chicas de no haber recibido una educación esmerada como la suya? En su mano estaba remediarlo, se dijo, y se propuso instruir-las, consagrándose a una causa más digna que a su martirizado estado de ánimo.

Decidió también visitar de nuevo aquel poético rincón en alguna noche clara cuando todos durmiesen, si le era posible evadirse de Toa. Estas salidas eran como un bálsamo para su espíritu, inspirándole pensamientos rectos y hermosos, pues al ponerse en contacto su ser íntimo con el alma tranquila del paisaje, sentía que podía seguir adelante, sin flaquear, ni desviarse, al encuentro de su destino. A su dueña no podía pensar en instarla a salir de noche y mucho menos en las proximidades del río, pues juraba por todos sus Cemís que era hartos osado y podían encontrarse una opia, o alma en pena, quizás la de aquel patriótico Cemi que desapareció tan súbitamente cuando llegaron los conquistadores, (79) pero Toeya pensaba que llevando siempre al cuello la imagen de la Santísima Virgen, ningún espíritu vengativo, padeciendo quizás en el profundo légamo del río, podía causarle daño, ni acercarse a su persona.

Recordó con un dejo de desencanto que había tenido la intención de leer algunos bellos versos de Juan del Encina, que tanto la deleitaban, y que al efecto trajera consigo, pero apesar de su resoución, allí estaba el precioso volumen, olvidado sobre la ribera... Otro tanto había ocurrido la vez anterior, pensó con cierto remordimiento, pues se sentó ensimismada, contemplando las aguas espejeantes, las cuales reflejaban su faz, pensativa como la imagen de aquella mística amada de Guagoniana, enamorada como ella misma de un sueño ilusorio.

Nadó hacia un alto y agrietado peñasco, que se alzaba como un promontorio en medio del río, por cuya hendidura se deslizaba un chorro, que por una protuberancia de la roca, se alzaba a manera de penacho, dejando escapar una llovizna, menuda y plateada, que irisaba un rayo de sol. Asíóse vigorosamente al borde del peñasco y se alzó sin dificultad para echarse a un lado de la roca. Acodóse sobre ella perezosamente, sosteniéndose la barbilla entre la palma de las manos. Sus ojos contemplaban el curioso manantial mientras la expresión se tornaba vaga y soñadora. Asaltábale en aquel instante el recuerdo del rostro de Don Juan, al contemplar junto a ella desde el balcón del Alcázar una puesta de sol de vivísimas tonalidades, y el vuelo de unos flamencos, recortadas sus gráciles siluetas contra el cielo cambiante del crepúsculo. Confesóle el joven haber pintado ya todo aquel hermoso panorama, incurriendo asimismo en el enojo del Marqués, quien declaró en aquella ocasión que no precisaba de soñadores, ni artistas en torno suyo, pues sentía por ellos desdén y nada más. ¡Y ya todo eso le parecía haber sucedido en una época distante! Ahora nada debía preocuparle, ni el aristócrata, con su antipatía por los indígenas; ni el desdeñado arte del joven; ni su propia existencia descolorida y fútil. Ahora aprendía a contemplar la vida frente a frente, pareciéndole hartó sórdida y cruel.

De nuevo se lanzó desde el peñasco y nadó sin descansar un largo trecho, alejando de su mente todo pensamiento estéril y mortificante, temiendo que su desventura llegase a destruir por completo la ecuanimidad que le era tan preciosa para consolar a su padre, tan amargado y hundido eternamente en sus zozobras.

La escala cromática de un extraño canto le hizo volver en sí de su abstracción. Volvióse a contemplar un búcaro (80), de redondos ojos áureos que parecía mirarle con atención haciéndole reír fugazmente. Solo entonces notó con cierta alarma que el sol había ascendido a gran altura en la cúpula azul del firmamento y pensó que ya era hora de retor-

nar a la casa, para que su prolongada ausencia no alarmase al Cacique, ni a su dueña.

El ropón de baño adheríase a su flexible figura, revelando el gracioso seno redondo y las caderas finamente modeladas. Despojóse de él con precipitación, bajo el palio de la enredadera, volviendo a ponerse su vestimenta y echando a correr, rasgándosele un trozo del ruedo en su ansiedad por partir. Advirtió con pesar el pedazo de su floreada saya adherido, como un gallardete, al espinoso tronco de un jabillo.

El cielo, por el calor del medio día, parecía reverberar. La joven escogió una senda conocida por ella, espesa y compacta. Poblaban la rica floresta árboles en frutos y otros en flor, recubiertos por velos inmensos de follaje que formaban una espléndida tapicería viva, la cual la protegió un buen trecho de los ardientes rayos del sol.

Llegó casi sofocada de tanto correr y para más consternarse encontró a su dueña buscándola afanosamente por cada rincón frecuentado por ella y hasta en los árboles de la hermosa huerta, la preocupación reflejada en cada línea de su apergaminado semblante. Toeya no pudo reprimir una carcajada jovial, yendo al encuentro del aya y estrechándola en sus brazos.

—¿Creísteis que me había vuelto un lagarto?— preguntó divertida. —Cierto es que trepo a los árboles, Toa, pero... aún no he aprendido a cambiar de forma!

La mirada de Toa era, en verdad, reprensiva, pero no osó reconvenir como antaño a su juvenil ama, pues el Cacique le había dado a comprender que la princesa era ya lo bastante dama para contraer nupcias si su padre así lo disponía o daba su consentimiento para ello.

El abrazo de la princesa disipó al instante el ceño de su adusta dueña, y la joven se tranquilizó por completo al saber que su padre había salido de pesca con algunos de sus hombres y no era probable que retornase antes del crepúsculo. Enteróse también, con la consiguiente alarma, que

su madrina le había enviado recado un momento antes con Don Juan Alba, participándole que requería su presencia aquella tarde, para asistir a un agasajo en honor de las hijas del Marqués de Villahermosa.

Toeya permaneció un instante inmóvil por la sorpresa, como si hubiese echado raíces allí; pero la mirada alerta de Toa hízole reprimir la expresión total de tan encontradas emociones. Hasta sus cuerdas vocales parecían haberse paralizado, pero asintió, entornando los párpados, en angustiosa vacilación.

Toa se volvió hacia la casa, moviendo la cabeza significativamente, mientras su perturbada ama permanecía a solas para tomar una resolución sobre aquella invitación que le pareció extraña. ¿Qué podía decidir en un caso tan difícil como aquél? La Virreina sabía mejor que nadie que el Cacique condenaría un desaire de su hija a los Virreyes; y sin embargo le aterraba encontrarse frente con el austero Marqués y sus dos hijas, una de las cuales creía firmemente prometida ya a Don Juan. Podrían desairarla o tratarla con glacial urbanidad. Batalló largo rato con su orgullo racial, que le dominaba, hasta que al fin, sintióse vencida por el desaliento.

Caminando hacia la casa en tal estado de angustia, de-
cía-se intimidada, que no podía esperar competir con tan mundanas señoritas, las cuales sabía ya por labios de Don Juan, que hablaban el francés, el griego y el latín con la mismo graciosa soltura con que bailaban españoletas, jotas y pavanas.

Después de un ligero almuerzo y de su siesta, tomada a la sombra de las palmeras en su hamaca (81) de blanquí-
sima cabuya, se sintió algo más calmada y dispuesta. No le quedaba más recurso que asistir a la recepción y había de-
cidido ser una de las primeras en llegar, pasando inadverti-
da después de su llegada, sentándose entre el grupo de damas
de compañía de la Virreina, como lo había hecho ya en
otras ocasiones. De su orgullosa rival tenía poco, en verdad,

que recelar pues Don Juan era, aunque desleal, demasiado noble de corazón para permitir que se la humillase en presencia suya.

Un paje llegó un momento más tarde para entregar un presente de última hora de su madrina: un par de bellísimos chapines castellanos de raso, elevados con corcho, como los coturnos que ella misma usaba y exactamente iguales a los de la Virreina; pero el doncel había partido mucho antes de que ella tuviese tiempo de ir a la puerta a darle personalmente las gracias.

La Virreina, pues, asumía la creencia de que Toeya usaría el traje de seda, regalo de Don Juan, porque al hacerle ella la historia de aquel regalo, Doña María de Toledo le había advertido que debería llevarlo con chapines de raso el día que lo estrenase. Con el primoroso traje blanco y los chapines de raso estaría ataviada con tanta corrección como cualquiera de las damas de la corte; y un grupo de personas llegadas algo tardíamente no advertirían siquiera su presencia en aquel conjunto.

CAPÍTULO XIII

Un ujier de gabán brocado, calzando elegantísimos zapatos con galochas, anunciaba el nombre de la princesa con voz casi estentórea. Reinaba un imponente silencio y el hálito de las fragantes flores tropicales, artísticamente dispuestas, embalsamaban el ambiente. Brillaba el amplio salón, cuajado de estatuas y de espejos, pero por fortuna estaba casi desierto en aquel instante. La orquesta preludiaba las notas graves y armoniosas de una pavana y Toeya era de las primeras en llegar, como lo había decidido, siendo calurosamente recibida por el Virrey y su esposa.

Al besar la princesa la extendida diestra de la Virreina, ésta le aseguró con una sonrisa que le parecía tan hermosa como una visión de ensueño en aquel níveo atavío. Toeya se había prendido al pelo la blanca flor de un cacto y su nuevo tocado de trenzas, que circuía su cabeza como una tiara, hacía la aparecer más gallarda que de ordinario.

La joven no acertaba a encontrar las palabras adecuadas con que agradecer a la Virreina su gentil presente, pero su beso tierno y sus ojos húmedos por el sentimiento, fueron mucho más elocuentes que las más escogidas frases que hubiese podido improvisar.

La corte se ataviaba con brillo. Poco a poco se fué poblando la hermosa sala de damas y militares vestidos de rigurosa etiqueta; abundaban los brocados refulgentes, recamados de perlas y cuentas brillantes, además de las joyas

costosas que despedían fulgores sobre los cuellos alabastrinos de las castellanas. Era aquel un conjunto lozano, joven y deslumbrador.

Don Juan Alba se presentó con sus primas, las Marquesitas de Villahermosa, bastante tardíamente, cuando ya todos comenzaban a temer que no asistirían en absoluto.

El Marqués se había sentido indispuerto momentos antes de la hora señalada para el agasajo y le fué muy difícil convencer a sus hijas de que debían asistir prescindiendo de él, ya que la recepción era realmente dedicada a ellas; pero Doña Mariana insistió en prepararle pócimas y murrias antes de vestirse para la reunión.

Las aristocráticas jóvenes lucían sus mejores galas: podía decirse que estaban ataviadas como princesas. Llevaban idénticos trajes de brocado azul cubiertos de orfebrería; con abollonados en las mangas y empuñaduras que caían hasta el suelo; novedosas gorgueras transparentes y albanegas de oro cubriendo sus cabellos, peinados con gracia admirable. Ambas lucían abanicos de marfil, primorosamente labrados e incrustados de perlas auténticas. Más de una dama de compañía iba a delirar más tarde con aquellos suntuosos atavíos.

Presentando sus excusas a los Virreyes por su tardanza, las jóvenes hicieron sus graciosas reverencias cortesanas con desenvoltura y muy pronto fueron el centro de atracción de la animada tertulia. Su risa ligera acompañábalas como la sombra sigue al sol. Por lo menos, Don Juan y Doña Lucía charlaban con su volubilidad habitual; su hermana gemela se limitaba a sonreír, celebrando sus ocurrencias, en graciosas camaradería.

Toeya fué llamada casi inmediatamente para ser presentada a las Marquesitas, pues ya todos los invitados parecían conocerlas con anterioridad. La princesa levantóse tímidamente, invadida de un terrible sobresalto, sus mejillas encendidas en vivísimos carmines. Al ser presentada sonrió de una manera cautivadora a Doña Mariana, quien la había

atraído de un modo inexplicable, como si hubiese podido leer en el corazón de la dulce y noble Marquesita.

Doña Lucía, cuyo buen humor se había eclipsado al oír pronunciar el nombre de Toeya, contemplábala en aquel instante con evidente asombro, mas casi desarmada: los ojos de la india expresaron muy viva admiración al posarse sobre el rostro nacarado de la joven, tan semejante al de Don Juan, y aquello era algo que la Marquesita agradecía sobre todas las cosas: ser motivo de admiración y entusiasmo. Las dos jóvenes, pues, parecieron encantadas de hacer su amistad, imprimiendo sonoros besos en ambas mejillas de Toeya, a la moda francesa, como si la hubiesen conocido íntimamente por mucho tiempo.

Doña Mariana le dijo cuanto habían oído hablar ya de ella en la casa, y de nuevo se encendió el carmín en las mejillas de la princesa. La Marquesita guiñó sus ojos claros en dirección a su primo, quien a unos cuantos pasos de ellas, respetuosamente de pies ante el sitial del Virrey, percatóse del gesto de su prima, sonrojándose a su vez, sin poder cortar la charla amena de su Alteza, que parecía estar de excelente humor. Aunque aparentemente absorto en la conversación del Virrey, pensaba consternado: ¡Si a mi prima se le ocurriese sentar a Toeya a su lado sería yo hoy un hombre feliz!... Habíase inclinado tan sólo un instante sobre la mano de su amada y las palabras le habían fallado de un modo lamentable. Había querido decirle demasiado y el exceso de su agitación nerviosa le impidió expresar su sentir: como aquellas misteriosas ausencias suyas, cuando visitaba su hogar, le llenaban de nostalgia y le consumían de inquietud. Algo parecía haber huído aquella tarde de su propia personalidad, se dijo molesto por aquel mutismo suyo en los instantes inefables cuando ella le tendió su mano. Pensó que jamás la había visto lucir tan soberanamente hermosa, imaginándose estar en presencia de una criatura más intangible e inalcanzable que nunca. Parecía estar dotada de la poesía del movimiento, se dijo lleno de ardor, al mirarla separarse

de sus primas y cruzar con gentil donaire un ángulo del salón para saludar a una recién llegada, con la majestad ingénita de una soberana, su cálida belleza maravillosamente realzada por la cambiante seda de su traje, que parecía vibrar y flotar en torno suyo con cada paso que daba. No había parecido consciente del travieso guiño de Doña Mariana y para más aumentar su tormento, veíala sentarse en el extremo opuesto del salón entre Doña María de Toledo y un ridículo hidalgo, que se creía prototipo de belleza masculina, con quien parecía estar en aquel momento en las mejores relaciones de amistad. Tan solo por aquel privilegio hubiese deseado desafiar al odioso sujeto.

Y al caer la tarde, después que habían sido servidos los primeros refrigerios y cuando aún no parecía necesario encender las bujías de las ornamentales arañas de cristal, la Virreina, proponiéndose prolongar la agradable reunión y quizás, deseando secretamente que Toeya luciera sus aptitudes, le indicó que cantara una de sus hermosas endechas indígenas.

La joven, tomada por sorpresa, no encontró modo alguno de excusarse, ya que en otras ocasiones había cantado con gran soltura y lucimiento. No podía hacer otra cosa que cumplir de buen grado y murmuró con un sonrojo:

—Alteza, haré cuanto esté a mi alcance por dejaros complacida, pero mucho temo que los amigos que se hallen presentes hoy experimentarán un desencanto. La angustia mental del momento se hacía patente en su voz, un poco ahogada.

Doña María de Toledo miró con dulzura a su modesta ahijada, poniendo su enjoyada diestra sobre la de Toeya, que sonrió mirándola con ternura filial. A una señal de la Virreina, un primoroso sillón taraceado fué colocado para la princesa sobre un pequeño estrado, que se levantaba en un extremo del salón, junto a un pilar de pórfido, que sostenía la estatua de un "Amor Dormido": Morfeo custodiando el sueño ligero de Eros, con un dedo silenciador sobre los

labios. El silencio reinó igualmente sobre el salón, mientras Toeya, sentada ya, afinaba hábilmente su bandola. Al inclinarse sobre el instrumento, como entronizada en su alto asiento, la última claridad vespéral iluminaba vivamente el ventanal que le servía de marco en el fondo, recortándose su perfil, clásicamente hermoso, como el de un exquisito camafeo.

Doña Mariana, sentada con compostura junto a un joven Capitán de la guardia particular del Virrey, contuvo su aliento arrobada; Doña Lucía, que se había sentado al fin junto a su primo, sentía admiración rayana en celos; mientras Don Juan con todas las potencias de su alma tensas por la emoción, desplegaba una trémula sonrisa, sintiendo que la transpiración inundaba su frente. La había escuchado cantar como un ángel durante las Salves en la iglesia y en el oratorio del Alcázar, pero jamás como solista. ¿Resistiría hasta el final de la prueba o le fallaría su hermosa voz?

—¿Querriais que cantase la canción “Para qué vivir”?— preguntó Toeya con voz trémula, dirigiéndose a su madrina, al recordar que la Virreina se había deleitado siempre con la cadencia melancólica de aquella endecha. Luego abruptamente y antes que la dama tuviese tiempo de contestar, corrigióse diciendo:

—¿Es demasiado patética, Alteza, verdad? Cualquiera otra sería mejor...

Había una nota de ansiedad en su acento que la Virreina comprendió al instante, concediendo graciosamente:

—Tenéis razón: es un tanto melancólica. Haríamos bien en animar a nuestros huéspedes con una canción más alegre, querida.

El compañero de Doña Mariana le explicaba amablemente:

—Creo, Marquesita, que la canción trata del amor de una princesa siboney por un guerrero español. La joven en cuestión, a la muerte de su amado, pidió ser enterrada viva con él y obtuvo el permiso de las autoridades españolas...

(82) pero lo curioso del caso es que la princesa es descendiente de la heroína y la interpreta admirablemente.

—Pero—, inquirió Doña Mariana con acento incrédulo —¿se practican aún esas bárbaras costumbres en estas islas?

—¡Difícilmente, Señora, después de veintidos años de conquista! Pero—, añadió con sorna —¿os parecen bárbaras tales costumbres de los aborígenes; olvidáis por ventura a Torquemada y los horrores de nuestra Santa Inquisición?

Doña Mariana iba a contestar dando la razón al joven, pero advirtió que Toeya parecía haber escuchado la explicación del Capitán y calló avergonzada, pues el rostro y el cuello ambarino de la princesa habíanse teñido de vivísimo rubor.

Una de las damas de honor rogó desde su asiento a Toeya:

—Queríamos escuchar de nuevo la canción “Cómo nació la luna”, si no tenéis nada que objetar. ¡Tiene tan interesantes variaciones!— explicó a Don Juan, que había quedado entre ella y Doña Lucía.

El hidalgo la escuchó cortés, mas sin poder apartar los ojos de Toeya, pues ansiaba adivinar el motivo de aquellos sonrojos, aumentando en la joven el mudo tormento que su presencia le imponía.

La princesa asintió a la petición, contestando afirmativamente con la cabeza, y la voz grave de la Virreina se dejó oír de nuevo:

—Querida mía—, preguntóle afectuosamente —¿tendríais inconveniente en referirnos la hermosa leyenda indígena de la luna? Así nuestras invitadas de honor comprenderían la canción a la perfección.

—Lo haré con sumo gusto, Alteza—, contestó la joven, aunque su corazón estaba a punto de desfallecer. Es bastante larga y quizás resulte un tanto aburrida para aquellos que la hayan escuchado antes; pero nuestros Buitos creen todo esto firmemente, como si se tratase de una especie de catecismo. Comienza de esta guisa:

Atariba, la hija de los dioses, era bella como el rocío de la aurora y más fragante que la flor del cajuil... Hallábase gravemente enferma y todos comenzaban a temer por su preciosa existencia. El Behique, (83) o sea el Sumo Sacerdote de los indígenas, había consultado a los árboles, pero los genios tutelares fueron impotentes para restaurarle su preciosa salud.

—Su enamorado primo, el apuesto Cacique Niguayona, vagaba desesperado entre los bosques, rogando a los Cemies que no permitiesen que el alma de su alma volase al reino de las sombras, cuando inesperadamente un pájaro negro, cuyas pupilas fulguraron en la noche, cruzó los aires y se posó en su hombro, murmurándole frases de consuelo y de esperanza. El joven quedó consternado al oír hablar a un ave, pero el pájaro extraño habló de nuevo sentenciosamente, aconsejándole apresurarse a llegar a la ribera del Gran Río para buscar en sus márgenes las mágicas cerezas hubobaba de caimoní, cuyo jugo era sangre de los dioses inmortales y por tanto curaría a la doncella enferma.

Toeya pareció meditar un breve instante, continuado su narración con voz mesurada: Cuando hizo saber su temerario propósito en su hogar todos lloraron con desconsuelo, llenando el aire con sus lamentaciones. Sabían que moriría inevitablemente en la aventura, pues era demasiado joven y falto de experiencia y debía arrostrar inminentes peligros al cruzar una oscura floresta, desconocida por todos. El Behique le bendijo, tocándole con la rama de baria, y Niguayona partió bajo la noche negra, que entonces no tenía luna, ni luceros... Empezó la marcha y su fe inquebrantable le urgía a seguir adelante sin descanso, con ansias de triunfar o morir en la demanda. Mas, aunque buscó incansablemente por todas partes las mágicas cerezas de caimoní, no pudo encontrar ni el más leve vestigio de ellas.

—La única fruta que encontró en su peregrinaje fue una enorme anona, dorada y redonda; y con fe renovada en los dioses inmortales decidió al instante llevársela consigo,

con la esperanza de que su dulce jugo resultase igualmente beneficioso para su amada. Pero no bien hubo arrancado la anona, escapósele milagrosamente de las manos y comenzó a elevarse sobre su cabeza con rapidez vertiginosa. Niguayona se preguntaba alarmado si había cometido algún grave yerro, mientras la fruta continuaba ascendiendo cada vez más, hasta que pareció tocar al cielo, dejando escapar desde la altura un suave resplandor dorado, que tornó la floresta tan clara como el día.

De nuevo Toeya hizo una pausa y volvióse para mirar a la Virreina, que asintió, aprobando con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa de justo orgullo. Toeya prosiguió un tanto nerviosa, pero complacida:

—El río no quedaba muy distante y Niguayona lo comprobó emocionado. Era evidente que Luquo (84) le señalaba el camino. Iba ya a lanzarse a la corriente rápida y fría para cruzar a la margen opuesta, cuando oyó con sorpresa un murmullo del dios del río que le ofrecía llevarle sobre sus espaldas para que pudiese llegar a tiempo. Aceptó con júbilo la proposición y las cerezas de caimoní fueron encontradas con presteza. Recogió todas las que pudo llevar consigo, y sentándose de nuevo sobre el lomo transparente del río, fué transportado hasta el pueblo mismo de Atariba. Las mágicas cerezas al ser exprimidas en la boca de la joven enferma destilaron un jugo brillante, como de líquidos rubíes, y el milagro se cumplió, con asombro de todos los presentes. Atariba se incorporó al instante; habló y rió con regocijo, dando las gracias a su salvador, quien habiendo salido airoso de tan arriesgada empresa, tenía derecho a la mano de la joven.

Nuestros sacerdotes creen que el sonriente disco de la luna (85) es el rostro de Atariba; y el hermoso lucero que la acompaña su fiel Niguayona; y las diminutas estrellitas que pueblan el espacio su numerosa prole; todos felices e inmortales como ellos por gracia de Luquo, que rige el destino de los hombres y de los dioses.

La voz de la princesa había cesado y sonreía al fin ante su auditorio de un modo espontáneo y encantador, pensando en la gracia que haría a las castellanas aquella fantástica leyenda, tan semejante a sus cuentos de hadas y gigantes. Evitaba con cuidado los ojos de Don Juan, los únicos capaces de causarle alguna inquietud en aquella reunión.

El hermoso relato había suscitado muy entusiastas comentarios, los cuales aprovechó Doña Lucía para susurrar al oído de Don Juan:

—¡Sí que me fascina la mitología indígena, Don Juan! Es digna de estudiarse... Este mito significa que las cosas no son siempre tan difíciles como parecen a nuestros ojos mortales y que un gran amor, desafiando todos los obstáculos, vence al final. ¿No lo comprendisteis así?— Y sintiéndose cada vez más inquieta, buscó los ojos de su primo con una expresión mezclada de ansiedad y de fervor; pero Don Juan tenía el alma ausente y sonreía con vaguedad remota.

—Muy bien referido, María Auristela—, alabó Doña María de Toledo, encontrado un vivísimo placer en cumplimentar a su ahijada. —Estoy cierta de que la canción agradará a todos igualmente—. Sabía que la joven estaba ya completamente sosegada.

Toeya murmuró las gracias y rasgó su bandola hábilmente, arrancando al instrumento arpegios extraños, al dar comienzo a su singular canción. Aquella voz alada, comenzó como una lamentación, tornándose en ciertos intervalos en desolado murmullo, para elevarse luego cálida y vibrante en éxtasis trágico, a manera de un río impetuoso que se desbordaba, hasta que su auditorio, sintiéndose electrizado, olvidóse de todo, pendiente de sus labios.

—“¡Ah, nada vale mi existencia sin tí!”— cantaba la dulce voz vibrante, con una pureza de tono y una ternura exquisita; y Don Juan, que conocía la dulce cadencia del taíno, (86) con la cabeza ladeada y los ojos húmedos de

emoción, experimentaba un éxtasis desconocido hasta entonces.

—Toeya podría hacer una fortuna en la corte de Castilla—; murmuró Doña Lucía con entonación humorística —es una artista innata; con esa voz suya y esos ojazos trágicos, sería capaz de subyugar muchas de las testas coronadas de Europa. ¡Bah, no pongáis esa cara!... ¿No lo creéis así?— En verdad, no había deseado conceder tanto, pero la hipocresía era del todo extraña a su carácter. Era demasiado espontánea para ocultar la admiración que la exaltaba.

Escuchando con arrobamiento, el hidalgo miró a su gárzula compañera con expresión reprobatoria, con la esperanza de que comprendiese y desistiese de todo comentario; pero la joven no podía reprimirse tan fácilmente y en vez de transigir, susurró, sin percatarse de la emoción que se reflejaba en el rostro de su primo:

—Nadie podría culparos por estar algo enajenado, primo mío! Ni aún nuestro padre, que ha dado en comparar a los indígenas con el ganado... Si estuviera aquí en éste instante, ¡creo que quedaría pasmado de sorpresa!

Un tanto sorprendidos, los situados más cerca de ellos habían comenzado a volver las cabezas; y el hidalgo, lleno de embarazosa mortificación, sintió toda la sangre afluirle al rostro. Pensaba que aunque Toeya parecía inconsciente del prolongado diálogo, su agudo oído no podía engañarla en cuanto al preciso rincón de dónde provenía.

Miró a su prima formalmente molesto y sus ojos adquirieron una expresión casi hostil. Al fin, decidiéndose a hablar por primera vez desde que comenzara la canción, reprobó en secreto:

—¡Primita, por favor, tened compasión de mí! Discutid lo que pensará Toeya de estos absurdos comentarios en medio de su canción... Apenas había suspirado levemente, pero la Marquesita, que contemplaba divertida el semblante

grave del joven, habíase reído de un modo irreprimible, llevándose a los labios su primoroso abanico de marfil para impedir otra nueva provocación de hilaridad.

Sintiendo un poco de resquemor, el hidalgo permaneció envuelto en humillante silencio hasta el final de la canción, pues la tarde le había sido echada a perder sin remedio. Aunque comprendía que el daño estaba hecho y que, sin duda, parecería él mismo como el culpable a los ojos de Toeya, ardía en deseos de reñir a su petulante prima de un modo efectivo, pues tenía la impresión de que había sido hecho ex-profeso. La última nota in crescendo dejó al auditorio como arrobado, y todos permanecían maravillados y silenciosos. La Virreina misma comenzó el aplauso, que llenó la sala como una verdadera ovación.

La princesa se inclinó ligeramente, con el rostro arrebolado, reasumiendo su asiento mucho antes que se hubiese aplacado la resonancia de los aplausos.

Luego, después de un movido diálogo por dos bufones de la corte, que a todos divirtieron con sus inimitables y chuscas pantomimas, la Virreina pidió a una de sus damas que recitase un romance del famoso Cancionero de Baena, a lo cual accedió la joven con gusto, declamando los exquisitos versos con tan gentil donaire y tan acabada mímica y expresión, que dejó a todos entusiasmados, obteniendo a su vez una calurosa ovación.

El ambiente se había tornado animado y alegre. La orquesta ejecutaba sin cesar hermosas tocatas, rondós y aires de Castilla. Los lacayos entraban y salían sin intermisión, llevando dorados azafates, repletos de deliciosos vinos españoles e italianos y golosinas escogidas del Viejo Mundo. El festival llegaba a su apogeo y los invitados parecían estar en su mejor disposición de ánimo. Sólo Don Juan Alba se sentía irritadísimo y hastiado de todo; tenía deseos de escapar de allí lo más presto que le fuese posible. Toeya no se había movido de su asiento y aunque muchos fueron a feli-

citarla, él no había tenido valor suficiente para hacerlo, después de lo sucedido.

Salió, pues, un rato al balcón, con la mente torturada, imaginándose la mirada fría y desdeñosa que con justo motivo le dirigiría al acercársele él para ofrecerle sus excusas y las de Doña Lucía.

Cuando de nuevo entró al salón un instante más tarde, sintiéndose algo más sosegado, se iniciaban las despedidas. Volvióse sobresaltado al sitio donde vió sentada a Toeya, charlando animadamente con el alegre grupo que la rodeaba, pero la joven ya no estaba allí. En su sitio charlaba Doña Lucía, de pie, y sus ojos, claros como gemas, parecían danzar en su rostro, despidiendo cierto destello burlón al verle aparecer visiblemente desconcertado. No se advertía en su semblante ni el menor asomo de remordimiento por lo ocurrido media hora antes y Don Juan la miró con mal disimulado enojo. Decidió no decir nada a su aturdida y frívola prima, pero en cierto modo su interés había decaído por completo y con la desaparición de Toeya, su mortificación crecía a cada instante. Un sonrojo singular cubría sus tostadas mejillas al aproximarse a la culpable.

La joven le dijo, deseando sin duda prolongar aquellos agradables instantes.

—¿No brindáis con nosotros, primo? Precisamente guardaba ésta para vos— dijo contemplándole con una mirada acariciadora y ofreciéndole una copa de amontillado, que permanecía intacto a su alcance, sobre una consola.

Tomóla Don Juan e inclinándose, la alzó hasta el nivel de sus ojos, diciendo cortesmente, con visible esfuerzo:

—¡Gracias, Doña Lucía; brindo por vuestra preciosa salud!— Y luego, después de haber escanciado el contenido, añadió, bajando el tono de voz: —Es bueno que pensemos en acercarnos a la Virreina para ofrecerle nuestras excusas. ¿No os parece justo?

La Marquesita tornóse pálida, contemplando al joven con azoramiento.

—Por Dios, Don Juan,— murmuró afligida, —¿creéis que sea imprescindible semejante humillación? ¡Sería horrible pedir excusas en público!— Sus manos temblaban, oprimiendo el artístico abanico labrado.

—Temo que sí, Doña Lucía; la etiqueta española así lo exige y además todos se percataron de vuestras risas y comentarios, pero... descuidad!... Yo lo diré todo por vos; la Virreina es benévola en extremo.

Don Juan se despidió de sus amigos, instando a Doña Lucía por lo bajo a hacer lo mismo y al fin, encamináronse ambos hacia el sitio adonde se encontraba sentada Doña María de Toledo, conversando afablemente con otros invitados. Los más se despedían ya y se alejaban.

Los jóvenes iban despacio, conversando, para dar tiempo a que se redujese el grupo que rodeaba a la Virreina.

Alegróse de improviso el semblante de la Marquesita al advertir que los que quedaban allí junto a Doña María de Toledo eran precisamente su hermana y el Capitán que la había acompañado en la primera parte de la tarde.

Doña Mariana, que era en extremo perspicaz, adivinó al instante de que se trataba por la expresión apesadumbra da del rostro de su hermana, y atrajo hábilmente la atención de su compañero a unos preciosos Gobelinos, sujetos por doradas molduras, que decoraban las paredes. De esta suerte, Don Juan y su prima tuvieron la satisfacción de ofrecer sus excusas sin ser escuchados por otros invitados.

El rostro de la Marquesita de Villahermosa adquirió tonalidades vívidas de carmín, al besar la mano de la Virreina; aunque el del hidalgo estaba singularmente pálido y su voz denotaba el pesar y confusión que sentía por lo acaecido al decir:

—Os doy las gracias, Alteza, en nombre de mis primas y mi tío, el Marqués de Villahermosa, por vuestra gentil

recepción de esta tarde y os ruego encarecidamente que os dignéis excusarnos a ambos por conducirnos hace un rato talmente como dos chiquillos consentidos. La Marquesita, debo confesaros, no puede ver a nadie hacer muecas sin sentir hilaridad y yo, Alteza... Creedme, Señora Virreina, estoy desolado por esta ocurrencia tan desdichada...

La Virreina creyó comprender toda la situación y sonrió con el semblante animado.

Doña Lucía, quien había besado ya la mano de Doña María de Toledo, se inclinó y la besó espontáneamente de nuevo, con una sonrisa de gratitud.

—Mil gracias, Alteza, por esta recepción tan encantadora... Sois la bondad misma; Dios os guarde!

—No os apenéis más por eso, Doña Lucía, dijo con dulzura la gran dama, acariciando con la suya la mano de la Marquesita con suaves golpecitos afectuosos. Sólo María Auristela, que cantaba en aquellos instante, pudo haberlo tomado a mal y la juzgo demasiado gentil para tomar en cuenta lo sucedido.

Los ojos de Doña Lucía brillaron de júbilo y posando la siniestra sobre el brazo de su primo, llevóse la diestra al corazón, haciendo una graciosa reverencia de despedida, alzándose de nuevo para unirse a su hermana. Sólo les faltaba despedirse del Virrey y vieron con satisfacción que se aproximaba a su esposa, rodeado por sus brillantes capitanes. Descollaba entre todos por su gentil talante y rostro simpático. Aguardaron, pues, a que llegase, acercándose todos para presentarle sus respetos.

Y así terminó aquella tarde, que prometiera tan halagüeñas esperanzas al corazón del enamorado.

CAPÍTULO XIV

A pesar de la fiebre de trabajo que le poseía, Don Juan consiguió disponer de una hora al día siguiente para presentarse en la morada de Toeya, pero también esta vez le fué imposible hablarle. Percatábase al cabo cuan cuidadosamente le había rehuído desde su llegada, ¿pero por cuál motivo? ¿Podía existir una razón poderosa antes de aquéllo? se preguntaba, dirigiendo sus pasos hacia su hogar, con expresión de pena en el semblante. Hondamente perplejo se decía que jamás le había parecido más esquiva, ni más glacial; y el pensamiento de un quimérico rival tornó de nuevo a torturarle.

Al final, Doña Mariana, adivinando la congoja del joven, había acudido en su ayuda una vez más. Justamente dos días después de la recepción de los Virreyes, juzgando Doña Lucía que el resentimiento de su primo debía haberse aplacado, llamóle desde el comedor con voz un tanto afligida, para comunicarle que estaba dispuesta a cumplir la tan postergada visita a la princesa, ya que su hermana insistía, pero le parecía tonto e innecesario ofrecer sus excusas porque aquello tornaría la obligación sumamente desagradable.

—Estoy de acuerdo con mi hermana— concedió con un dejo de mal humor —que fué falta imperdonable de etiqueta reírse de aquel modo en mitad de la canción, pero ya ambos sabéis que fué del todo impensado y hasta la Virreina nos

aseguró que nadie lo tomó a mal. Lo que sucede es que ambos sois en extremo quisquillosos y me amargáis la vida con vuestras eternas reprensiones! Creía que se vivía distinto aquí...

Don Juan la escuchaba sin decir palabra, con una sonrisa irónica en sus labios humorísticos al continuar Doña Lucía con cierta impertinente suavidad:

—Pero en fin, tan sólo por complacer a nuestro “caballero galante” se hará tal como dice Mariana. ¡Ese ceño constante y esos suspiros profundos me conmueven hasta el último extremo, querido primo!

Pero el joven se hizo sordo a aquella nueva burla, aconsejando con tono tranquilo:

—No lo hagáis, Doña Lucía, si significa tan extraordinario esfuerzo para vos. Mejor dejarlo así; ¿no os parece? ¿Qué ha de significar una risita animada en medio de un recital? Simple fruslería: exageramos!— Movi6 la cabeza de izquierda a derecha con una mueca expresiva, encogiéndose de hombros y levantando los ojos al cielo, como en demanda de paciencia.

Disgustada consigo misma más que con Don Juan, Doña Lucía fingía poner escasa atención a sus sarcasmos, pero su hermana que observaba su rostro compungido y la expresión tragi-c6mica de su primo, prorrumpió en una carcajada de espontánea hilaridad, después de lo cual reían al unísono los tres y se sentaban en corro, para concertar su visita de la tarde próxima.

* * *

Al día siguiente, contrario a todos sus proyectos anteriores, las Marquesitas entraron a la cámara de su padre para ponerle al corriente de su visita al hogar del Cacique; y no se alarmaron demasiado al advertir su austero semblante ensombrecerse con profundo disgusto.

En la mente del Marqués estaba aún algo nebuloso si Don Juan había defendido o no la inocencia de sus relaciones con la india en la memorable ocasión de su partida, pues en su opinión lo había hecho siempre el joven con tanta cautela que aparecía como inocente calumniado. No se le ocurría pensar que quizás estuviese libre de culpabilidad y sólo se trataba de un amor romántico, propio de su temperamento de artista. Por tanto, increpó a sus hijas con acento irritado:

—¿Acaso os habéis confabulado todos para ir siempre en contra de mis deseos? ¡Ah, es atroz estarse aquí echado e imposibilitado para cuidar de mis propias hijas, aturdidas como todas las de esta desdichada generación!— La expresión de su rostro habíase tornado en intimidante al inquirir de improviso:

—¿Es que el tonto de mi sobrino piensa volver a las...?

Pero Doña Mariana no le permitió continuar la pregunta esta vez, interrumpiéndole jovialmente, con un enfático movimiento de cabeza:

—¡Ah, que estáis indispuerto y malhumorado hoy, padre querido! No le imputéis a Don Juan tener ideas propias aún... Con nosotras aquí, ya no piensa por sí solo; pobrecillo! Me parece muy distinto del que conocimos antaño; en fin, ya ha pasado su etapa de puerilidad: es más sobrio, más hombre, más reflexivo... Sonrió fugazmente y continuó: —Creo que al fin y a la postre conseguimos siempre imponerle nuestros gustos. Bueno es que comprendáis que Don Juan no es más que nuestra "alegre víctima" y creo, como Lucía, que le agrada de veras el mote. Por favor, padre, no protestéis porque nos acompañe esta tarde al campo; llevamos ya muchos días de encierro y nos ha costado trabajo convencerle. Lo cierto es que cuando vamos con la nueva dueña, nos miran de tal modo que cualquiera diría que jamás han visto chicas rubias por estas latitudes. Es una experiencia fastidiosa, por demás, os lo aseguro.

El Marqués no parecía estar de humor para tales comentarios. Arqueó las tupidas cejas, con la mirada perdida en el vacío y la expresión de hostil preocupación; su contraída mandíbula lo demostraba.

—Ya lo sé—; masculló intranquilo —los soldados han perdido la costumbre de ver mujeres hermosas: las damas españolas salen poco y en litera y las indias continúan siendo hurañas... pero en fin, son males de la época! Decidme de una vez qué satisfacción os puede proporcionar ir de visita adonde estos desarrapados indígenas. Tenéis el corazón de cera... Ya los habéis visto trabajar en los cañaverales y sólo os han causado disgusto...

—¡Lástima, padre!— interrumpióle de nuevo Doña Mariana con acento conmovido —una lástima profunda!... pero la hija del Cacique Urabanex despertó nuestra admiración e interés la tarde de nuestra recepción en el Alcázar. Es discreta e inteligente y nada tiene de vulgar os lo aseguro—. En su voz, de timbre puro, había cálida simpatía al concluir, reflexiva.

—Si es que prohibís a vuestras hijas asociarse con los indígenas, mucho temo, padre mío, que nos veamos precisadas a excluirnos del hogar de los Virreyes, ya que allí conocimos hace algunas semanas, cuando fuimos en visita de cortesía, al Cacique Guarocuya (87), sobrino de la finada reina Anacaona. (88) Es ahijado de Don Diego Velázquez y evidentemente el favorito de todos en el Alcázar, pues, aunque es casi un niño, parece la esencia del pundonor: noble, inteligente y de modales distinguidos. ¿No es así, Lucía?

—Nada ha exagerado Mariana, padre mío— murmuró la joven, refrenando sus celos. Sabemos que nuestro primo prefiere laborar toda la santa tarde y... hasta trató de disuadirnos, pero le ha valido de poco, pues siendo hoy sábado y un hermoso día de Mayo, nosotras tanto como él merecemos unas cuantas horas de asueto. —¿No os parece justo? Además, debéis comprender que nos inspira curiosidad

saber cómo viven estos aborígenes y cómo será el interior de sus extraños bohíos. ¡Haber venido a La Española y no poder contemplar de cerca la vivienda de estos infelices, sería imperdonable!

Miróle a los ojos algo turbada, pensando que era odioso hacer aquellos papeles contra su voluntad. Y el Marqués, sonriendo oblicuamente, masculló con acento mordaz:

—¡Mujeres! ¡Mujeres! Convenceríais al mismo Satán de que el infierno no existe! Pretendéis igualar siempre la realidad y el sueño...— Luego rió ahogadamente, accediendo de mala gana. —Si os parece esencial que Juan os acompañe siempre adonde os lo dicte vuestro capricho, entonces le concedo el permiso de abandonar sus labores esta tarde, pero —y sacudió su grueso índice con energía —tened presente que esto no debe repetirse en lo futuro, pues el sábado es un día laborable tan provechoso como cualquier otro!

Pensó con íntima satisfacción que su sobrino llegaría a ser eventualmente un yerno capacitado e inteligente. Discurrió entonces con más sosiego que la comparación de la salvaje muchacha indígena con sus elegantes hijas podía resultar fatal para la primera, si es que Don Juan pensaba aún amorosamente en ella, aunque el joven parecía dedicar todo su tiempo libre a sus primas con la mayor satisfacción del mundo.

No podía sospechar Don Ramón que su sobrino visitaba muchas veces al atardecer la morada del Cacique, tomando un atajo por entre el bosque que le conducía casi directamente al hogar de la princesa, pensando que sería mucho más probable sorprenderle en su casa al toque de oración.

Los ojos azul profundo de Doña Mariana fulguraron de júbilo al alzarse de su asiento para ir a abrazar estrechamente a su padre: mientras las cejas de Doña Lucía parecían contraídas en gesto doloroso.

—¿Y vos, Lucía, no me decís nada?— preguntó todo extrañado el Marqués.

—Sois, en verdad, generoso, padre mío!— exclamó la aludida, cuando al fin hubo conseguido dominar su voz, añadiendo con elocuente indiscreción: —Y a pesar de vuestros defectos, os amo tiernamente... ¿Lo sabéis de sobra, verdad? Su expresión había variado por completo y su acento era sincero.

Don Ramón, que admiraba su franqueza, sabía que la joven sentía de veras lo que expresaba sin circunloquios. Un pensamiento pareció aguijonearle de improviso y preguntó con cierta lentitud, mirándola a los ojos con fijeza:

—¿Y vuestro primo, tendrá por ventura igual opinión de mí?

Las jóvenes quedaron perplejas por lo extraño de la pregunta, mirándose mutuamente con asombro.

—¡Ya lo creo que sí, Padre! ¿Acaso tiene motivo para opinar de modo distinto?— preguntó a su vez Doña Lucía.

—¿No se ha quejado jamás a vosotras de su viejo tío?— interrogó de nuevo el Marqués con cierto embarazo, entrelazando los dedos y descansando la tupida barba sobre ellos reflexivamente.

Doña Lucía movió la cabeza, negando con inusitado calor:

—Mi primo no ha soñado jamás cometer semejante felonía, pero... bien pensado, ¿por qué habría de quejarse de vos? Demostraría ser no más que un ingrato, si tal suposición fuese cierta, y ya sabemos que no lo es...— Con los ojos semicerrados contempló un instante a su padre con mal disimulado reproche: meditando, quizás.

A su vez Don Ramón pareció meditar un instante. Luego dijo deliberadamente:

—No... no tan ingrato como podríais suponer, sino apoyado en sus derechos legales y nada más!

—¿No podríais explicaros todo este misterio?— interrogó Doña Mariana, —¿acaso existe algún mal entendido entre vosotros?

—¿Ha hecho nuestro primo algo... reprehensible?— preguntó aturdidamente Doña Lucía, con voz insegura.

El Marqués parecía disgustado y hasta un tanto arrepentido de haber hablado con tanta franqueza.

—No, hijas, no puedo decir que haya delinquido en forma alguna... excepto despidiendo a Moncada, el capataz, sin mi consentimiento y propinándole la paliza más descomunal que se recuerda por estos contornos... Nunca le había visto tan arrebatado como se puso al contarme la historia, pero en fin, el asunto es otro muy distinto y esto no viene al caso. Escuchad: como su pariente más cercano en La Española me he tomado una pequeña libertad—. Rióse ahogadamente, como si lo que pensaba revelar se le antojase sumamente divertido. Tosió para aclararse la garganta antes de proseguir, bajando el diapasón de su voz. —Para que mi sobrino, que es impulsivo como pocos, no cediese a la tentación de hacer extravagancias que mañana pudiesen pesarle, he ido recortando a sus honorarios durante... algún tiempo. El vicio crece en el corazón como la virtud; y debía tomar mis medidas... Debo confesaros que he perdido la cuenta y que vuestro primo ha estado más resignado que un santo: ¡es de buena madera! Jamás me ha recordado la promesa que le hice, cuando comenzó a administrar mis granjerías, de suministrarle buena ropa y pagarle honorarios que le permitiesen ahorrar para lo futuro. Me he encontrado el documento dos o tres veces en estos días, pues Juan me manifestó que mi palabra le parecía más que garantía suficiente!— Arrepantigóse cómodamente entre sus almohadas, mientras que una burlona sonrisa aparecía entre sus labios delgados de aristócrata.

Sus hijas se miraron consternadas y mudas, frente a aquella revelación inesperada.

—¡No es muy sustancioso que digamos el sueldo que ahora percibe vuestro primo, aunque su vestuario sea de lo más elegante! añadió comunicativo Don Ramón, haciendo

lo posible por adivinar los pensamientos recónditos de las gemelas. Esa fué una de las razones por la cual me ví precisado a perdonarle cuando llegó de España de un modo tan... súbito.

La tímida Doña Mariana parecía estar muda de congoja, pero su hermana encontró energía suficiente para exclamar con gesto de rebeldía:

—Es por ese motivo, sin duda, que se ve precisado a vivir como un Cartujo. Me parece horrible e injusto! Perdonadme, padre mío, pero sé que nuestro primo no merece que se le trate con tanto rigor. Hemos tenido ocasión de verle trabajar al sol con sus indígenas, dirigiéndoles y ayudándoles, y nuestras granjerías han vuelto a prosperar gracias a su incansable actividad. No pudo concluir su apasionada disertación, pues el Marqués la interrumpió con acrimonia, comentando:

¡Ayudándoles, habrás visto! ¡Trabajando como un gañán! Esto sólo os demuestra lo majadero y desequilibrado que se ha tornado en estas tierras. Dios me conceda paciencia!... Hasta le oí decir en cierta ocasión que esta isla sería un verdadero edén si sus compatriotas hiciesen lo que él. En fin, es un indiófilo como hay pocos: pero espero que vuelva a su juicio y recapacite. ¡Entonces se alegrará de saber que sus emolumentos se han ido acumulando en el interín, pues le pertenece una buena parte de mis rentas!...— Con una sonrisa disimulada, sacudió la melena, estudiando con viva curiosidad el afecto de sus palabras en sus interesadas interlocutoras.

Doña Mariana rió de buena gana, haciendo un animado gesto con las manos.

—¡Ah, ya lo sabía, padre mío! Sois en verdad generoso, aunque muchas veces no comprendáis del todo a nuestro primo. No calculáis que lo que le falta de prudencia le sobra de generosidad y buena fe. Esto le hace amar de todos por igual: Debo confesar que no me parece desequilibrado por-

que desee ayudar a los infelices naborias: es una turba misérrima y triste, que percibe un salario casi nominal por lo exiguo. Don Juan se sintió tan indignado al enterarse que algunos de ellos habían sido azotados durante su ausencia, que perdió los estribos y zurró a aquel malvado... como se lo merecía. Mi primo solo se enteró de estos acontecimientos varias semanas después de su llegada y nada hizo hasta no comprobarlo plenamente. Estoy segura que de haberlo adivinado vos mismo, habríais procedido de igual modo: No sois insensible, aunque pretendáis aparentarlo... Es inútil el disimulo en ciertos actos de violencia porque lo hayan perpetrado los nuestros—. Terminó sin turbarse, obediendo a una repentina tentación.

El Marqués la contempló lleno de asombro y desazón a la vez. También Doña Lucía miró sorprendida a su hermana, antaño tan dócil y respetuosa, variando oportunamente el tema de la conversación para hacerle olvidar a su padre aquel episodio que le causara tan profunda inquietud.

¿No podría ser yo la portadora de tan grata nueva para Don Juan? ¿Se sentirá, el pobrecillo, tan regocijado! Y nosotras igualmente...

—¡No y no!— gruñó descontento Don Ramón, golpeando con vigor el brazo de su macizo sillón. —Debo ordenaros mantener todo esto en secreto; por lo menos hasta que yo mismo decida manifestárselo. Puede que no sea por mucho tiempo, pero mientras tanto sed discretas, hijas mías, y permitidme actuar como juzgue más prudente. Nada perderéis con ello y en cambio, seréis acreedoras a toda mi gratitud y confianza.

Minutos más tarde salía Doña Lucía de la alcoba silenciosa y cariacongojada, mientras su hermana, más juiciosa y conciliadora, tornaba a besar afectuosamente al Marqués, antes de volver a su cámara para preparar su atavío de aquella tarde.

—Decidme—, la interpeló abruptamente Don Ramón, reteniéndola por la mano —¿creéis por ventura que vuestra hermana se halle prendada de su primo? Parecióme harto exagerada su actitud de hace un instante. ¿No os parece lo mismo?

La joven tosió algo turbada, pensando que tenía sobrada razón su padre al referirse a la actitud de Doña Lucía, pero si duda se dejaba llevar demasiado lejos por su imaginación. Por tanto, su rostro de niña se distendió en una burlona sonrisa al responder:

—¡Bah, no conocéis a vuestra hija...! No existe nada de eso. Es que le apena ver que le hagáis trabajar tan ruda-mente. Bueno es que sepáis que muchas veces debo yo inter-venir para que no haya reyerta entre ambos: sus arrebatos irreflexivos hacen que Don Juan se burle de ella amenudo y esto le pone fuera de sí, pero le ama con gratitud y afecto, como a un hermano. Lo que sucede es que hoy ha amanecido de muy mal humor, pero permaneced tranquilo: ¡sabrás guardar el secreto tan bien como yo!

Y con esta doble promesa, substrajo gentilmente su mano y se alejó para reintegrarse a sus ocupaciones.

CAPÍTULO XV

Las puertas del limpiísimo bohío de Urabanex se mantenían abiertas durante el día, deleitando a los sorprendidos visitantes de aquella tarde con su singular encanto, tan peculiar de los moradores del Nuevo Mundo.

Fueron conducidos a presencia de Toeya por el silencioso Maxaguán, quien se había adelantado a recibirles, saludándoles al estilo indígena.

Como en tantas otras ocasiones, la princesa se hallaba sentada a la sombra espaciosa de un capá (89), mientras sus palomas, que habían sido alimentadas momentos antes, buscaban aún entre la hierba los últimos vestigios del grano. La expresión de su mirada era impasible, pero al alzarse presurosa para ir al encuentro de los recién llegados, la alegría y la satisfacción se reflejaron en su semblante.

—Seais bienvenidos a nuestra morada. Hacía algún tiempo que esperábamos el placer de vuestra visita, Marquesas.

—Marquesas nó, Toeya, por favor; rogó Doña Mariana con graciosa gentileza —Mariana y Lucía a secas nos complacería mucho más.

—¡Gracias... oh, mil gracias!— exclamó Toeya, sintiendo alborozo en el corazón. —Así, pues, tendré el placer de llamaros en lo sucesivo, amigas mías.

Doña Mariana había sido la primera en acercarse, imprimiendo un beso cálido en cada una de las mejillas de la princesa, y luego Doña Lucía, quien avanzó con inusitada timidez, usando la misma familiaridad.

—Toeya—, comenzó con cierto dejo de embarazo: —¿No me guardáis ningún rencor por mi impensado comportamiento la tarde de nuestro agasajo en el Alcázar? Espero que no, pues no podría soportar tal incompreensión sin pesar. Don Juan es casi un hermano nuestro y vosotros sois, sin lugar a dudas, sus amigos más estimados aquí. Por consiguiente, espero que aceptéis nuestra amistad de igual modo—. Y al advertir la sonrisa conmovida que iluminó de improviso el rostro de Toeya, preguntó con alegría: —¿Por ventura, habré sido perdonada por completo?

—¡Amiga mía!— exclamó Toeya, abrazándola con espontaneidad —si es que había algo que perdonar, ha sido olvidado del todo! Además, me habéis hecho muy feliz al venir a visitarme hoy; debo confesaros que me hallaba algo deprimida: es uno de mis días nublados, sin duda!

Doña Lucía advirtió el juvenil embarazo de su primo al besar la diestra extendida de Toeya, pero esta vez la sonrisa de la Marquesita parecía algo forzada. Sin embargo, confesó, tornándose generosa:

—Nuestro primo también se ha preocupado muchísimo durante varios días... y es muy natural. Debo confesaros, aunque solo sea por aliviar mi turbia conciencia, que la culpa fué mía aquella tarde: soy una tonta para reírme y mi primo, aún sin intentarlo, siempre hace el histrión...

La Marquesita sabía hacerse simpática cuando se lo proponía. ¡Lástima que sus decisiones fuesen tan fugaces! Pero en aquel momento anhelaba la aprobación de Don Juan y le miró de soslayo para adivinar su pensamiento, sintiéndose suficientemente recompensada con la expresión agradecida de sus ojos. Pensó que su prima, tal como su tío, poseía

un carácter violento, rencoroso, pero magnánimo al mismo tiempo.

El hidalgo replicó con acento que parecía modular la dicha:

—Entonces, permitamos que nuestros pasados pesares nos proporcionen las alegrías del presente, como aprovecha el árbol el abono de sus hojas secas, pues cada día es un intangible tesoro, del cual debemos gastar sabiamente, almacenando recuerdos y alegrías que hagan resplandecer el alma con una huella imborrable para poder afrontar las emergencias del futuro sin desanimarnos demasiado. Así lo aconseja juiciosamente cierto filósofo antiguo, pero... no puedo recordar su nombre...

Todos rieron, menos Doña Lucía, quien se había tornado un tanto grave para aquella ocasión tan feliz. Su primo no tuvo oportunidad alguna para notar lo, pues Toeya les rogaba que se sentasen en los hermosos *dujos* de madera, los cuales colocaba Maxaguán diestramente en semicírculo.

—De todos modos mañana podríamos ser poco menos que mendigos, sin conservar las migas de nuestra dicha presente... Un bello recuerdo bien vale una vida. ¿No es así?— Y al decir esto el hidalgo sonreía de un modo caprichoso mirando a Toeya, quien de pie junto a él, sonrojábase a pesar suyo, mientras Don Juan le colocaba el labrado asiento sobre las raíces del frondoso árbol.

—¡Toeya,— jamás ví en mi vida tal variedad de árboles, flores y plantas como las vuestras, agrupadas al azar!— exclamó Doña Mariana, sin que viniese al caso, admirando, sin duda el gigante del bosque que les cobijaba. —Cada traspatio que contemplo me trae reminiscencias del precioso jardín botánico de Abú Zacharich que visitamos el año pasado en Sevilla. Es único en el mundo y se ha hecho ya famoso en toda Europa.

—¡Oh, que hermoso debe ser todo eso!— murmuró Toeya maravillada. —Dentro de un instante os mostraré el

traspatio, que es en realidad una huerta por la variedad de árboles frutales que posee. Entonces os mostraré también mi jardín, en el cual tengo algunas florecillas y helechos que ha recogido mi Padre y Señor en sus andanzas.

Doña Lucía expresó al instante su deseo de contemplar el rincón favorito de la princesa, y esta accedió a su demanda, levantándose inmediatamente para guiarles.

Bajaron por un sendero empinado y escabroso, cubierto a trechos por moradas campanillas silvestres, deteniéndose las Marquesitas a recoger algunas para formar con ellas una guirnalda.

Casi no vale la pena recogerlas; tengo muchas allá abajo— les aseguró Toeya, al atravesar de un salto sobre un montón de agudas rocas, que no se tomó la molestia de evitar, avezada como estaba a saltarlas sin inconveniente alguno.

Don Juan sonrió admirativamente y con uno de sus ademanes determinados, trató a su vez de hacer lo mismo. Tan solo obtuvo un éxito parcial, pues al llegar al otro lado casi le hizo perder el equilibrio a Doña Mariana, quien se aproximaba a Toeya buscando apoyo, después de evitar con cuidado los tropiezos por el terreno fragoso de aquella vereda sembrada de rocas.

El hidalgo se excusó, mofándose de su propia torpeza, y todos rieron de buena gana, especialmente Toeya, quien declaró con picardía que su amigo requería bastante más práctica en el “salto de la rana”.

Las Marquesitas comentaban la belleza del paisaje circundante, admirando los maizales y plantíos de yucabía (90) que se extendían a cada lado y las extrañas enredaderas que formaban coloridos montones sobre los setos vivos de las mayas (91) entremezcladas con enredaderas de flexibles lianas. Nopales gigantescos quedaban envueltos casi por completo entre los tupidos cortinajes, pareciendo vacilar bajo su peso y asomando sus rojas flores por los huecos, cual si fuesen encendidas estrellas vespertinas.

La gemelas entusiasmadas, deseaban aprender los nombres de los diversos árboles que contemplaban por primera vez, tales como el singular almendrón, de hojas lisas y brillantes; los extraños higüeros, que lanzan sus caprichosos vástagos en todas direcciones, como alambres recubiertos de hojas, produciendo sus enormes esferas verdes en profusión; frondosos jobos mezclándose en rico contraste con granadillos, cayas, caobas, nogales, algarrobos, en plena floración; tamarindos y nísperos; elevados anacahuítas y mameyes, cuyo fruto aromático aparecía desparramado, pudriéndose sobre la hierba.

Al inclinarse Doña Lucía para recoger una de las frutas caídas, Toeya les explicó:

El mamey era el árbol sagrado de los indígenas, por el cual nuestros buitios pronunciaban sus juramentos irrevocables y del cual creen que se alimentan las almas cuando retornan en el silencio de la noche de las seráficas regiones del *turey* (92). Nadie aún podría convencer a mi Padre y Señor, ni a ningún otro indio de la generación pasada, que la fruta del mamey puede ingerirse con toda impunidad como cualquier otra!— Su expresión era algo embarazosa al añadir: —Nadie aquí osa comer de ellas por temer a disgustar a mi padre, o quizás porque ellos mismos comparten idénticas creencias.

—Tiene un aroma apetitoso:— comentó Doña Lucía sonriendo, al dejar caer a sus pies el rico fruto —pero, en verdad, no querría verla saltar inesperadamente de mis manos y elevarse, como la anona de la canción! ¡Uy, me daría pavor!

Todos rieron divertidos de su deliciosa pillería y Toeya comentó alegre:

—¡Y qué lástima grande! ¡Hay que ver las ricas conservas que se preparan con ellas allá en el Alcázar!

Don Juan, que se había quedado atrás caminando junto a ella, suspiró con satisfacción profunda, inquiriendo inesperadamente:

—Decidme Toeya, ¿no visteis alguna vez vagar desconsolado a mi espíritu entre los árboles de esta huerta? Nó?— preguntó de nuevo divertido, al mover la joven su cabeza enfáticamente, en negativa rotunda y candorosa. —Es, en realidad, de lo más extraño, pues estoy cierto, bien cierto de haber llegado hasta aquí con el pensamiento una y mil veces durante mi estada en España. Me sentía melancólico e indiferente a todo cuanto me rodeaba, aunque antaño me pareciera animadísimo. ¿No se volvieron a mí vuestros pensamientos durante aquellos largos meses?— El joven aminoró su paso hasta detenerse.

Esforzábese en hacer que su voz adquiriese un acento casual, pero tenía tan vivo timbre de pasión que obligó a la princesa a bajar la vista y a murmurar algo turbada:

—Excusadme, Don Juan... pero advierto que vuestras primas ignoran el camino que han de seguir para no extrañarse y Lucía nos hace señas para que nos acerquemos. Temo que hayamos de ir mucho más de prisa—. Su acento era, en verdad, alentador; y el hidalgo sonrió sin desconcertarse, comprendiendo que no era éste el momento más propicio.

Toeya no le esperó siquiera, alejándose ágilmente, y alcanzando a las Marquesitas para explicarles que debían seguir los giros de un límpido arroyuelo que cruzaba la senda, medio oculto por los altos helechos que crecían en sus riberas, hasta llegar al sitio donde crecían dos floridos abeyes gemelos, cuyas ramas se entrelazaban entre sí. En vez de jardín parecía una alameda con ambiente de melaza; un paisaje salvaje de maravillosa perspectiva. Había quietud, dulces aromas y un suave piar de pájaros entre las frondas. Florecillas amarillas y moradas emergían de entre la hierba y la mostaza crecía exuberante por todas partes. —Por fin, hemos llegado a mi jardincillo selvático!— exclamó la princesa jubilosa, al apartar las floridas ramas para que sus amigos pudiesen pasar, cayendo al hacerlo así una lluvia de amarillos pétalos sobre su cabeza y la de Doña Lucía.

—Este es un rincón confortable; casi un parque, podríamos decir...— comentó asombrada la Marquesita.

—Un vivero sería más acertado— interpuso Doña Mariana. Aquí hay de todo: ¡esto es una perspectiva de ensueño, Toeya! Enredaderas blancas y rosadas trepadas a todos los árboles; lirios que parecen hechos de terciopelo, orquídeas silvestres; begonias de varios colores; pasionarias; parásitos como nidos de pájaros... En fin, cosas extrañas que no había visto en mi vida...

Don Juan, que se encontraba de nuevo junto a la princesa, exclamó a su vez con alborozo:

—Parecen haber sido cuidadas por manos de diosa: ¡creo que no me equivoco al presentaros a Pomona, la diosa de la huerta! Os lo dice el propio Vertumnio... terminó señalando a la princesa con gesto eminentemente gracioso, sorprendiéndose de su propio desembarazo.

Las mejillas de Toeya se encendieron una vez más al protestar jovialmente:

—Temo que me volvería vanidosa del todo y en extremo desagradable si me empeñase en creer todos vuestros amables cumplidos, pero los agradezco más de lo que suponéis. Paso aquí largas horas sembrando y cuidando plantas nuevas que trae mi Padre y Señor de las regiones más apartadas por ver si pueden cultivarse aquí y ya veis que con cuidado todo medra espléndidamente: lirios, begonias, alelíos, orquídeas... Hay algunas de tierras muy raras, traídas de las montañas del Cibao...

—¡Es una colección fantástica!— alabó con sinceridad Don Juan. —Sabéis que podríais hacer una fortuna con esto en cualquier punto de Europa.

—Por desdicha, Don Juan, esto no es Europa... rió Toeya con los aterciopelados ojos muy cálidos. —No son más que hierbas que crecen por todas partes y nadie les hace caso. No puedo presentaros algunas de mis favoritas porque

no les sé el nombre en castellano, pero ahí tenéis enredada a las mayas, la hierba Hi, típica de las riberas; tiene flores blancas como estrellas... Ahí tenéis la atabaiba (93) que llamáis alelés; el *tararaco*, muy semejante a los lirios y que produce una hermosa flor; el *jiminí* o aguinaldo blanco, que florece en diciembre y enero. Con él se adornan las piraguas de los enamorados...

La atención de las jóvenes le distrajo al advertir que Don Juan se empinaba y elevaba los brazos a la vez para alcanzar un precioso ramillete de menudas orquídeas silvestres, que aún no habían advertido sus primas, pues crecía medio oculto junto a otras muchas plantas parásitas sobre las ramas altas del lujuriente abey.

—¡Supongo que esto no podéis hacerlo sin escalera!— comentó ofreciéndoselo con galantería.

—No— confesó la princesa con la más congraciada de sus sonrisas. —Y se lo agradezco doblemente por haber adivinado mi deseo. ¿Querriais cortar otros dos para Lucía y Mariana? Así llevarán este pequeño recuerdo nuestro.— No se atrevía a confesar ante sus nuevas amigas que se veía precisada a subirse al árbol cada vez que deseaba cortar algunas orquídeas. Advirtiéndole que Doña Lucía buscaba con la vista un sitio a propósito para sentarse, exclamó con viveza: —Está estrictamente prohibido sentarse en esta húmeda hierba, Lucía, so pena de mancharse el vestido, de modo que os ruego no sentaros sobre esa piedra musgosa. Aunque tiene apariencia de cómoda, es traidoramente viscosa y estropeará sin remedio vuestro hermoso traje... y yo me sentiría culpable de ello por traeros hasta aquí! Sin embargo, si es que estáis fatigada, os podéis sentar sobre mi ceñidor— añadió gentilmente, al advertir que la Marquesita persistía en hacerlo, a pesar de su advertencia.

La princesa había comenzado a desenvolverse con viveza el bonito ceñidor de su vestido, desprendiéndoselo finalmente para dejarlo caer con toda espontaneidad sobre el

oscuro pedrusco, donde caprichosamente enroscado semejaba una sierpe de vivísimos colores.

—No está del todo mal... pero no debisteis hacer semejante tontería; protestó Doña Lucía a modo de excusa. —No estoy sofocada, ni debilitada siquiera; pero ahora me veo precisada a obedecer, pues ya se ha manchado del todo... Supongo que mi señor primo no llevará encima pañuelo alguno!— Cierta urbana exasperación se hizo patente en su semblante al dejarse caer graciosamente sobre el improvisado asiento, con un dramático ademán de sus manos pequeñas y pulidas.

Don Juan, balanceándose sobre sus talones, contemplaba a Doña Lucía divertido. Demostraba cómica resignación y nada más, pensando que podía ser una falta de reflexión de su parte.

—Perdonadme, primita, temo que sea, en verdad, muy poco galante olvidar nada menos que el pañuelo en una ocasión casi solemne como ésta!— Su risa regocijada e irresistiblemente contagiosa fué imitada por los demás y aún por la misma Marquesita, aunque su hermana advirtió que no se reflejaba alegría alguna en sus facciones.

—¡Ah, chiquilla malcriada! pensó Doña Mariana para sí con enojo, adquiriendo a la par su dulce rostro una marcada expresión de embarazo. —No tiene excusa alguna para estropear por mero capricho el bonito ceñidor de Toeya, pues no me parece fatigada en absoluto. Sentía que su propio rostro se hallaba algo encendido, pues el ánimo antojadizo de su hermana gemela, no siempre aplacado fácilmente, causaba mala impresión en los demás y preocupaba continuamente a su familia.

Pero tales pensamientos estaban muy lejos de la mente plácida de Toeya. Visiblemente complacida de poder hacer algo por su amiga, contemplaba a la Marquesita con mirada comprensiva, lamentando en su interior no haber llevado consigo una piel de quemi (94) para acomodarla mejor.

Don Juan había continuado cortando orquídeas, con las cuales formó Toeya un bellissimo ramillete, que fué a depositar con su simpatía habitual sobre la falda de Doña Lucía, cuyo rostro se arreboló sin poderlo evitar al darle las gracias.

La Marquesita, sentada sobre la piedra, con las manos enlazadas sobre las rodillas, miraba a su primo, con aquel aire displicente que había adquirido en los últimos tiempos; pero se alzó al instante diciendo:

—El calor de la caminata y el perfume penetrante de la rufiana me produjeron una especie de embriaguez, que me ha dejado algo soñolienta. Aún me parece que la cabeza me da vueltas. . . ¡Qué extraña sensación!

Doña Mariana escudriñó el semblante de su hermana con cierta incredulidad; pero Don Juan ofrecióle su brazo galantemente, sin hacer comentario alguno. Doña Lucía sonrió, aceptándolo con secreto orgullo.

—¿Es que no vais a ofrecerme alguna recompensa por mis enormes esfuerzos, señoritas? ¡Me resisto a creerlo!— protestó jocosamente el hidalgo mientras alzaba con su brazo libre el sedoso ceñidor de la princesa, deseando vagamente poderse apoderar de él, mas devolviéndolo a su dueña con toda gentileza.

Estaba bastante manchado y Toeya se lo echó al brazo descuidadamente, dando las gracias al replicar con un destello en la mirada:

—Os ofreceremos algo muy especial; no lo dudéis, Don Juan— y añadió con una sospecha de travesura en el semblante: —se os servirá una buena infusión de hojas de limoncillo, que no osaréis desairar. . . aunque no sea tan fino refrigerio como la Manzanilla de Sanlúcar que probasteis en el Alcázar!

Marchaba delante, sirviéndoles de guía, pues Doña Mariana llevaba chapines un tanto incómodos y se había quedado rezagada con el grupo, ajustándose cortesmente Don

Juan al paso de sus primas. Al volver Toeya la cabeza alegremente, vió el rostro del hidalgo animarse con genuino regocijo.

—¡Oh!— exclamó Don Juan —¡magnífico! A estas chicas todo les tienta, les agrada y les divierte. No lo han probado aún, pero no dudo que les agrade tanto como el vino.

—Es la bebida favorita de mi Padre y Señor y naturalmente la mía... es que tenemos gustos muy afines— explicó con un ademán expresivo, pensando que podrían burlarse sus amigas. —Tiene las ideas más originales respecto a las mujeres: dice que una buena hija o esposa debe tener la cabeza llena de flores y el alma llena de cantos... Su semblante se inundó de pena, sin duda pensando en la completa desesperanza de su situación y añadió pensativa: —Me haría muy feliz poder complacerle en esto también, pero... no siempre se puede cantar estando triste... ¡Es lástima!

A Doña Mariana parecíale emocionante oírle hablar así del Cacique y Don Juan adivinaba con clarividencia de enamorado que debía ganar el corazón del padre antes de pretender el de la princesa, intuyendo su propia infelicidad en aquella fusión espiritual de padre e hija.

A la noble Marquesita comenzaba a entusiasmarle de veras su nueva amiga: su excelente humor, que traslucía la gentileza de su carácter; su sinceridad espontánea, casi pueril; y sobre todo aquella alegría innata que se negaba a rendirse al peso de sus penas. Espontáneamente manifestó, rodeando con su brazo los hombros de la joven:

—Don Juan nos ha hablado ya encomiásticamente de vuestro padre, Toeya; de la rectitud de sus principios; de su sano juicio y generosidad proverbiales. Estoy convencida de que hemos de simpatizar con él. Por tanto, estoy ya deseosa de conocerle.

Nada, en verdad, podía halagar más a la joven india y en extática demostración volvióse hacia Doña Mariana, es-

trechándola en sus brazos con irreprimida emoción, manifestando con sonrisa de pena oculta:

—Y yo no estoy menos convencida que siendo vosotras dos tan amables, movidas por tan nobles sentimientos, han de parecerles muy comprensivas y encantadoras.

Conversando animadamente de este modo retornaron para sentarse de nuevo bajo la sombra del añejo capá (95) y allí encontraron al Cacique Urabanex descansando de sus faenas y sorbiendo un humeante líquido de un pulido higüerito, contemplando al parecer el vuelo de las garzas a través del cielo, con infinita melancolía en sus ojos absortos. La humillación de su cautiverio extendía su hiel hasta en sus más dulces momentos de solaz, y allí se estaba rumiando el grato añorar de horas placenteras, donde flotaban densamente las alegrías del pasado.

Pareció animarse al conocer a las simpáticas primas del hidalgo y poniéndose de pie, lo expresó con graves frases ceremoniosas, que sonaron extrañamente ingenuas a los oídos de sus jóvenes visitantes.

—Os ruego— añadió con su timbre armonioso, reasumiendo su asiento al pie del árbol, —que os acomodéis como os plazca y condescendáis a acompañarme a tomar de nuestro típico té de limoncillo. ¡Sin duda os sentiréis un tanto agotadas después de vuestra larga caminata!

—Muchas gracias, Cacique; os acompañaremos con sumo placer— contestó Doña Mariana. —No nos fatigamos, en realidad aunque nuestro calzado es poco idóneo para caminar en el campo y nos incomoda bastante.

Casi inmediatamente Doña Lucía decidió gustar de la fragante infusión en un higüero blanco, “tal como el del Cacique”; y Toeya dió las órdenes sucintamente a una graciosa jovencita india, quien se había aproximado con cierta timidez al grupo, llevando enormes y rústicos abanicos de palma-cana para sus amos y las visitas.

—Os parecerán del todo imprescindibles dentro de unos instantes— explicó el Cacique al notar la extrañeza de las jóvenes, mientras continuaba sorbiendo su bebida sin interrupción.

—Esta infusión de limoncillo debe tomarse despacio y bien caliente para derivar de ella el mayor placer posible— aconsejó Toeya, al aparecer de nuevo la doncellita india, llevando los humeantes recipientes sobre una original fuente de barro, cuya forma oblonga remataba en cabeza de *quemi* (96). La joven la colocó sobre un tronco de palmera trunco, que acercó sin dificultad, por lo liviano, retirándose luego sin demora.

Toeya, que había permanecido de pie reclinada contra el árbol, se acercó diligente y pasó los higüeros a todos en sucesión, reservándose el último y yendo a sentarse junto a Doña Lucía.

—¡Esto es realmente grato al paladar!— comentó Don Juan con entusiasmo. —Y es, además, una bebida en extremo confortante: es casi como paladear un añejo aguardiente, sin el inconveniente de llegar a embriagarse... ¿Qué decís a esto, Doña Mariana?

—Me parece delicioso y exótico. Os aseguro que por mi parte voy a aprender a preparar este brebaje lo más pronto posible. Eso sí, no vayáis a agregarle bija y ajíes (97) so pretexto de colorearlo, como hicisteis con el guiso aquel de tayotes: ¡no se trata precisamente de un paisaje!—

También Urabanex parecía enormemente divertido y una viva satisfacción se reflejaba en su rostro atezado.

—Temo que los ajíes estén completamente demás, pero supongo que con algo de imaginación y otro tanto de buena intención, podría uno embriagarse buenamente... comentó con una de sus raras sonrisas, causando viva hilaridad en sus sorprendidos oyentes.

La doncella de la princesa había aparecido una vez más para llevarse las vasijas, las cuales descansaban ya vacías

sobre el tronco de palmera. Al inclinarse la joven india con un ágil y gracioso movimiento, Doña Lucía preguntó inopinadamente a Toeya:

—Decidme, ¿son por ventura todas vuestras doncellas tan lindas como ésta? Se dice que bailan las danzas indígenas con suma gallardía; algo de cierto debe haber en ello, pues esta chica tiene toda la gracia de una innata danzarina.

La indiecita se sonrojó y bajó los párpados modestamente; y la mirada de la princesa encendióse a su vez de placer al contestar:

—En verdad, todas interpretan nuestras *diumbas* a la perfección. Les pediré que ejecuten alguna esta tarde en honor vuestro, si es que os interesa de veras contemplarlas.

Todos asintieron con alborozo y un instante más tarde, cuando se hundía en el ocaso un sol cegador, inundando el cielo de matices de gualda y bermellón, Toeya se excusó para volver momentos más tarde, seguida del grupo de sus compañeras a ejecutar el afamado “areito de las vírgenes” para los visitantes de su gentil ama.

Las indígenas se agruparon entre sí, permitiendo a penas a los jóvenes españoles admirar los extraños trajes que lucían. Todas llevaban collares con amuletos ceñidos a la garganta (98), numerosas ajorcas en los brazos y en las piernas (99); una cinta de *zorove* (100) en la frente, en forma de venda y flores prendidas en la cabellera que flotaba al viento. Era un grupo amable y lleno de colorido. Todas iban descalzas. Una leve sonrisa animaba todos los semblantes. Parecían tan animadas como chicuelas y ansiosas por comenzar la danza, que tan poca ocasión tenían ya de disfrutar.

Los hombres habían ido llegando uno a uno, llevando sus propios instrumentos y después de dar las buenas tardes, sentáronse todos en el suelo, serios y atentos, y comenzaron a tocar sus instrumentos en quejumbres temblorosas y llenas de misterio. Tocaban hábilmente sus nativas flautas de

caña (101) y tambores pintorescos, que habían sido trabajados de gruesos troncos, con figuras talladas en relieve; y alguno que otro pandero adornado casi enteramente de relucientes escamas de pescado. Varios tocaban el guajey: güiras en formas de cuernos, y hasta una extraña arpa aborigen, construída quizás imitativamente con un palo de caoba y una vara de higüero, doblada en forma de arco y cuerdas de pita; todos realmente primitivos, pero bastante armoniosos y sonoros. Toeya misma completaba la improvisada orquesta con su bandola, la cual comenzó a tocar con languidez para dar el tono. Tocaban de una manera peculiar y fascinante, llenando el ambiente de exótica melodía.

Exornadas con sus numerosas ajorcas en los brazos y en los tobillos, las danzarinas comenzaron a moverse con pasos gráciles y suaves, alzando las manos por encima de sus cabezas y moviéndolos rítmicamente, hacia atrás y hacia adelante, al compás de los pies. Al avanzar el ritmo de la música sus pasos se hacían más vivos y precisos, acercándose y alejándose unas de las otras con repetido enlace de brazos y de manos. Doblábanse y retorciánse sin esfuerzo alguno, con sutil e inherente gracia nativa. Solamente una, la del centro, la cual parecía guiar la danza (102) daba saltos felinos y quedaba inmóvil por instantes en actitud de éxtasis o de plegaria. Su rostro oliváceo parecía transfigurado: quizás sentía la emoción de sus antiguas ceremonias o evocaba sus Cemíes favoritos. Sus compañeras hicieron una pausa, balanceándose sobre los talones y parecieron inclinarse para ir a socorrerla con genuflexiones cadenciosas, extendiendo los brazos hacia ella y moviendo rítmicamente las manos. La danzante prosternada, se alzaba como extática y sus compañeras reasumían su posición erguida, comenzando de nuevo la danza con creciente vigor, para continuar así durante varias horas seguidas, sin dar tregua a las danzarinas hasta que eran reemplazadas por otras. En esta ocasión, sin embargo, duró a penas un corto lapso, pues la princesa palmo-

teó, dando la señal, e inmediatamente las doncellas se separaron, haciendo una graciosa reverencia antes de desaparecer. Y acto continuo desaparecieron los músicos con igual formalidad.

Las Marquesitas parecían asombradas del giro clásico de la danza, realizada con pureza plástica y fueron muy cálidas en sus elogios. Aún el mismo Urabanex estaba persuadido de que en aquella ocasión, las doncellas se habían esmerado para hacerlo a la perfección, en honor de sus visitantes, sintiéndose justamente orgulloso de las compañeras de su hija. Sin duda aquellas criaturas tenían música en el alma.

Ninguno entre los allí presentes se había apercibido del toque de oraciones; ni del crepúsculo que comenzaba a invadir el patio; y Don Juan sospechaba que se había pasado la hora de comida del Cacique y su hija. Conociendo bien la proverbial hospitalidad indígena, comprendía el joven que dentro de algunos instantes se les invitaría formalmente a participar de su frugal refacción vespéral y juzgó conveniente apresurar la marcha de sus primas, ya que también el Marqués podría inquietarse esperándoles.

Despidióse Toeya de sus nuevas amigas con extraña y conmovida ternura y al abandonar su mano, el hidalgo sintió más que nunca emocionado el corazón. Había sido completamente reconquistado por las alegres y expansivas españolas, percatándose con cierta angustia de remordimiento de lo equivocada que había estado al juzgar tan sólo por meras apariencias engañosas. Doña Mariana, con su personalidad sentimental, parecióle muy dulce y cariñosa; y Doña Lucía, pueril e irrefrenable como una chiquilla, simpatizábale a la vez en grado sumo. . . ;También en el carácter se parecía bastante a su primo!

Una vez más temía analizar sus propios sentimientos porque recordaba con cierta angustia las frases sibilinas de Toa, acostumbrada a predecir los hechos futuros, repitién-

dose con frecuencia cuán desdichada sería la princesa indígena que se llegase a unir en matrimonio a un hombre de otra raza. El ejemplo lo tenían en la bella Higüemota (103) arrancada de los brazos de su esposo la misma noche de sus bodas... Pero la mágica presencia de Don Juan tenía el poder de borrar ésta y muchas otras cosas de su pensamiento. Movida de una alegría profunda, le parecía que había renacido a la vida de repente.

CAPÍTULO XVI

Algunos días más tarde se presentaba de nuevo Don Juan en la morada del Cacique y mientras departía con él en la habitación delantera, que se usaba como sala, descubrió con íntimo alborozo a Toeya, en la pieza contigua, sentada ante su bastidor de bordadora, cantando suavemente y rodeada de sus doncellas, que le hacían coro. Extraño, se dijo, una tonada indígena con letra en español!

Su hija tenía grandes dotes de profesora, explicaba regocijado Urabanex, pues enseñaba el silabeo a las jóvenes por medio del canto. Ya pronto sabrían todas leer y escribir el castellano, porque dirigidas por la princesa hacían grandes progresos. Las jóvenes bordaban, además, sendos pares de alpargatas de rafia. Por lo menos, esa explicación dió el Cacique al joven, quien por la puerta entreabierta veía a Toeya de perfil, evidentemente entusiasmada en su tarea.

Inconscientes de la presencia del español, las doncellas continuaban cantando las monótonas sílabas a una alegre tonada indígena y la voz de Toeya se alzaba gozosa, como el trino de un pájaro, complacida de esta especie de reivindicación.

Fué el mismo Urabanex quien le invitó a pasar adonde se hallaba su hija, pues el hidalgo no habría osado infringir las reglas de la hospitalidad del indio, ansioso por ganarse su estimación.



Los ojos de la princesa se iluminaron de súbito al verle aparecer, contestando el cálido saludo del joven con una refulgente sonrisa, la cual supuso Don Juan que sería tan sólo consecuencia de la animada lección que acababa de dar a sus discípulas. Recordaba que le había dicho en la ocasión de su partida que los indígenas enseñaban por medio del canto coral y así se aprovechaba ella misma de sus tradiciones seculares para iluminar el alma a estas criaturas de destino adverso.

Las doncellas habían enmudecido como por encanto y sus miradas se fijaban, discretamente, a sus bordados, notándose en todos los rostros el esbozo de una sonrisa, lo cual más bien animó a Don Juan.

Toeya preguntó afectuosamente por las Marquesitas, rogándole que fuese portador de sus expresiones de cariño para ambas.

Mientras Urabanex conversaba aparte con uno de sus uaborias, el hidalgo contemplaba con interés el trabajo paciente de la princesa, admirando el diseño que imitaba y sus ágiles dedos al entrar y sacar la aguja con presteza, levantándose a cada instante espontáneamente para hacer observaciones a sus compañeras sobre la manera de proseguir la labor.

—Don Juan,— recomendó la joven, enderezándose en su labrado dujo de madera —decid por favor a vuestras primas que he obtenido para ellas algunos parásitos raros de los que tanto les agradó, para que los adhieran a algún árbol del patio y decidle, además, que he recogido un cesto de frutas indígenas que pienso enviarles esta tarde. Son caimitos, cajuiles, jinas, anones, yayamas... (104) frutas muy comunes... ¿Creéis por ventura que las comerán?

—¡Ah, no lo dudéis! Pena me da confesarlo, pero mis señoritas primas son golosas en extremo y sin duda hoy tendremos reyerta en casa, pues me negaré rotundamente a sentarme a la mesa: ¡no me queda más remedio si es que voy a participar con provecho de tantas exquisiteces!

—¡Creo que esta tarde, al menos, ganaréis la partida!— rió la princesa, mientras su mirada se posaba con regocijo evidente sobre el semblante del joven.

En aquella ocasión Don Juan quedóse una hora escasa, deseando permanecer toda la mañana, pero imposibilitado de hacerlo así. Sus visitas matutinas eran más afortunadas, se dijo, comprendiendo que Toeya no tenía ninguna grave preocupación o no podría reírse del modo espontáneo como lo hacía. Su reserva enigmática había desaparecido... ¿Habría estado acaso celosa de sus primas? La oportunidad que él esperaba no se presentaba todavía, pero ya había intuído la realidad esencial y conocía su escondite favorito entre los abeyes.

Ya en muchas ocasiones la había ayudado, con sus doncellas, a recoger nísperos hermosos, redondos y acanelados como la tez del indígena que se expone continuamente al sol. La pulpa era suave y dulce. Sin embargo, a pesar de su delicado sabor, tres de ellos que se desprendieron de una rama alta al remover el árbol, cayeron de improviso sobre la cabeza de Don Juan, obligándole a rascarse repetidas veces la parte dolorida.

—¡Ah, deberíais aprender a ladearos con más presteza cuando comienzan a llover de ese modo!— aconsejó Toeya con incontrolable hilaridad. —Suerte que no fuesen mameyes; ¡esos son algo más duros! Sus ojos danzaban y sus redondeadas mejillas brillaron con suave fulgor, y despertaron en él una tentación más fuerte que la que había sentido hasta entonces junto a ella, llenándolo de anhelos melancólicos y desesperados. Y ya no se acordó más del golpe.

En una de aquellas mañanas se originó un incendio en la ermita de San Jerónimo (105) y toda la ciudad se agitó, presa de la excitación que causaba un evento tan desastroso como extraordinario, pues las conflagraciones eran espectáculos espeluznantes en aquellos lejanos días cuando el departamento de incendios era una institución desconocida.

Al comenzar a tañer las campanas de los templos, Urbanex salió corriendo con los escasos hombres que permanecían aún en la casa, para averiguar las causas posibles del funesto acontecimiento y ayudar en alguna forma a su extinción.

Las compañeras de Toeya se habían quedado indecisas un instante, viendo partir a los hombres, y sin detenerse a pensarlo mejor, siguieron a estos con nerviosa exaltación, para contemplar de cerca el espectáculo. Una por una la servidumbre había abandonado la casa; hasta la dueña, dejándose dominar por sus atávicos temores, había partido para la ermita, cortando diagonalmente a través de los campos, como Toeya misma hacía con frecuencia cuando iba en pos de su baño entre las rocas.

La princesa la vió partir con asombro y disgusto, preguntándose como aquellas descarnadas piernas podían transportarla tan aprisa. Volvióse a Don Juan sonriendo con algo de confusión:

—Creo, Señor, que esta misma casa podría arder ahora mismo y no aparecería nadie en una hora por los contornos.— Alzó los brazos asombrada y los unió, oprimiéndose las manos y sus labios también se entreabrieron de sorpresa.—¡Mirad! os lo decía: ¡hay suficiente lumbre en la cocina para asar un buey!

—En verdad,— asintió el joven al mirar a su vez a través de la puerta de la cocina, abierta de par en par.—La curiosidad humana, como el amor, nos induce en ocasiones a olvidarnos de nuestros deberes y a veces... hasta de nuestra seguridad personal.

Toeya frunció los labios y su rostro se llenó de perplejidad, como si no hubiese comprendido del todo.

—¡No digáis semejante cosa, Don Juan! ¿Cómo podéis hablar de olvidar vuestros deberes? La religión cristiana nos enseña a orar, a perdonar y a cumplir nuestros deberes con alegría, lo cual nos hace ser felices, elevándonos para penetrar en las regiones de la armonía suprema. Ruego a Dios

que no me permita olvidar jamás las sagradas obligaciones que nos impone la vida, porque sé que llegaría a odiarme a mi misma... Y entonces, la existencia sería una carga! ¿No sentís lo mismo que yo?— Su rostro, iluminado por la ansiedad, revelaba tan profunda convicción que el hidalgo olvidó por el momento el anhelo de hablarle de sus amores.

—Ah, Toeya, temo que vais a pensar muy mal de mí: amo mi religión porque La Santísima Madre de Dios me parece dulce y hermosa y toda la naturaleza refleja la bondad Divina. Cuando en el corazón moran la paz y el amor, la mente se halla iluminada, alejada del letargo de sus penas, pero cuando aquellos desaparecen la razón no tiene facultad para guiarnos y nos movemos como en una espesa niebla, donde todo nos es indiferente. El que ha libado en todas las copas, a menudo siente amargor en los labios... ¡Felizmente vos no conocéis las pasiones avasalladoras que hacen olvidarlo todo!... Sí, estoy convencido de que sois del todo distinta de las mujeres que hasta ahora he conocido...— Una leve chispa se encendió en sus ojos y añadió con emocionado ahinco: —¿Acaso no sois curiosa como las demás?

—Sí que lo soy,— confesó Toeya como avergonzada, tamborileando sobre sus propias rodillas, como si experimentara alguna desazón o impaciencia —aunque no lo suficiente para salir corriendo y dejar la casa desierta un sábado en la mañana nada menos!— Su risa juvenil sonó condescendiente, pero su voz revelaba una nota de ansiedad al proferir: —Estoy pensando en el magnífico observatorio que poseo aquí sin utilizarlo...— Y sin más explicación, agarróse a ambos lados la saya y corrió con toda naturalidad hacia el gran capá, adonde trepaba con frecuencia a recoger flores parásitas, las cuales cubrían algunas ramas altas.

La princesa no imaginó que el hidalgo seguiría en pos de ella, pero Don Juan, quien no había olvidado sus hábitos pueriles, siguióla no bien hubo adivinado su intención. Encaramóse tras ella con sorprendente agilidad y alcanzó el

inhiesto asiento, donde la joven se había reclinado contra el tronco como en una cómoda hamaca. Las delicadas florecillas tocaban las cabezas de entrambos y el ramaje les ocultaba casi por completo tras su tupido cortinaje foliáceo. Parecía inconsciente de la proximidad del joven y de la soledad en que se encontraban.

El corazón de Don Juan palpitaba en su pecho con violencia inusitada, pues aquella milagrosa intimidad la hacía inesperadamente propicia a sus amores.

Con expresión tensa Toeya contemplaba el incendio distante, el cual parecía crecer de un modo fantástico, elevando espesas columnas de humo negro, mientras las llamas serpenteaban inexorables, como relámpagos, reflejándose con resplandores siniestros contra los árboles circundantes.

Las campanas que habían cesado, comenzaron de nuevo a tañer con ensordecedor estruendo y Toeya se agitó nerviosa, diciendo:

—Ah, no acierto a comprender por qué razón continúan tocando de ese modo espantoso, cuando ya todos saben que progresa el incendio! Resulta tan perturbador para el ánimo!— Hizo una leve pausa, mirándole un tanto angustiada. —Me pregunto— añadió con la mirada remota —¿qué hará allá mi Padre y Señor, Don Juan, y por qué tarda tanto en regresar! Podría ser que estuviese afrontando un grave riesgo en este instante mientras nosotros... filosofamos des preocupados! Mi padre no teme a nada y parece desafiar los elementos... ¿No lo habéis advertido? Me llena el corazón de congoja; se lo he censurado en mil ocasiones inútilmente... Llevóse la diestra a la cabeza con ademán descorazonado, moviéndola con pesadumbre. El clamor de las ominosas campanas llenaba el ambiente y la princesa se cubrió los oídos con las palmas de las manos.

Don Juan trató de tranquilizarla, asegurando con acento tierno:

—Ya veréis como estará aquí dentro de breves instantes... Está avezado a estas cosas, Toeya, y no vale la pena

que os atormentéis sin motivo. Podría ir en su busca, si queréis... — Pero pensó que otra ocasión como aquella no iba a presentársele jamás y extendió su brazo alrededor de ella de un modo impulsivo para confesarle su ternura, oprimiéndola contra su pecho apasionadamente. Toeya interpretó mal aquel súbito movimiento. ¡No era aquella la forma que observan los hidalgos con las damas de su propia raza! Alzada con arrogancia la cabeza, volvióse hacia el joven con ojos que se habían tornado reprobos. Trémula, con un inarticulado reproche en los labios crispados, trató de evadirse del inesperado abrazo, pero jugando el todo por el todo, Don Juan la retuvo a pesar suyo.

Tan inmerecido le pareció aquello al hidalgo que se exaltó bajo la mirada de sus ojos acusadores.

—Toeya, rogó con voz insegura— todo esto es estudiada crueldad de vuestra parte... y completamente injusto! Interpretáis mal mis acciones, eludís mis preguntas; mi misma presencia, como si os enojase, haciendo de mi vida un constante tormento. ¿Qué daño os he hecho? Es acaso porque soy español?

El hálito de su pasión se ponía de manifiesto: se enardecía mientras hablaba y su brazo musculoso la oprimía fuertemente, embriagado de pasión e inconsciente del daño que le causaba.

Injuriada y escandalizada, la princesa hizo un movimiento decisivo para abandonar su asiento y una luz extraña destelló en sus ojos relampagueantes. Con un rictus de amargura en los labios profirió agresivamente:

—Dejadme... os conmino, Don Juan Alba, u os odiaré toda mi vida! Tenía razón Toa:— añadió anhelando zaherirle —¡no sois distinto de los demás hombres blancos!—

El joven no soñó jamás que aquellas frágiles manos poseyesen tanto brío, al pugnar Toeya por desasirse con asombrosa violencia.

Haciendo acopio de audacia, Don Juan asió sus dos manos, besándola con apasionamiento, mientras murmuraba

jadeante: —¡Seréis mía... mía hasta la muerte! Ningún poder humano será capaz de arrancaros de mis brazos, os lo juro...!

El cerebro de la joven giraba atolondrado, como el de un animal indómito cogido en una trampa, y haciendo un esfuerzo inaudito, desasíó sus manos de las del hidalgo, golpeándole el pecho con brío incontrolable.

Se produjo una pausa asfixiante. Desconcertado, Don Juan ocultaba tras una sonrisa su desazón, contemplando durante breves instantes aquellos orbes brillantes que parecían despedir lumbre intensa, oscureciéndose al par los suyos de manera perceptible, mientras su rostro adquiría una rigidez repentina. Cediendo a un irrefrenable impulso, colérico y audaz, inclinóse sobre ella de un modo inesperado, besándola con violencia en los labios, en los ojos y en las mejillas, a pesar de su resistencia.

Algo semejante a un gemido salió de los labios de Toeya al arrojarle estas frases finales:

—¡Ay de las indias!... ¡Cuánto deberíamos odiar a todos los hombres de vuestra raza!... Vos os fingís amigo de mi padre... y llamáis a esto cariño... Y no sois más que un odioso “arijuna”! (106).

Un tiro de arcabuz disparado cerca de su oído no hubiese causado peor impresión sobre los nervios tensos del hidalgo que aquella ominosa palabra, pronunciada con voz ahogada y con tan desdeñoso acento de ira reconcentrada. Aturdido por la repulsa, el joven la soltó casi bruscamente, sintiendo que la púrpura del rubor cundía por sus mejillas.

La princesa bajó entonces con la agilidad pasmosa de un felino; con las trenzas deshechas y el pelo undoso cayendo como una brillante cascada sobre sus hombros.

La conmoción de sus airadas palabras aturdió de tal manera a Don Juan que por un instante se quedó pasmado, como si hubiese echado raíces sobre el árbol. Entonces gimió en voz alta:

—¡Ah, que bestia he sido, buen Dios! ¡Toeya, volved, por favor y perdonadme!

Pero la joven no hizo caso de aquellas frases de tardío arrepentimiento, desapareciendo en el bohío, cubriéndose el rostro convulso con las manos, ahogada por los sollozos, como imagen de profundo abatimiento.

La fuerza y la decisión parecieron volver al cuerpo y al cerebro del hidalgo. Nada ganaría quedándose allí plantado, se dijo con amargura, sintiendo la cabeza darle vueltas. Descendió del árbol, enjugándose la pálida faz, sin saber que partida debería de tomar. Las estruendosas campanas habían cesado al fin y el desierto bohío del Cacique parecía tan desprovisto de vida como un mausoleo. El hondo silencio aumentaba el ruido de sus pasos.

En algún rincón, quizás en su propia alcoba, Toeya ocultaba su ira y su congoja, pero el joven pensaba que no debía seguirla hasta allí. Además, el Cacique podría presentarse de un momento a otro, pero... ¿podía preocuparle eso ya? se preguntó desolado. ¿Podía preocuparle nada más? Llamóla repetidas veces desde el umbral con frases sentidas y humildes, mas sin obtener respuesta alguna. Entonces, con la osadía que presta la desesperación, entró como un torbellino en la casa, volcando bruscamente una silla en su nerviosidad. Cruzó varias habitaciones delanteras y al fin detúvose ante una puerta cerrada. No percibió ruido alguno, aunque aguzó el oído. Golpeó firmemente con los nudillos, rogándole que saliese de allí, aunque fuese para increparle de nuevo, comprendiendo lo mucho que lo había merecido. Inclínose sobre la puerta y murmuró con desaliento:

—¡Toeya, perdonadme, perdonadme! Fuí un insensato: lo reconozco; debí haber estado demente en aquel momento. ¿No... saldréis siquiera un instante?— Y tampoco esta vez obtuvo respuesta alguna.

¡Ya era inútil insistir; no podía hacer más! Sentíase humillado, como si le hubiesen dado de latigazos. ¡El, que

había hecho el amor tantas veces con gentileza e hidalguía y no acertaba a declararse a una chiquilla indígena! Un rictus de amargura arqueaba sus labios. Apartóse el pelo de la frente con un ademán lento y cansado. Con el dorado pelo en desorden y la mirada perturbada del culpable, Don Juan cruzó de nuevo la casa. Tomó el birrete, que yacía donde lo colocara una hora antes, y poniéndoselo con descuido, caminó hacia el patio delantero, donde su fiel potro, amarrado flojamente a un guayabo, recogía a su placer las frutas maduras desparramadas sobre el césped.

Bajando velozmente por la empinada cuesta, batíale la brisa la pluma del birrete contra los ojos, aumentando su incomodidad. Arrancóselo con violencia, permitiendo que la cabellera le volase con el viento mientras aplastaba el elegante sombrero de plumas con la mano izquierda.

¿Por qué hube de comportarme tan indignamente con Toeya? se preguntaba afligido y sintiendo que le ardía el rostro con sensación de vergüenza. ¡Y todo cuando comenzaba a reconquistar su confianza y sus sonrisas...! ¿Por qué no puse en juego toda mi sensatez, hablándole juiciosamente, como en aquella mañana cuando me despedí de ella? Quizás así me hubiese escuchado, pues entonces me pareció al menos comprensiva y pesarosa. Y suspirando acongojado, mordíase el labio inferior, sin percatarse de ello.

Cuando llegó a la plantación, donde le esperaban sus indígenas, sentíase inclinado a maldecir el incendio de la ermita; las delicadas orquídeas del capá y cada pormenor trivial que pudiese haber contribuído a hacerle perder la necesaria ecuanimidad durante aquel momento memorable. Más tarde, cuando llegó a la casa, advirtió que las Marquesitas le seguían curiosamente con la mirada, pero esta vez estaba determinado a no confiarse a sus primas. Después de todo, pensó malhumorado, no podía excusarse antes las jóvenes, pues suya había sido toda la culpa y ellas, que carecían de experiencia, era imposible que comprendiesen la extraña fuerza que le hizo obrar de aquel modo. Sabía, sí,

que no estaba poseído de una pasión transitoria, sino de una absorbente devoción que perduraría guiándole durante toda su existencia; pero desesperaba de que la princesa lo comprendiese después de aquel desdichado episodio.

La apatía hizo presa en su espíritu. Esperanzado, había tratado de hablarle de nuevo a Toeya para rogarle que echase en olvido su injuria; pero no le había valido de nada. En verdad, cometió la imprudencia de visitar su morada al domingo próximo; exactamente al día siguiente del incendio de la ermita y de su escena violenta en el capá.

La impresión que produjo en la joven su presencia hizo que se le borrara el color de las mejillas pues Toeya no imaginó que Don Juan cometiese la osadía de presentarse de nuevo en su hogar, pero allí estaba, birrete en mano, de pie en el umbral, en silencio embarazoso y patético. Al levantar con asombro la cabeza, Don Juan se aproximó para hablarle, pero ella le dirigió tan sólo una mirada rebotante de frío desdén, volviéndose bruscamente por donde había entrado.

—¡Toeya, vida mía!— fué todo cuanto pudo decirle, siguiéndola con taciturna desesperación en la mirada. Evidentemente la joven había dado muy poco crédito a sus fervientes frases de arrepentimiento.

Sentóse deprimido en una rústica silla hecha de ramas, situada cerca de la ventana, alargando el cuello a cada instante en inútil esfuerzo para vislumbrarla, pues desapareció en las habitaciones interiores, sin intención de demostrar hospitalidad alguna en aquella ocasión.

Don Juan pensaba sin resentimiento en la apasionada vehemencia de sus palabras del día anterior, cuando él había aparecido ante sus ojos como un villano. Evidentemente la había espantado con el impetuoso ardor de su pasión, comprendiendo ahora que su alma pudibunda reputaba aquello como una injuria; y casi se detestaba a sí mismo con la misma violencia que podía ella sentir. Aquello era lo que anhelaba decirle, ¿pero le daría ella alguna vez la oportuni-

dad de reivindicarse? Si le había parecido demasiado árduo para explicarlo a sus primas, ¿cómo pretendía hacer comprender a la misma Toeya, que no había tenido la intención de hacer lo que hizo en un instante de irreflexiva emoción?

La voz de acento solemne de Urabanex, que le daba los buenos días, parecióle gratamente consoladora, al alejar de su mente aquellos tétricos pensamientos. ¡Ah, qué hubiese pensado el confiado Cacique de su incalificable conducta! Estaba deseando que el jefe indígena le diese una reprimenda, pues quizás haría una confesión total y veraz de sus amores, adquiriendo con ello su cooperación; pero nada de esto sucedió y el hidalgo sentía dudas muy torturantes para exponer sus sentimientos de un modo espontáneo. El indio a su vez parecía demasiado preocupado con sus problemas personales para advertir el pesar del enamorado.

Hablaron de cosas indiferentes durante largo rato, hasta que inesperadamente el hidalgo vió a la princesa aparecer de nuevo, saliendo sosegadamente por la puerta de la huerta, evidentemente camino de la iglesia. Parecióle en aquel instante una virgen vestal, con el traje blanco que llevaba y su largo velo flotando blandamente tras ella, como una nube de verano. Sin duda hubiese encontrado una excusa bastante plausible para abandonar al Cacique y seguirla, pero... ¿qué hubiese podido decirle ante el Cancerbero femenino que la seguía tan inexorablemente a todas partes?

Un ruido peculiar en el ambiente recordó al Cacique que había guaraguaos en la vecindad y juntos salieron precipitadamente de la casa, escudriñando el nublado cielo con atención. Mientras las sensitivas palomas de Toeya volaban temerosas en todas direcciones, la mirada penetrante de Urabanex descubría tres lunares negros en un punto elevado del cielo. Don Juan recordó con pesar su magnífico arcabúz de largo tiro que tan pocas veces usara desde que lo trajera de Castilla.

—Creo que muy pronto tendréis otras tres aves ceterras, Don Juan!— anunció Urabanex con gravedad, añadien-

do con voz queda: —Aunque temo que estos sean difíciles de atrapar: ¿creo que han sido enseñados de antemano por el mismo Maboyá! (107) Y agregó con supersticioso temor, aseverando con enfático movimiento de cabeza: —¡Qué feliz se sentirá mi hija cuando al fin atrapemos estos tres! Han sido su pesadilla durante varias semanas...

Y Don Juan, con su elegante ferreruero y jubón de brocado granadino, se despojó de su daga toledana que le incomodaba al bajarse, esperando obtener la gratitud de la princesa al ofrecerse a colocar con entusiasmo las ingeniosas trampas indígenas, bajo la dirección divertida del Cacique.

CAPÍTULO XVII

Doce veces había cruzado Atariba por el cielo, acompañada del lucero enamorado de su luz transparente, durante las cuales no se volvió a ver más a Don Juan por el hogar de la princesa, como había sido su costumbre inveterada y ya hasta el Cacique mismo comenzaba a preguntarse el motivo de aquella ausencia.

Los guaraguaoos habían sido atrapados, enseñados y enviados a su destinatario, pero con bastante extrañeza nada se había sabido del hidalgo desde aquel domingo.

Llovía sin interrupción, pero esto jamás había impedido las salidas del joven, quien con la despreocupación de sus años juveniles, cabalgando en su brioso potro bayo, desafiaba rayos y truenos y aún granizadas copiosas.

Toeya no le había visto pasar durante muchos días, pues ya nunca se le ocurría trepar el amigable capá por la satisfacción de verle. Sentimientos contradictorios pugnaban por la supremacía en su corazón: creía detestar al hidalgo, oprimiéndosele el pecho al recordar la injuria. Sublevada su alma rebelde, sentía que no podía ya confiar en hombre alguno, pues había confiado ciegamente en Don Juan y él se había conducido como un soldado de la turba conquistadora: talmente como uno de aquellos detestables perros de presa que su padre le enseñara a esquivar.

Sin embargo, fué con indecible desazón que escuchó de labios de su propio padre la razón de su ausencia: su mutuo

amigo Don Juan Alba se hallaba gravemente enfermo desde hacía casi dos semanas, postrado con un violento dolor de costado (108) y ya los médicos que le asistían habían cesado de corroborar en el diagnóstico. Conmovida y silenciosa, no osó Toeya a hacer comentario alguno, sentándose aturdida e incapaz de pensar nada concreto, en la misma silla de ramas en que se sentara Don Juan durante su última visita. Con secreta angustia en el corazón y sin osar confesárselo a nadie, abrazóse las trémulas rodillas, fuera de sí de ansiedad y de dolor.

Aquella noche en la quietud de su alcoba, donde presidía la imagen de la Virgen Santísima sobre un zócalo de pino, sucumbió al pesar y a sus remordimientos. Invadía un frío mortal, comprendiendo entonces con amargura que no le había odiado jamás y que sus pensamientos se volvían irresistiblemente hacia él, como vuelven las hojas hacia el sol, pues había sido la razón primordial de su existencia... ¿o lo era su ilimitada devoción por el valiente e infortunado Cacique? Sentíase confundida, pues en aquellas dramáticas circunstancias no podía dilucidar problema tan difícil. ¡Qué dolorosa disyuntiva y qué ciega había estado en su orgullo de mujer ofendida! ¿Acaso no vió la desventura reflejada en las pálidas facciones de Don Juan aquella infortunada mañana? Al comienzo el hidalgo pareció divertirse con sus zozobras, para luego enfadarse; y ella había deseado darle una lección, pues aquel orgullo de raza que la perdía siempre, no podía soportar que ningún castellano se divirtiese a expensas de sus sentimientos. Recordando todo aquello se reconvino diciendo que la vida, la cruel maestra, le daba a su vez aquella lección harto dolorosa. Y tomando con dedos trémulos su rosario de cuentas, prosternóse a orar con toda el alma.

Su sueño fué turbado por crueles pesadillas: desorbitados los ojos en alucinación, veíale apartarse de ella con el chasco retratado en el rostro, murmurando frases desoladas: ¡Ah, siempre tan arrogante, tan hostil...! ¿Las habría pro-

nunciado Don Juan? Abandonóse al ritmo de sus recuerdos, a la vez confusos y precisos. Cuando al fin se filtró el alba por las grietas de su ventana, la habían hecho renunciar al descanso, dejándola pálida y exhausta.

Una pena profunda se cernía como una nube negra sobre la casa del Cacique, pues el joven español era generalmente amado allí por su generosidad y blandura con los naborias y por aquella sana alegría suya, con la cual parecía comunicar a todos sus esperanzas y entusiasmos. Y nadie ignoraba ya que su vida se hallaba en peligro.

Aquellos fueron días de prueba para la princesa. A nadie osaba preguntar por él, excepto a su madrina, cuyo corazón pío y compasivo había adivinado la aflicción del suyo.

Anhelando hacer sentida penitencia iba cada día a confesar y a comulgar, lo cual ofrecía por la salud del amado y quizás como expiación por su pasada incriminación. La expresión torturada que Don Juan llevara aquel domingo estaba grabada en su memoria, pues llegó buscando su perdón y se marchó más afligido que antes. No podía dejar de confesarse que le trató con estudiada crueldad, como él mismo la acusara... ¡pero cómo se vengaba en aquellos momentos su abrasado corazón!

Cada mañana el Cacique enviaba a uno de sus hombres a inquirir por la salud de su amigo, pero esto sólo no dejaba satisfecha a Toeya, quien anhelaba ver a las Marquesitas de Villahermosa para recibir de sus propios labios noticias fidedignas y más personales de Don Juan. El prolongado estado crítico de su primo las mantenía singularmente atareadas cada hora del día y no se las veía ya en el balcón, donde habían estado habituadas a pasar la mayor parte de la tarde. Así le informó el fiel Maxaguán, quien fué a la casa, anhelando dar a la princesa noticias del hidalgo, pero no le habían permitido subir a las habitaciones de Don Juan y volvió decepcionado.

Toeya luchaba contra el anhelo de visitar a su amigo durante aquellas largas semanas de zozobra, hasta que hizo acopio de valor para solicitar el permiso de su padre. Don Ramón y su posible frialdad no la intimidaban ya, pues ahí estaban sus hijas para conducirla junto al lecho del enfermo a despecho del Marqués. Don Juan podía morir, ignorando que ella le amaba y perdonaba de todo corazón. . . Pero no podía concebir el pensamiento de su muerte, pues si tan horrible catástrofe llegaba a suceder, sabía en lo íntimo de su alma que también a ella la vida se le escaparía y oraba con fervor para que la Omnipotencia Divina le protegiese y salvase.

Sacudiendo la lacia melena con rara energía, el Cacique se negó a conceder su permiso. Toeya se echó a sus pies, esforzándose por no prorrumpir en sollozos. Miraba a su padre con ojos vidriosos, sintiéndose débil y desfalleciente.

Urabanex se cruzó de brazos sin disimular su desagrado.

—Alzaos, Toeya— ordenó, afirmando la autoridad de su voz. —No juzgo sensato que os presentéis allí por motivo alguno. Razones tengo de sobra para afirmar que el Guaquimina (109) es tiránico con los naborias, nuestros hermanos, y por ende nos desprecia a todos. ¡No he de permitir bajo circunstancia alguna que mi propia hija visite el hogar de un tirano y se exponga a su necio orgullo!— E inclinóse con ademán pausado para ayudar a la princesa a levantarse.

La joven se alzó tan rígida como una estatua, sin una sola palabra de protesta. No estaba habituada a contradecir las decisiones del Cacique, por muy triviales o graves que le pareciesen, y aunque sentía destrozarse su corazón de angustia e incertidumbre, decidió no causarle ninguna pena, ni inquietud. No ignoraba que había sufrido mucho con estoicismo indígena, sólo por causa de ella y ahora era su turno de imitarle del mejor modo posible, sin inútiles lamentaciones.

La mirada de Urabanex se posó gravemente sobre el pálido semblante de Toeya, pero este solo se tornó más pálido al inclinarse con sumisión. El indio encontraba asaz extraña la petición de la princesa, porque nada de lo que solicitó hasta entonces de su condescendencia le había sorprendido como aquello. La doncella demostraba que adquiría ideas peculiares y aunque acataba siempre sus decisiones, le parecían arcaicas las pautas de sus antepasados indígenas, desconcertándole a menudo con las costumbres de la época. Sin duda le inculcaban estas ideas sus amigas castellanas, pero afortunadamente había encontrado algunas muy discretas y dignas. Precisamente por aquel motivo no consideraba sensato criticar las raras fantasías que éstas pudieron haberle infundido. Sin embargo, Toeya era vivaz y ultrasensible y él no debía permitir que continuase una intimidación que podría acarrear fatales consecuencias para ella.

La Virreina había dicho en presencia de la princesa la tarde anterior que su amigo se hallaba muy mejorado ya, pero la joven comprendía que su bondadosa madrina había visto la ansiedad reflejada en su semblante y que deseaba tan sólo consolarla. Y únicamente Dios podía hacer esto ya, restaurando la preciosa salud de Don Juan, pensó la joven angustiada, mientras luchaba por concentrar el pensamiento en sus sencillas preces vespertinas.

Una semana más tarde, saliendo de misa rezada de la iglesia del Rosario, encontróse inesperadamente con la Marquesita Doña Lucía, más delgada, y algo más grave que de ordinario. La princesa fué hacia ella con ambas manos extendidas, sintiendo flaquear las rodillas, aunque su rostro se coloreaba de placer y todo su ser vibraba de alegría.

—¡Lucía!— exclamó con voz velada por honda emoción. —Tengo la dicha de veros de nuevo... Lo había anhelado tanto durante estas angustiosas semanas! Decidme, ¿cómo se encuentra vuestro primo? ¿Es que vá verdaderamente mejor?

Su regocijo al ver a Doña Lucía era genuino, pero súbitamente las manos que retenían las de la Marquesita tornáronse frías de pura ansiedad, y un prolongado estremecimiento corrió por sus venas.

—¡Le ama sin lugar a dudas!— discurrió la castellana con discernimiento y por vez primera en su existencia sentíase demasiado regocijada para resentir esta prueba del cariño de una rival que desconocía el disimulo y taladraba sus ojos en una agonía de incertidumbre. Pensó que esta era una Toeya bien distinta de la que conociera dos meses atrás en el Alcázar, semejante a una princesa de un cuento de hadas.

Las mejillas de Doña Lucía se tiñeron de vivos carmines al responder con alegría:

—¡Mi primo está mucho mejor de lo que teníamos derecho a esperar hace dos semanas, Toeya! Tan es así, que comenzamos a pensar que Dios nos lo ha devuelto de la tumba. ¡Y cómo hemosorado! Ahora nos sentimos todos infinitamente agradecidos de él, pues esto nos parece un verdadero milagro.

La Marquesita no podía confesar que durante las largas y dolorosas horas de vigilia había rogado fervientemente al Todopoderoso que salvase al amado, aunque fuese tan sólo para dedicar a otra su preciosa existencia. Esto era preferible a verle extinguirse ante sus ojos. Anteriormente había sido presa de muy egoístas emociones y en aquella hora amarga se sentía segura de que se egoísmo suyo, que hasta entonces había tratado de reprimir, era castigado entonces por Aquél que rige el universo y no puede ser engañado jamás, como los hombres. Disipáronse las nubes de su egoísmo y resignóse en cierto modo, convencida de que aquella era una cruz que debía soportar en la existencia.

—Ya lo creo;— murmuró la princesa fervorosamente, oprimiéndose el pecho con las manos trémulas, como si orase —todos le aman de corazón: ¡es tan noble! Decidme, Lucía,

¿no puede caminar aún por la habitación?— Su rostro acusaba una alegría desbordante y Doña Lucía adivinaba, contemplándola con mirada escrutadora, que ansiaba en aquel instante prosternarse de hinojos, en acción de gracias por la mejoría del amado.

—Aún no;— contestó la Marquesita con sonrisa evocadora. —Lo ensayó ayer por primera vez con ayuda de un bastón, pero... vacilaba que movía a lástima y tuvimos que ayudarle a sentarse de nuevo en un sillón. Más tarde confesó que sentía la cabeza darle vueltas y le satisfizo que le permitiesen sentarse un rato nada más.

—¡Oh, estoy feliz, muy feliz, Lucía!— murmuró la princesa extática, oprimiéndose las manos, porque no podía disimular la alegría que inflamaba su pecho. ¡Por fin se encuentra fuera de peligro! Mi padre y yo hemos temido tanto por su vida... ¡Ah, qué satisfacción la de todos cuando se enteren de esta grata nueva!

La española reprimió valientemente sus emociones, disimulándolas bajo la máscara de una imperturbable afabilidad. Un impulso súbito y generoso que no pudo abatir la hizo comunicar, bajando misteriosamente la voz:

—Toeya, durante tres días seguidos mi primo estuvo delirando y en más de una ocasión le oímos pronunciar vuestro nombre... Era conmovedor en extremo, os lo aseguro, pues Mariana y yo creímos que moriría...— Y al hacer aquella confidencia tan dolorosa para sí misma, escudriñaba el semblante de la princesa con sus límpidos ojos azules, pero ésto era a penas necesario, pues el rostro de la india se tornó intensamente pálido, sonrojándose un instante después con emoción manifiesta. Llevóse la mano a la garganta, donde su voz parecía haberse extinguido súbitamente, permaneciendo un instante inmóvil, reteniendo la respiración. El pesar parecía anidar en las profundidades de sus ojos sombríos al balbucir, moviendo a penas los labios, con un tremendo esfuerzo.

—Decidme, Lucía... ¿acaso no os dijo... cómo le había yo injuriado? Fuerza es confesarlo: lo hice en un momento de ira y orgullo...

Sintiendo su corazón conmovido de un modo extraño por la afortunada rival que sufría de un modo tan evidente, Doña Lucía se sintió impelida a contestar:

—Calmaos, Toeya; no dijo nada más... o si algo dijo fué del todo incomprensible para nosotras.

La princesa pareció infinitamente aliviada, restregándose las pestañas con el dorso de sus manos trémulas.

Doña Lucía prosiguió con voz cálida y sosegada:

—Hemos pasado días muy amargos: también nuestro padre permanecía anonadado en su recámara la mayor parte del tiempo, sintiéndose bastante quebrantado, mientras Mariana y yo nos turnábamos para cuidar de nuestro primo. Gracias que teníamos a María, el ama de llaves, que es una alhaja, pero lo cierto es que durante dos largas semanas nadie pegó los ojos en nuestra casa... ¡Pobrecillo Don Juan, si lo viérais! ¡Está tan pálido y delgado que parece un fantasma! ¡Y pensar que todo eso hubiera podido evitarse!

—¿Cómo decís? ¿Evitarse?... — Las cejas de Toeya se enarcaron, pero esperó con urbanidad a que la Marquesita se explicase mejor.

La voz opaca de la Marquesita revelaba su intensa tortura interior.

—Sí, mi primo tenía ya aquella mañana en que cayó enfermo cierta tosecilla tenaz y un fuerte dolor de garganta, pero a pesar de eso desatendió nuestro consejo de permanecer en casa, asegurando que su presencia era del todo necesaria en las plantaciones, pues no podía permitir que los indios hiciesen todo aquel trabajo por sí solos. La fiebre le comenzó después de cabalgar todo el día con la ropa empapada por una turbonada, continuando de este modo hasta el anochecer. ¡Y todo por ayudar a sus *naborias*! Tiene la cabeza pétrea; bien dice mi padre, ¿Habéis oído mencionar a un ser más tozudo que mi señor primo?

—¡Ah, es taíno, matum, manicato!— (110) exclamó Toeya conmovida, con los ojos inundados de lágrimas.

—A fe mía que no os comprendo... ¿Qué queréis decir?

—¡Ah, perdón, olvidaba que no comprendéis nuestra lengua!— se excusó la princesa. —Digo que no oí hablar jamás de un ser tan noble, ni de tan abnegado corazón. ¡Ah, si todos fuesen como él, qué distinto sería el destino del *naboria*! ¡Dios le bendiga!

La Marquesita se retractó un tanto apenada:

—¡Tenéis razón, Toeya; perdonadme! Ya nadie piensa en los *naborias* y por un instante yo también pensé tan solo en mi primo. Los Padre Dominicos aseguran con sobrada razón que todo cuanto hace falta en estas islas es mucha caridad y comprensión humanas. Estoy enteramente de acuerdo, pues comprendo que todo saldría a pedir de boca si todos los nuestros practicasen el credo divino del cristianismo.

Las manos de Toeya estrecharon una vez más las de Doña Lucía con desbordada emoción y su acento ingenuo le alentó diciendo:

—No me quejo de vos, Lucía; tenéis también un corazón de oro, aunque digáis sin rodeos lo que estéis pensando, como Don Juan. Lo comprendí desde el instante en que me saludásteis con tanta emoción y simpatía. Ah, ¿cómo podré pagaros vuestra tierna amistad? Nada he hecho para merecerla, mas si algún día necesitáis de mí, no titubéis: ¡acordaos de que estoy pronta a servirlos con toda el alma!

Doña Lucía se sintió algo turbada, pensando en sus pasadas jugarretas, las cuales jamás la india interpretó como mezquinas. Su espíritu ultrasensible sufría indeciblemente con el disimulo. Pensó que sus nervios se habían resentido con la larga ansiedad de la enfermedad de su primo. Se sobrepuso con un vivo esfuerzo, diciendo:

—No tenéis nada que pagarme, Toeya: cada cual nace con un sino y vos nacisteis para ser amada. Merecéis ser eternamente dichosa. Ahora debo irme; es tarde; me esperan

en casa.— Su voz era queja y lágrima y la princesa se sorprendió de la emoción de sus palabras.

Toeya se irguió repentinamente preocupada, excusándose.

—Temo haberos retenido mucho más de lo justo y os extrañarán en vuestra morada. Mis recuerdos a Mariana y no olvidéis decirle a Don Juan lo alborozada que hoy me siento al saberle ya fuera de peligro.— Y con esta recomendación dió a Doña Lucía un beso cariñoso de despedida e hizo señas a Toa para que se acercase.

El ama, envuelta en su pañolón negro y ostentando un tocado de colores chillones, entreteníase charlando a su vez en un rincón del atrio con la dueña de la Marquesita, esperando la llamada de Toeya.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

CAPÍTULO XVIII

Finalizaba el año y los días, que pasaban con lentitud desesperante, hacíanse cada vez más monótonos y húmedos. En la huerta del Cacique el terreno se había tornado resbaladizo y a trechos casi intransitable. El apagado monorritmo de la lluvia, que caía amenudo, recordaba a Toeya continuamente que Don Juan podía cometer alguna otra imprudencia y agravarse de nuevo.

En las mañanas el sol esparcía su luz mágica sobre las cumbres durante un breve lapso, para ocultarse de nuevo tras las nubes plomizas, que se abrían amenudo amenazando un diluvio tropical. Otras veces, el viento impetuoso sacudía las ramas con violencia, llevándose lejos de allí los amenazadores cúmulos de bordes brillantes. La princesa estudiaba el firmamento y suspiraba.

En el patio del Cacique, cubierto de portulacas y espadañas, otras veces el aire se saturaba deliciosamente con el aroma de los alelíos, impregnando el bohío de penetrantes perfumes. Los campos se habían engalanado con su verdeante tapiz de musgo, inundando de matices infinitos, como para una ocasión solemne. Árboles florecidos sombreaban los caminos, que salpicados con pétalos de vivísimo colorido, formaban de trecho en trecho opulentas alfombras; y en el confín de la umbría, se extasiaba la vista contemplando el mar espumoso por entre los arcos de las palmeras, batidas por la brisa, como cimeras de conquistadores.

Toeya, vuelta de su hondo letargo de dolor, sentíase revivir súbitamente. Por tanto, aunque las nubes amenazaban aún desde lo alto, los días habían perdido el tedio para ella, tal como si el sol derramase sus rayos en todo su esplendor primaveral.

Pero llegó el día de Año Nuevo y seguía sin noticias de Don Juan. El sol transformaba su quemadura en caricia. Una embalsamada frescura saturaba el ambiente, pero Toeya contemplaba los preparativos de una fiesta que iba a celebrar el Cacique y suspiraba llena de aprensión, sin dar tregua a sus preocupaciones. ¿Habría experimentado el joven una mejoría decisiva o luchaba aún por triunfar de sus quebrantos?

Oyéronse a media tarde toques especiales de lambí (111) anunciando el festival. La joven se había pasado toda la mañana en el traspatio para ultimar los preparativos de la fiesta, ya que cientos de indios acudirían de todos los contornos de la ciudad a presentar ceremoniosamente sus respetos al generoso Padre-Cacique para desearle bienandanzas, según era de costumbre, y debían ser recibidos de un modo apropiado. Los marcos de las puertas habían sido decorados con sargas de vistosas conchas marinas y en las paredes plumas de gallareta azul, de ipire (112) y de otras aves de plumaje brillante, formaban pintorescos y originales diseños que suscitaban la admiración de los concurrentes.

Más tarde la joven se retiró a su habitación, dando su indisposición como excusa, ya que le parecía del todo imposible participar en las graciosas *diumbas*, padeciendo aquella cruel incertidumbre. Abrumada, dejaba descubrir en sus ojos oscuros la inquietud angustiosa que sentía.

El pintoresco patio se encontraba ya repleto de gentes y los instrumentos indígenas dejaban oír sus sonos melancólicos y característicos sobre el bullicio de las conversaciones. Los mancebos y doncellas comenzaron el areito con alegría y animación, bordando sobre los antiguos relatos una filigrana de modulaciones interesantes. Los brazos se agitaban y tremolaban por encima de las cabezas como banderolas

al viento, y los pies se movían con ritmo impecable. Las leyendas inverosímiles y complicadas, nacidas de la imaginación o de los recuerdos, salían de todos los labios como una especie de melopea salvaje, poniendo anhelos melancólicos en el corazón de los románticos quisqueyanos.

Urabanex convenció a la princesa para que saliese, aunque fuese tan sólo un rato, pues se había confeccionado un asiento expresamente para su comodidad en un animado rincón del traspatio, cerca del sitio donde tenían asiento los músicos. Las campañas habían sido despojadas de sus flores de más vívido colorido por jóvenes indígenas, quienes las entretejieron hábilmente con flexibles palmas y hojas de helecho, formando un kiosko rústico y caprichoso.

Declinaba ya la tarde cuando Toeya, sonriendo de un modo peculiar, tomó posesión de su sitio de honor entre el murmullo de aprobación de sus admiradores, quienes acomodados en el gran patio, participaban algunos en los areitos y otros conversaban animadamente en grupos.

Xauxau (113) exquisito combinado agradablemente con bollos de harina de maíz, que llamaban *guanimes*; coris (114) y tórtolas abrasados a la lumbre; los sabrosos ajes y guaracas (115) lerenes tostados; todo condimentado con el ardiente ají, era distribuído en profusión entre los circundantes; y servido en pulidos higüeritos, blanqueados al sol, el sabroso guarapo (116) como complemento. Para los indígenas era un refrigerio suculento, digno de tiempos pretéritos, en que el Cacique era servido en vajilla especial, primorosamente decorada por artistas de la tribu. El Cacique lucía como en tiempos pretéritos, una guayca (117) pendiente de un grueso cinto, adornado con piedrezuelas transparentes que era señal entre los suyos de gran dignidad y soberanía.

Toeya contemplaba abstraída el franco regocijo de los invitados, que aplaudían frenéticamente a varias parejas sobresalientes. Danzaban con gracia y soltura, sin apretujarse entre sí. La persona objeto de mayor arrebató de entusias-

mo era un joven indígena de ademanes imperiosos y decididos. Poseía la agilidad y la fuerza del guerrero, destacándose entre el grupo la viril proporción de sus miembros robustos. Su piel era del color del cuero bien curtido y su mirada intensa y escrutadora era penetrante como un dardo. Cuando divisó a Toeya sus músculos se pusieron tensos y sus ojos ostentaron un brillo acerado. Una vez le había dicho: "Me suicidaré" pero no había llegado siquiera a conmoverla...! Tan sólo se había mofado de él... ¡Ah, era una ciguapa sin alma! Pero el ansia de estar cerca de ella era más fuerte que su orgullo y se dirigió hacia el kiosko para pedirle que bailase con él.

La princesa deseaba ser no más que expectadora, pero comprendía que ofendería a su padre, desairando al bailaror. Aceptó, pues, con imperturbable afabilidad, levantándose al instante entre el entusiasmo y los aplausos de los circunstantes.

Comenzó de nuevo la danza, de música más viva y alegre que las anteriores. Ejecutaban la titiritaina (118) y un entusiasmo desbordante se pintó en todos los rostros. Bailaban con los brazos en alto, en forma de arco, moviéndose en raudos giros; alejándose y acercándose de nuevo para luego girar juntos con las manos enlazadas al compás de la música, desplegándose en las vueltas la amplia saya de Toeya como una campánula gigante. El indio parecía orgulloso de su pareja y al terminar la diumba, en el ápice del entusiasmo dijo con un murmullo en su dulce lengua antillana:

—La vida a vuestro lado ha de ser un valle de flores y de dichas... Vuestro canto armonioso endulzaría las tristezas de mi corazón...— Y sin esperar su respuesta, añadió en seguida: ¿Seguiremos bailando?

Nada deseosa de escuchar ternezas, la princesa sintió muy vivos deseos de huir de allí, pero se contuvo y contestó con sonrisa triste:

—Lo siento Umatex (119); no lo toméis a mal, pero estoy algo contrariada. Escusadme, os lo ruego.

El indio le dirigió una mirada atormentada, pensando quizás que ella era incapaz de albergar en su corazón ningún sentimiento compasivo para él. Alejóse con un movimiento de ira, destacando su corpulencia. El rostro curtido por la inclemencia del sol tenía expresión de desolación.

Toeya no probó nada de lo que se le ofrecía, instando sin embargo a sus doncellas, quienes se agrupaban en torno suyo, a que continuasen en su alegre celebración para infundir más animación al festival. No podía extirpar de su ánimo la sensación de aislamiento y de vacuidad que la envolvía. Permanecía de pie, con expresión remota y soñadora, como sus pensamientos, que no eran ni regocijados, ni tristes, si no que evocaban en su espíritu un anhelo semejante al de una recordada melodía, cual si faltase algo vital para dar vida a su ensueño.

Tan grande era su abstracción que no reparó en la alta y cenceña figura que se encontraba de pie sobre el umbral, saludando animadamente al Cacique, hasta que una de las doncellas le señaló con el dedo, dando muestras de gran admiración y regocijo.

Por un instante el corazón de la princesa pareció dejar de latir; luego le golpeteó el pecho de un modo tan brusco que deseó ardientemente desaparecer de allí antes que el hidalgo la divisase. Aterrada y confusa, sepultóse en el fondo del kiosko, sintiendo las manos heladas al oprimirlas una contra otra en una agonía de indecisión; pero ya era demasiado tarde para ocultarse, pues Don Juan avanzaba hacia ella con inusitada lentitud y una expresión esperanzada en el rostro.

El esbozo de una sonrisa tembló en los labios de la joven, sintiendo una profunda compasión al advertir como se había extenuado y empalidecido el hidalgo, quien había perdido aquel color bronceado, que contrastaba tan admirablemente con el tono dorado de su pelo. Al entrar en el kiosko la palidez mate de su tez era casi transparente, pero la mira-

da contrita que buscó con ansiedad la suya despedía una nueva irradiación.

Había cierto dejo penoso en su acento al murmurar emocionado, mientras se inclinaba sobre la mano trémula de la princesa:

—Sois indeciblemente generosa en otorgar vuestro perdón a quien a penas lo merece, haciéndole el más feliz de los hombres en este año nuevo!— Y vibraba en su acento una nota elocuente.

Inconsciente de todo lo que sucedía a su derredor, Toeya le contempló con ternura, murmurando con blando acento, sin el menor artificio:

—Todo ha sido perdonado y olvidado hace ya tiempo, Juan... desde el día aciago en que me enteré que os encontrábais tan gravemente enfermo! He rogado constantemente por vuestra salud... y también he conocido por primera vez la angustia del remordimiento... Sufrí torturas increíbles...

Al verla tan suavemente asequible, Don Juan la miró transfigurado de dicha. ¿Estaría consciente de haberle llamado lisa y llanamente Juan, sin ceremonia alguna? La emoción le anudaba la garganta al confesar con fervor:

—Agradezco infinitamente vuestras bondades y prometo ser más dócil y respetuoso en lo venidero... casi tan bueno como un santo, Estrella de Oro... Sois mi única estrella, ya lo sabéis y os juro que no había amado jamás de este modo arrebatado. ¡Qué sea mi testigo la Santísima Virgen del Cerro!... Pero prometedme que no me guardaréis más odio en lo futuro. En mis horas de vigilia, que por ventura eran cortas, ese cruel recuerdo envolvía mi cerebro como un sudario. ¡Ah, nunca sufrí angustia semejante!

Como el fugaz crepúsculo tropical comenzaba a descender rápidamente, Urabanex había encendido una gran hoguera y la algarabía crecía a cada instante en torno de ella. Ordenaba en aquel momento la distribución del brebaje espumante (120), compuesto de frutas y de bejucos, que tanto

agradaba a los indios. La lumbre del *guatú* prestaba a los cuerpos semidesnudos reflejos de bronce.

La princesa, que a penas había comprendido las palabras del hidalgo por el movimiento de sus labios, acercóse un tanto al decirle con dulce acento revelador:

—Ah, habéis dicho... odio? ¿Cómo podéis pensar cosas tan abrumadoras en este día? Creo que es el más feliz de mi existencia... Creedme, aunque lo intentase, no podría odiaros nunca! Cierto es que os acusé de mal amigo... pero aquellas palabras fueron dictadas por la ira. Olvidadlas: ya sé que sois, en verdad el más noble que haya habido jamás.

—¡Ah, Toeya, ha tiempo que sueño ser el más amado también!— replicó con tierno énfasis Don Juan, posesionándose de una mano de la joven y llevándosela a sus labios con transporte amoroso.

Esta nueva osadía dejó a Toeya muda de asombro. ¿Tan pronto se olvidaba de sus promesas? pensó conturbada. Alzó con presteza su mano libre para rechazarle, rozando inadvertidamente el rostro del joven, notando al resbalar los dedos por su mejilla, que se hallaba húmedo de lágrimas. Ya no quiso reprenderle, comprendiendo que era amada con ternura inequívoca, tal como ella le amaba....

—¡Cuánto tiempo he padecido, Toeya!— murmuraba Don Juan, enajenado de dicha, sin convencerse todavía de la ventura de aquellos inefables instantes. Os apiadaréis cuando os diga de cuánta paciencia me he visto precisado a revestirme luchando cada día por veros... pero ante todo, decidme, aunque sólo sea para apaciguarme, que accederéis...

Detrás suyo una sombra se erguía en la oscuridad. Evidentemente el azar no debía permitir que concluyera aquella frase vital para su dicha, pues en aquel preciso instante los pasos pausados del Cacique resonaron en el exterior, al pisar la gravilla que rodeaba el kiosko y su mano encallecida asía al detenerse, el arco florido, que a manera de cortinaje, velaba el interior.

Con la mirada brillante y el corazón sobresaltado, la princesa se replegó en un rincón, contemplando a su padre como si hubiese contemplado una aparición inesperada. Una oleada de temores inundaba su cerebro, pues durante aquel breve interludio llegó a olvidarse hasta de la existencia de su amado progenitor.

A la luz difusa y dorada del atardecer la belleza de su rostro, iluminada por tan profundas emociones, llevó a la memoria del entusiasmado amante, el lienzo de una admirable madona de Giotto, de excepcional encanto, que colgaba en su marco de oro macizo en los muros del oratorio del Alcázar.

—Amigo mío,— manifestó Urabanex con su lentitud característica —no debo permitir que permanezcáis aquí por más tiempo: la humedad del relente es enemiga irreconciliable del restablecimiento, os lo aseguro, y vos estáis aún convalesciente. . . Apresuraos, pues, a partir a fin de que no os provoque una recaída, que os sería fatal. No podría perdonar mi incuria si tal cosa sucediese!

Aliviado, Don Juan volvió la mirada hacia Toeya sonriendo y de ésta al poniente, donde el sol había desaparecido por completo, dejando tras sí un pálido resplandor de oro. Pensó que el Cacique estaba en lo cierto, replicando al cabo con expresión de agradecimiento:

—Sois excesivamente amable, amigo mío, y os agradezco tan inmerecidas bondades. Debí llegar mucho más temprano, sin duda, pero esta tarde no soy más que un reo liberado y feliz, pues ni el médico, ni mi tío me otorgan el permiso para escapar por la puerta trasera hace a penas una hora.— Y riendo alegremente volvióse para decir adiós a Toeya, pero la joven había desaparecido del kiosko, dejando al hidalgo harto apesadumbrado al despedirse del solícito indígena.

* * *

Sóla, en el recluimiento de su alcoba, la princesa se sentía sojuzgada por un doloroso estado de ánimo que la obligaba a recapacitar. ¡Ah, qué insensatez había cometido y que despreocupación la suya, como si fuese talmente dueña y señora de su albedrío! Sentada con la cabeza entre las manos se reprochaba con pesar una vez más, sintiéndose desfallecer, la faz ensombrecida de un modo doloroso por aquellos lacerantes pensamientos. De no haber aparecido su padre en aquel crítico instante, habría abierto su corazón al castellano, confesando aquella primera conmoción de su alma, tan llena de ternuras para él, pero sometida a circunstancias fatales. ¡Cuántas veces había asomado la idea de la felicidad, y cuántas la había rechazado por parecerle imposible! Decíase concienzudamente que la tentación era deslumbradora, pero no se sentía capaz de perjudicar el brillante porvenir del hidalgo. No podía hacerle volver sobre esta decisión, se dijo con estoicidad indígena, su corazón presto a dejarse torturar. Demasiado bien comprendía que le estaba vedada aquella suprema felicidad: ni el austero Marqués admitiría semejante proceder de su sobrino, quien lo debía todo a su generosidad; ni el mismo Urabanex comprendería...! Talvez la negaría,, maldiciéndola... ¡Qué horrible pensamiento! Echóse el pelo húmedo hacia atrás, sintiéndose invadida por una congoja asfixiante. Deseando un poco de aire fresco, alzóse de su asiento para abrir la ventana, pero temiendo ser vista, volvióse a sentar en la misma posición angustiada de antes. Adivinaba que aquellos amores solo causarían a ambos desventuras en el final, final que llegaría demasiado pronto, cuando su padre se convenciese de la realidad de las cosas. Siendo ella la única descendiente del Cacique que restaba ya, no se le permitiría violar todas las reglas de su casta, uniéndose a un hombre de raza enemiga. Como medida de precaución ya no volvería a hablarle a solas, porque no podía esperar que el joven, tan impetuoso, comprendiese aquellas razones. La tradición legendaria de su estirpe era como una roca a la cual estaba atada.

El Cacique le había hablado muchas veces de sus pretendientes: Príncipes sojuzgados, como el mismo, quienes conservaban una utópica esperanza de recuperar sus vastas heredades en no lejano día; pero ella le había desanimado siempre con una risa jovial y un ademán negativo, que consideraba convincentes. Era que no deseaba casarse con nadie, se decía, al sondear su propio pensamiento. Y sin duda Urbanex se había hastiado de proponerle año tras año aquellos enlaces extravagantes con Caciques semi-salvajes que ella ni siquiera podía admirar. Era una obsesión natural de su buen padre, quien le creía predestinada a coadyuvar a la salvación de los suyos. En el momento de nacer, el Gran Behique, respetado como un ser superior, había sumergido tres veces en el arroyo consagrado a la divinidad, con lo cual selló su destino. ¿Sería cierto que ningún mortal era capaz de substraerse a las predicciones de los oráculos? ¡Ah, si era así, si un destino negro la envolvía, era el vacío en el propio corazón de la vida! se dijo suspirando.

Sí, reflexionó, absorta e inspirada, alzando el rostro y abrazándose las rodillas. Había dicho ya a su padre en innumerables ocasiones que jamás contraería nupcias, si no que tomaría el velo de religiosa, si lograba su consentimiento. Caminaba con pasos firmes y serenos por la senda de la verdad: no debía temer a nada, ni a nadie... Aquella era su vocación decidida... Era su destino. No permitiría que sus ilusiones la tiranizaran, amargándole la existencia con el pensamiento del amor del hidalgo... De todos modos, su corazón humanitario y leal le ponía aparte de los demás... No era un hombre como tantos otros... Toeya no había probado alimento alguno en todo el día y pensó que lo más sensato sería quitarse la ropa y acostarse, pero la alcoba parecía girar en torno suyo y ponerse aún más oscura que de ordinario. Mirando sin ver y haciendo un enorme esfuerzo, se alzó del dujo que le servía de asiento, llegando hasta su barbacoa con pasos vacilantes. Desplomóse en ella con los ojos cerrados y aún así su mente seguía trabajando a

pesar suyo, para torturarla. No hubiera podido moverse si lo hubiese intentado y había perdido el hilo de sus pensamientos. ¡Ah, la llama sagrada y eterna se había apoderado de su espíritu, esclavizándole! El ansia de romper sus cadenas, de poderle amar, le obsesionaba, aún en aquel estado de semi-inconsciencia. A pesar de su fuerte voluntad, aquel amor bendito le llenaba el corazón de dudas lacerantes... ¿Qué conjunción de astros había hecho posible aquel milagro? ¿Y por qué no había deliberado todo aquello con sensatez y calma cuando Don Juan se encontraba postrado y ella trataba a toda costa de ir a visitarle, desafiando la cólera del Cacique y del Marqués? ¿Habría estado enajenada por completo? Un violento reflujo de ternura hundió aquellas cavilaciones. Ya no podía pensar, ni analizar: pasaba de la vigilia al sueño y su alma candorosa, elevándose a regiones felices, abría para ella las puertas doradas de la esperanza.



CAPÍTULO XIX

Como el tiempo se presentaba más propicio y ya sus quebrantos estaban bastante aliviados, el Marqués de Villahermosa expresó a su sobrino el deseo de inspeccionar las plantaciones, en su compañía y mientras durara aquella tediosa inspección el joven se vería imposibilitado de visitar a la princesa, contingencia que le violentaba de modo indelible.

Habíase visto precisado a utilizar la carriola, que a petición de Don Ramón, iba a paso de procesión, haciendo innumerables rodeos, todo lo cual significó estarse sentado en el carruaje, mañana y tarde, durante varios días seguidos, junto a su tío, escuchando sus comentarios sobre literatura o sobre política, ya que el orgulloso caballero no gustaba de que contradijesen sus puntos de vista y era por otra parte demasiado gran señor para disfrutar de conversaciones triviales.

Don Juan tardó, pues, algunos días en volver a ver a Toeya, a causa de aquella tediosa inspección y cuando por fin pudo ir a visitarla, advirtió un cambio sutil en la actitud de la joven, de ordinario tan franca y espontánea. Estaba en la huerta con sus doncellas, recogiendo de sus frutas favoritas, y el hidalgo fué en su ayuda, sin ser llamado. Al divisarla, su rostro pareció transfigurarse, pero ella volvió a penas la cabeza, contestando a su cálido saludo con fingida indiferencia. Para evadir sus ojos que la observaban con an-

siedad, miró con atención hacia una rama distante, cargada de hermosos frutos, sintiendo que las mejillas le ardían de confusión y de vergüenza.

—Creo que podré alcanzarlos fácilmente, Toeya,— manifestó el joven con sonrisa insinuante. —Os aseguro que ya puedo treparme a los árboles como una hutía!— (121) Su júbilo vehemente se hacía patente en todos sus gestos, pero la princesa no parecía advertir nada de esto, contestando con expresión distraída:

—Os lo agradezco de corazón, Don Juan, pero no creo que valdría la pena... no están maduros del todo... además,— añadió con marcado desdén —creo que tenemos todo lo que necesitamos para hoy. Marchemos.

El hidalgo la contempló con incrédulo asombro, pues sin lugar a dudas, Toeya conocía tan bien como él los nísperos que habían madurado a sol y que una leve brisa mecía acompasadamente. Pensó con descorazonamiento que algo muy grave sucedía que él ignoraba en absoluto y su voluntarioso mentón se proyectó hacia adelante, como tomando una determinación. La sutil frialdad de la joven le paralizaba el corazón y su cortés "Don Juan" le advertía asimismo que gravitaba sobre su alma una nueva desdicha. ¿Quién pudiese predecir tal mudanza en tan corto lapso? ¿Es que había sido víctima de un espejismo? Quizás había engastado su corazón romántico en el de una coquetuela sin alma... Pero no, era absurdo pensar semejante cosa... Podía ser que estuviese algo resentida, se dijo recapacitando, por haberse visto imposibilitado de presentarse durante aquellos tres días después de su dulce coloquio de año nuevo; y esta sencilla hipótesis le hizo sentirse singularmente esperanzado una vez más.

Siéndole imposible expresar con palabras sus sentimientos, siguió los pasos de la joven al tomar todos la trillada vereda, ofreciéndose ayudar con el pesado macuto, repleto hasta la boca, que sostenía Toeya y dos de sus compañeras. Las doncellas abandonaron de muy buena gana la pesada

carga, casi sin atreverse a mirar a su ama, cuya frente se ensombreció inesperadamente, aunque le faltó valor suficiente para retirar la mano.

Toeya había estado tarareando una melancólica endecha, pero enmudeció de improviso, incapaz de seguir disimulando por más tiempo. Su timidez se había convertido en azoramiento, y al tender la mirada hacia el mar distante, sus pupilas parecieron dilatarse. Advertía sobre el horizonte una diadema de nubes y esto la tornaba aprensiva. Aunque temía que Don Juan concibiese esperanzas que no iban a realizarse nunca, no podía pensar sin sufrimiento que el mal tiempo le hiciese enfermar de nuevo.

Las doncellas habían comenzado a charlar entre sí y Don Juan aprovechó al instante la oportunidad que se le presentaba. Su voz era apremiante al preguntar con acento dolorido:

—¿Qué ha ocurrido, Toeya que os advierto tan cambiada? ¿Acaso he cometido algún yerro inadvertidamente? Si dejé pasar tantos días sin volver a visitaros fué porque acompañaba a mi tío a hacer las inspecciones de costumbre a las granjerías y esto no pude evitarlo en modo alguno; pero... debéis creerme cuando os aseguro que fué para mí una tortura indecible, pues anhelaba con toda el alma volver a veros. ¿Acaso no lo deseábais también?— La mano que le quedaba libre hacía a pesar suyo movimientos espasmódicos.

La princesa asintió gravemente: la mudez era la expresión suprema de sus sentimientos. Su dolor intenso se hacía patente en su mirada y de nuevo tendió la vista a lo lejos, sin contestar palabra, volviendo el rostro demudado para ocultar la ola de sangre que empurpuraba sus mejillas. ¿Qué debía decirle? se preguntaba llena de congoja. Sus pensamientos no la obedecían y el recuerdo de aquella tarde ponía un anhelo infinito en su corazón.

Los labios del joven se contrajeron al exclamar consternado:

—¡No puedo comprenderlo por más esfuerzos que haga! Lo sé: ¡no estáis feliz mirándome a vuestro lado! ¡Os han vuelto contra mí!... Decidme, ¿es acaso una calumnia que han urdido en contra mía?

Una patética sonrisa iluminó la faz de Toeya, rechazando la pregunta con un gesto de su mano.

—No, Don Juan: jamás podría escuchar calumnia alguna en la cual se implicase vuestro nombre. Estad cierto de ello y os ruego que no volváis a pensar tales absurdos... porque me hieren. Habéis sido amable en exceso, ofreciéndonos vuestra ayuda hace un instante y os lo agradezco infinito. Era sólo... porque... no me he sentido del todo bien... y porque temo que haya lluvia. Es que debía cristalizar toda esta fruta... para el cumpleaños de mi madrina comprendéis?— concluyó mirando de un modo vago el firmamento azul, donde algunas nubecillas blancas y rizadas, como vellones, templaban el rigor de los rayos solares.

Hablaba de un modo inconexo, sonrojándose con confusión al mirarle, deseando talvez atenuar de algún modo su negativa rotunda de un momento antes bajo los nísperos. Se advertía que no estaba habituada a mentir. Sus inhábiles excusas no podían convencer a Don Juan, quien la abrumó una vez más protestando:

—Pero, amada mía, ¿es justo que ocultéis vuestras sonrisas porque el sol se oculte en este instante? Me tratáis con dureza inmerecida, Toeya, bien lo comprendéis, sin pensar que para mí no existe más sol que el de vuestro cariño. Ha tiempo que trato de haceros comprender que sois del todo necesaria en mi existencia o se tornará triste y vacía hasta hacerme perder el deseo de vivir!... ¡Por última vez os ruego que me saquéis de esta incertidumbre!

La princesa rió ahogadamente de un modo inesperado: una risa feliz e inexplicable, que acongojó al joven indeciblemente, para acusarle luego con sorna:

—¡Habéis estado repasando vuestros libros de poesía, Don Juan: os lo he adivinado! Debo confesar que no encuen-

tro falta alguna en ello, pues aunque producen vanos ensueños, son a veces consoladores.

El hidalgo apretó los labios en un gesto que indicaba claramente cuán hondo había penetrado la estocada. La ira emponzoñaba su cerebro al observar con sequedad:

—Es, en verdad, una acusación singular! Pero quizá debería dedicarme por entero a leer poesías desde hoy: tendré, sin duda, harta necesidad de ello!— Su mano tensa temblaba, aferrada al cordón del macuto, mientras le acusaba a su vez con vehemencia: —Me tratáis de un modo injusto e incalificable... No os creía voluble, ni mucho menos insensible: es todo cuanto puedo deciros... Y yo, tonto de mí, que osé soñar tan hermosos sueños, debo recordar que el amor es un miraje y un engaño!— También él rió, pero sin regocijo, asombrando a la princesa por la violencia de su emoción. —Tenéis razón en vuestros asertos;— prosiguió después de una breve pausa, con una imperceptible contracción de las mandíbulas: —mis primas hicieron por distraerme, leyéndome de vuestro libro favorito, “El Jardín de las Rosas”, cuando hacía yo el papel de inválido hace a penas una semana. Casi lo tenía olvidado... Sin duda, la poesía de Saadi debió hacer errar mi imaginación más de lo conveniente, inclinándome a construir castillos en el aire. Por fortuna comienzo mis labores desde mañana: el trabajo es siempre un paliativo... y obra milagros en los desilusionados!

Los labios de la joven estaban trémulos y había pesar genuino en su mirada, pero también se advertía en ellos algo de temor: un temor infinito de que el castellano vislumbrase la dolorosa lucha que sostenía en su interior.

—¡Perdonadme, Don Juan, os lo imploro!— murmuró contrita, abatiendo sus largas pestañas para acultar la ansiedad que no podía disipar. —Deploro lo que os dije tan... impensadamente! Pasóse la mano libre por la frente, como para auyentar un mal pensamiento, mientras el cálido color desaparecía de sus mejillas, tornándolas pálidas. Ella y na-

die más que ella era la responsable de esos vanos ensueños que atormentaban al joven, recordó indignándose consigo misma. Conturbada, oprimióse el labio inferior con los dientes, hiriéndose al hacerlo así pues se había percatado de que le temblaban de un modo extraño y Don Juan no debía advertirlo...

Casi inadvertidamente se habían ido aproximando a la casa; y la anciana nodriza de la princesa, de pie junto a la puerta —enjuta, rígida y extrañamente hosca— semejaba la estatua de Guabanisex (122), la diosa de los huracanes. A la sazón se hallaba inmóvil y parecía estudiar con maligno deleite la expresión apesadumbrada del hidalgo. Además, había algo abrasador en las hundidas e inquietas pupilas que despertó resentimiento en el ánimo del español. A Don Juan se le había ocurrido antes que la dueña, impelida por un sentimiento de egoísmo, resentía su presencia, pero no había adivinado jamás aquella extraña hostilidad, la cual no creía merecer: era evidente que le detestaba.

La princesa y su aya se miraron fijamente; estremeciéndose la primera de un modo casi imperceptible bajo la mirada fría y escrutadora de la anciana.

Ya a la puerta de la casa, Toeya soltó el macuto, dando las gracias a Don Juan, que se inclinó ceremonioso. Ajustóse luego el ceñidor alrededor de su esbelta cintura y volvióse con cierto desaliento a dar algunas órdenes a las doncellas, con voz que sonaba singularmente forzada aun a sus propios oídos.

En aquel instante Urabanex salió a la puerta de la casa, saludando a Don Juan con su afabilidad habitual.

La princesa, algo más serena, volvióse hacia el hidalgo con una sonrisa indescifrable.

—Excusadme, Señor, por favor. Sé que mi Padre y Señor se cuidará muy bien de vos, y yo... ¡Adiós, Don Juan!— y haciendo una ligera cortesía desapareció en la cocina, con Toa casi pisándole los talones.

Después de un interminable lapso de espera y de conversar con el Cacique, quien afilaba con esmero su hacha indígena, el hidalgo partió descorazonado. Habíase sentado, avizorando el patio, todo el resto de la mañana, mas aunque oyó el ir y venir de las pisadas, estaba seguro de que Toeya permanecía obstinadamente en la cocina. Revolvía sus pensamientos, no pudiendo sin embargo, encontrar culpa alguna en su conciencia aún después de un prolongado examen. ¡Ah, que esfinge humana podía tornarse la persona amada! se dijo cavilando, ¡y en qué tonto de capirote se había convertido en aquellos últimos tiempos, creyendo en sus blandas frases de la tarde de año nuevo! Quizás se sintió momentáneamente conmovida al verle aparecer tan pálido y cenceño, pero su ternura se había evaporado con su lástima al advertir que comenzaba a recobrar vigor y animación con rapidez. Sentíase irascible y descontento de sí mismo, pensando que debería encontrar la determinación suficiente para abandonar las esperanzas que había albergado durante tanto tiempo, pero con la insistencia de los verdaderos amantes, no podía conformarse con la derrota. Sabía que su incorregible corazón se volvería siempre hacia aquella incurable y perenne ilusión: ¡era un sueño tan deslumbrador el suyo!

CAPÍTULO XX

En el bello jardín primitivo Toeya rumiaba su dolor. El aya había espiado sus movimientos y con alegría salvaje la siguió hasta allí, ahogando el ruido de sus pasos sobre la hierba húmeda del sendero. Sonreía para sí misma, si sonrisa podía llamarse a aquel gesto simiesco que acusaba una ironía provocante. La princesa no amaba a Don Juan, se decía con encono; amaba la vida y el amor; o la vida brillante de la corte, dando la espalda a las tradiciones de su casta. ¡Vanidades y engaños! Su educación era un brillante barniz, pero ya se desprendería prontamente en la existencia salvaje que la esperaba. Molestábale indeciblemente su ceguera reacia frente a la realidad. En los ignotos resquicios de su alma, anidaba el egoísmo, porque habiendo nacido con las prerrogativas de noble linaje, como hija de un Sumo Sacerdote de la extinta soberana de Jaragua, no recibió educación alguna y obtuvo tan sólo humillaciones de los conquistadores blancos. Jamás arrancó las cibas sagradas de su cuello; ni trató de borrar el Cemi tatuado que llevaba en el pecho.

Al acercarse al sitio de los abeyes, sacó de su seno un pequeño bulto de forma imprecisa y lo llevó reverente a los labios.

Las meditaciones de Toeya fueron interrumpidas por una voz melosa e insinuante.

—Toeya, debía hablaros a solas y por eso os he seguido hasta aquí.

La joven se incorporó sobresaltada, cruzándose de brazos.

—¡Buen susto me habéis proporcionado, Toa! ¿Acaso os ha enviado mi Padre y Señor?— En su voz transida había una nota de alarma, mezcla de ansiedad y de temor. Los ojos indiscretos y curiosos parecían espiar todo sus movimientos.

—Vuestro padre me encargó que os encontrase, ciertamente, pero debía entregaros ésto y preferí dároslo aquí.— Y con estudiada deliberación, puso el envoltorio en sus manos.

Toeya parecía asombrada y confusa.

—¿Qué es esto Toa? ¡Oh, qué hermosas, qué raras!— irrumpió la joven, al desatarlo y contemplar su contenido.

Toa acariciaba su mentón, sonriendo y frunciendo el ceño ávidamente. Se decía que conocía todos sus pensamientos. Era un real don de su Cemi protector, quien le había concedido la vista del alma, y ningún mortal podía arrebatárle este sublime privilegio. Por eso dijo con voz jubilosa:

—Son perlas negras, pescadas en la Bahía de Samaná para vos... por el Cacique Umatex... con grave riesgo de su vida...

—¡Ah, Umatex!... ¿Y qué he de hacer con ellas? ¿Debo guardarlas?— Su acento acusaba un profundo desencanto.

—¡Sí, querida mía, debéis guardarlas... celosamente! Valen un tesoro y ningún español debe verlas jamás. Podría costar la vida a vuestro prometido porque con ellas podríamos obtener... armas. Toeya! ¡Armas de fuego! Ya veréis: la estrella de sangre brillará más ardiente que el sol y el enemigo abandonará nuestra tierra... ¡Qué las sombras de Caonabo y Anacaona iluminen vuestro corazón!— Cargada de rayos la mirada, trataba de fascinarla. La tenía completamente a su merced: había llegado a asegurar al indio que si

la princesa se negaba a ser su esposa, podía valerse de ciertas fórmulas secretas para convencerla.

—¿Armas?— inquirió la princesa con el rostro crispado. ¡Qué horror, Toa, no comprendéis lo que eso significa! Muerte, destrucción, ruina... ¿Estáis en vuestro sano juicio? ¿Es eso lo que sueña Umatex?— Una lágrima imprudente destelló de sus pupilas al añadir: —¡Mi alma no está anegada con el veneno amargo del odio y la venganza, como la vuestra! ¡Ah, que sois cruel, despiadada! Os condenaréis irremisiblemente. . . Si tratárais de comprender la doctrina de Cristo cambiaríais de sentir... Lo sé. Os ablandaría el corazón.

—No quiero, ni debo cambiar de sentir— contestó Toa sentenciosamente, alzando una mano crispada. Soy ante todo defensora de los míos y vuestro Dios protege a los suyos: ¡es demasiado clemente con los culpables!... No creo en la oración; ¡creo en la venganza! ¿Ignoráis que el rencor, el desquite son los venenos que alargan la vida? Ya lo véis por vuestro padre, que ha sufrido lo indecible... Y Umatex sueña en vos, Señora, pero todo indio ama más su libertad que su propia vida!— Su rostro, profundamente delineado, se animó de repente y su voz se hizo más aguda al asegurar: —En no lejano día Guabanisex fulminará la tierra con su manto de fuego para incinerar a los usurpadores y aunque pereceremos todos... nacerá una raza más fuerte, como la de los Caribes (123). Nuestros dioses, Toeya, son tan potentes como el de los cristianos, tenedlo por cierto. De no haber destruído estúpidamente nuestros altares, ha tiempo hubiésemos obtenido la liberación. La maldición ha caído sobre la raza de Guacanagarí y de Guarionex (124). Pero el día se aproxima... Los quemis hablarán con voz humana y la selva virgen envolverá toda la tierra! ¡Así me escuche Luquo!

Toeya quedó aterrada con el discurso sibilino de su nodriza, preguntándose si habría practicado secretamente la *cohoba* (125). Estuvo tentada a replicar que ella no era una

salvaje y preferiría mil muertes antes que traicionar a los amigos de su alma o abjurar de la santa religión que estos le habían inculcado, pero Toa no iba a comprender su falta de patriotismo y recelaría aún más de ella. Además, se afectaba mucho por su falta de comprensión y la joven debía sufrir en silencio, aumentando sus penas. Por eso anudó el paquete y lo devolvió diciendo:

—Decid a Umatex que agradezco su presente, pero... las perlas negras me parecen fatídicas y... prefiero que vos las conservéis. Podéis custodiarlas mucho mejor que yo.

Guiñando sus ojillos profundamente sagaces, Toa frunció el rostro y sus arrugas se multiplicaron. Tenía la mirada inflamada de ira. Golpeándose el pecho con el puño, en el cual apretaba convulsivamente el presente de Cacique Umatex, manifestó con voz áspera:

—¡Sí, he de guardarlo hasta el día propicio, pero vos... sois prodigiosamente terca! Despreciáis al Cacique por indio, sin pensar que su linaje es el más antiguo del orbe y sin duda el más puro... Así lo he de expresar a vuestro padre... ¡Qué comprensión la vuestra para los difíciles momentos en que vivimos!... El corazón ingrato se convierte en hiel amarga y la maldición de Guagoniana trocará en cenizas vuestra alma!— Alzó el rostro sombrío como implorando la ira divina y con esto dió la espalda a la desolada princesa, alejándose prestamente.

Toeya quiso seguirla, pero el aya tomó el camino del hosque y la joven volvió sobre sus pasos, sobrecogida de pavor. Había empalidecido hasta los labios. Comenzaba a creer que su agorera nodriza, descendiente de Behiques, conservaba la clave de los arcanos, pues conocía su extraña clarividencia y poseía además el don de adormecerla a voluntad, valiéndose de los ritos de su abjurada religión.

Eso fué lo que sucedió unos días antes, cuando al retornar de su baño en el río, había seguido a Toa por entre el hosque, pensando pasar con ella un rato regocijado como los de antaño, cuando la anciana le refería espontáneamente las

remotas reminiscencias de su infancia, las más, inverosímiles y complicadas. Cada Behique le había referido las fantasías de su tribu y conocía la historia de la isla y además leyendas maravillosas, para las cuales tenía un don particular. El grato perfume de aquellas poéticas y añejas creencias inflamaban la imaginación soñadora de la joven. Sagaz como la serpiente, el aya sabía conmover y apesadumbrar el corazón de la enamorada.

Molesta, quizás porque Toeya la siguió sin advertirla, o creyéndose espiada, Toa, so pretexto de predecirle el porvenir, sopló repetidas veces ahumadas de yabá (126) en el rostro de la joven, sumiéndole en un extraño marasmo, durante el cual la miraba hacer como a través de una espesa niebla. Al volver en sí sintióse invadida de una ola ardiente, experimentando una sed abrasadora. Toa había encendido el guatú y los resinosos aromas del *guaguasi* invadían la selva. Oficiaba con los brazos en alto en actitud hierática y solemne ante un Cemi de piedra, puesto sobre un gran tronco, primorosamente labrado. Su naturaleza sobria y ruda se imponía. Con voz tremante pedía venganza al Cemi de los huracanes, tocándose reverente el collar de amuletos, al cual concedía mágicos poderes. Cuando terminó con sus ritos y hubo puesto a buen recaudo el pesado tronco y el temible Cemi, volvióse hacia su ama con su humildad acostumbrada. Dióle entonces a beber una bebida dulce como la guanábana, que calmó su sed y despejó sus sentidos. Por un instante, la princesa pensó que había estado soñando... pero nó! Ahí estaban los leños apagados y aún le ardían los ojos, que sentía inflamados.

—Toa, ¿qué estábais pidiendo ante el Cemi de los huracanes? Ya lo sé: implorando venganza, tomando juramentos sacrílegos en la selva de mirabolanos!... ¿Sabéis lo que os harían por ésto, si os sorprendiesen aquí? Y yo también pagaría...

—No me importa, confesó el aya golpeándose en el pecho con brío. Estaríais mejor muerta que unida en desposo-

rios a un cristiano, después de ver morir a vuestra madre, aniquilada por tan rudos padecimientos. Que así lo hagan las ignorantes hijas de naborias, es explicable... pero vos... ¡que comprendéis mejor que nadie nuestro próximo fin! ¡Ah, es impensable, Toeya! Vos, la llamada a reivindicar nuestra casta humillada. Deberíais seguir el ejemplo del noble Caonabo, frustrado redentor de los nuestros. Umatex os ama; todo lo que su brazo fuerte necesita es unir su sangre a la vuestra... o el veneno de la fatalidad emponzoñará su vida... ¡Infeliz!

—Sois demasiado obsecada... Ya sólo puedo amar a Don Juan!— balbuceó Toeya con voz tremante, sus ojos estaban anegados y los cubrió con ambas manos. —¿Acaso sois tan ciega que no lo comprendéis? Y sin embargo aseveráis que me amáis tanto...

Toa la contempló con mirada torva y confesó sentenciosamente:

—Quizás lo soy; pero no puedo remediarlo! Pero sí sé que os amo tanto como amé a vuestra madre, la dulce Ainaima, y fué por el fervor de este cariño que juré en su lecho de muerte ante Guabancex, el Cemi de los huracanes, que sabría vengarme en su hija... En vos, Toeya, que me suponéis cruel y obsecada! Luquo me ha castigado inmerecidamente... ¡Qué la diosa Atabeira ilumine vuestro corazón!

Toeya se había echado en el suelo, en actitud de profundo abatimiento: era el desbordamiento de sus penas que hasta entonces había sufrido con estoicismo y serenidad. Su yugo se hacía cada vez más pesado de sobrellevar. Toa era ferviente patriota, como su mismo padre: ella... ¡ya no podía serlo! Y la razón era evidente. ¿La descubriría a su padre? Quizás, no, pero estaba plenamente convencida que sería muy capaz de valerse de aquellos ritos vedados para anular su voluntad. No en vano era hija de un gran Behique: conocía de las hierbas que curan y de las hierbas que matan: había catado las aguas de todos los ríos y usaba con discernimiento las que tenían poderes curativos. Por eso los indí-

genas de las islas adyacentes desafiaban el Canal de Amona (127) y El Paso de los Vientos para ir a consultar con ella sobre enfermedades y dolencias desconocidas.

—Ah, ¿por qué había nacido quisqueyana? Todo eran bellas esperanzas en su vida, que debía tronchar la mano de un cruel destino! ¿Qué haría con su libertad si se la concediesen? Y este repentino pensamiento, tuvo el poder de hacerle levantar la cabeza y permanecer largo rato acodada sobre la grama, en suave ensimismamiento. Quizás podría tomar uno de aquellos galeones livianos y brillantes para surcar el océano como un ave. ¡Ah, se iría muy lejos de sus inquietudes... a Castilla! Y sería como nacer de nuevo...

CAPÍTULO XXI

Cierta noche lánguida y soñolienta, sentados los primos a su placer en el balcón de los Villahermosa, que engalanaban ya los brotes de una enredadera de cocuisa, la quietud inusitada de Don Juan y su expresión meditabunda impulsó a las Marquesitas a hacerle algunas preguntas de tierno interés.

También él se sentía inclinado a abrirle su corazón y a referirles sus pesadumbres y frustradas esperanzas: todo lo cual, confesó, comenzaba a hacerle perder fe y confianza en el futuro.

Doña Lucía, contemplando a su primo con curiosidad, se preguntaba cómo podía estar tan ciego al amor de la princesa; pero en esta ocasión la primera en hablar fué Doña Mariana y no ella, esforzándose en infundir parte de su propio optimismo al espíritu decaído del joven.

—Temo que os hayáis desanimado más de lo justo— le decía con una sonrisa alentadora. A las damas, bien lo sabéis, nos entusiasman más los luchadores intrépidos que aquellos que al primer obstáculo no hacen si no suspirar amilanados.

Jamás un deseo egoísta movió el noble corazón de la Marquesita y en aquel instante anhelaba más que nada verle feliz, comprendiendo que se acercaba ya la hora del sacrificio.

Doña Lucía inclinaba su butaca contra la baranda del balcón y mecía sus pequeños pies con suma nerviosidad, pues también ella se sentía en extremo agitada. Su vanidad de mujer bonita y agasajada sufría tan duras pruebas que hasta su ingenio y alegría parecían haberse eclipsado. Hallábase en un estado de ánimo entre la cólera y la impaciencia por la manía de su hermana de pretender ayudar a Don Juan. Frunció ligeramente el entrecejo al terciar con amarga ironía:

—Sabido es que cualquier chica puede ser rebelde y obstinada si así lo juzga conveniente, querido primo. No hagáis más el tonto: las doncellas indias no han de ser fundamentalmente distintas de las elegantes europeas! Es más, me atrevería a asegurar que tenemos muchísimo en común... No hay chica que desee parecer demasiado fácil en los tiempos que corren. Opino que desde el comienzo la princesa ha temido más que nada perderos...

El joven se hallaba sentado frente a su prima en aparente abstracción. Sosteníase el mentón sobre la diestra con la frente ligeramente contraída. Miró a su interlocutora con solemnidad, moviendo la cabeza rotundamente. Muchas veces los discursos de Doña Lucía despertaban su antagonismo y disgusto: su prima creía saberlo todo y acostumbraba dar su opinión con perenne aplomo.

—Aseguráis que me ama, pero se complace en atormentarme para que no se diga que ha sido la suya una conquista demasiado fácil... ¡Qué imaginación la vuestra, querida prima!... ¡y qué mal conocéis a la princesa! Yo mismo llegué a acusarla de voluble,— confesó, presionando los músculos de su mandíbula —pero a pesar de ello estoy convencido de que Toeya no es la criatura falsa y calculadora que imagináis. Su reticencia es real, sea cual fuere la causa de ella! Afortunadamente, no aprendió a educar sus ojos, como algunas damas de la corte que conocemos bien: ha educado solamente su espíritu y su voluntad. Se advertía una profunda pena en su mirada esta mañana y ésto no es

idiosincracia aborígen, como decís. También he visto sus ojos reflejar la alegría en muchas ocasiones... — Movi6 la cabeza de izquierda a derecha con creciente desaz6n, a~adiendo: —Una cosa es cierta:— Hay tanto de extraño en su conducta que creo que jam6s llegar6 a comprender su reserva, ni sus ocultos prejuicios... — Y de nuevo volvi6 los ojos hacia Do~a Mariana, como buscando su apoyo moral, pues Do~a Lucía intentaba mirar con despreocupaci6n hacia la transitada vía p6blica, vuelta hacia arriba la naricilla impertinente, con resentimiento nada fingido.

Acodada sobre la baranda de hierro del balc6n y vuelta de perfil, casi de espaldas a su primo, parecía indignada por la acusaci6n de 6ste a las damas de la corte; pero el hidalgo que no pens6 ni por un instante que tomara aquello para sÍ, continuaba mirando a Do~a Mariana, quien poseía el don de comprender aunque a veces no se expresaran palabras...

—Corroboro, Don Juan,— manifest6 la joven —con la teoría de mi hermana: una princesa indígena no ha de ser fundamentalmente distinta de las otras doncellas de nuestra 6poca, especialmente si ha sido educada como nosotras, pero su posici6n sÍ que lo es... y ella lo comprende, sin lugar a dudas. Confío en que un día de 6stos triunfar6is de la ceguera de vuestro espírиту y ver6is al fin que Toeya os ha amado de una manera absoluta desde el comienzo. ¿Os har6is cargo que si nuestros compatriotas no hubiesen despojado al Cacique del poder, Toeya habría llegado a ser soberana legítima de su pueblo, como lo fu6 la famosa reina Anacona? Tanto ella como el Cacique sue~an con que alg6n día los espaoles se hastiarán de estar aquÍ y ellos recuperarán sus heredades y con ellas la dignidad de su rango. Urabanex sostiene todavía autoridad sobre los suyos y a6n hoy le respetan como a jefe supremo: a una se~al suya le seguirían a cualquier parte, desafiándolo todo. Con que ya veis...

—Pero... — terci6 Do~a Lucía vagamente irritada, haciendo girar su butaca sin moverse de su asiento —eso a penas justifica en mi concepto la actitud poco edificante de

Toeya hacia nuestro primo. Siento desencantaros, Don Juan, pero vuestra hermosa princesa me parece un ídolo hueco, como tantos ídolos indígenas, y su esperanza de reinar me parece poco menos que absurda. No alcanzo a comprender como pensar semejantes disparates. Sabéis de sobra que nuestro Soberano jamás consentiría...

—Bah, nuestro Soberano consentiría en hacer siempre justicia, sino fuese por los turbios manejos de nuestro egoísta Fonseca; (128) pero no nos cuadra comentar estas cosas, ni tampoco podemos remediarlas, Lucía— comentó Doña Mariana, siempre más razonadora y de mente más elevada que su frívola hermana gemela. En fin, fuerza es recordar que estos indios pertenecen a una raza de hombres bravíos y obstinados como pocos, que aman su libertad por encima de todas las felicidades humanas y saben ser estoicos en cualesquieras circunstancias. Lo que trato de deciros es que no hay vestigio de coquetería en Toeya; que debe existir alguna razón más poderosa que la que habéis señalado y me parece digno de averiguarse. Vos, Don Juan, que conocéis a fondo sus tradiciones, ¿por qué no hacéis por interpretar de otro modo su conducta?

La expresión sombría del joven trocóse en una de vivísimo interés; ya no se sentía abatido, ni deshecho como un momento antes. La mano sobre la cual descansaba su mentón había llegado inclusive a adormecerse, aunque estaba tan sólo vagamente consciente de ello, contemplando a Doña Mariana con el rostro resplandeciente. Su espíritu claro y lúcido, pensaba admirado, advertía lo que él había pasado por alto.

—Permitidme deciros que sois un angel de bondad, prima mía; un verdadero tesoro! Y me hacéis muy feliz, mucho más de lo que merezco... Sí, claro, comienzo a entrever algo!— Y sacudió su brazo con vigor, pues había comenzado a punzarle agudamente.

Doña Mariana comenzó a reir de buena gana al advertir las muecas que el joven hacía, a pesar suyo. Su hermana,

sintiéndose humillada, pensaba en alguna emponzoñada salida, sintiendo deseos al mismo tiempo de levantarse y dejarles que continuasen su diálogo a solas.

—Hacéis bien en mofaros de mí:— comentó Don Juan sin ofenderse —estaba dormido en cuerpo y alma, como un topo, pero desde hoy renuncio a semejante condición; no es digna de mí...— Extendió de nuevo su brazo, moviendo convulsivamente los dedos y al fin calmada su desazón y olvidando asimismo su mal humor anterior, alcanzó la barbilla de Doña Lucía, obligándola a volver el rostro muy a pesar suyo.

—Vamos, primita, ¿estamos aún enfadados?— preguntó chancero. —Soy desatado, sin cabeza... y os ruego me perdonéis si en algo os he ofendido. Regocijáos conmigo esta noche, pues quizás Doña Mariana tenga sobrada razón en lo que dice: tiene el don de auyentar todas mis penas! Dios la bendiga...

Había una tenue niebla de lágrimas en los ojos azules de Doña Lucía, que el joven, ciego al conflicto que ardía en su pecho, no percibió en absoluto. Un sentimiento de amarga derrota la dominaba. Había tratado de ser noble con su rival y fallado lamentablemente, siguiendo las más de las veces los impulsos anárquicos de su cerebro. Su hermana desempeñaba el papel de árbitro, haciéndole aparecer egoísta, por contraste. Sus ojos contemplaban con creciente desconsuelo las trémulas llamas de las bujías, que ardían sobre el lampadario del salón y que la brisa hacía vacilar a cada soplo, comenzando a desear que se extinguiesen de una vez para que su primo y su hermana no pudiesen adivinar su congoja.

La Marquesita se sobresaltó con el movimiento instintivo de los culpables, hablando verazmente con un supremo esfuerzo de voluntad. Ocultaba la verdad tan sólo a medias.

—Os engañáis, Don Juan: no he estado enfadada con vos, os lo aseguro... es que no poseo la imaginación novelesca de mi hermana, quien ve obstáculos insuperables por todas partes; prejuicios de raza y otras pamplinas. Y yo...

si pudiera ayudaros lo haría ahora mismo, sin titubeos, pero he visto a Toeya fría y desdenosa y comprendo que podría infligiros un gran dolor. También yo quiero veros feliz y si me lo permitiéseis hablaría con ella en vuestro nombre... Sé que como mujer que soy la comprendo mucho mejor que vos y creo, además, que tendríais que someterla al tormento de la rueda para arrancarle su secreto; así debe ser de obstinada!— Comprendía que era una nueva burla de su amor y dejó caer los brazos a los costados de la butaca, observando al joven con ansiedad. Inclínaba ligeramente la cabeza en un gesto de expectación.

Don Juan sonrió conmovido y meditó un instante antes de contestar:

—No puedo expresaros lo mucho que os agradezco el profundo interés que mostráis por mis asuntos, aunque opinéis de tan distinto modo. Ahora creo que debo procurar hablar a solas con Toeya para averiguar cuál tiene la razón. No me creáis ingrato, prima, pues sé que tan sólo deseáis evitarme una desilusión, pero como me advierte Doña Mariana el triunfo pertenece a los fuertes... Me toca hacerle frente a la ciguapa de la leyenda quisqueyana, que o me despeña por un derrocadero... o me descubre su secreto: ¡bien vale la pena intentarlo! Si fracaso, entonces os tocará el turno a vos, Doña Lucía, pero... decidme, ¿cómo es que voy a pagaros tanta magnanimidad?— Y su voz de tono vibrante tuvo una inflexión humorística al añadir, cruzando los brazos sobre el pecho: —Nombrad los dos caballeros más elegantes de las Indias y estarán mañana a vuestras plantas, tan convencidos como yo mismo de que sois en verdad dos arcángeles terrestres. Doña Lucía, vos habéis sido siempre la más franca, decidme: ¿no os habéis decidido aun por ninguno de los hidalgos que os hacen la corte en La Española? Conozco uno que bien vale la pena...

Las mejillas de la Marquesita se encendieron de improviso. Alisó su vestido y se abrazó las rodillas, procurando

aparecer tranquila. Su voz era un murmullo gutural al contestar:

—Temo, primo, que algo más que mera persuasión va a ser preciso para atraer al caballero. Es de los soñadores y sospecho que anda en busca del Santo Grial, que ha visto brillar entre las nubes...—

Era una chanza valiente, en verdad, pero su acento opaco daba el mentís a su alegría.

Acostumbrada a las salidas de su hermana, Doña Mariana pensó que era una picaruela incorregible y su risa se alzó como un trino al manifestar singularmente divertida:

—Y yo temo que desperdiciéis con ello un tiempo precioso, querido mío. A mi hermanita no la atraen ya los brillantes caballeros de armaduras que soñó conocer en La Española: para ella son unos tontos y unos zafios! Ya sabéis como aun las fiestas se han tornado una ordalía en esta casa. Por tanto, si es cierto que le tenéis el afecto que decís y anheláis de veras complacerla, buscaos el galeón más ligero que haya surcado los mares y ponedlo a disposición de Lucía, pues en verdad no hace más que suspirar por el retorno a Castilla.— Rió complacida de su elegante discursillo, mientras Doña Lucía, enojada por la indiscreción de su hermana, permaneció con los ojos bajos, presionando con fuerza inusitada sus rodillas, asaltada de un pánico indecible.

Don Juan la contempló con incredulidad e inquirió con acento del más puro asombro, olvidando el respeto que se le había inculcado al tratar a sus primas:

—Pero... por favor, chiquillas, ¿cómo puede ser cierto todo esto sin que yo lo sospechase jamás? Os chanceáis y es un chiste de muy mal gusto... Si no me equivoco, creo que ambas os sentíais felicísimas en los primeros meses que pasásteis aquí. ¿No es así?

Temblando por el riesgo de revelar su secreto y sintiendo un nudo en la garganta, Doña Lucía asintió con la cabeza. No sabía que hacer con sus manos y las ocultó bajo los plie-

gues de su falda, volviendo el rostro en dirección opuesta, pues de sus ojos se escapaban las lágrimas que ya no podía refrenar...

Doña Mariana escudriñó con mirada asombrada el semblante atribulado de su hermana, sin saber a qué atribuir aquella súbita metamorfosis; y en el movimiento de sus hombros adivinó su respiración agitada. De improviso el pesar secreto de Doña Lucía hizo luz en su cerebro, extrañándose de no haber adivinado mucho antes la tragedia interior que la torturaba. ¿Por qué su hermana, que había sido siempre tan franca, no se había confiado a ella? ¿Sospecharía que sufría del mismo mal? Advirtió que las manos de Doña Lucía temblaban ocultas bajo los amplios vuelos de su traje y pensó en despistar al joven diciéndole con toda la naturalidad que pudo asumir:

—Don Juan, sé exactamente lo que padece mi hermana cada vez que zarpa un galeón para nuestra madre patria... porque yo siento lo mismo... No lo toméis a mal, pero aunque no hemos tenido la franqueza de decíroslo por no causaros preocupación alguna, añoramos nuestra vida regocijada de Valladolid y extrañamos aquellas antiguas amistades de infancia que por estrechas son casi como un cariño fraternal... El tiempo parece más veloz cuando se posee una veintena de amigas en quienes distribuirlo. Aquí, en cambio, parece arrastrar una pesada carga! Vosotros, los hombres, con vuestros complicados problemas, a penas comprendéis los nuestros, por triviales!— Inconscientemente Doña Mariana desahogaba su alma tratando de velar los sentimientos de su hermana. Suspiró con desconsuelo y Doña Lucía la contempló a su vez con fijeza y asombro en sus ojos taciturnos.

Don Juan descruzó las simétricas piernas y alzándose de su asiento, se enfrentó a sus dos primas, visiblemente desconcertado.

—Talvez— observó —algún hechicero indígena os ha embrujado a ambas, pues debo confesar que me llenáis de

consternación y asombro. ¿Por qué si es que estábais tan descontentas de todo esto lo habéis disimulado tan bien hasta ahora? ¡Vaya, es inaudito!— Las jóvenes ignoraron su pregunta y el hidalgo continuó algo pensativamente: —Veréis, creí que como se aclimataron en esta tierra los frutos de Las Canarias, de igual modo os aclimataríais vosotras. Creo que es mía toda la culpa por acceder con demasiada presteza a un capricho de niñas mimadas, trayéndoos a La Española. Cambiáis de continuo, como la luna,— concluyó con ilógico resentimiento —y luego os quejáis de que no os lleguemos a comprender jamás!—

Doña Lucía sostuvo el choque de su mirada. Su decisión estaba ya tomada, y sonrió de un modo extraño al objetar:

—No ha sido culpa vuestra en absoluto, Don Juan;— y añadió en voz queda, como si dialogase consigo misma: —son cosas del azar. Como la salud de nuestro padre no parece mejorar en Las Indias y él se niega a seguir el consejo de los médicos más doctos, tarde o temprano tendremos que retornar a Europa. Es un enófilo indiscutible y asegura que con los ricos vinos de Castilla recobraré al cabo la salud. . . Yo pienso que lejos de estas eternas preocupaciones en que se ha sumido, se obraría un gran milagro. ¿No os parece?

—Creo en efecto, que sería realmente provechoso para él,— corroboró Doña Mariana, muy satisfecha del giro que había tomado la conversación. —Por lo menos es lo que el médico le aconsejó hace algunas semanas; hasta le prescribió paseos al sol. . . ¿Cosa muy extraña, verdad? Y allí, en las propias barbas del sabio, declaróle que no seguiría consejo tan contraproducente! Es más, manifestó sin circunquios, que estaba más dispuesto a creer en los Behiques aborígenes. Será talvez porque ahora se hace dar masajes en las piernas con hojas de guayacán, mientras el indio toca y canta para disiparle el dolor. Todo cuanto puedo deciros, Don Juan, es que me parece un modo excelente de curarse cualquier dolencia; preferible mil veces a las nauseabundas “murrias” o apósitos de ajos, cebollas y mostaza que ha usado

hasta ahora.— Rió burlona y Doña Lucía le hizo eco, pero su risa hueca se asemejaba bastante a un sollozo.

* * *

Y aquella noche, en la penumbra de su alcoba, desbordóse la pasión avasalladora de Doña Lucía: un sordo sentimiento de rebelión se había apoderado de su alma, inundada de sombras. Sollozaba echada de bruces sobre el lecho y temblaba convulsivamente. La vida no le había golpeado jamás y no podía acostumbrarse a la idea de la derrota.

Doña Mariana, oyendo los sollozos, empujó la puerta, de primorosos herrajes, que separaba su cámara de la de su hermana, y entró sin que la sintiese. Apartó las cortinas de tul del lecho, sentándose conmovida al borde e inclinóse con ternura para acariciarla. Con un movimiento de sorpresa y de ira, la rebelde Marquesita alzó el rostro contraído, exigiéndole que se marchase, y la dejase a solas: la amargura y el resentimiento se enseñoreaban en su espíritu.

—Calmaos, Lucía, por favor;— rogó Doña Mariana con trémulo acento —me acongoja indeciblemente que lo toméis tan a lo trágico: la vida no es lecho de rosas y todo no puede salir a la medida de nuestros deseos, Daria... ¡no sé qué daría por haceros feliz!...

Y Doña Lucía se deshizo de las caricias de su hermana, incorporándose abruptamente en el lecho, con los ojos ligeramente desorbitados, ideando una pregunta difícil de formular.

—¡Mariana... vos hacerme feliz a mí! ¡Si os he visto mil veces embebida mirándole furtivamente! No lo neguéis,— continuó acalorada —aunque ya habéis hecho todo lo posible por ocultarlo a las miradas de todos... ¡pero a mí no me habéis engañado ni un sólo día!

Yo acechaba sus reacciones frente a todas las mujeres... ¡y sólo la india le impresionaba! También a vos estaba dispuesta a odiaros si os atravesábais en mi camino, y aún creo que hubiese preferido eso mil veces a que le ayudáseis como lo habéis intentado, porque así hubiésemos sido dos iguales, sin ventajas la una sobre la otra! Pero aquello

es bien distinto: es una idea puramente terca... ¿Habéis visto su cuadro de la Virgen India? Es Toeya, tal como él la ha soñado: inalcanzable, melancólica, con una blanca túnica luminosa... ¡Ah, cuánto debe amarla para representarla así!

Parecía exhausta por la emoción, y su hermana, compadecida, ahuecó su almohada y le indicó que se recostase, aunque inútilmente.

—Es el signo del artista nato, Lucía: no ha pintado tan sólo la mujer: ha pintado su alma pura y blanca; y ahí está resplandeciente, como una visión de luz...

—¡Divagais... o tenéis ojos de lince!—

—Quería decir que está más prendado de su espíritu que de su belleza, que no es despreciable...

—Mi primo está prendado de sus sueños, Mariana: hay que convercerse de ello. El mundo es sólo arte y belleza para él porque los lleva dentro de sí mismo. Creo que aunque Toeya fuese una hipócrita sin alma, la vería como una santa. En Castilla le ofrecieron por ese cuadro una verdadera fortuna... y es tan tonto que se negó rotundamente a venderlo. Cuando lo descubrí os aseguro que sentí la tentación de hacerlo trizas... pero es ella quien desearía que desapareciese! No me creáis hipócrita porque le he demostrado otra cosa: creí que le amaba y estaba dispuesta a sacrificarme por verle dichoso, pero ahora estoy convencida que está llena de supersticiones y prejuicios que jamás podrán hacerle feliz... Con sus ojos trágicos y sus trenzas endrinas antójaseme que hace un papel, como una cómica de teatro, tocando su bandola y cantando... para aprisionarle la voluntad.

Alzaba las manos, gesticulando, presa de nerviosidad y en su voz tensa vibraba todo el agudo e intolerable dolor de su pérdida. El tigre del rencor mordía su alma, y Doña Mariana la contempló sobrecogida, condoliéndose de aquella pasión exasperada.

—Calmaos, querida,— murmuró compasiva, suavizando con sus manos delicadas los rizos revueltos de su herma-

na. —No os exaltéis de ese modo ú os oirán en toda la casa. Sé que nuestro padre duerme, pero es muy posible que Don Juan permanezca aun despierto, leyendo.— Y su voz se hizo un susurro al murmurar: —Ya que habéis comprendido que también yo le amo, me alegro infinito de ello. Me hubiese sido harto difícil confesároslo de otro modo. Quiero que sepais que no intenté amarle... ni comprendo siquiera cómo sucedió, pero no me avergüenzo de mis sentimientos. Su presencia diariamente renovada me hizo compararle con los demás y noté una enorme diferencia... Bien sabéis que jamás traté de atraerle; le he amado sin desesperación, ni rebeldías, tratando de darle lo mejor que hay en mí: algo de la esencia de mi espíritu, que nada me impide prodigar... y he sido feliz ayudándole a ser dichoso! Mas, si le viese alejarse mañana de Toeya, tampoco lo intentaría: os amo tiernamente y vuestra dicha me es muy preciosa, hermana mía. Buscar la propia felicidad en la ajena, es una sacra inclinación en mi vida, pero... ¡a qué soñar fantasías! No podemos hacer que Don Juan cambie de sentir... Es inútil... Partiremos, Lucía de mi alma, y la distancia será el mejor remedio para todos. ¿No estais dispuesta?

Una luz extraña brilló en los ojos relampagueantes de Doña Lucía. Pensó amargada que su hermana no podía comprenderla: era un espíritu de temple de acero que sentía una dicha extraña en inmolarse, pero ella misma no tenía madera de mártir. ¡Ah, si llegaba a hablar de nuevo a Toeya la desencantaría de Don Juan de una vez para siempre!... ¡Ya se presentaría la oportunidad! Y murmuró con exaltación, irguiéndose entre los mullidos almohadones:

—¡Oh, Mariana! No quiero... no puedo partir de éste modo... desolada. Dejarle aquí, sin esperanzas de volver a verle jamás. Antes que perderle prefiero perder la vida. No soy de acero como vos... ¡Le amo más de lo que podéis soñar! ¡Ah, no podéis comprender!— manifestó con arrebatada emoción. —Le amé desde el primer instante en que le ví, no sólo por gallardo y gentil, si no por mil poderosas

razones. Y en aquellas fiestas a que asistimos juntos en Castilla era el único que nada me decía. Por eso soñé conquistarle a fuerza de cariño... y ya veís: la realidad es pródiga en pesadumbres. Sospecho... que es mi castigo. Sí, quise odiar a Toeya. Me parecía más que ingenua, hipócrita; traté por todos los medios posibles de hacerle ver a Don Juan lo tonto de su pasión y él, que fué siempre complaciente en extremo, es a veces casi rudo...

Doña Mariana parecía asustada, nerviosa. Una gran emoción comenzó a posesionarse de ella. Quería hablar para apaciguar a Doña Lucía y sus labios permanecían cerrados. Tierna y tímida a la vez, abrazóla al cabo, murmurando:

—Marcharemos, hermanita querida, ¡marcharemos! Sabemos que no se va a producir ningún milagro. Los yerros pertenecen al pasado; el porvenir que se presenta ante nosotros es promisorio de alegrías y ensueños realizables; con nuestro padre allí llevaremos una vida muy distinta a la de antaño. No existirá en nuestra mente el enigma desesperante de la anterior separación y tendremos el júbilo de ver amenudo a nuestras antiguas compañeras de colegio... ¡Ya veréis! Oprimió su mejilla contra el pecho agitado de su hermana, reconviendo: —¡Oh, Lucía, cómo ha menguado vuestra voluntad! Prometedme... prometedme al menos que llevaréis la conciencia tan tranquila como la mía.— E hizo descender la frescura de sus labios sobre la frente afiebrada de su hermana gemela. Su actitud entrañaba una especie de adoración.

CAPÍTULO XXII

Varios días más tarde levantóse Don Juan muy de mañana. Vistióse con esmero en la forma sencilla y elegante que tan bien sentaba a su apuesta figura y siguió con rápidas zancadas la conocidísima vereda que conducía al hogar aislado del Cacique.

El amanecer era un ópalo con fulguraciones de ascua. Surgía el disco del sol tras las colinas, comenzando a teñir la espadaña de los campos de un color rubio dorado; y un sutil aroma de hierbas odoríferas y de algas marinas impregnaba la atmósfera. Una iguana se deslizó entre las piedras perezosamente, ocultándose entre los cactus al cruzar el joven por el sendero. Al llegar al espacio abierto donde se contemplaba el Caribe, tumultoso por entre las palmeras, comenzó a cantar quedo, dando fácil salida a sus sentimientos. Vertía en su canto, improvisado por el entusiasmo, todo lo que había de admirable y conmovedor en su cariño, trocando su medrosa incertidumbre en grata expectación. Decíase para darse ánimo que encontraría a la princesa entretenida aun entre sus plantas, pues el indio Maxaguán le había informado impensadamente que Toeya cuidaba de sus flores en las tempranas horas del amanecer, permaneciendo en el amable rincón de los abeyes buena parte de la mañana. Siendo día del cumpleaños de sus primas rogaría a la princesa que recogiese para ellas un ramillete de menudas orquídeas silves-

tres y quizás así obtendría la ansiada oportunidad de hablarle a solas. Rogaba en sus adentros que la adusta y recelosa dueña se encontrase ocupada en alguna labor hortícola; y así pensando ensayaba en su mente su sentido discurso, haciendo ademanes inconscientes y sonriendo con esperanza de júbilo al vislumbrar en lo alto de la loma el hogar de la princesa, con sus puertas abiertas de par en par a todos los vientos.

Un momento más tarde llegaba del más agradable buen humor. Encontró al Cacique disfrutando de su desayuno bajo la sombra del frondoso capá y advirtió con curioso interés el odorífico bejuco (129) y la fina artesa labrada que tenía a su derecha, los cuales estaba bien enterado que serían utilizados por el indio al finalizar su refacción matutina (130) para lavar y secar sus manos, tal como había sido la pulcra costumbre de sus ascendientes. Pensó fugazmente y con considerable satisfacción que aquellos aborígenes antillanos se habían adelantado un tanto al período neolítico en que vivían.

Urabanex le instó amablemente a que tomara asiento y participara de su agradable desayuno, lo cual aceptó Don Juan con jovialidad, sentándose sobre las nudosas raíces y reclinándose contra el tronco, como lo había hecho anteriormente en innumerables ocasiones. Sin embargo, solo tomó una anona y un zapote, ignorando que era aquélla especial para el Cacique.

El iris de sus ojos relampagueaba al moverlo con febril impaciencia en todas direcciones, mientras la voz del Cacique decía sosegadamente:

—Os aseguro, Don Juan, que hay suficiente aquí para ambos, pues mi hija no ha podido desayunarse aún. Además, muchas veces prefiere frutas silvestres. . .

Al escuchar hablar de la princesa el corazón del hidalgo comenzó a latir aceleradamente, pero su rostro permaneció tranquilo y observante.

Oíanse los rítmicos golpes del pilón, llevado por una mano experta. Don Juan escuchaba con atención, haciendo la parodia de comer con apetito.

Urabanex sacudió la cabeza con resignación, añadiendo con acento quejumbroso:

—¡Es un gran consuelo para mí, Señor, que mis amigos recuerden la senda de mi bohío! En ocasiones me imagino que carezco de hija, ya que la mía se ha tornado tan devota que se levanta al rayar el alba para oír todas las misas que se dan en la ciudad, sin un bocado de alimento hasta el medio día... ¡y ésto, sí es que no ha hecho promesa de ayuno! Hay veces que a penas le restan fuerzas para postrarse a orar. Le he advertido ya, Don Juan, que la Santa Madre atendería mejor a sus súplicas si no se hallase tan lastimosamente debilitada; pero no parece compartir estas suposiciones... Los bondadosos franciscanos le han inculcado sus hábitos religiosos y ahora se dice que llegará de España próximamente un grupo de monjas y que mi hija podrá profesar, si se siente inclinada a ello. Toeya ha llegado a asegurar que llevaría aquella vida enclaustrada con infinita satisfacción!— Y entonces el indio se rió suavemente de un modo imprevisto, con un destello indómito en su mirada aquilina.

Don Juan había escuchado las quejas de Urabanex sin hacer comentario alguno, aunque con aprensión, ya que el Cacique no tenía el hábito de discutir las excentricidades de su hija con los visitantes. Sintió que su corazón se estremecía al conocer el deseo vehemente que movía a la princesa, pues su razón le indicaba que si la joven creía tener vocación para la vida monástica, era señal evidente de que estaba tranquilo su espíritu y no había experimentado por él más que el tibio afecto de un amigo.

En su consternación el joven no encontraba palabras adecuadas para expresar su asombro. Los ojos inquietos y ardientes parpadearon incrédulos.

De fijo la princesa no habrá tomado aún una decisión tan absurda. Sin duda, Cacique, la austera disciplina de

aquella existencia podría ser fatal para una criatura de su temperamento. Algunas almas se sienten bendecidas y purificadas; otras... se marchitan, desfallecen y la luz inmortal no llega a tocarlas...

—No puedo dudarlo— murmuró Urabanex con evidente inquietud. —Ayudaba continuamente al ermitaño en la limpieza de su ermita y la infeliz dueña que debía seguirla hasta allí, estaba casi fuera de sus cabales. Con todo, jamás juzgué prudente contradecirla abiertamente en sus inclinaciones: las doncellas son a veces criaturas incomprensibles y les disgusta que se les constriña. Por tanto, si mi hija anhela irse un día de paseo al bosque sin acompañante alguno, Maxaguán la sigue a respetable distancia, sin que ella se entere; si su celo religioso exige un santuario en la huerta, entonces con mis propias manos le confecciono una imagen de madera... Pero si su capricho exige hacerse hermana de la caridad, abandonando definitivamente a su padre casi anciano, entonces debo intervenir para enterarla que no estoy dispuesto a transigir con tales absurdos.— Urabanex respiró profundamente, como quien ahoga un suspiro. Luego continuó con acento más sosegado: —¡Ah, Señor, ha mucho tiempo que la complazco en mil caprichos ingenuos... solo por hacerla dichosa!— El Cacique apoyó meditativamente la cabeza sobre las palmas de las manos y concluyó rebotante de entusiasmo: —Mi hija está llamada a cumplir un deber aún más noble y fructuoso que el de prestar su ayuda en templos y monasterios... ¡y ésto quizás antes que pase otra luna! Ya ésto me llena el corazón de gozo indecible, Don Juan!

Reinó una pausa difícil. El hidalgo, inquieto, cambió de apoyo. Comenzaba a entrever algo tardíamente el motivo de aquellas confidencias. Debía decir que era una decisión cuerda y le era del todo imposible pronunciar palabra alguna, porque su lengua no podía articularla. La incertidumbre de todo aquello le destrozaba los nervios, pero el Cacique continuó con calma comiendo del ector (131) suave, llenan-

do su olla de barro cocido, inconsciente del efecto que causaban sus palabras en el joven español. Después de probar el apetitoso manjar, añadió dando señales de vivo regocijo: —Después de la celebración de nuestra fiesta tradicional, hubo de reunirse un consejo de *nitainos* para decidir a cuál de sus pretendientes debía otorgarse la mano de la princesa, ya que ella misma se ha negado a tomar resolución alguna. Hizo una breve pausa en que movió el contenido de la olla y prosiguió, con ternura patente en su animado semblante:

—Entonces, de acuerdo con el más sano juicio de la colectividad, como se ha practicado de hecho durante tanto tiempo en los pueblos de Quisqueya, nuestro respetado pariente Umatex, hijo del grande Mayobanex, ha sido el candidato escogido y aprobado por unanimidad. Otros muchos habían solicitado ya la mano de mi hija, pero Umatex parecía predestinado a ser el elegido, pues no sólo es el más digno de perpetuar nuestra estirpe por su claro linaje, si no más temido que ningún otro hijo de Cacique en La Española, pues, como yo, lleva en sus venas la sangre de los Ciguayos (132). Antes de la luna nueva habrá de recibir a la princesa como esposa, después que hayamos cumplido los ritos simbólicos y las formalidades imprescindibles del caso, según nuestras venerables costumbres ancestrales.

Don Juan no estaba preparado para recibir una sorpresa tan grande y al terminar Urabanex la peroración que le había quitado el aliento, atragantóse con las pepitas de la anona, que mordisqueaba distraídamente, mientras una inusitada debilidad se posesionaba de sus miembros, haciéndole imposible ponerse de pies. Su rostro tornóse color de púrpura; dilatáronse sus ojos, cargados de desesperación, y el nudo que le oprimía la garganta parecía ahogarle más a cada instante.

El Cacique ofrecióle sin precipitación agua fresca de un canarí (133) labrado que tenía a su alcance, murmurando frases de pesadumbre.

Inconscientemente el hidalgo agarró la vasija con ambas manos y tomó varios sorbos de seguida, dejándola al fin en su sitio original, murmurando una trémula palabra de gratitud.

La palidez de su semblante no podía, pues, alarmar al imperturbable indio, el cual sin atribuir mayor importancia al incidente, concluyó con patética entonación, como hablando consigo mismo:

—En esta ocasión no he podido menos que acceder, amigo mío. Los jóvenes se conocen ya de mucho tiempo, y yo... ya lo veis, no estoy fuerte y vigoroso como antaño: me he tornado lamentablemente inepto para trabajar en los conucos! Debo por tanto ceder mi hija, que es mi único tesoro, a brazos más capaces que los míos. Prometí unirme a ella en la iglesia esta mañana, Don Juan. ¿Estaríais dispuesto a concurrir conmigo a la misa rezada?— insinuó con gentileza.

Terminada su refacción, lavóse las manos y las restregó suavemente con el *digo*.

Alzándose pesadamente de su ingrato asiento, el hidalgo balbuceó algunas incomprensibles palabras de excusa, sin poder añadir ni una sola frase congratulatoria a aquella negativa.

Sus labios se crisparon al mentir con dificultad:

—Lo deploro, Cacique. Me duele la cabeza de un modo atroz. Creo que debo retornar a casa inmediatamente. Excusadme esta vez, os lo ruego.— Y se inclinó con tiesa dignidad.

Hundido en la más cruel desesperación el joven se marchó, adquiriendo sus alteradas facciones el tinte pálido de la cera. Pensó que la fatalidad se cebaba en él y en tal estado de indecisión y angustia mental, su pobre corazón sediento le hacía vislumbrar más negro lo porvenir.

Al alejarse el español asomó a la mirada del indio un destello de comprensión y acaso por primera vez advertía con claridad la situación. Ahora sabía a qué atribuir sus afectuosos halagos y su repentino afiebramiento. Era lamen-

table... se dijo, pero ya nadie sería capaz de hacerle volver sobre su decisión: su respeto a la palabra empeñada y a las tradiciones de su tribu hablaban con voz más fuerte que la del corazón.

CAPÍTULO XXIII

Con la cabeza trastornada,, como si hubiese ingerido un licor espirituoso, y el corazón agitado por mil encontrados sentimientos, Don Juan retornó a su casa, paso a paso, con las mandíbulas contraídas y la desventura reflejada en cada rasgo de su semblante. Díjose que al fin comprendía la extraña e inexplicable reserva de Toeya. ¿Lo habría ella amado alguna vez? ¿Acaso podían efectuarse aquellos desposorios sin su consentimiento? Imaginaba que había aceptado estos esponsales y consentía en unirse al indio para cumplir los anhelos del Cacique o talvez lo admiraba, amándole... Quizás él mismo nunca había sido para ella más que un temido "orijuna"; un advenedizo... Recordaba como le había lanzado aquel día al rostro el injurioso epíteto, espantados los ojos, en desorden la cabellera, negra y abundante, cubriéndole los brazos y las espaldas como la de las salvajes ciguapas de sus leyendas. Sus ojos, en verdad, no eran los de una novia feliz y recordaba haberla visto temblar como una hoja en su presencia al aparecer Toa a la puerta del *bohío* con aquella expresión intimidante en sus hundidas pupilas... ¡Pero ya esto le parecía que había sucedido en una época distante! Meditó, pasándose una mano febril sobre la frente húmeda. Su expresión torturada cambiaba sutilmente a una de profunda perplejidad. ¿Acaso temía la princesa de algún modo a su dueña o era su ardiente imaginación que

hiperbolizaba los hechos? ¿Por qué entonces se había mostrado tan extrañamente esquiva durante aquella última entrevista? tornaba a preguntarse, mientras mil conjeturas ofuscaban su cerebro. Comprendía que debía actuar con presteza; tomar alguna sensata determinación, pues su dicha se le escapaba y no había tiempo que perder. ¿Es que no estaba ya en su sano juicio, que no se sentía capaz de decidir por sí mismo asunto tan sencillo como aquél?

Díjose más tarde que debería dirigirse al instante al hogar de los Virreyes, para allí solicitar una entrevista de Doña María de Toledo que le permitiese consultar francamente con ella su caso, pero se sentía incapaz de hacerlo en el grado de exaltación en que se hallaba. ¿Accedería la Virreina a hablar al Cacique? ¿Podría él contraer nupcias con Toeya sin el consentimiento de su tío? Quizás no había respuestas a tales preguntas. Otra cosa aún perturbaba su ánimo en aquel instante: nada tenía que ofrecer a Toeya como no fuese su preclaro nombre y aquella ternura sin límites que le embargaba, y ésto le parecía muy poco para la princesa más bella de las Indias Occidentales.

Encontró su hogar desierto, a excepción del anciano mayordomo, y sintióse aliviado de que no hubiese nadie más allí que reparase en sus facciones notablemente alteradas. Sin duda, sus angustiosas emociones eran responsables de ésto, pero no podía evitarlo en aquellos críticos instantes. Repetidas veces pasó por su cerebro la desconsoladora idea de que había desafiado al destino con su larga espera y que éste traidoramente se le escapaba con lo mejor de su existencia.

* * *

Y aquella noche su jaqueca se hizo tan real que le latían las sienas y la vista se le nublabá de dolor. Cerró su puerta obstinadamente al rehusar la agradable infusión de malva que le ofreció el ama de llaves, pues deseaba evitar que le hiciesen las preguntas de rigor y prefería que le dejasen tranquilo con sus pesares y rebeldía.

Tuvo sueños extraños que se convirtieron en alucinantes pesadillas y aún persistían en su cerebro al amanecer, pareciéndoles extraordinariamente reales y perturbándole con funestos presentimientos. Se le ocurrió pensar que quizás había estado enfermo de nuevo y oyese subconscientemente parte de alguna conversación entre sus primas que le impresionara, grabándosele. Lo cierto es que recordaba con claridad la presencia de ambas en su cámara y el roce suave de sus manos, aplicando a sus sienes compresas refrescantes.

Parecíale haber escuchado de sus propios labios los detalles inquietantes de aquella boda de Toeya que se celebrara en el Alcázar. Hubo bailes populares en las plazas públicas; y la calle de Las Damas, por donde desfiló la comitiva, había sido decorada con palmas y guirnaldas floridas, pendientes de los balcones. Y Don Juan se sentó en el lecho, experimentando una angustia punzante, pues comenzaba a recordar algunos pormenores extraordinarios: Toeya a la cabeza de la comitiva, con el deslumbrante traje blanco que usara el día de la fiesta en el Alcázar; y él mismo contemplando el extraño desfile tras la reja de su ventana, como un prisionero. Habíala llamado desesperadamente, sin pensar que podía ser escuchado por los demás; y la princesa finjió no oírle, aunque la noche estaba profundamente tranquila. De tal modo se amalgamaban en su cerebro la realidad y la ficción que se preguntaba dónde terminaban los hechos y dónde comenzaba su alucinante sueño.

La atroz jaqueca persistía aún y el hidalgo, recostado sobre sus almohadas dudaba todavía, pero sentía un loco afán que le incitaba a vestirse a toda prisa e ir en busca de Toeya cuanto antes, o su ominosa pesadilla le haría perder la ecuanimidad.

Mientras se vestía con toda la ligereza que le permitía su nerviosidad, los pormenores angustiosos de su sueño presentábanse como en ráfagas con claridad sorprendente. Y al evocar la patética visión que se desenvolvía en su mente, sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo: su hermosa

princesa había preferido quitarse la vida antes que unirse al indio, a quien no podía amar, y Don Juan recordaba haberse vestido a toda prisa, como lo hacía en aquel momento, para echar a correr hacia el Ozama, pues allí, junto a la fuente de Colón, se hallaban las piraguas decoradas con flores que esperaban a la comitiva. Reunidas sus doncellas, cantaban una melodía solemne, la cual coreaban los hombres con voces graves y melancólicas.

Mientras abría con presteza uno tras otro los arcones que guardaban su ropa blanca, aquella extraordinaria visión pasaba por su cerebro ya despejado como las estampas de un album que se hojease con celeridad. Mirándose al espejo que tenía ante sí con ojos de alucinado, ajustábase la gola y evocaba la visión de su amada al ser conducida por el Cacique a la piragua nupcial, dejando descubrir en su rostro la expresión de la víctima que se conduce al sacrificio, mientras se arremolinaba la mascarada fantástica de los indios, haciendo mil reverencias ante la desposada. Ya sentada en su florido asiento, frente al mar Caribe, la joven remó con vigor, serenamente inconsciente de los que la contemplaban con asombro y temor desde la orilla. En medio de un tumultuoso clamor el desposado la llamó inútilmente. ¡Ah, no era otro que aquel joven arrogante a quien había visto bailar con ella la tarde de año nuevo! La princesa había llegado al punto donde el choque de la corriente del río con la marea ascendente levantaba un torbellino de espumas y allí cesó de remar. Los de la orilla pensaron que la joven volvía arrepentida y en vez de eso la vieron bajar a un lado los remos y alzarse como una sonámbula, arrancando con dedos trémulos aquella sortija de rubí, de la cual no se había separado jamás. Contemplóla un instante con pesar infinito y la llevó a los labios en muda y patética plegaria. Después... ¿qué había sucedido? ¡Ah, sí, lo recordaba, estremeciéndose al recuerdo!... Después, con un ademán reverente, dejóla caer en el océano y mirando al Cielo a través de sus lágrimas, lanzóse ella misma al seno de las aguas con las manos

cruzadas sobre el pecho, desapareciendo al instante entre las ondas profundas.

No exento de las extrañas supersticiones de aquella época, la escalofriante visión le torturaba de un modo indecible. Todo había sido un sueño fantástico... pero quizás podía trocarse en realidad desoladora!, decíase paseando nerviosamente de un extremo al otro de la habitación, temiendo que la truculenta pesadilla le obsesionara todo el largo del día; pero en aquel instante alguien tocaba perentoriamente a la puerta de la casa, sacándole de sus cavilaciones. Ya completamente vestido, lanzóse escaleras abajo a abrir por sí mismo, sin esperar a que acudiese el mayordomo.

El que así llamaba era un joven paje, quien traía un voluminoso rollo, cuyos dorados sellos ostentaban un escudo condal, pero el hidalgo no reparó en ello. Tomó el pliego y dió las gracias al doncel con una rara sonrisa. ¿Sería el ansiado permiso? Indudablemente, esto le llegaba de España. Un hálito de esperanza ensanchó su pecho.

Haciendo un respetuoso saludo, el mensajero volvió la espalda, alejándose con presteza y el hidalgo, todo trémulo, cerró la puerta de golpe, dejándose caer en el asiento más próximo para abrir el pliego con dedos febriles. El gran sello condal cayó al polvo; los otros dos quedaron en la alfombra hechos pedazos. Al posar la vista sobre el pergamino emitió involuntariamente un grito entrecortado; leyendo, frotábase los ojos, creyendo soñar: tal era la sorpresa que experimentaba. Leía con avidez no exenta de emoción y parecía indeciblemente perturbado. Inmóvil, sosteniendo aún la misiva entre las manos, murmuró audiblemente con los ojos brumosos de lágrimas:

—¡Dios del cielo! ¡Qué noticia más increíble para el Marqués!— y sus ojos se ensancharon y suavizaron de repente. —Debo comunicarla inmediatamente a mis primas... ¡Pobre tía Elena! ¡Cuánto me quiso!

CAPÍTULO XXIV

Dos horas más tarde, después de haber puesto en conocimiento de Don Ramón la infausta nueva del fallecimiento de su hermana, la Condesa de Sotomayor, Don Juan Alba del Valle, su heredero universal, hacía llamar a sus dos primas para ponerlas al corriente de un capítulo muy conmovedor en la historia de su difunta tía. Debía tocarle al Marqués impartir la dolorosa noticia, pero estaba hartó agitado y recaía la misión en su sobrino.

Al presentarse las Marquesitas Don Juan recorría la sala en pensativo silencio. Se detuvo para ir hacia ellas y estrechar a ambas con abrazo fraternal, en demostración sensible de mutua pena.

—¡Ha sucedido algo muy doloroso para todos, queridas primas!— dijo pausadamente porque la emoción del recuerdo retardaba sus palabras. —Nuestra tía Elena ha dejado de existir. Pobrecilla, ¡sufrió indeciblemente!... Sí, tengo una historia muy conmovedora que referiros: algo vinculado estrechamente con el fallecimiento de vuestra madre. ¿Querriais escucharla ahora?

—¡Ya lo creo... pobre tía Elena! ¡Qué pena tan honda!— sollozó Doña Mariana, enlazando sus manos y llevándose las a los labios, temblorosa.

—¡Ah!... ¿se trata de una historia de amor, Don Juan?— inquirió Doña Lucía con un dejo de dolor, y al for-

mular esta sencilla pregunta dejaba escapar sus lágrimas. —Nunca hubiera sospechado eso de mi pobre tía . . . ¡Infeliz, parecía tan desligada de las cosas del mundo! Por eso se dice que cada vida tiene un drama oculto . . . ¿Está enterado ya nuestro padre?

—Sí, lo sabe todo, primas mías, y está sumamente apenado. Vosotras no debéis ignorarla tampoco . . . pero es preferible que conversemos en la sala de cedro para que no se entere la servidumbre.

—¡Tenéis razón . . . Venid!— asintió al punto Doña Lucía y se colgó de su brazo al marchar hacia la sala. Sus ojos expresivos y llenos de fuego mirábanle extraviados e inquietos, pensando que su pasión era demasiado firme para ser desterrada por simple orgullo: era una realidad perenne.

El joven las condujo a la sala íntima, cuyos macizos muebles estaban primorosamente acojinados . . . Los pesados cortinajes de dorados flecos, impedían que las conversaciones se exteriorizaran. Don Juan acercó sendos butacones, optando por sentarse entre las dos. Comenzó bajando la voz confidencialmente.

—¡Nuestra tía fué desdichada toda su vida! Quizás conozcáis parte de su historia, pero difícilmente lo que atañe a vosotras . . . Escuchad atentamente y sed benévolas con la que os sirvió de madre por tantos años. Tía Elena casó muy joven con un “rico hombre”, para complacer a su familia. El Conde de Sotomayor era un sujeto exaltado y celoso, y la hizo completamente infeliz. Por ventura o por desdicha, quedó viuda en la plenitud de sus veinte años y pensó en contraer nupcias nuevamente con un joven que había sido la ilusión de su vida, pero se trataba de un pobre infanzón y todos, especialmente el tío Manolo, se opusieron enérgicamente a aquellas bodas. Vuestra madre era quien entregaba las cartas a su cuñada. Al nacer vosotras enfermó gravemente y una de aquellas misteriosas misivas, sin nombre y sin dirección, fué a parar a manos del Marqués, quien la creyó perjura. Me appena indeciblemente verme precisado a referiros esta

triste historia de equivocaciones y de lágrimas, pero vuestro padre así me lo ha encomendado.— Perlas de sudor bañaban su frente.

—Y además,— comentó Doña Mariana, deseando hacerle fácil la narración —cosas como éstas suceden a todas las familias... Proseguid, por favor. ¿Qué sucedió entonces?

—Triste es referirlo... Fué un doble drama... El Marqués renegó de ella, tan inocente, y vuestra santa madre prefirió llevarse su secreto a la tumba, porque así era de noble, y pensaba que los jóvenes podían ser felices aún. Pero su destino estaba marcado: el Hado les fué adverso. Su obscado hermano, en la estrechez de su criterio, extremó la vigilancia y amenazó al infeliz amante con atravesarle con su espada, si le sorprendía alguna vez rondando la quinta. El joven no se intimidó; ni cejó en su propósito y tío Manolo, hijo de su época, cumplió su palabra. Así, pues, el sacrificio de vuestra madre fué del todo inútil. Y es ahora cuando se pone en claro el misterio... Nuestra infeliz tía vivió sin duda presa de sus remordimientos, pero vuestra madre, que era más que santa, querría que la perdonasen...

—¡Oh, qué doloroso es todo esto... y que cruel! murmuró Doña Lucía, frunciendo los labios y tratando de conservar la calma. ¡Cómo pudo nuestra tía cometer semejante crueldad contra nuestra pobre madre! ¡Tanto como fingió querernos!

—Como nos quería, Lucía;— corrigió Doña Mariana con voz conmovida, secándose las lágrimas. —Fué de carácter cobarde y débil, ciertamente, pero sufrió mucho y nos quiso de veras: cada día se esforzaba por complacernos... Su fogosa hermana se volvía cada vez más insensible, pensó. Y añadió con tierno acento: —Y nuestro padre, ¿qué os ha comunicado, Don Juan? ¿No desea vernos ahora?

—Así es, ... pero no os lo he dicho todo aún; falta lo más increíble. La Condesa me ha legado su título y sus bienes, que son cuantiosos. Ahora ya no tendréis porqué preocu-

paros por mi porvenir... Quizás mi vida tome un nuevo rumbo... Habéis sido dos hermanitas extraordinariamente dulces. No he de olvidarlo jamás.

Doña Lucía se puso de pie impetuosamente y fué a posar ambas manos sobre los hombros de su primo. En sus ojos fulguraba el éxtasis del triunfo al exclamar llena de júbilo:

—¡Conde de Sotomayor, enhorabuena! Entonces, si ha tenido este rasgo de generosidad para con vos, debemos perdonarla... y olvidar su falta! Así podréis abandonar esta isla y tornar a Castilla, donde viviréis principescamente, como corresponde a vuestro rango...

Doña Mariana los contemplaba emocionada y lágrimas silenciosas surcaban por sus mejillas, súbitamente coloreadas. Pensaba con inmenso agradecimiento y satisfacción que a pesar de los celos y las aprensiones que envenenaron el alma del Marqués, había triunfado por encima de todo su cariño filial... Y esto, gracias a la generosidad de Don Juan, que desconocía el egoísmo y se había dejado ablandar por sus súplicas, desafiando la ira del padre de ellas. Pero la emoción anudaba su garganta, impidiéndole traducir en palabras su hondo sentir. Tan sólo pudo alzarse de su asiento, con el rostro bañado de lágrimas para ir a estrechar las manos del joven, toda trémula de emoción. Por primera vez estaba de acuerdo con su hermana... Pensaba que Don Juan debía retornar al Continente, pero ya casado con su hermosa esposa indígena, para disfrutar de una vida más feliz y deleitosa, como ambos merecían. Así comprenderían los Grandes de España que los indo-antillanos eran susceptibles de civilizarse, si se les ofrecía la oportunidad de probarlo... Pero no osó expresar sus nobles pensamientos ante su hermana por temor a provocar su indignación.

Don Juan contestó con énfasis:

—Siento desencantaros, Doña Lucía: No tengo intención alguna de desempeñar el papel de histrión de corte, ni penséis que me voy a tornar presumido de la noche a la mañana.

Vuestro padre me ha propuesto trasladarme sus granjerías y hatos, y así, si os desencanta la vida de la corte, podéis retornar a Quisqueya cuando os plazca... o bien podríais pasar aquí los meses de invierno...

Doña Lucía frunció su delicada naricilla y agitó un brazo, descartando la idea. La sociedad de sus iguales no podía hastiarla nunca, pensó malhumorada con la respuesta del Conde. ¡Oh, su España llena de vida y de luz! ¡Y aquí en La Española: misterios, peligros, leyendas!... A su señor primo lo indígena le había entrado por los poros de la piel, intoxicándole como un veneno... Si no tuviese su alma vinculada a la india, ¡cuánto haría con su nueva dignidad!

—¡Señor Conde, el porvenir me parece perfecto para vos! ¡Qué hermosa perspectiva!— contestó serenamente Doña Mariana, dándole tratamiento por primera vez. Era como si tuviesen un tácito acuerdo de mutua ayuda. Una vez más fundía su dicha en el crisol de su optimismo y triunfaba sobre su apasionada devoción.

CAPÍTULO XXV

Güey, el sol, había cruzado muy lentamente por el cielo en aquel sereno día invernal. Los deslumbrantes matices de la tarde se habían diluído en ámbar pálido y en lontananza las colinas de color violado se envolvían en argentadas nieblas, como velos transparentes y flotantes. Los suaves fulgores del crepúsculo borrarónse por completo del haz de la tierra y la luna se iba alzando como mágica gema en el azul profundo del cielo.

Las brisas fragantes y salvajes jugueteaban con las gudejas de Toeya, cuyos pies delicados estaban sumergidos en el agua diáfana, añorando quizás la vida bucólica y patriarcal de sus ascendientes. Flotaban las lilas serenamente y el agua del río recogía todos los matices del verde, confundíendolos con el azul del cielo y cambiantes de oro de su fondo. Pero la joven parecía demasiado abismada en sus dolientes ensueños para disfrutar de la belleza de aquel poético rincón, ni del plateado fulgor de la luna llena, que reflejaba su imagen en el río, como sobre un espejo luminoso y magnífico. Ensombrecido el corazón, permanecía recostada contra el tronco de una palmera, echada hacia atrás la airosa cabeza, sumida en honda reflexión.

Desde lo alto de la palmera que le servía de apoyo, un pájaro desgranaba el raudal de su canto y la joven interrumpió su doliente meditación para escuchar fascinada, trans-

formándose su pasividad anterior en esperanzada expectativa, como si el hechizo de la salvaje melodía hubiese puesto en fuga la congoja mortal de su espíritu.

—Ah,— murmuró afligida —los pájaros cantan y mi voz enmudece... ¡Yo que he cantado tantas veces con ellos!— Inclínaba ligeramente la cabeza en un gesto de expectación. Aquella noche, se dijo, la naturaleza toda parecía participar de su pena, tan honda, y ante su mirada absorta se desenvolvía como un miraje la visión del pasado, haciéndola suspirar. La canción había cesado abruptamente, como si su acento de dolor hubiese espantado al avecilla.

Al salir se había prendido algunas pasionarias a su lustrosa cabellera de ébano, pero las fué arrancando una a una para contemplar los círculos concéntricos que formaban al caer en el río, bajo la mano invisible de algún genio del agua. Quedóse inmóvil como un hermoso ídolo, procurando escuchar con atención. Creyó percibir un leve ruido de hojarasca revuelta, pero al escuchar de nuevo con los ojos espantados, sosteniendo la última flor como una antorcha en su mano trémula, nada pudo ver, ni escuchar en la vasta soledad de la espesura, excepto el chirriar de los grillos y los latidos sobresaltados de su propio corazón. La brisa soplaba con ligerisísimos ruidos, pero nada más percibió a través del bosque en sombra. Desde una rama alta vió fulgurar la pupila del pájaro de la noche, experimentando un extraño terror. Preguntóse una vez más qué podía ser aquello a tales horas. No serían ciertamente los *guabiniquinajes* que contemplara aquella mañana jugueteando allí mismo, casi domesticados. (134)

De nuevo hubo un crujido en la hojarasca, pero no escuchó sonido alguno de ave, ni de bestia en la augusta quietud de la noche. Las luciérnagas brillaban entre la fronda como gemas de fuego misteriosamente iluminadas. Según el criterio de Toa, eran *opias* que tornaban a los sitios de su predilección. Con los nervios en tensión escudriñaba la densa espesura de los altos mangles, que se dibujaban fantas-

magóricos a la luz de la luna y un escalofrío recorrió todos sus miembros.

Una voz de tono profundo sonó inesperadamente por encima de su hombro, haciéndola lanzar un grito de angustia.

—Si os sobra esa flor, Estrella de oro, me haríais muy feliz cediéndomela— aventuró el intruso con implorante ternura.

La joven se volvió y quedóse mirando al que así hablaba muda de consternación. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no echar a correr.

A esto siguió una carcajada jovial al comprobar el recién llegado, que no era otro que Don Juan Alba del Valle, la expresión sobresaltada del rostro de la princesa.

La joven retiró los pies del agua con ágil presteza, cubriéndolos con los pliegues de su saya. Alisóse el vestido y oleadas de rubor ardieron en sus mejillas. Su emoción era conmovedora, y lo contemplaba como alucinada.

—¡Ah, Señor!— exclamó casi desvanecida —¿Cómo pudísteis llegar hasta aquí? ¡Es tan difícil el camino y creí... que nadie más que yo conocía este retiro!...

La pregunta pareció confundir al caballero. Era, pues, su turno de sonrojarse y aparecer un tanto culpable; pero su rostro se inundó de júbilo al avanzar hacia ella. No podía, en verdad, confesar cómo la había espiado inútilmente en repetidas ocasiones hasta encontrar un innegable vestigio de su presencia en aquella revuelta del río, una pista bendita: el jirón arrancado a su saya multicolor, que se agarraba aún persistentemente a la espinosa jabilla de la ribera. Y aunque se hallaba ya algo descolorido, no pudo menos de reconocerlo, rondando desde entonces aquel florido rincón.

Su rostro se encendió al evitar la mirada firme ya de la joven.

—Entonces— murmuró, cruzándose de brazos —debo sentirme satisfecho en extremo de haberle descubierto a la vez... Os ví de espaldas y confieso que creí encontrarme con una extraña ciguapa, peinándose la cabellera al borde

del agua. ¡Casi me amedrenté, pero... no estoy habituado a huir!

Toeya le contemplaba con inusitada seriedad, experimentando un deseo incoercible de huir, pero temía herir la sensibilidad del joven.

Don Juan la interrogó de nuevo con gentileza.

—Por favor, Toeya, ¿no me cedéis vuestra flor? Quisiera conservarla como recuerdo.

La princesa la donó con cierta grave indecisión, calzándose luego las sandalias y alzándose al instante para marcharse de una vez.

Don Juan tembló de pies a cabeza, pensando que se le escapaba e imploró con acento casi humilde:

—¡Quedaos, Toeya! ¡Quedaos, por favor! Es tanto lo que debo deciros y de índole tan grave que estoy cierto que Dios me ha guiado hasta aquí.— Su voz, blanda y persuasiva, dejaba traslucir una nota de profunda ansiedad.

La princesa sintió que sus rodillas amenazaban doblegarse bajo el choque de la intensa emoción. Aunque la prudencia le aconsejaba marcharse, dejóse caer sobre el césped, echando hacia atrás la cabeza para escrutar el rostro del hidalgo, cuya expresión la desconcertaba por completo. Don Juan, vacilando, daba vueltas a la flor, con dedos nerviosos, estudiando a la vez con ansiedad el rostro de la joven, donde el dolor marcaba una huella intensa.

Había disimulado bastante. Entonces interpelóla bruscamente:

—Decidme, Toeya, ¿es cierto lo que me ha confiado vuestro padre ayer en la mañana? ¿Es posible que os hayais desposado con Umatex, el hijo de Mayobanex, sin sentir remordimiento alguno por mi causa? No puedo creer tamaña desventura y por eso os he seguido hasta aquí, para enterarme.

Los labios exangües de la joven balbucieron indistintamente:

—¡Ah, Señor, también vos lo sabéis!... Sí, no tenía el valor de comunicároslo aquella mañana... Me pareció tan cruel, tan inmerecido... ¿Acaso os ha informado mi Padre y Señor la fecha de estas bodas? Todos están enterados... todos, menos yo!— Y escudriñaba con creciente desconsuelo la faz sombría del hidalgo, implorando con voz desfalleciente: Os ruego que no me miréis de ese modo y... decidlo de una vez... Tengo derecho a saberlo...

El joven encontraba en extremo difícil comunicarle aquella perturbadora noticia, con sus ojos acongojados y suplicantes pendientes de los suyos.

—Creo, Toeya, que el Cacique se ha visto precisado a tomar esta decisión presionado por los suyos, pues no ignoran que pensábais ingresar en un convento... y los vuestros no comprenden estas cosas. Las bodas han de realizarse conjuntamente con los esponsales, se me ha informado. Es todo cuanto sé de este desdichado asunto y debo confesaros que, a más de que me agobia, me parece demasiado injusto, pues Umatex es casi un salvaje...

La princesa le contempló sombría, con los labios contraídos en una línea tensa. Llevóse una mano trémula a la frente, sin una palabra, ni una lágrima. En su dolor mudo e intenso, parecía una esfinge pagana.

Don Juan experimentaba a su vez una curiosa sensación de sequedad en la garganta, consciente de haberse expresado con desatino lamentable.

Por fin las palabras salieron penosamente de los labios de la india.

—¡Vale más morir!— murmuró desamparadamente —Es cruel y horrible: ya lo sé y ni siquiera me queda el derecho de hacerme religiosa... ¡Hubiese sido tan grato consuelo! Veréis, aquella misma noche de fiesta, después que hubieron partido todos, mi padre me comunicó la noticia... Yo despertaba de un sueño y creía que era alucinación. El Cacique no parecía el mismo: estaba fatigado y

exaltado y no osé contradecirle pensando que podría vencerle más tarde, sin comprender que Umatex había partido con su promesa y había muy poca esperanza de liberación para mí...— Apoyó la cabeza desmelenada sobre ambas manos, tratando de ocultar su angustia, como en una máscara de dolor.

El acento del hidalgo era de honda ternura al murmurar con voz cálida:

—¡Bah, no es preciso que os desposéis con el Cacique Umatex, si es otra vuestra inclinación, Toeya! Sabed que he hablado con vuestra madrina, la benévola Doña María, quien os profesa tanto cariño que todo se solucionará felizmente si protestáis de estas bodas.

—¿Protestar, Señor? ¡Ah, quién me escucharía!— murmuró la princesa abrumada, uniendo sus manos en actitud de plegaria. —Rogad a la Virreina que hable a mi Padre y Señor para disuadirle de algún modo... o yo moriré de pesar antes que amanezca ese aciago día.— Y en su voz tensa había un esbozo de llanto al proferir:

—Me es del todo imposible desposarme con Umatex... ni con ningún otro Cacique...— Luego, advirtiendo la mirada intensa del hidalgo, se explicó con más sosiego: —Desdichadamente... ya no siento como los indios... no comprendo sus aberraciones... Nuestros jefes prefieren morar en sus montañas, como guaraguaos, pensando que la mayor de las dichas sería echar a los blancos y volver a la vida primitiva, que tanto les halaga.

Quería exponer su sentir sin traicionar a los suyos, creyendo, además, que Toa la engañaba imaginando una guerra, para que aceptase las cuentas, consideradas entre los indios como la sortija de los esponsales entre los españoles.

—Recuerdo a Umatex como adolescente...— prosiguió con lentitud, tornando la expresión patética y evocadora... Era derecho y fuerte como un ácana (135), de ceño adusto aún a sus pocos años... y había algo de altivo y do-

minador en su continente que hacía que todos se doblegasen ante él. Muchos indios ven en él al predestinado redentor de nuestro pueblo y debo confesaros que mi Padre y Señor le admira y le ama como a ningún otro, pero yo... ¡le temo más que le admiro! Danza, porque todos los indios lo hacen, (era parte de su rito religioso) pero su corazón no alberga paz, ni alegría. Vos preguntaréis por qué os refiero estas cosas; y es que los sucesos pasados, a los cuales no concedemos importancia, ensombrecen muchas veces nuestras vidas... ¿No lo creéis así?

—Lo creo... hasta cierto punto... pero no permito jamás que me esclavicen. La voluntad ha de servirnos para procurarnos la dicha en la existencia, en vez de dejarnos arrastrar por la fatalidad... Contádmelo todo, Toeya. ¿Cuáles fueron esos sucesos que han ensombrecido vuestra vida... y la mía?— preguntó con sonrisa forzada, asiendo sus manos impensadamente. —Ya sabéis que estamos vinculados por el mismo destino, fatal o risueño...

La joven arrebató sus manos con confusión y le miró implorante a los ojos, diciendo tristemente:

—¡No, así no podría continuar! Sed un poco más sensato. Y después de esta exhortación, cruzó los brazos sobre el pecho y prosiguió con admirable calma:

—Aconteció que estando yo pequeña, después de una serie de espantosos temblores, nos vimos precisados a abandonar nuestro caney (136) y el Cacique Umatex fué generoso en exceso en aquella memorable ocasión, recibiéndonos en su hogar en las montañas... Como éramos muchos, nos consideraron alzados y Umatex, casi un niño todavía, se enfrentaba con la muerte a cada paso para procurarnos alimento. Por ese motivo mi padre y él han quedado guatiao (137). Huyendo de los conquistadores, había abandonado su hermoso valle, pero evidentemente nadie lo había echado de menos. Apagaba su sed en los torrentes y con su arco de guayacán buscaba la presa hasta en las nubes... sin fallar nun-

ca! Toa, tía carnal suya, cuidaba de mí por mandato de él. Me asegura amenudo que de conocerle mejor, llegaría a amarle y que de aceptarle llegaría a ser soberana de estas islas, cosa que no me tienta . . . pero también me advierte que la desdicha me perseguirá implacable toda la vida si consiento en unirme a un hombre de otra raza. ¿Comprendéis, Don Juan? ¡Todos parecen haberse confabulado en contra mía!

El hidalgo movió la cabeza con cierto desencanto y la princesa creyó comprender que el joven no tenía poder alguno para ayudarla; que nadie podría hacerlo, contrariando la disposición tomada por los suyos.

—Sí, creo que comprendo al fin, Toeya . . . ¿Es que no existe acaso otra razón más poderosa? Habéis manifestado que no os tienta la vida en las montañas, que los nidos de guaraguaos os espantan y os placen más los valles floridos . . . — En su acento no se advertía sarcasmo alguno, sino una amarga desilusión y murmuró perplejo y enojado: —Yo, ¡ilusos de mí, que osé soñar que amábais a otro!

Toeya desvió sus ojos, abrumada, pues lágrimas ardientes nublaban su visión. Su pecho se alzó agitado al manifestar con profundo desaliento:

—¡No tengo derecho a amar más que a un indígena: no lo olvidéis, Don Juan Alba! Se me recuerda esto cada día y a cada instante; vivo encadenada a las antiguas tradiciones de mi estirpe. Desdichadamente, no tengo poder para cambiar estas cosas tan . . . desoladoras. ♣

Había tan patética entonación en su acento que por un instante el castellano sintió sus propios ojos empañarse de lágrimas.

Toeya permaneció inmóvil, tratando de sosegar, pero las lágrimas que ya no podía ocultar, corrieron lentamente por su dulce faz. Y don Juan, sin percatarse apenas de lo que hacía, encontróse de hinojos junto a ella, secándole las mejillas con dedos trémulos. Su voz, ronca por la emoción que

trataba de reprimir, murmuraba acariciadora:

—Si me amais un poco, Estrella de Oro, no me torturéis más con estas absurdas prohibiciones. Ya todo eso pertenece al pasado y se solucionará felizmente para nosotros. Seremos tan felices como es posible serlo humanamente... ¡Bien lo sé!— Y apremió persuasivo: —Mi vida será dulce e inspiradora a vuestro lado... Decid que me aceptáis por esposo: siento que llegaré a hacer grandes cosas...

Aquellas o muy semejantes habían sido las palabras de Umatex... ¿Por qué debía recordarlas? Un punzante sentimiento de la realidad llenaba la mente de Toeya, amargándole aquel supremo instante y su estoico corazón se agitó como un ave herida que está próxima a sucumbir. Conociendo cuál era su deber, avergonzabase de haber sentido aquel momentáneo impulso de rebeldía. Su fe le cerraba el paso a la muerte: cargaría con el yugo, aún conociendo su pesantez.

Esta vez la respuesta fué apenas inteligible.

—Sería consumada profanación, Don Juan. No debo decíroslo, aunque mi silencio me desgarrar el alma... Es nuestro sino: también a vos este amor ha de costaros infinitas amarguras! No tenéis derecho alguno a disponer de vuestro brillante porvenir tan a la ligera, ni mucho menos a pensar en unir vuestro destino al de una infeliz doncella indígena, aunque haya sido princesa en días más venturosos... No quiero, ni puedo haceros odiar por el que tanto os ama. No podría soportar vuestro pesar y remordimientos... Volved adonde los vuestros y decid al Marqués de Villahermosa que la india os ha amado lo bastante para sacrificar su amor a vuestro hermoso porvenir... ¡Qué seáis feliz al lado de los vuestros!... Idos, por favor, Don Juan, y no penséis en mí con amargura.

De pie junto a ella, Don Juan la escuchaba, embriagado en su amor infinito, haciendo lo posible por dominar el loco impulso de estrecharla entre sus brazos y acallar aquella vehemente súplica con apasionadas caricias.

El rostro de Toeya estaba pálido como el mármol, pero resuelto. Tan sólo se agitaban sus pestañas para impedir que se escapasen las lágrimas. No osando mirar al hidalgo, imaginábase que el joven titubeaba y añadió con monótono acento, vencida por un sentimiento de fatalismo:

—La princesa cumplirá los deseos de su padre... Mi deber para con los míos lo hace imperativo. Cumplid con los vuestros, Señor... Por piedad, tornad a vuestra España, tan pacífica y feliz... Hacedlo esta vez por mí y perdonadme que os haya hecho tan desventurado.

Su voz se quebró de un modo patético y contuvo el aliento, temerosa de encontrar su mirada. Don Juan suspiró y la felicidad posible todavía transfiguraba su semblante. Como una ráfaga de comprensión la lucidez hacíale ver entonces como había sufrido la infeliz princesa y como interpretara él erróneamente su generosa obsecación... No pudo resistir por más tiempo y se echó de nuevo a sus pies. Después, tomando el dulce rostro atribulado en las trémulas palmas de sus manos, la atrajo a sus brazos, besándola en los labios con una sensación de ardiente júbilo, y acarició con solemne enternecimiento la cabellera sedosa, donde la luna ponía satinados reflejos. El cuerpo de ella se agitaba aún por contenidos sollozos; pero su rostro estaba en éxtasis.

Sin embargo, pugnó por desacirse, protestando ahogadamente:

—¡Dejadme, por favor! No os neguéis a escuchar mis razones, que son poderosas e ineludibles... No podría consentir jamás a unirme a vos sin el consentimiento de mi padre y de vuestro tío... Y ya veis, esto es imposible de alcanzar... Es por estas razones por las que no podía permitir os adivinar mi tormento... ¡Ah, Don Juan, nuestro destino, todo destino está en manos del Altísimo!— concluyó rechazándole y poniéndose de pie, para evitar sus demostraciones de cariño. Su alma, vasta y luminosa como un sol, se debatía rebelde ante el deber. Todo en ella expresaba una gravedad y una voluntad insospechada.

—¡Adiós, adiós, Don Juan!— dijo con desacostumbrado arrebatado de emoción, oprimiéndose inconscientemente las manos contra el corazón. —Aunque viviese mil vidas no os llegaría a olvidar jamás; os lo juro. Mientras tanto os ruego que deliberéis mejor; que no pretendáis decidir vuestro destino en un loco instante de arrebatado. Sería insensatez...

La voz vibrante del castellano se tornó tensa al protestar con una vehemente ademán:

—Toeya, no podéis abandonarme así. No puedo consentirlo... ¡Os lleváis mi esperanza y mi vida!

La princesa le miró asombrada y su pecho se alzó en un suspiro hondo, pero sin contestar palabra, dió al principio pasos vacilantes y después se fué alejando, hasta perderse en la sombra.

Don Juan sintió un deseo vehemente de ir en pos de ella, pero recordó el día memorable del incendio de la ermita y se contuvo. Sentíase tan abrumado que tuvo que asirse a un árbol para serenarse. Sabía ya que ella le amaba con amor infinito y profundo. Debía pues aprender a reprimirse y a esperar con calma, mientras hacía todo lo posible por deshacer los proyectos del Cacique. Pero le parecía que su delirio de amor se desvanecía ante aquella criatura porfiadamente generosa en su impuesta resignación. Estaba persuadido de que por una falsa idea del deber, Toeya, tal como Guacanagarix lo hiciera un día, se resignaba a inmolarsse.

El no había llegado a poner en su conocimiento el fallecimiento de su tía, la Condesa Doña Elena, y por ende su título de Conde, pensando que ésto podía separarle aún más de ella, que desearía verle ocupar su puesto dignamente en la corte, como un noble de España... Con seguridad el Marqués se escandalizaría por su elección de esposa, pero ya su decisión estaba hecha y él no había anhelado jamás una vida de fausto en la corte, prefiriendo mil veces una existencia idílica en La Española, junto a la elegida de su corazón.

Don Juan rondó el bosque y el río incesantemente durante toda una semana en un intento desesperado de ver a

Toeya y convencerla, pero sus esperanzas salieron fallidas. Encontróse tan sólo a Maxaguán, a quien rogó entregar un mensaje suyo a la princesa, pero el indígena se negó rotundamente a complacerle y sus tentadoras ofertas fueron rechazadas con dignidad. El joven, en su exaltación, llegó a acusar al indio de cómplice en la inmolación de su amada señora. Y el incorruptible servidor le había dado una contestación muy semejante a la del Cacique, en su burdo lenguaje mezcla de español y de taíno. Si su señora —adujo— había resuelto ser la esposa del noble Umatex, a pesar de su admiración por lo hispano, entonces era tan digna de su estirpe como su señor padre, a quien nadie, ni nada lograría desviar del motivo inmaterial del compromiso. No deseaba ser sobornado para traicionar a un compatriota: eran todos uno y pensaban de igual modo. Y con esta declaración final, hizo un respetuoso saludo y desapareció como una sombra movediza tras de los árboles.

Y luego todo sucedió como en una pesadilla espeluznante; evidentemente su sueño se repetía... Había vencido el plazo impuesto por el Cacique y la ceremonia se celebraría en un templo católico, por complacer a la novia, quien iba de un lado a otro con los ojos brillantes de contenidas lágrimas y la intensa palidez del sufrimiento.

A pesar de haber sido bautizado, Umatex deseaba desposarse según el rito indígena, atribuyendo a ésto la creciente desazón de su prometida, pero sentíase protegido por sus dioses. No deseaba que presidiese sus bodas el esplendor de las ceremonias cristianas, si no que se llevasen a cabo allí, donde humeaban aún los arcaicos altares de sus antepasados. Y escuchando aquellas absurdas disposiciones, Toeya sentía su propio corazón golpearle el pecho con sordo martilleo. Tenía el aire distraído, la mirada errante de los que sufren una acerba pena, y aunque no lloraba, cuando se encontraba a solas sentía la sacudida de los sollozos. A ratos creíase juguete de una pesadilla cruel, sin culpar a su padre porque pensaba que trataba por todos los medios posibles

de rehabilitar a los de su raza. Todos se desvivían por complacerla y hasta el incommovible Umatex hacía por adivinar sus deseos. Por esto se sometió de buen grado a su criterio: se abolirían las ceremonias indígenas excepto un paseo en piraguas que ya habían dispuesto.

Aquellas últimas semanas de relativa libertad ponían en su alma, llena de acerbos dudas, un temblor terrible de muerte. No había preguntado a su prometido adónde la llevaría después de la ceremonia; le era del todo indiferente, aunque anhelaba irse muy lejos de todos, adonde olvidase el ritmo deleitoso de su vida anterior, en la soledad y el silencio de los bosques milenarios. Volverían a la vida primitiva de sus antepasados, para allí, en la dulce paz que amaba el Cacique, borrar de su pensamiento el que había sido su cielo y su universo. Nunca más resonaría en sus oídos la deleitosa melodía de sus palabras, y aquel cariño tan profundo, naufragaría en el océano inmenso del olvido.

CAPÍTULO XXVI

El atardecer era una brillante apoteosis de color que reverberaba con opalinos fulgores en las ondulantes aguas del Ozama.

Entre las aclamaciones de los suyos la princesa era conducida a la hermosa piragua, la cual aguardaba en la ribera, profusamente adornada con palmas y guirnaldas de vivo colorido. La joven caminaba serena junto a su prometido, quien la dejó, rebosante de orgullo, en el puestó de honor junto a las demás doncellas. A su vuelta, a la lumbre viva del *guatú*, bailarían en la playa el areito de las Vírgenes. Bajo su fría apariencia, batallaban aún los sentimientos que la torturaban. No era este rudo y arrogante indio el compañero más idóneo para comprender lo que significaban un hogar y un alma sensible. No le cabía duda ya de que su corazón era duro como las *cibas* que se ennegrecen a la orilla del mar. Su figura arrogante la seguía como una sombra a todas partes, coerciendo sus acciones.

Las doncellas armaban gran vocería, ensordeciéndola. Habían visto varias aves acuáticas alzar el vuelo, asustadas por los remos, y lo juzgaban de mal augurio. La barca se balanceó suavemente y despegó, seguida de las demás. Comenzaban los melancólicos cánticos rituales que resonaban en sus oídos, recordándole el código de deberes de una esposa indígena, llamada a mantener firme en el corazón del

esposo la llama de la fe y el heroísmo; tejiendo la unión de las tribus quisqueyanas creando hijos varones. Aquellos sagrados deberes no debían ser un fardo pesado para ella, ya que anhelaba sobre todas las cosas justicia y libertad para los suyos. Mas sin explicárselo, su voz se tornó trémula y optó por callar. Lo extrañarían todo, sin duda, pero no podía evitarlo.

En su entusiasmo sus compañeras remaban con vigor, adentrándose en el océano, que parecía tumultoso en la penumbra del atardecer. Las olas mojaban los rostros y vestidos de las indias, quienes redoblaron su vigor. Cesaron los cánticos para dar lugar a las risas y a las chanzas cariñosas. Las voces masculinas resonaban melancólicas y arruyadoras a sus oídos. De repente, un trueno lejano retumbó en el ambiente. La brisa fuerte y húmeda anunciaba la proximidad de un chubasco. La alegre y despreocupada comitiva no hizo caso a las señales del tiempo. En cortísimo plazo cambió la faz del mar, de risueña y glauca, tornóse iracunda y parda. Las olas se sucedían cada vez con más frecuencia y pujanza.

Amedrentadas al fin, las indias intentaron poner proa hacia tierra. El viraje fué fatal; una ola más fuerte que las anteriores atacó la piragua de costado y la hizo zozobrar. Hubo voces, gritos y alaridos en la calma profunda del atardecer. Por una de esas mutaciones bruscas, frecuentes en los trópicos, el alegre paseo tornábase en drama. Los hombres se lanzaron al agua, abandonando sus canoas para ir a socorrer a las mujeres, que hacían esfuerzos inauditos para ganar la orilla. Las jóvenes eran expertas nadadoras, pero había comenzado a llover y luchaban contra la corriente, siendo socorridas con presteza.

De repente, el viento sacudió con furia las olas encrespadas bajo el azote del aguacero. Una voz resonante se alzó trémula en la medrosa semioscuridad. Era la voz de Umatex que clamaba con ronco acento:

—¡Toeya! Toeya! ¿Dónde está Toeya?— Y no le intimidó verse arrastrado por la violencia de las olas. Había

creído ver a la joven, luchando por mantenerse a flote, pero la oscura cabeza se hundió y el indio, haciendo acopio de energías, lanzó otro grito de alarma y arremetió con nuevo esfuerzo, sepultándose entre montones de espumas. Y el oleaje agitado retumbaba sobre su cabeza, abriendo a su lado las anchurosas puertas del abismo. Dos veces más vislumbró el cuerpo de su amada, para verlo desaparecer de nuevo, pero ofuscado por las canoas que veía junto a las rompientes, no acertaba en qué sitio la vió desaparecer por última vez. Quizás más a su derecha... No, no llegaría a tiempo!... ¡No era ya posible!...

En el cerebro oscuro del Cacique Umatex se agitaba también un mar de pasiones encontradas. —¡Oh, Ser Invisible!— clamó sin palabras, —¿Estáis aquí también? ¿Dónde hallaré a Toeya, si la pierdo ahora? Ella que cree en tu Omnipotencia irá a un sitio distinto que yo... ¡Ah, quiero perecer, si es que no puedo salvarla!—

Los relámpagos se sucedían ya sin interrupción, iluminando la tétrica escena. Angustiadas, las mujeres lanzaban gritos estridentes, sin hacerse oír, corriendo alocadas de un lado a otro de la playa; y los hombres, buscando sin descanso a la infeliz princesa, hacían esfuerzos inauditos, luchando contra el abismo espumante.

Don Juan había pasado el día en el campo atendiendo a los trabajadores y tratando de olvidarse de sí mismo. Regresó tarde, y tarde y con sorpresa se enteró de lo que estaba ocurriendo. Había creído que por súplicas de Toeya habían pospuesto la boda. Vergüenza y dolor le daba volver a la residencia del Cacique. Pero más que su voluntad de caballero, el instinto —un instinto de animal dolorido— lo guió rondando hasta el bohío y del bohío lo llevó al mar. Aceptaba su situación deprimente, y la lluvia, y el dolor que lo oprimía, como necesidad moral y física que le embotaran el espíritu.

Al llegar a la costa no oyó el grito de Umatex, pero sí el clamor angustiado de las doncellas, que repetían el nombre

de la princesa con desolación. Reaccionó rápidamente y, medio loco, se despojó de su daga y de la molesta golilla, lanzándose a la mar. La lluvia le azotaba el rostro y le entorpecía los movimientos. Percibió junto a las rompientes las abandonadas piraguas, y llegó hasta allí. El mar agitado resonaba en sus oídos como un torrente; pero no perdió el ímpetu y nadó vigorosamente hacia las rompientes. La desesperación templaba sus nervios. Buceaba con los ojos abiertos, cuando vislumbró la figura blanca, como un celaje, que se alzaba y hundía con el ímpetu de las olas. ¡Ella! ¡Ella!... Seguro de sí mismo, nadó hasta la meta con renovados bríos.

También la había visto ya Umatex, y su cuerpo cobrizo hendía las aguas desesperadamente. Ambos rivales se encontraron jadeantes junto a las rocas; pero el español, más fuerte, llegó antes abrazándose al cuerpo de la amada. El axhausto Cacique llegaba tarde, aunque había sido el primero en lanzar el grito de auxilio. Comprendiéndolo así, nadó en pos del castellano que había tenido el triste privilegio de socorrerla... ¡quizás demasiado tarde!

Cuando Don Juan ganó la orilla, tambaleante con su preciosa carga, le fué casi arrebatada de los brazos y los indígenas todos, hombres y mujeres, comenzaron a ensayar con la joven los mil recursos que practicaban amenudo en aquellos casos. El cuerpo de Toeya permanecía yerto y sus párpados amoratados no se movían.

El hidalgo sentía un nudo en la garganta; una aprensión dolorosa que impedía que las lágrimas surcasen raudas por sus mejillas. Frente a él estaba Umatex, tétrico en su dolor y, ¡ahora! no sentía animosidad contra el taíno; comprendía que también él la amaba desesperadamente y sufría, quizás tanto como él mismo.

Continuaba lloviendo y no podían permanecer allí por más tiempo. El indígena miróle fijamente con sus negras pupilas relampagueantes: había odio en sus ojos y se cruzó de brazos como desafiante. Luego tomó el cuerpo inerte de la

princesa, echándoselo al hombro, como si se tratara del de un niño. Y se alejó seguido de Urabanex y de los suyos.

Don Juan comprendió que no tenía ya nada que hacer, pero herido por el horror del drama, siguió silenciosamente el triste cortejo, casi sin percatarse de lo que hacía. Y así entraron al bohío, donde fueron recibidos con ayes y lamentos, pues se habían adelantado algunas mujeres, esparciendo la infausta nueva.

El Gran Behique, quien siempre se había distinguido por la cordura de sus aciertos, acudía conmovido. Su voz sacerdotal resonó en la cabaña. Notó con júbilo que el corazón de Toeya latía. Con su sencillez de aborigen, ensayaba devolver el conocimiento a la joven, infundiéndole su propio calor. Hacía colocar varios braceros bajo la barbacoa donde yacía, haciéndola cubrir con el pesado manto del Cacique, el cual Don Juan reconoció emocionado... ¡el mismo que le trajera como presente de Castilla unos meses antes! Después de hacer inútiles esfuerzos por volverla en sí, declaró con acento tembloroso que la princesa se había golpeado la cabeza contra los arrecifes y no podía asegurar si viviría. Acaso recobrase la lucidez para fallecer horas más tarde o perdiese definitivamente el uso de la voz. Con su ciencia práctica, estaba convencido de que la paciente había sufrido una tremenda conmoción cerebral.

La multitud quedó consternada, muda con el estupor de la incredulidad. Afuera un viento recio sacudía su furia en la arboleda y esto era tomado como mal augurio; también el *guatú* habíase apagado tres veces consecutivas... ¿Sería acaso premonitorio? Bajo el peso de un fatídico presentimiento, los indígenas abandonaron la estancia. Las yerbas sagradas estaban dispuestas y el Behique cantando encantamientos, lenta y cadenciosamente, pretendía auyentar con su conjuro, al espíritu que rondaba en torno al lecho de Toeya. Su alma rozaba ya el ala del misterio...

Don Juan permanecía con Urabanex junto a la joven, sumido como el padre en dolorosa inmovilidad. Los momen-

tos se deslizaban como oscuras nubes sobre su cabeza. No podía apartar los ojos de aquellas pálidas manos, tan finas y largas, entrelazadas sobre su pecho como las de una muerta. Tenía grabadas en su cerebro las palabras de la princesa en la noche de su última entrevista: ¡Mas vale morir!—... ¡Inocente criatura, que encerraba en su espíritu valiente el germen de la generosidad y del sacrificio! Acaso pensó que no valía la pena luchar por la vida... ¡aquella vida trazada por el infortunio!

Después de los primeros transportes, hubo un trágico silencio en todos los labios Umatex permanecía de pie, cruzado de brazos, contemplando a su amada con mirada escrutadora. Sus ojos eran dos puntos ardientes que se clavaban con fijeza. Parecían acusar al español, como si su presencia fuese un insulto a su dignidad de prometido.

Sobrecogido y en silencio, el hidalgo miraba hacer al Behique. Estaba convencido de que Toeya vivía aún, pero desesperaba por verla hacer algún movimiento que lo comprobase. ¿Le reconocería ella al volver en sí? ¿Quedaría muda su amada princesa? ¡Ah, en ese caso la amaría con un amor muy tierno y conmovedor!... Ocurríansele mil pensamientos absurdos: viajarían por toda Europa hasta encontrar alguna eminencia médica que la curase. Pero... ¿cómo arrebarlarla al Cacique, a quien no osaba desafiar? ¿Ni como desafiarle en la propia morada de Urabanex? Para un hombre primordialmente noble, como Don Juan, con todos los atributos de las tradiciones hidalgas arraigadas en la mente y en el corazón, el problema era arduo y no tenía solución posible.

* * *

Desafiando la ira de los indios, Don Juan fué en busca de un médico hispano, con esperanzas de salvar a la princesa. Al presentarse éste salieron todos al patio, indignados o quizás amedrentados. Urabanex parecía estar sufriendo una terrible tortura que le laceraba el corazón. Tan sólo él y Toa se hallaban junto a la cabecera de la enferma. El Gran Behique dejaba hacer al docto castellano con religiosa reve-

rencia. El aya, por mandato del médico retiró los braseros, se acercó a la enferma y vertió en sus labios una pócima vivificante que debía repetirse a intervalos.

El rostro de la joven había perdido su inmovilidad, tornándose carmesí. Tenía una alta temperatura y de sus labios salía un vagido inarticulado. Parecía próxima a vomitar la medicina. El doctor estaba hondamente preocupado y bisbiseó algo al oído de Urabanex. Antorchas de *guaconejo* iluminaban la dolorosa escena con su luz evanescente.

Umatex permanecía afuera, junto a la puerta, con inmovilidad de estatua, contemplando a Don Juan con ceñuda animosidad, pero el hidalgo estaba abstraído inconsciente de todo cuanto le rodeaba. Sentado bajo el capá, con la cabeza hundida entre las manos, parecía estar frente a la eternidad. ¿Qué tiempo había transcurrido? Nunca lo sabría. Había sufrido todas las angustias de morir en vida como si se hubiesen cerrado para él las fuentes de la esperanza. No se percataba de que Umatez se había instalado junto a la puerta para impedirle la entrada y, tozudo, esperaba en contemplación inerte y sin pensamientos a que saliese el médico español. Don Juan había resuelto permanecer en la casa hasta que le echasen o hasta que Toeya volviese en sí de su letargo y le reconociese.

* * *

El alma de la princesa vagaba en un limbo entre el sueño y la muerte, entre la inconsciencia y la vida. Era una espesa niebla que le impedía ver los objetos, pero comenzaba a percibir sonidos: la voz profunda de Urabanex pidiendo algo a Toa y otra, grave y conmovida, a que hablaba junto a la puerta y despertaba en su brumoso cerebro una conmoción intensa. Por su afiebrada mente pasaban mil recuerdos en sucesión. Volvía en sí experimentando un dolor intenso. Intentó abrir los ojos y no pudo; sentía en ellos un ardor inusitado y le pareció percibir una llama ardiente. ¿Era la pira sagrada? ¿Bailaban ya el areito nupcial? Volvió a cerrar los párpados, sintiendo escalofríos por algo que ponían en sus sienas.

Urabanex que la contemplaba ensimismado, advirtió el temblor de su cuerpo y el aleteo nervioso de sus párpados, acercando su rostro conmovido al de su hija: trataba de apercibir algún nuevo movimiento. Toa había corrido a la puerta a dar la nueva a su sobrino y gesticulaba con las pupilas dilatadas.

—¡Vivirá! Vivirá para vos, querido mío!...— bisbiseó, asiéndole por los brazos, admirada de su abúlica y menguada voluntad.

Don Juan salió de su inmovilidad, alzándose como movido por una fuerza superior a sí mismo.

—¡Vive! ¿Vive decís?— preguntó con voz honda y vibrante, sintiéndose desfallecer. —¡Loado sea el Altísimo!

Umatex le miró de pies a cabeza, como queriendo pulverizarlo. Sentía bullir la sangre en sus venas con el antiguo furor que experimentaba en las batallas, adivinando que iba a ser víctima de la fatalidad. Apretaba los puños al vedarse la resolución de impedirle la entrada, porque él era quien la había salvado. Deseaba la muerte del español y no osaba tocarle... Pregustaba las hieles de desamor y no obstante le era imposible echar al intruso de su morada... Sus penas pretéritas eran como sonrisas comparadas a semejante humillación. Allí estaban todos contemplándole, complacidos. ¡Traidores, traidores!— masculló amargado. La ira intoxicaba su sentido común. Por eso con una sacudida de cólera, echó a un lado a su pariente y avanzó, rebelde y retador, en pos de Don Juan.

El hidalgo había volado junto a la cabecera de la enferma y contemplaba su faz con ansiedad. Su semblante conservaba la inmovilidad, pero tenía una expresión más suave. Los párpados violáceos se abrieron poco a poco, contemplándole con mirada fija de alucinada, y balbuceó, alzando las manos con júbilo:

—¡Don Juan, amado mío... Por fin... habéis llegado! ¡Ya puedo morir feliz!...

Murmuraba frases vagas y entrecortadas, repitiendo el nombre del hidalgo. ¡Proclamaba su amor en su delirio! Aquellas frases, se dijo, quedarían flotando por siempre en su memoria. Contemplándola de cerca, con el rostro convulso por la emoción, bebía con deleite sus palabras. ¿Por qué hablaba de morir su hermosa princesa? ¡Viviría para él: para su dicha, para su arte, para su corazón sediento de ternura, rescatada a la muerte, que no tenía más poder que su amor!... Y haciendo caso omiso de todos, lo repetía con palabras sentidas, acariciando el rostro encendido por la fiebre...

El médico hispano lo contemplaba apenado, alzando los ojos húmedos al Cielo en súplica inconsciente, pensando: cuan curioso y extraño es como el corazón amante se aferra a la esperanza aun en los momentos de más trágica expectativa! Bien sabía Dios que deseaba salvarla. ¡Era tan joven y hermosa! Y también era tan fácil equivocarse!...

Urabanex contemplaba a su vez la escena con ojos incrédulos y preñados de lágrimas. Veía consumirse el último vástago de su sangre, traspasadas de dolor sus entrañas. Y a este hombre noble y abnegado, le había arrebatado su cariño, amargándole la existencia. Pero ya era tarde para arrepentirse... Había intuido la realidad lo mismo que el Behique... ¡Tan sólo Don Juan alimentaba en su pecho una esperanza!

El hidalgo apenas se había percatado de que Umatex, sin poder dominar su agitación, se aproximaba, el semblante crispado en gesto fiero. Cerníanse en su alma las tinieblas de la desesperación.

Como un punzante dardo hería la realidad al indio, que no había querido comprender, y al ver a Don Juan inclinándose sobre su prometida con amoroso ademán, relampagueó en su rostro la llama del orgullo, llevándose prestamente la mano a la daga. Su cerebro no abrigaba ya pensamientos de libertad y redención para los suyos, sino de ven-

ganza y de muerte al proferir con rudo desdén estas palabras:

—¿Qué derecho os asiste a turbar nuestra paz, ariju-na?... Os conmino a que os marchéis... Estáis usurpando derechos que no os pertenecen. . .

El azorado castellano llevóse instintivamente la diestra al cinto, sin osar avanzar un solo paso. Estaba quedando como un presumido y cobarde delante de todos, pero el instante recomendaba prudencia para evitar un choque que podría ser fatal, dadas las circunstancias. Por eso, refrenando su cólera, contestó al indígena con aparente calma:

—No tengo explicación alguna que daros, Cacique Umatex. Obrad como gustéis.

Aquellas palabras exasperaron al Jefe Ciguayo, que se arrancó súbitamente su *manaya* y saltó con selvática agilidad, echándose como un felino sobre el hidalgo, lanzando un grito de guerra:

—¡Mueran los hispanos!

Los labios de la princesa se movían sin pronunciar palabra alguna. El nombre de su amado le había hecho abrir los ojos y contemplaba la escena con la mirada extraviada. Hizo un supremo esfuerzo por incorporarse y cayó entre sus almohadas privada de conocimiento. Toa se apresuró a asistirle, echando a su sobrino una mirada espantada, como si el horror hubiese surgido entre ellos.

Urabanax corrió a interponerse entre los dos rivales, pero llegaba demasiado tarde: el arma primitiva había penetrado en el hombro de Don Juan, que en angustiosa vacilación recibió el golpe sin mover un solo músculo del rostro. Luego en un impulso de coraje, agarró la diestra del agresor y la oprimió con fuerza insospechada, forzándola a soltar el arma, que escapó de sus dedos y fué a clavarse tiesa en el suelo.

Una mancha roja empurpuraba el hombro de Don Juan, pero esto no le preocupaba en aquel momento. Voló a la cabecera del lecho de su amada, sintiendo algo en su pecho

más doloroso y profundo que la herida que le infiriera el Ciguayo. Era a un mismo tiempo heróico y cobarde, fuerte y débil por el amor de una mujer que lo era todo en su vida. El, que hubiese podido matar al indio de una certera estocada, le dejaría partir ileso...

Las facciones contraídas de Umatex tomaron un tinte verdoso y rehaciéndose un tanto, volvióse hacia el padre de la princesa, esperando quizás su repulsa, inmóvil, con los ojos humillados fijos en el suelo.

La ira de Urabanex hizo crisis enfrentándose al culpable. En su voz, henchida de señoría, vibraba una nota de profundo desprecio.

—¡Umatex, me avergüenza vuestro comportamiento! El espíritu infernal de la ingratitud se ha apoderado de vuestras entrañas... Os habéis conducido como un naboría y no como señor que sois! Habéis alterado la paz de mi hogar, desgraciándoos a la vista de todos. Desde hoy queda rota nuestra liga de amistad. Idos y no tornéis jamás.

El pecho del Ciguayo se agitaba con espasmos nerviosos al pensar con indignación que había sido burlado por un castellano y que también Urabanex se ponía de parte de éste. En su rostro sombrío como la tormenta, fulgían los ojos como ascuas, pero no pronunció palabra alguna y salió silencioso de la estancia, el cabello caído sobre la frente curtida por el rigor de la intemperie. Su boca comprimida en una línea tensa, expresaba su furor salvaje.

El médico español atendía a la herida de Don Juan, que aunque leve, era harto dolorosa. El joven permanecía mudo jugando con la empuñadura de su daga, que de tan poco le había servido en aquella ocasión. Había sido un reto del destino y no quiso abrir aquel abismo entre él y su amada, haciéndose odiar de los suyos.

¡Imposible no sentir respeto por un hombre de tal fibra!... Al terminar la cura el médico hispano, Urabanex posó sus extendidas manos sobre la cabeza del hidalgo.

—Sois asaz noble, hijo mío— dijo emocionado. ¡Qué la paz y la dicha retornen a vuestro corazón por vuestra generosidad y grandeza!— Movi6 tristemente la cabeza y rodaron de sus ojos dos gruesas lágrimas.

La luz imprecisa de la aurora inundaba la alcoba de Toeya, nítida y conventual en su sencillez.

La princesa empeoraba, devorada por una fiebre creciente. Acaso por azar infeliz, aquel dramático episodio era responsable de que la temperatura tornase a subir de nuevo y la débil estructura de su vida se desmoronaba a los ojos afebrados de Don Juan. Don Juan, olvidando su dolorosa herida, platicaba con el docto castellano traído por él, instándole a hacer algo más, pero advertía el mismo desaliento en la faz desolada del Behique que en la del sabio español. Frente al hispano, el anciano Buitio observaba profundo silencio, y al ser interpelado por Don Juan contestó:

—Se pone el sol para nosotros, Señor... pero para ella brillará una nueva aurora... Ya nada podemos hacer por la princesa: su pensamiento está abrasado en el fuego del Cielo. Tengamos valor, Guaoxeri (138). La dicha es siempre evanescente...

Mortalmente pálido, el hidalgo se aproximó al lecho de Toeya, sentándose en el duho que le sirvió tantas veces de asiento. La enferma sentíase invadida de congoja y fatiga inmensas y las arenas de su vida se escurrían de un modo harto alarmante. Costábale un tremendo esfuerzo enfocar la mirada: todo le parecía borroso en torno suyo. Sus ojos interrogantes estaban muy abiertos y balbució, alzando la diestra, que el hidalgo tomó ávidamente entre las suyas:

—¡Ah, Don Juan... temí que no llegaseis... Voy a partir, mas no os apenéis por mí: seré más feliz ahora!...— Y añadió con un nuevo esfuerzo, como si le faltase el aire:

—Sed generoso... con mi padre. Perdonadle, como yo le perdono...

El joven quedó anonadado. Advertía en su faz una expresión lejana y triste. ¡Ah, quizás era presa de alucinaciones!...

—¿Qué decís, Toeya? ¡No me habléis así... por favor!— imploró con acento desesperado. —El Cacique me ha llamado su hijo... ¿Sabéis lo que esa significa? Es preciso que sanéis pronto; ¡es preciso que volváis a vivir?

—¡A vivir, Don Juan! ¡A vivir! Ah, ya es tarde...— Y bajo el influjo de una fuerza mística, añadió: —La Virgen me llama hacia ella... Ya la veo... Ya voy... Su rostro es radiante, como el sol!— Y tendió sus manos para recibir la inmortal presencia.

Don Juan la vió parpadear con dificultad y su voz se fué extinguiendo como un murmullo de pájaro en la selva. La mano que él sostenía se había tornado yerta entre las suyas y alrededor de su cabeza brilló la aureola resplandeciente de las vírgenes. El joven comprendió que llegaba lo postrero, sintiendo erizarse sus cabellos. Todas las fuerzas de su esperanza se rebelaron contra el destino. Invadióle un frío mortal; perdió la noción del sitio en que se hallaba y apoyó su cabeza contra el pecho amado, sollozando como un niño. Vibraban a la vez todas las cuerdas de sus sentimientos. Su tempestad interior batía reciamente su ser moral. ¿Era alucinación? ¿Soñaba acaso? ¿Vivía? Tan sólo anhelaba unirse a ella en el gran silencio de la sombra, adonde había huído su alma, cansada de tanto padecer. Suspiros hondos desgarraban su pecho oprimido. Llamóla cien veces por su nombre, estrechándola en su brazos con terrible ternura, dudando de la Providencia Divina que no la tornaba a la vida, en amarga rebelión contra su destino...

Cuando logró reaccionar un tanto, percatóse de que allí estaban Urabanex y las doncellas. Acudían consternadas, con los ojos anegados en llanto. La profunda inmovilidad del rostro del Cacique le conmovió en sus fibras más íntimas. Juzgándose culpable de la muerte prematura de su hija, resistía al instinto del llanto, y tras la máscara de su estoicis-

mo podía comprenderse la inmensidad de su dolor. Ahogado de amargura, apenas respiraba y ni un sollozo salía de su corazón. El dolor tornaba innecesaria las palabras. ¡Alma sombría, agotada en el sufrimiento y en la lucha, empañada por el aliento ponzoñoso de la injusticia humana! Junto a él las doncellas sollozaban convulsivamente, lanzando ayes y lamentos desgarradores y en un rincón, sola y sombría, estaba Toa con los ojos fijos en el suelo, para ocultar su dolor. ¡Nadie le quedaba ya en el mundo para consolar su existencia, amarga y desesperada! Se había esparcido la nueva y los tambores y cuernos tocaban un triste canto fúnebre.

Una densa niebla cubría los árboles de la hermosa huerta, donde el ángel de la ternura y la abnegación no volvería a ampararse más bajo los abanicos de sus ramas floridas.

Abismado en una meditación desesperada, Don Juan contemplaba con ojos vidriosos los rasgos delicados del rostro de su amada, comprendiendo que llevaría siempre su imagen, como estampada, en el corazón. La luz difusa del amanecer nimbaba su rostro de virgen y la suntuosa cabellera, desparramada en torno suyo, cubría su pecho y sus hombros en sedosa cascada. Sus labios estaban conformados aun en una sonrisa suave, de madonna. Él mismo colocó con ternura sobre su cabeza una blanca guirnalda, que tejieron las doncellas. Su amor ideal, de donde toda su inspiración emanaba, yacía allí, exánime... Nunca más tomaría en su vida trunca a relucir la aurora... El campo en ruinas de su existencia había quedado yermo. Sentía el alma y la voluntad paralizadas...

Y al atardecer, en la penumbra mayestática del templo, al amparo de una pilastra, fatigado, débil y aturdido, mientras las campanas tañían angustiosas, rogaban fervientemente por la que tanto amó. Repasaba en su mente toda su vida pasada, alegre y mundana, llena de episodios galantes de enamorado impenitente. Su fatuidad juvenil le hizo pensar

más de una vez que todo era factible a sus deseos y hoy la fatalidad se cebaba en él. Su plegaria se alzó trémula. Apegado, como todos, a la forma y no al espíritu, había vivido al borde del abismo, sin comprender que solo el alma es primordial y sólo ella cuenta.

El órgano y las voces resonaban claros y conmovedores. Parecíale escuchar la voz alada de Toeya, de inflexiones suaves. ¿Podría estar encerrada allí en aquel fúnebre catafalco? Contempló en el altar la imagen de la Purísima con los brazos extendidos y le pareció vislumbrar la sombra de su alma. No podía pensar, ni casi sufrir. Miraba sin ver y oía sin escuchar al sacerdote que elevaba su última plegaria por el alma de su amada, magnífica por el holocausto. Percibía un aroma del más allá misterioso, y experimentaba la sensación de que su espíritu se le separaba del cuerpo para ir en pos de ella. Era tan sólo un espejismo de los sentidos, pensó desanimado, pero iría a su encuentro, a pesar de todo. Bajaría de nuevo hasta el recodo del río, al sitio donde tuvieron aquella postrera entrevista, para encontrar algún vestigio de su presencia. Había por fin hallado esa indefectible esperanza que duerme en lo profundo del alma cristiana.

Después de la lluvia, prevalecía en el ambiente un aroma dulce y fresco, como de flores escondidas. Una extraña dicha despertaba en su alma: ¡Ah, la princesa estaría allí esperándole! Navegando en una ilusión de ecos y recuerdos y obedeciendo al repentino e irrefrenable impulso, Don Juan salió a pasos largos del templo y se perdió en la sombra profunda, bajo la mudez estrellada del cielo.

NOTAS

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

NOTAS

- (1) Un huracán había destruido el caserío de la Nueva Isabela, con cuyo motivo y por haberse desarrollado una plaga de hormigas, se trasladó al lugar donde estuvo el pueblo indígena que gobernaba la Cacica Catalina, viuda de Cayacoa, orgullo de Higüey, el sitio que hoy ocupa.
- (2) Bohío: Habitación de los indios. Nombre supuesto de la isla Española.
- (3) Yarey: Palmera de tablas muy duraderas. (*Coccolrinax argentea* (Lodd)). Sus hojas se emplean hoy en la industria de sombreros y de cestas. Abunda en el Sur de la República.
- (4) Duho: "Hicieron asentar al Almirante en una silla con su espaldar, baja, de la que ellos usaban, que son muy lindas y bruñidas y relucientes, como si fuesen de azabache, que ellos llaman duhos". Las Casas, Pág. 409. Tomo I.
- (5) Turés: Vocablo indígena que designa al taburete. Emillo Tejera.
- (6) Boutios o behiques: Sacérdotes agoreros de los indígenas. Tenían el privilegio de la poligamia. Eran personajes muy influyentes y principales en las cortes quisqueyanas. Tomaban un brebaje que les producía un terrible delirio, en el cual tenían sus visiones. También tenían a su cargo preparar a los jóvenes para substituirlos en el ejercicio de la curandería y hechicería.
- (7) Nítainos: Príncipes o Caciques subalternos. Especie de jueces.
- (8) Manayas o managuas: Hachas indígenas hechas de piedra dorita pulimentada.
- (9) Cemi; Ceme o Zeme: Especie de divinidad de forma monstruosa que tenía cada Cacique, medianera de su dios, con quien consultaba sus negocios y los accidentes naturales de la vida.
- (10) Guatú: Hogueras o piras, según Coll y Toste.
- (11) El areíto se efectuaba en círculo, con el Cacique en el centro y el Behique tocando los atabales y al ritmo glorioso de un canto

guerrero bailaban cadenciosamente, repitiendo las hazañas de sus antepasados, hiperbollzadas por la repetición. También La Danza Virginal de las Doncellas o Areito de las Vírgenes, era un espectáculo estético digno de los más cálidos elogios de los españoles. Juan Ortega Rubio. Historia de América. Tomo I.

- (12) Eran considerados como sagrados los bosques de jobos o mirabolanos por representar a los hombres que desobedecieron el mandato de los dioses.
- (13) El arroyo de Yuboa, afluente del Yuna, cuyas aguas milagrosas en el concepto de los aborígenes estaba consagrada al sapo, divinidad quisqueyana que simbolizaba la dicha. Estas piedras, estaban labradas en forma de sapos y por un fenómeno físico, emitían sonidos a la salida del sol. Narciso Albertí Bosch.
- (14) Maguacochios o naguacoquios: Los indígenas llamaban así a los hombres vestidos, los conquistadores, por ser las naguas las prendas que se usaban como vestido. Tan solo las casadas las llevaban; los Caciques y los Behiques.
- (15) Bien que no hubiese el rey concedido a Don Diego el título de Virrey, se le daba por cortesía y llamaban universalmente a su consorte la virreína. W. Irving. Apéndice.
- (16) Fortaleza del Homenaje: En esta torre Gonzalo Fernández de Oviedo escribió su célebre Historia de las Indias, y murió allí siendo su Alcaide y Regidor perpetuo de la ciudad en 1557. Aquí se hospedaron los Virreyes durante los primeros días mientras se amueblaba a su gusto la Casa del Cordón, donde vivieron mientras se construía el llamado Alcázar de Toledo ó Casa del Almirante.
- (17) Naboria es un indio que no es esclavo pero está obligado a servir aunque no quiera. "Sumario Oviedo". Pág. 186, Cap. X.
- (18) El deseo del Almirante de disminuir la opresión de los naturales, habíale creado muchos enemigos gratuitos, pues todos los hombres opulentos de la colonia se empeñaron en continuar el repartimiento de indios, que les procuraba pingües beneficios.
- (19) Coa: Garrote de un metro y medio de largo endurecido al fuego, cuya extremidad inferior se aplanaba a manera de una espátula convexa. Este y la macana eran sus únicos instrumentos agrícolas.
- (20) Joyas de oro para las orejas denominadas taguaguas.
- (21) Cao: Nombre de una especie de cuervo, más pequeño que éste y completamente negro. *Corvus P. Palmarium*. Wuttemberg.
- (22) Diumba: Según los escritores Guridí y Pérez era el baile propiamente dicho. Habíalos muy diversos: diumba, tituritaina, changüí y jarana, aunque éste era el calificativo de la fiesta en que se bailaba por breve tiempo esta danza. El changüí era un baile que repetía ante la pareja el mismo contoneo. La significación de este vocablo se ha trastornado. El areito era la balada

con significación de himno o de plegaria, siempre acompañado de la danza.

- (23) **Guaraguao:** pequeño balcón de las Antillas. Buteo Jamaisensis (Gimlin).
- (24) **Encomendadores:** "Ovando usó con la mayor extensión de las facultades que se les concedían. Asignó a cada español cierto número de indios, según la calidad del que los pedía, la naturaleza de las peticiones o su inclinación propia. Se hacían estas concesiones en forma de una orden a los caciques para que entregasen tantos indios a tal persona que debía pagarles e instruirles en la fe cristiana. La paga era tan corta que casi se podía decir nominal; la instrucción se reducía a poco más que la mera ceremonia del bautismo y el término del trabajo fué al principio de seis, después de ocho meses al año. So capa de estas faenas pagadas y establecidas para bien del alma y el cuerpo, se les exigía más trabajo, y se les trataba con más crueldad que en los peores días de Bobadilla. Irving, Libro XI Cap. I.
- (25) **Padre Las Casas:** "A los veintiocho años acompañó al comandante Ovando a La Española en 1502 y fué testigo de muchas escenas crueles que pasaron bajo su administración. El toda su vida futura, espacio de más de 60 años, la dedicó a aliviar los sufrimientos de los naturales. Como misionero atravesó los desiertos del Nuevo Mundo en varias direcciones, esforzándose en convertirlos y civilizarlos; como protector y campeón hizo varios viajes a España, pidió por ellos a las cortes y a los reyes; escribió obras voluminosas en su favor, y exhibió un celo, constancia e intrepidez dignas de un apóstol." Washington Irving. Apéndice N° 26.
- (26) **Guoaxerí o guaxerí:** Título de dignidad: equivale a Vuestra Merced.
- (27) **Las piedrecillas transparentes, rojas y brillantes,** se dice que las obtenían del caracol cohobo. Muchas veces añadían al adorno una especie de patena de oro con rostro de Cemi y a esto llamaban Caracolí. Pedro Mártir.
- (28) **Papayas.** Opina Coil y Toste que la fruta y el vocablo vinieron a las Antillas del inmediato Continente Americano. (Carica Papaya).
- (29) **Tributo.** Consistía en un cascabel lleno de oro y una arroba de algodón.
- (30) **Bobadilla:** Administrador español encargado de restablecer el orden en la isla. Este hombre repartió los Caciques y los indios entre los colonos, los numeró y los destruyó con trabajos crueles. Abusando malignamente de los poderes que le dieron los Reyes Católicos hizo encadenar a Colón y sus hermanos, enviándolos prisioneros a España. Volvía con un gran tesoro a Castilla con la flota que había traído a Ovando, pero sobrevino una horrible tempestad y pereció ahogado en el Canal de la Mona. En ese mismo barco iba el traidor Roldán y el Cacique Guarionex.

- (31) **Pasamonte:** Tesorero Real y Jefe de los repartimientos, quien ensombreció con sus intrigas la vida del Virrey.
- (32) **Eracras.** Voz quisqueyana. Significa bohío.
- (33) **Las leyes españolas para las colonias de Indias** fueron sabias, templadas y bastante armónicas: pero no fueron liberalmente cumplidas.
- (34) **Conucos:** Palabra indígena: parcela de tierra que concedían los dueños a sus esclavos (Oviedo, libro VII, Cap. II). "Se llama conuco a la heredad de la yuca o de la labranza. Los historiadores Pichardo y Coll y Toste opinan que el original debe ser Kunuco.
- (35) **Fué el segundo templo de piedra del Hemisferio Occidental.** Lo hizo edificar en cinco años (del 1503 al 1508) Fray Nicolás de Ovando, fundador de diez ciudades en La Española y Gobernador General de la Isla. El primero, edificado en la antigua ciudad La Nueva Isabela, acaba de ser reconstruido por orden del Generalísimo Trujillo.
- (36) **Peonías o peronilas:** Enredadera que da una semilla roja. Dice Moscoso: Esta liana es asiática y probablemente traída a América por las corrientes oceánicas. En Brasil la llaman jequitiri.
- (37) **Maguey:** Pita (Agave americana). De ella hacían uso para cordelería y al fuego extraían una especie de vino con que se embriagaban.
- (38) **Toa:** Voz taína que significa mamá.
- (39) **La preparación del cazabe reclamaba una manipulación curiosa y especial.** El tubérculo era librado de la cáscara mediante un raspado con una valva o con una fracción conchífera de otro molusco. También empleaban láminas de caparazón de tortuga. En una piedra áspera preparada con ese fin, guayaban la yuca que depositaban sobre una yagua tierna y muy limpia, de donde pasaba al cibucan, que era un recipiente oblongo, hecho de corteza de árboles blando y tejido a manera de esparto. También hacían guayos, incrustando piedras pequeñas de lomos afilados, sobre un pedazo cuadrangular de madera o de barro. De un torno de madera, hecho de un modo grosero, colgaban el cibucan y del otro extremo ataban varias piedras gruesas y de gran peso. Hacían funcionar el torno y el talego comprimía la masa blanda, llamada catibía, cuyo jugo salía por los intersticios del tejido, y así repetían la acción hasta que la yuca quedaba libre de todo zumo. Entonces la echaban sobre el disco de piedra o de barro caliente llamado burén) hasta formar una capa de varios centímetros, volteando con una pequeña espátula llamada cuiza la pasta para completar la cocción. Una vez terminado el cocimiento del cazabe era expuesto al sol durante dos días para que alcanzase el punto de buen pan. El conjunto de trabajos, incluyendo la casa, que se empleaban para su fabricación, se llamaba guariquiten. Este calificativo corresponde, exactamente, a nuestra panadería. "Roberto Mateizán-Cuba Pintoresca y Sentimental".

- (40) Durante este festival los indígenas desgranaban el maíz a golpe de flecha, luciendo su destreza. Celebrábase en cualquier época del año para la recolección del grano.
- (41) Guazábara: Según Oviedo con este vocablo denominaban la guerra, el combate. El más notable arelto guerrero que recuerdan los cronistas de Indias es el de Behechío, Cacique de Jara-gua, a quien los españoles calificaban de Néstor de los Caciques por su prudencia y sabiduría.
- (42) Cíba, cibas, cibano: piedras.
- (43) Guaizas: Carátulas de hueso con orejas, ojo y lengua de oro. Llevaban pendiente de un cinto grueso, adornado con azuces (piedras de varios colores).
- (44) Usaban chagualas o cintas adornadas de piedras, ceñidas a la garganta.
- (45) "La verdadera denominación aborigena de La Española fué Quisqueya, que significa Madre de la Tierra. Haití quiere decir Tierra Alta, y como la isla está erizada de montes y colinas, a todas las regiones llamaban Haití. En muchos documentos pertenecientes a las cinco primeras décadas de la conquista, se lee Quisqueya de los haitises". Así lo explica Washington Irving.
- (46) Marocael en la mitología indígena representa el curioso desobedi-ente. "El dios Vagoniana puso a Marocael de guarda en la gran boca del Monte Cauta, y allí colocó el linaje de los nacidos. Marocael quiso saber de dónde venía la luz; y durante la noche levantó los ojos al cielo y se apartó de su asiento; por la mañana vino el sol alumbrando el universo, y quedó convertido en piedra; entonces los hombres salieron de las cuevas de Cazi-baxagua y Amayauna y se esparcieron por Haití y desde aquel día yo soy el rey de los reyes y señor de todo lo que baña el mar".
- Don José Güel y Renté. "Guacanagarí" (Leyendas Americanas). Hay diversas versiones de esta leyenda. Compárese con la misma leyenda en la página 79.
- (47) Mayabí: La patria de este Cacique era Jamaica, pero se había criado en la tierra llamada Carib, que es hoy la parte occidental de Puerto Rico. Eran los caribes el horror de los indios y la pesadilla de los españoles, pero eran intrépidos e inteligentes.
- (48) La Real Audiencia. "Los enemigos de Don Diego Colón inventaron toda clase de calumnias para indisponerlo en la Corte. Estas intrigas fueron causa de que el Rey, para disminuir su autoridad y tranquilizar los ánimos de los de la oposición, creara un Tribunal Supremo que denominó Real Audiencia, con atribuciones judiciales y administrativas". Historia de Santo Domingo, Del-monte y Tejada.
- (49) Santo Domingo: "Desde el año 1508 se dió a la isla el nombre de Santo Domingo en lugar de La Española y por gracia del Rey Fernando, el Católico, se concedió el 6 de diciembre usar

su respectivo escudo a Santo Domingo. La Vega, Santiago, Bonaio, La Buenaventura, Puerto Plata, Bayajá, Azua, Yáquimo, San Juan, Yaguana, Hincha, Salvatierra de la Sabana, Seybo, e Higüey. Las tres primeras fueron distinguidas con el título de Ciudad". Historia de Santo Domingo de Bernardo Pichardo. Página 23.

- (50) Espinillo: Es la llamada Satinwood: rutácea. (*Zanthoxylum* Whal.)
- (51) Cibao: Lugar del Cacicazgo de Maguana. Región fértil que distaba 18 leguas de La Isabel. Existen en ella montañas escarpadas, erizadas de piedras. Cibao es montaña de piedra. Allí vieron los españoles las primeras minas de oro y dos cuevas de ámbar y lápiz lázuli.
- (52) Bernardino de Talavera fué el primer pirata de Indias. Encontrándose en una situación muy difícil en Panamá, Alonso de Ojeda se embarcó con él. El pirata una vez que se hizo a la mar, aprisionó a Ojeda, y se dirigió a la Bahía de Jagua (hoy Cienfuegos) desembarcando cerca de Casilda. Los indígenas, en cuyo ánimo había prendido las prédicas de Hatuey, recibieron al pirata a pedradas y flechazos. Talavera temió a la brava embestida de los jaraguenses, en la cual perecieron algunos de sus secuaces, y libertó a Ojeda, porque sabiéndole capitán aguerrido, podía contrarrestar el ataque de los aborígenes. Murió ahorcado en la ciudad de Santo Domingo. Roberto Mateizán, "Cuba Pintoresca y Sentimental".
- (53) Manatíes: Vacas marinas. (*Manatus americano*, Cuv.) Colón creyó que eran sirenas. Algunos cronistas aseguran que eran fácilmente domesticables.
- (54) Yari: Joyel o piedra de oro.
- (55) El Primer Almirante en su segundo viaje llevó semillas de naranjas, bergamotas, limones, melones y otros muchos frutos que fueron a Las Indias Occidentales de las Hespérides, o Islas Afortunadas del Mundo Antiguo.
- (56) "Se dilataba este suntuoso paisaje por cuanto alcanzaba la vista y parecía desvanecerse en el lejano horizonte. Los españoles miraban con éxtasis aquella voluptuosa llanura, que parecía realizar las ideas del paraíso terrestre; y Colón viendo tanta grandeza le dió el nombre de Vega Real". Washington Irving. Cap. IX.
- (57) Múcaro: Uno de los nombres indígenas de la lechuza, según Coll y Toste.
- (58) Corsarios: La Española fué asaltada por primera vez en el año 1586 por el célebre corsario Sir Francis Drake, por estar Inglaterra en guerra con España. Permaneció 25 días en la ciudad de Santo Domingo, durante los cuales la saqueó, exigiendo 25,000 ducados por su rescate. Parte de la riqueza que se llevó como botín se halla en el Museo de Londres.

(59) Cueva sagrada: Esta caverna existe todavía a siete u ocho leguas del Cabo Francés. Tiene 150 pies de longitud y casi lo mismo de altura; pero es muy estrecha. No recibe más luz que la de la entrada y de un agujero redondo del techo por donde dicen que salieron el sol y la luna a tomar sus lugares en el cielo. La bóveda es tan regular y proporcionada que más bien parece obra del arte que de la naturaleza. En tiempos de Charlevoix se veían aún entallados en las rocas las figuras de varios Zemís, y los restos de nichos para recibir estatuas. Esta caverna era tenida en gran veneración. Cuando se necesitaba lluvia, iban los indios en peregrinación allí, cantando y ballando y llevándole ofrendas de frutos y de flores.

Creían que salió el género humano de otra caverna: los hombres corpulentos por una abertura y los pequeños por un agujerillo. Vivieron mucho tiempo sin hembras, pero vagando en una ocasión cerca de un lago, vieron ciertos animales por las ramas de los árboles, que se supo después ser mujeres. Washington Irving. Libro VI. Cap. X.

(60) Monte Cauta: La montaña sagrada donde se encontraban las dos cuevas, Cazibajagua y Amayauna.

(61) Marocael: Cuentan algunos cronistas que el joven quedó convertido en ruiseñor, y que el Cacique Guagoniana, quien le había instado a abandonar la custodia de la gruta, le escuchaba cantar melancólicamente en la noche.

(62) Mirabolanos: Por esta razón los bosques de mirabolanos eran sagrados para los indígenas. (Fray Román Pane).

(63) Algunos aseveran que era el mamey la fruta sagrada, otros que quizás era la guanábana.

(64) Señal: Creían que si un árbol se movía de un modo particular a la vista de un viajero, era señal cierta que lo movía un Poder Supremo. Entonces el indígena sugestionado por el temor llamaba al augur o Behique, quien tomando la cohoba (consistía en tomar tabaco en polvo unido a otras sustancias que desconocemos y lo aspiraban por la nariz por medio de un calimete bifurcado) consultaba al árbol si era cierto que lo había movido un Cemi y si decretaba que lo talasen para hacer con él su imagen o lo adorasen vivo, provisto de sus hojas. Si quedaba satisfecho que ordenaba lo primero, se procedía a cortarlo en medio de una solemne ceremonia y luego el artista de la tribu confeccionaba el Camí, el cual llevaría el Behique en santa romería por todas partes, pregonando el milagro y aconsejando su culto. Uno de los sacrificios que hacía propicio al Cemi era el ayuno, que practicaban durante varios días seguidos.

(65) "No se sabía qué cosa fuese hurto ni adulterio ni fuerza que hombre hiciese a mujer alguna, ni otra vileza, ni que dijese a otro injuria de palabra y menos de obra, y cuando alguna vez por gran maravilla recibía enojo alguno de otro, la venganza que de él tomaba era decirle si era zarco de los ojos: buticaco, que quiere decir anda, para zarco de ojos; y si tenía los ojos negros,

- xeyticaco, y si le faltaba algún diente, mahite, anda que te falta un diente, y así otras injurias de esta manera". Casas, Pág. 488. Tomo V.
- (66) Cayucos: canoas y piraguas eran embarcaciones de los indios antillanos, siendo esta última el tipo mayor de sus naves. Construíanlas con troncos de árboles corpulentos, labrando la oquedad por medio del fuego, con la ayuda de hachas paleolíticas bien afiladas. Esta paciente labor tomábales meses. Una vez terminada la obra, frotábanla con piel seca de lebisa (lebisa es cierto pez de mar) dejándola pulida y brillante.
- (67) Atabaibas: Alelles, de la flora indígena. (Plumeria obtusa). Hay varias especies. La más cultivada por el color de sus flores y hojas ornamentales es la Plumeria Rubra L. Otras atabaibas son la Plumeria Berteri y la Plumeria subsessilis. También silvestres.
- (68) Sinsonte: Llamado rui señor dominicano (*Mimus polyglottus*) Burlón políglota.
- (69) "Dicha hublera sido para España que los que siguieron las huellas de Colón hubiesen poseído su sana política y liberales ideas. El Nuevo Mundo entonces se habría poblado de pacíficos colonos, y civilizadores por medios de sabios legisladores, en vez de que le recorriesen aventureros desalmados y de que conquistadores avaros la asolasen". W. Irving. Libro XVIII. Cap. V.
- (70) Las Casas: "En 1516 Carlos V dió licencia a los flamencos para importar esclavos negros a las colonias. Como se vé, ya existía este tráfico cuando Las Casas en 1517, arrobado por su amor a la raza vencida, dió su sanción a tal comercio. No juzguemos la cuestión a la luz de las ideas dominantes hoy, elevémosnos a su época y veremos considerándose como satisfactorias sus medidas por los hombres más doctos y humanitarios del siglo. Vela la esclavitud sobre dos pueblos y quiso librar de tan terrible yugo al más querido de su corazón". W. Irving. Apéndice N° 26.
- (71) Manibari: La verdolaga (*Tallnum triangulare wild*) Las Casas dice: "a éstas, las verdolagas, me acuerdo que llamaban los indios manibari".
- (72) Guas: Arbusto cáustico (*Rhus metopium L.*) que emana, según se dice, un gas deletéreo y mortal.
- (73) Mabi: Quizás el mismo que tomamos hoy: era una bebida fermentada, espumante, obtenida de hojas y de frutas, según nos dice Oviedo.
- (74) Calle de Las Damas: La actual calle Colón. Llamóse primeramente de la Fortaleza y luego De Las Damas, por alojarse en ella muchas de las jóvenes del séquito de la Virreina.
- (75) Ojo de Poeta: Acantacea. (*Thumbergia alota Bojer*).
- (76) Cúrbana: Arbol que sustituye la canela.
- (77) Cohoba: Consultación de oráculos según el rito quisqueyano. La cohoba también era los polvos del tabaco y la ceremonia de

tomarlos y embriagarse con ellos. Cuando el Behique en trance expresaba la voluntad del dios, el árbol era talado para confeccionar con él un Cemi. Edificábasele una eracra y se le había la cohoba muchas veces al año para tenerle propicio. "Estos polvos y esta ceremonia o acto se llamaba cohoba, la media aílaba luenga". (Las Casas Pág. 469. Tomo V).

- (78) Higuacas: Cotorras. (*Chrysotis vittatus* Gundl.)
- (79) Cemi Epileguanita: Esté Cemi extraordinario era cuadrúpedo. Escapóse muchas veces a los bosques del lugar donde era venerado, y aunque le ataron fuertemente con cuerdas, pudo comprobarse por sus huellas que se había tirado en una laguna cuando llegaron los conquistadores, por lo cual aseguraron los Buitíos la ruina de su patria.
- (80) Búcaro: Ave de sabana parecida a la cigüeña, que según la tradición canta las horas. (*Oedicnemus dominicensis* Cory).
- (81) Hamaca: Confeccionábanlas de algodón, con cuerdas de cabuya, para darles resistencia. Era la cama ideal de los indígenas.
- (82) La costumbre de enterrar a las mujeres con sus maridos no fué general en toda la isla, pero a la muerte de Bobechío, Cacique de Jaragua, la más bella de sus esposas pidió ser enterrada con él y Ovando concedió el permiso, y dos compañeras quisieron también y Pedro Martín añade: "que en toda la isla no había otra tan hermosa".
- (83) Behiques: Era tan respetado como el mismo Cacique y a diferencia del Buitío, que era más bien augur y curandero, era algo así como el Capellán del Cacique o el Sumo Pontífice de los indo-antillanos. En cada pueblo había varios Buitíos, pero un solo Behique.
- (84) Luquo: El Ser Supremo. Opina el erudito escritor Coll y Toste que esta palabra es una corrupción del aruaca Yukú, contracción de Yukajú, espíritu benéfico de Quisqueya.
- (85) No creemos que existía el culto al sol y a la luna como en el Perú y otros países de América, pero han aparecido piedras figurando estos astros en las Antillas, donde creen los eruditos que comenzaba a iniciarse la astrolatría.
- (86) Taíno: Llamábanse a sí mismo taínos, que significa gente noble, de condición elevada. El idioma que denominamos taíno era el aruaca. Según Coll y Toste, todos los indígenas del Archipiélago Antillano eran aruacas, antes de la invasión caribe. En el período del Descubrimiento las grandes islas estaban aun en el poder de los aruacas, mientras que las de Barlovento habían caído en poder de los caribes. Forman, pues, caribes y aruacas, el importante grupo étnico Guaraní, formando los dos pueblos dos subrazas, a pesar del entronque genésico continental. El caribe era dolicocefalo y de ojos pequeños; el aruaca o Taíno antillano era mesaticéfalo y de ojos grandes.

- (87) **Guarocuya:** Mejor conocido con el nombre de Enríquillo. Cúpole la gloria de ser el primer libertador de América y de pactar con el Emperador Carlos V tras trece años de contienda en las montañas del Bahoruco.
- (88) **Anacaona:** Soberana de Jaragua a la muerte de su hermano Bohechío. Todos los escritores contemporáneos concuerdan en pintar a Anacaona como princesa honesta, tan digna como hermosa. Tan solo Oviedo aliado de Ovando, calumnió a los indios para justificar de algún modo la horrible carnicería practicada en Jaragua, cuando el Comendador de Lares profanó sus hábitos, dando la señal en medio de un festival para la matanza, llevándose la mano a la Cruz de Alcántara.
- (89) **Capá:** Borragnícea-Cordia alliodora (R. & P. Cham. Spanish Elm). En Cuba predomina el nombre de Boría.
- (90) **Yucabía:** Planta de la yuca. La que había en la isla era amarga y solo podía consumirse hecha cazabe. (*Jatropha Manihot* L.) La yuca dulce fué traída del Continente. Ambas yucas, la amarga y la dulce forman una sola especie, la Manihot, en la que Cockrell reunió el nombre de *Jatropha Manihot* de Linneo y el Manihot dulcía de Pohl. El zumo de la yuca amarga era un veneno muy activo, capaz de matar a un caballo o elefante, como asegura Oviedo, pero cocido hasta la evaporación y expuesto al sereno durante dos o tres días convertíase en dulce y se empleaba como licor. "Cómenlo los indios, haciendo sopas de ello, como en un buen potaje o cardial". Oviedo, Pág. 493. Tomo I.
- (91) **Maya:** Bromeliácea utilizada para cercas vivas desde los tiempos precolombinos hasta nuestros días.
- (92) **Turey:** El cielo.
- (93) **Atabaiba:** Plumería rubra.
- (94) **Quemí:** Es el animal que tiene el tamaño de un podenco y de color pardo. Es un buen manjar. (Oviedo). Este cuadrúpedo en un animal extinguido.
- (95) **Capá:** Borragnícea (*Cordia alliodora* R. & P.) Cham. Spanish Elm.
- (96) **Quemí:** Los quemis indígenas no pertenecían a la familia del can. Los cronistas les llamaban perros mudos porque carecían del ladrido peculiar del perro, pero las indias de condición los llevaban en brazos como falderillos y tenían hermoso pelaje, igual que éstos.
- (97) **Ajjes:** Las Casas dice: "En todas las cosas que comían estas gentes: cocidas, asadas o crudas, echaban de la pimienta que llaman axí". Tomo V. Pág. 304.
- (98) **Collares con amuletos:** Llamábanles chagualas y tenían incrustaciones de piedrezuelas de colores.
- (99) **Ajorcas:** "Completaba el adorno real unos brazaletes y hojarcas, ceñidas a las extremidades y entretejidas con fragmentos de pie-

- dras, parecidas al mármol y que denominaban colecibi (Román Pané). Sugiere Coll y Toste que debía ser coleciba porque ciba significa piedra.
- (100) Zorove: Cintas de fibra de maguana, brillantes como hilos de oro.
- (101) Flautas de caña: Especie de caramillos hechos con tallos de gramineas que denominaban coatl.
- (102) Danza: Según el Dr. Chanca, cronista ocular de los areítos, la diumba indo-antillana tenía los giros clásicos de la danza griega, sin los contoneos que conocemos hoy de los lúbricos bailes afro-antillanos.
- (103) Higüemota: La hija de Anacaona, soberana de Jaragua. Casó con el noble capitán español Hernando de Guevara. Enamorado también de ella Roldán, Alcalde Mayor de la Isla y jefe de los insurrectos, mandó a prender al Capitán la misma noche en que se celebraban el bautizo de la princesa y sus nupcias con el joven. Estuvo preso hasta la llegada de Bobadilla, Comendador Militar (25 de Agosto 1500) quien llegó a tiempo para impedir fuese ahorcado. Roldán asoló el reino de Jaragua con sus desmanes.
- (104) Yayamas: Las piñas. (Bromelia ananas). Diéronle los españoles el nombre de piña por la semejanza de su estructura con el piñón europeo. Asegura Coll y Toste que el vocablo anana proviene del Brazil, generalizado aquí por los portugueses y por tanto no es indo-antillano.
- (105) Hemos comprobado que existía la ermita de San Gerónimo en aquella época, aunque ignoramos la causa posterior de su destrucción.
- (106) Arijuna: Extranjero en lengua aruaca. No existen vocablos insultantes en su idioma.
- (107) Maboya o Mabuya: Espíritu maligno, el demonio en lengua aruaca o taíno.
- (108) Dolor de costado: Denominaban así la neumonía.
- (109) Guasquimina: Gran Señor. Así llamaban los indios al Descubridor.
- (110) Taíno, matum, manicato: Palabras que significan de noble condición; generoso y digno de loa.
- (111) Lambí: Trompetas hechas con estrombos gigantes, cuyo sonido se percibía a muchos kilómetros de distancia.
- (112) Ipire: Nombre indígena del flamenco. Los indios solían domesticarlo y le hacían vivir en torno de sus bohíos. Bachiller y Morales dice que también le llamaban Blambaya. Las Casas escribe blaya en dos ocasiones. En la lexicografía de Zayas y Alfonso encontramos blaya y biambaya.

- (113) **Guanimes:** Manjar consistente en maíz tierno, rallado y cocido después de envuelto en las hojas que cubren las mazorcas del mismo. Quizás bien distintos a los guanimos de hoy.
- (114) **Coris:** Conejillos de Indias, que abundaban en la isla.
- (115) **Ajes y guaracas:** Variedades riquísimas de batata. Oviedo dice: "Una batata curada no es inferior en gusto a gentiles mazapanes".
- (116) **Guarapo o huarapu:** Opina Coll y Toste que es vocablo de origen quechú, pero lo cierto es que se confeccionaba con corteza de pija, como hoy.
- (117) **Guayca:** Carátula de hueso con orejas, ojos y lengua de oro.
- (118) **Titiritaina:** Se bailaba en la forma de una tarantela napolitana.
- (119) **Umatex:** Escojimos este nombre por haber pertenecido a uno de los más valientes quisqueyanos, lugarteniente de Caonabo y a quien tenían todos los otros Caciques e indios de la isla.
- (120) **Brebaje espumante:** Era el mabí, que aún conocemos hoy. Del cajuil, llamado en Cuba marañón, también preparaban una bebida muy fuerte. De la jagua y del zapote obtenían licores agradables. El del zapote se tenía en gran estima, según Oviedo. Era bebida destinada a la mesa del Cacique.
- (121) **Hutía:** Muchos naturalistas suponen que este cuadrúpedo es el aguti o coati. Una de las especies de hutía, la andaraz, tiene muchos puntos de contacto con el denominado coati continental, pues es trepadora y hasta tiene el rabo prensil.
- (122) **Guabanisex o Guabansex:** Cemi hembra de los huracanes. Tenía dos ayudantes masculinos: uno que mandaba los vientos y otro que alzaba las olas. Representábanlos unidos.
- (123) **Caribes:** Según varios autores de nota, los Caribes no fueron antropófagos, siendo injustamente calumniados. Los cronistas de Indias les creyeron comedores de hombres al encontrar en sus chozas huesos humanos, los cuales conservaban como reliquia de sus ascendientes.
- (124) **Guacanagarí y Guarionex:** Los primeros Caciques quisqueyanos en hacer amistad con los españoles.
- (125) **La cohoba:** Consistía en tomar tabaco en polvo unido a otras substancias desconocidas y absorberlo por la nariz por medio de un calimete bifurcado.
- (126) **Yabá:** Arbol que produce una resina venenosa, cuyo humo es perjudicial a la vista y hasta llega a cegar. (Andira inermis).
- (127) **El Canal de Amona:** Hoy Canal de la Mona. Los conquistadores castellanizaron muchos nombres indígenas por no conocer su significado.

- (128) **Fonseca:** Don Juan Rodríguez de Fonseca, protegido de la Reina Doña Isabel; primer arcediano de la Catedral de Sevilla y sucesivamente obispo de Badajoz (1495), Córdoba (1500), Palencia (1505) y Burgos (1514). Miembro del consejo de Castilla desde que era arcediano y Arzobispo titular de Rosano desde 1511. Hacía siempre ruda oposición a los proyectos de Colón y de Las Casas (1451-1524).
- (129) **Bejuco:** El digo, hierba usada por los indios en sus abluciones, y que supone Rafinesque fuera el afill.
- (130) **Refacción matutina:** "En su comer y en la honestidad, gravedad y limpieza, dice el Almirante, que demostraba (el Cacique) ser bien de linaje". (Las Casas Tomo I). El indígena era tan frugal que tomaba tan sólo alimento por la mañana y por la noche.
- (131) **Ector:** Era este el nombre que daban al maíz cuando está en leche, el cual majaban, después de asado, haciendo de él un alimento substancioso. Según Oviedo era en lengua quisqueyana un pan de maíz sin cuajar.
- (132) **Ciguayos:** Ocupaban los Ciguayos las sierras del Norte y de La Vega Real hasta la costa y era su jefe o Cacique Principal en los días de la ocupación del territorio por los españoles, el esforzado Mayobanex. Estos indios fueron tributarios de la poderosa tribu de los de Maguá.
- (133) **Canari:** Vasija de barro y así denominada en Haití y Borinquen. Lexicografía Antillana. Zayas y Alfonso.
- (134) **Guabiniquinajes:** Los cronistas están acordes en que era un cuadrúpedo bastante torpe para correr por lo cual imaginamos que desapareció víctima de la cacería del indio y del conquistador, demasiado tarde para subsistir, como sus especies parecidas. No ha podido ser identificado. Las Casas nos dice que era alimento suficiente para tres hombres.
- (135) **Acana:** Arbol de madera roja, durísima, que se considera incorruptible. Es una sapotácea, cuyo nombre botánico es *Achras acana*.
- (136) **Caney:** Llamábase caney al bohío del Cacique, que tenía forma cuadrilonga, con un pequeño pórtico frente al batey o plazuela.
- (137) **Guatlaos:** Era un juramento de perpetua amistad en que se trocaban los nombres y perduraba hasta la muerte.
- (138) **Guaoxeri:** Señor.

Período DR. A. FERNÁNDEZ SPENCER, 1989

